



*Delirando
Contigo*

**IRINA CRISTINA
CRETU**



Delirando Contigo

Irina Cristina Cretu

Copyright © 2018 Irina Cristina Cretu

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio sin el permiso expreso de su autora.

Este libro va dedicado especial a mi hermana Denisa S., que soñó con mi propio sueño...

Me gustaría agradecer especialmente a mis amigas

Vicky, Paqui y Virginia, que me han apoyado incondicionalmente.

Cada una aportó con su ánimo positivo y de esta forma mi novela podrá ser leída y enamorar a muchos más lectores.

También quiero agradecerle a toda mi familia, que han estado ahí creyendo y confiando en mí continuamente...

Gracias.

Todos los corazones deliran frágiles en otros corazones cuando el destino decide prescribirlo...

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

Capítulo 1

Hoy el frío es bastante insolente con toda la belleza de alrededor. El cielo

también se vistió de lluvia y sus adornos de algodón se los pintó en tonos grises. En las calles respira solo el aire, no hay ni una sola alma. Está tan triste

todo... Y yo estoy aquí, acurrucada en mi sofá hablando otra vez conmigo misma.

Egoístamente lo hago casi siempre, no me puedo resistir a hablarme a mí... Sí, a mí...

Me encuentro protegida y en confianza. Nunca me había imaginado que llegaría a estar

tan aislada puesto que siempre ha habido alguien a mi alrededor.

Es verdad... He cambiado muchísimo, tanto que ni yo misma me reconozco. ¿Pero qué

se puede hacer? Así es la vida, te lleva en sus brazos dejándote sentir la pureza de la

ingenuidad hasta un paraje de tu vida; después, te arroja en el vacío de la nada donde

empiezas a conocer por ti mismo el suplicio de tu alma, que te pide a gritos controlar tus

emociones, y en ese momento... Después de que toda tu fuerza se extenúe, tu corazón ya

respira flemático de penas y desconsuelo; se termina una nueva etapa de tu existencia, y

solo entonces empiezas a entender que te tienes que levantar y enseñarle al tiempo que

todavía en el fondo de tu ser quedan partículas de lozanía y optimismo. Ah...
Todavía el

dolor sigue golpeando dentro de mí, pero lo he hecho mi aliado, así puedo sobrellevarlo

más fácilmente, y a la vez entiendo que todo, absolutamente todo el mal pasa por algo

bueno. ¿Cómo es posible que ayer fuera tan diferente de hoy? Mis pechos ardían en su

boca y él, tan incitante, resbalaba sus manos lentamente por todo mi cuerpo

esquemmatizando con sus dedos cada centímetro de mi piel. Su olor emborrachaba por

completo mis sentidos y mi alma vibraba en deseos. ¡Oh! Y esos labios tan carnosos

saborearon sin lástima mi boca... Todavía siento su sabor.

¿Cómo no acordarme? También su miembro estaba duro y ardiente de ansia entre mis

piernas. Deseaba que me penetrara, que me liberase de ese fuerte antojo que me

atormenta cada vez que está cerca de mí. No recuerdo cómo, pero acabamos en el suelo

de mi piso hambrientos y exasperados por sentir la satisfacción en nuestros cuerpos. Bajo

su cuerpo mi raciocinio se estremecía ardiente, me excitaba cada vez más al sentir sus

tocamientos. Me quedé dominada por su delicadeza y sentí todo tipo de maravillas. Me

besaba con un apetito incontrolable, brutal... haciendo que mi respiración se acelerara

cada vez más. Cerré los ojos un momento y me dejé guiar por su movimiento... Y otra

vez esa sensación que me hace erguir la piel... Parece que está aquí en este instante.

Maldita sea, qué noche... Demasiado para mí.

Me aferró más hacia él y ahí fue cuando sentí su erección penetrando dichosamente mi

exquisita cueva. Me miró intensamente. Sus movimientos eran vigorosos y placenteros y

me impulsaban a perseguir su ritmo. El placer incrementaba su delicia a causa de sus

sensuales caricias y mis latidos palpitaban al ritmo de su corazón. Su miembro aumentó

irracionalmente la agitación de mi sexo con bestialidad hasta agarrotarme y llegar al

clímax. La noche veló cautelosa la pasión que brotaba entre los dos hasta que nuestros

cuerpos cayeron exhaustos.

Siempre me pasa igual. El día posterior en mi mente reaparece aquel momento de los dos

donde solo el silencio sabe escuchar esas pulsaciones deseosas que constantemente nos

agitan los cuerpos. Uf... ¡Qué situación tan sofocante!

Me levanto del sofá y voy en busca de mi ordenador. Necesito hacer algo que me

distraiga de pensar en él. Definitivamente, es el hombre más impresionante y tentador,

tanto que con solo observar esa mirada potente y peligrosa mi cuerpo se tonifica excitado.

Pongo un poquito de música y empieza a sonar mi canción favorita: *When you really*

love someone, de Alicia Keys.

Desde el gran ventanal de mi salón hay una vista increíble de los famosos rascacielos de

Manhattan. Hoy parece un lienzo acromático. Está en tonalidad conmigo. Visto un

camisón corto de satén con encaje negro que magrea suavemente mi piel trasluciendo un

blanquecino agradable. Empiezo a tararear la canción al mismo tiempo que mi cuerpo

enfatisa el sentimiento de nostalgia en movimiento de danza. La letra desnuda mi

desgana llevándome a aquel punto donde solo él sabe urdir en mis vísceras ese efecto

apetitoso y delicado tan propio de una mujer. Mi piel empieza a absorber cada acento de

la música conectando mi alma con la mente en un ritmo contemporáneo mientras una

lágrima resbala lentamente por mi mejilla. Me siento sola... Lo necesito.

Me gusta Manhattan. Me gusta la pulcritud estructural de los edificios, pero aun así elegí

mudarme a Long Island City, Queens por la placidez del arte que se respira y la

escalofriante historia que lleva cada obra, cada edificio por dentro y por fuera. Mi casa no

es grande, pero lo suficiente para mí. Una parte del cristal está empañado por el frío de

fuera y da la impresión de que una sección de la ciudad se está hundiendo en un

precipicio lechoso. Me acerco a admirar la triste belleza de mi ventana y con el dedo

empiezo trazar las líneas de uno de los bloques. Al final sonrío. El bullanguero Manhattan

en mis ventanas reluce apesadumbrado. Está anhelante, igual que yo.

Es grotesco mirar todo ese esplendor y al mismo tiempo pensar en lo de anoche... Ah...

Otra vez mi cabeza lucha con mis pensamientos... No hay segundo, minuto o latido de

mi corazón en el que no me acuerde de él. Me pregunto si tiene algo de verdad lo que

sucede a nuestro alrededor o solo es un mito creado en mi propia mente... No tiene

coherencia. ¡Qué locura!

Me gustaría encerrar todos estos recuerdos de él en un cajón y olvidarme de su existencia.

Pero no puedo, no es tan fácil, me acostumbre a él, a lo que soy en su presencia. Solo con

sentir su olor mi cuerpo se estremece. ¿Qué me está haciendo este hombre?
Aparece por

la noche y desaparece por la madrugada como un sueño perturbando mi
existencia. Lo

nuestro es real e irreal a la vez. Hemos perdido el control conscientemente.
Sigo

intentando distraerme con la música, aunque parece no conseguir mi
propósito. Mi

cuerpo sigue moviéndose sin ningún tipo de técnicas, fluye en una mezcla de
nostalgia y

sensualidad, coordinado con mis pensamientos. Bailo y en mi cabeza giran
una serie de

sucesos; ya sean de tristeza o alegría, todos estos momentos están sellados
para siempre

dentro de mi alma. Aunque anoche estuve arropada con sus brazos y su olor
aún sigue

impregnado en mi piel, no puedo negar que de nuevo me hace falta; lo
necesito como las

flores necesitan agua para poder sonreír.

Me entra desesperación al ver que hasta mi móvil está mustio; ningún
mensaje, ninguna

llamada en su pantalla. Si pudiera llamarlo y escuchar solo unos segundos esa

escalofriante voz que me enloquece cada vez que me susurra al oído...
Conozco tanto la

simetría de su cuerpo... Tronco musculoso, brazos fuertes lineados con
gruesas venas, y

su trasero tan sexi. Cada raya de su perfección me hace perder el seso, pero el azul de sus

ojos siembra ilusión en mi sensibilidad cada vez que nuestras miradas se encuentran.

¿A dónde llamar? Si ni siquiera tengo un número de teléfono. Dos meses enredada con él

en mis sábanas y no tengo idea de dónde vive, en qué trabaja... Desconozco hasta su

nombre. Me dejó abrumada por mis emociones y aquí estoy luchando con mis

reflexiones. Cuando aparece frente a mí, solo con su mirada tiene una fuerza imposible

para penetrar por mis ojos hasta el interior de mi cuerpo, y yo me pierdo completamente

en sus brazos. Sé que lo nuestro es una locura y no lo tengo que prolongar más, pero me

encuentro en el fondo de este dilema y no sé ni yo misma si quiero salir. ¡Absurdo!

Maldita sea... he perdido totalmente la cabeza. Esto empezó cuando mi amiga Sophia

me propuso entrar en ese jueguito. Ahí fue donde comenzó todo lo nuestro. Nuestra

historia tiene una fragancia de ensueño; aunque desconozco totalmente sus motivos,

siento que me busca porque con solo un momento a mi lado en sus ojos se suavizan las

penas y en mi interior las tristezas desaparecen. A veces es tan difícil obtener una gota de

felicidad... Y, sin embargo, él ha logrado en un tiempo tan corto acariciar mi alma con

solo mirarme envolviéndome en un folio de esperanza. Sí... la esperanza reapareció en

mi alma en el momento en el que las olas del destino atravesaron de la mano con él mi

camino, y sin saber quién es le he permitido entrar en mi vida. Tal vez muchos lo

llamarán locura, pero para mí es simplemente una corazonada que me guía a seguir por la

vida siendo libre, a mi manera, porque si vuelvo a llorar, sabré que soy la única que cogió

mal el camino y tendré que retroceder y buscar un nuevo principio.

Puede que hoy no esté, pero tengo fe en que va a volver, aunque tendré que soportar la

horrible espera y el silencio de mi soledad...

Capítulo 2

Esta mañana desperté llena de sudor y aterrada. No tiene nada que ver con el calor. De nuevo soñé con aquel día... ese día... Ojalá pudiera borrar todo eso,

regresar al pasado y cambiarlo todo. No se puede, simplemente tengo que

acostumbrarme al dolor y cargar con la misma pesadilla de siempre. Una y otra y otra vez

las mismas imágenes, la misma escena. Me siento en el borde de la cama y miro hacia la

ventana. Suelto un profundo suspiro. Febrero ya partió con sus amores en brazos dejando

pasar a marzo, que pintará un poco de color en la frigidez del clima suavizándolo.

Necesito una ducha de inmediato. Dejo primero caer al suelo el camisón, después

rápidamente me quito las bragas dejándolas caer libremente bajo mis pies. Entro en la

ducha y pongo la cabeza bajo la corriente. El agua caliente disfruta su caída sobre mi

cuerpo y me acorrala con su vapor. Apoyo mi frente en la fría pared y pienso... pienso en

tantas cosas... Quisiera quedarme así todo el santo día, no tener que salir a ninguna parte;

solo pensar. Lavo mi pelo con champú y después enjabono mi cuerpo. Froto muy fuerte

con la esponja como si pudiera quitarme de esta manera toda la tristeza que pesa encima

de mí.

Por fin salgo del agua, no porque quiera, pero tengo que ir a trabajar. Me enrolló una

toalla alrededor del cuerpo, limpio el espejo empañado por la humedad del agua caliente

y miro por unos segundos mi rostro. «¡Uf! ¡Tienes una cara, nena...!», me

salta mi

subconsciente.

Necesito solo un poco de color en este rostro pálido, tampoco es para tanto.
Aunque si me

fijo mejor, hay algo de razón. Ya no soy como antes, he dejado
completamente de

cuidarme. Abandono el espejo y voy en busca de mi teléfono al salón. Por el
pasillo de

un camino de huellas chorreantes con mis pasos. Recojo mi móvil y en la
pantalla hay

una llamada perdida de mi hermana, pero la llamaré de camino, ahora es
bastante tarde y

tengo que salir. Voy rápido a mi dormitorio, saco de mi cajón un conjunto de
ropa interior

color azul compuesta por un sujetador de encaje y un tanga brasileño a juego
de malla y

bordado. Me encanta todo este tipo de lencería y camisones. Es algo que
define la

voluptuosidad de una mujer, por lo menos así es desde mi punto de vista.
Maquillo

discretamente mis párpados, me echo también un poco de brillo en los labios
y vuelvo

otra vez a observarme en el espejo. Creo que estoy mejor, aunque no lo sé...
A él le gusto

tal como soy... Además, él es la llave de mi rostro bonito porque sabe
hacerme sonreír.

De nuevo pensando en él... Maldito pensamiento.

Visto un maillot de licra azul marino con falda incorporada que marca bien mis curvas.

Me subo rápido unos calentadores de lana negros hasta encima de los muslos, me calzo

unas manoletinas, recojo mi cabello en un moño un poco descuidado, me acomodo

también una chaqueta por encima, pulverizo algo de perfume y salgo corriendo del piso.

Es bastante tarde y a veces el puente de Queensboro está saturado por el tráfico.

* * *

Exactamente lo que pensaba hace veinte minutos. Hay una marcha muy lenta de los

vehículos en el puente Queensboro por su aglomeración, y yo estoy aquí rogando por no

llegar tarde. Me esperan mis veinte niñas encantadoras. Cuando estaba en el último año

de instituto tenía claro que iría a estudiar magisterio de educación infantil. Sabía que

enseñar a los peques no era sencillo, pero era el trabajo idóneo para mí en aquella época.

Seguí con mi plan hasta los últimos dos meses del año, cuando mi profesora de *ballet* me

dijo: «¡No cierres la puerta del futuro, que está ahí esperándote!».

Era verdad. Mi alma hablaba a través de mis ojos expresando su alegría, el entusiasmo

con solo estirar mi cuerpo por medio del movimiento como un material confeccionando

el arte de la danza. Empecé a afinar mis pasos de *ballet* en la escuela Juiliard, pero

después de un año quise algo diferente, mucho más especial. Conocí un ritmo libre donde

el arte es tu propia expresión; me permitía sentir lo más puro de la danza y me dejaba

expresar artísticamente mis estados emocionales. Todo esto se lo debo al baile

contemporáneo. Ahora, gracias a mis maestros de Juiliard, que me ayudaron a descubrir

que el baile es lo que me hace feliz por dentro, doy clase a unas niñas de cinco años en

Ballet Arts, y tres veces a la semana tomo clase de danza contemporánea en Contemporary Dance.

Por fin llego a mi trabajo y parece que consigo llegar bien de hora. En Manhattan, si no

amaneces temprano o no calculas bien tu trayecto, hay cierta posibilidad de llegar muy

tarde. Bajo del coche y me dirijo a la puerta del Ballet Arts. Subo unos escalones, accedo

al edificio y camino con cautela por el largo pasillo hasta mi aula.

—¡Señorita, señorita, esto es para ti!

Ah... Es mi dulce Laya, que siempre al entrar en la clase me sorprende con algún dibujo

en el cual ilustra mi figura; a veces soy más gorda, otras veces más flaca, con un pie más

grande y uno más corto, pero siempre me dibuja la misma sonrisa de oreja a oreja como

si fuera la persona más alegre. Así es como ella me ve, llena de hilaridad, aunque mi alma

padece por dentro. Hoy me trae una ramita llena de florecitas rosas; como dije antes,

marzo llegó vestido en traje de colores preparado para perfilar de viveza parques, campos

y jardines. Todas mis alumnas tienen algo especial, pero esta niña tiene un hechizo que

me suaviza cada tristeza que pelea en mis sentidos.

—¿Qué te parece, Laya, si esta ramita de cerezo me la pones en el pelo?

Esta es la belleza de Manhattan. En Central Park se puede disfrutar de los cuantiosos

árboles de cerezo Cherry Blossom que van coloreando el parque de rosa. Todo es

mágico. Te puedes perder horas entre esa magnífica arboleda para serenarte con su

divinidad. Con sus manos pequeñitas Laya coloca la flor detrás de mi oreja.

—Estás guapa, señorita —dice mientras juega con los dedos en su coletita.

—Gracias, chiquita —le contesto sonriendo.

Ella también sonríe y con un suave beso en la mejilla le doy paso para entrar en la sala.

Me quito la chaqueta, las manoleínas y también los calentadores. Me calzo las zapatillas

de punto, cojo las cintas y empiezo a cruzarlas por el empeine del pie. Después de anudar

las cintas, pongo una canción clásica para relajar a mis alumnas y poder hacer la clase

con gusto.

—¿Preparadas?

—¡¡Sí!! —contestan todas al unísono.

—Las piernas bien unidas juntando los talones uno con otro y colocamos las manos en

preparatoria. —Las observo en los espejos—. Hundimos el *plié*, estiramos, dos *pliés*.

¡Repetimos!

Sonrío. Aún son pequeñas y no ejecutan del todo bien los movimientos, tropiezan o no

estiran perfectamente los pies y esto hace que tengan una gracia especial. Mi cuerpo

empieza a respirar con calma. Entre multitud de reflejos todo mi ser empieza a sentir la

música clásica llevándome poco a poco al mismo ritmo.

—Ahora lanzamos la pierna por delante, volvemos, *plié*.

Adelante, volvemos, abrimos de lado, *plié*.

De repente, todo en mi entorno desaparece y los espejos empiezan a mostrar distintas

escenas de él conmigo. Besos, miradas, tocamientos... Parecen partes cortadas de una

película.

No, no, esto es imposible.

Mi respiración aumenta. Me veo en cada cristal en diferentes circunstancias.

Inesperadamente siento un escalofrío que cincela toda mi piel. No puedo creerlo. Mi

mente está saturada con imágenes y actos de él. De mi boca sale un fuerte jadeo y en el

pecho siento como si algo me estuviera golpeando. La forma en que me mira, sus manos,

cómo se desliza por todo mi cuerpo, sus labios acariciando mi piel... El sonido de su

respiración parece estar detrás de mi oído. Todo es tan real, tan vivo que mis piernas

empiezan a temblar. Un sentimiento de añoranza me traspasa todo el cuerpo.

Respiro profundamente, dejo la mirada en el suelo y cierro bien los ojos.

¡Esto no es posible! Levanto de nuevo la vista a los espejos... todo desapareció. No

consigo entender qué es lo que me hace este hombre. Está permanentemente en mi

cabeza. No solo perdí el control de mi vida, incluso mi conciencia delira confusa por su

ausencia. «¡Oh, nena! ¡Estás en un enigma que parece no tener solución!». Mi conciencia

de nuevo, y siempre hablándome con razón.

—¡Muy bien, chicas! Lo estáis haciendo fenomenal. Volvemos a repetirlo desde el

principio —digo, y las niñas vuelven a empezar de nuevo los pasos.

Entre inquietudes y risas inocentes de mis alumnas las horas pasan volando. Cada vez me

sorprenden más con esa rapidez con la que aprenden lo que yo les voy enseñando. Sus

actuaciones ingenuas me llenan de bienestar y cada mañana ellas son las que dibujan

sonrisas en mi rostro tétrico, valentía en mi voz y arropan mi alma con valor haciéndome

seguir adelante. Son las que me alimentan de fuerza moderando mi realidad.

* * *

Salgo del Ballet Arts y camino hacia el aparcamiento. Subo al coche y enciendo la radio.

De nuevo la música me lleva hacia otras partes. Voy a encontrarme con mi hermana

Catalina. Hemos hablado por la mañana mientras yo procuraba

desesperadamente

avanzar por la carretera hacia mi trabajo. Me pidió vernos y comer juntas.
Han pasado

tres semanas desde el último encuentro y la verdad es que tengo muchas
ganas de pasar

un rato con ella, aunque seguramente tampoco me libraré de alguna bronca.

Estoy algo desconcertada por la inusual reserva que hizo en nuestro
restaurante especial.

Llevo años sin entrar en aquel lugar. Es curioso que ella hiciera eso... Tal vez
ya es hora

de romper aquel hielo que congeló nuestros recuerdos en olvido. Es un
restaurante muy

elegante y lujoso en la Gran Manzana. En la entrada siento respirar la
nostalgia. ¡Qué

raro! Pensé que me sentiría mucho más despedazada al entrar, pero me
encuentro

bastante tranquila.

—¡Hermana, me alegro de verte!

Primero escucho su voz y de inmediato siento sus brazos alrededor de mis
hombros.

—¡Catalina, estás preciosa! —Le echo una ojeada de arriba abajo.

—Tú sí que eres linda, hermanita —contesta con una hermosa sonrisa.

Nos damos un fuerte abrazo y como siempre sus gestos afectuosos dejan
claro quién es la

hermana mayor.

—¡Estás demasiado delgada! Se nota que ya no vives conmigo —dice regañándome.

—Catalina... —Tuerzo la boca reprimiendo la verdad—. ¡Estoy bien!

Nos sentamos en una de las mesas de la ventana. El camarero enseguida nos atiende con

una gran sonrisa en su faz. Me quito la chaqueta y miro a mi alrededor. Un estremecimiento me achica los brazos. Parece que los años no han pasado por aquí, todo

está intacto: las mesas, los cubiertos, el color, el aire y hasta el personal, igual que una

cámara de fotos que enfoca una situación y la paraliza en el tiempo. Desde aquel terrible

accidente de coche en el cual fallecieron nuestros padres, no había regresado. En esos

tiempos, casi todos los domingos, solíamos venir aquí a comer. A mi madre le gustaba

mucho este restaurante.

—Bueno, Catalina, ¿qué me quieres contar? —Me acomodo mejor en la silla.

El camarero espera para tomar nota.

—¡Ah! ¿Sabes qué? ¡Creo que probaré la ternera con la salsa de pimienta! —dice

escondiendo su nariz en la carta, ignorándome.

—Para mí, un rodaballo con ajo negro y una copa de vino blanco. Gracias. —

Cierro la

carta fijándome en ella—.

¿No vas a tomar nada? —le pregunto.

—Oh, prefiero agua. Gracias.

El camarero apunta lo último y se marcha.

—Hoy eres toda una intriga —confirmo.

—Y tú siempre elegante. ¿¡Una copa de vino blanco!?!? —replica, irónica.

—Una mujer tiene que ser dos cosas... Fabulosa y elegante. —Me río.

En su boca se arquea una ligera sonrisa, que por un momento quiso esconder.

—¡Esa era la frase de papá! —Se le escapa un suspiro nostálgico.

—Bueno, ¿qué tal Daniel? —Cambio rápidamente de tema, antes de verla entristecer.

—Bien, preocupado por ti.

Daniel es un marido cariñoso y un cuñado muy protector. Después del trágico accidente

de mis padres, quedó la fuerza que nos amparó a mi hermana y a mí para salir adelante.

Pero yo tomé la decisión de alquilar un apartamento e irme a vivir sola. Ellos todavía no

aceptan mi decisión, pero yo tuve que escoger mi camino y embellecerlo a mi estilo.

—¡Ah! ¡Dile que ya he crecido un poco más! —bromeo.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué me da la impresión de que no? —dice sonriendo.

El camarero regresa enseguida con las bebidas.

—¡Te echamos de menos!

—Pues... Cuando sentáis este sentimiento, acordaos de los días cuando encontrabais las

cajas de leche vacías en la nevera. —Suelto una carcajada.

Ingiriendo un poco de agua se atraganta. ¡Lo sabía! Sabía que por esto me trajo aquí, para

hacer su numerito de hermana mayor.

—Cómo molestabas con eso. —Se ríe—. Siempre dejabas las cajas de leche vacías

dentro de la nevera.

—Todavía sigo haciéndolo —agregó—. ¡En esto no he mejorado, reconozco!

—Y después dices que has crecido —replica.

—¡Yo también os echo de menos, Catalina!

—Dime cómo te va. —Apoya su barbilla en el dorso de la mano—. ¡Cuéntame algo de

ti!

—Bueno, pues... no hay nada nuevo. Clase de *ballet*, clase de danza contemporánea...

mmm... ¡Nada especial!

—Nada. ¿De verdad no hay nada? —me pregunta, y mi corazón tiembla como si me

estuviera pillando con la mentira. Por suerte, el camarero vuelve con la comida

interrumpiendo de momento la conversación, salvándome por un momento del

interrogatorio que mi hermana tiene planeado, como todas las veces. ¡Uf! Ni mi madre...

¡Que Dios la tenga en su gloria! No era como ella. No hay nada que contarle... Decirle

que, de vez en cuando, tengo noches locas... Madre mía... Mi subconsciente está

torcido hoy. Le suelto esta paranoia y le da un infarto.

—¡La comida tiene muy buena pinta! —Digo lo primero que me pasa por la cabeza.

—Hermana, quiero que ...

—Catalina, si quieres hablar otra vez del hecho de que me fui a vivir sola... Sé

perfectamente que por esto me has traído aquí. —Mi voz suena rígida—. Tengo casi

veintisiete años... ¡Por Dios! —Aprieto mi última palabra enojada y algunas personas de

alrededor se giran, mirándonos curiosos.

—Este es un sitio especial para nosotras, y quería pedirte que sigamos viniendo —

agrega.

Asiento con la cabeza un poco arrepentida... Solo un poco.

—¡De acuerdo, Catalina! —La miro—. Pero no puedes controlarme eternamente como

si fuera tu muñeca. ¡Soy tu hermana! —exclamo.

Me observa y veo cómo exhala un suspiro cargado de desilusión.

—Lo sé —replica con pesar—. Es que... ¡Me preocupas!

Sé que aún no superas lo ocurrido y...

—Catalina... —La interrumpo—. Hemos hablado de este tema mil veces.

—¡Han pasado cinco años! —Me agarra de la muñeca—.

¿Cierto? —Su ceño se arruga—. Y tú sigues huyendo del mundo, no contestas al

teléfono y has dejado por completo de vivir. ¿Dónde están tus planes? ¿Y tus sueños?

Siempre quisiste debutar en un escenario como bailarina y has dejado todo tirado.

¡Maldita sea! —Sus movimientos muestran su desesperación—. ¡Cinco años consumidos en llanto y dolor!

Clavo con fuerza el tenedor en mi pescado.

—¡Pueden pasar otros diez! ¡No puedo olvidar! —confieso—. ¿Sabes cuántas veces me

he culpado, Catalina? —Mi respiración empieza alterarse.

—¡No fue tu culpa! ¡Entiende de una vez que fue solo un accidente!

—Ese accidente acabó con la vida de nuestros padres. —Una lágrima recorre una de mis

mejillas rememorando aquel trance—. El choque fue tan fuerte que no me dio tiempo de

reaccionar.

—¡Olvida todo, hermana! ¿Por qué sigues torturándote?

—¿Torturarme? —Esbozo una sonrisa sarcástica—. Llevo cinco años, teniendo la

misma pesadilla... Noche tras noche soñando lo mismo... Veo el Hyundai gris plateado

en el retrovisor acercándose con una velocidad excesiva; después, todo desaparece. —

Respiro hondo—. Dime... ¿Cómo puedo borrar estas imágenes de mis sueños y dejar de

torturarme?

Se cruza de brazos, girando la cabeza un instante hacia otro lado.

—Hermana... —murmura—. Tal vez si cambiaras tu rutina, esas imágenes desaparecerán solas.

—Mmm... ¿Y qué propones que haga? ¡Dime! ¡Dame tú la solución y yo lo haré! —

Apoya los codos en la mesa cubriendo su rostro con las manos—. ¡Dime, Catalina! ¿Por

eso me has traído aquí después de tantos años? ¿Para torturarme más?

—¡Lo siento! Parece que me he equivocado, simplemente creí que... —Se limpia

inmediatamente una lágrima esporádica.

Muevo la cabeza, apenada, y suspiro profundamente mientras ella juega con el tenedor

en el plato, sin muchas ganas de comer.

—Yo soy la que tendría que pedirte perdón —aclaró—. Sé que me quieres ayudar, pero

es que... ¡Lo mío no tiene solución, Catalina!

Me mira con tristeza.

—Conozco cada detalle de lo sucedido —explica—. Y me duele como a ti... Pero tienes

derecho a vivir. Fuiste la única que sobrevivió a aquel impacto. Y si te se dio la

oportunidad de vivir... ¡Aprovecha y haz algo bonito! La vida está aquí, ahora... no

luego o después. ¡Debes esforzarte y olvidar todo aquello!

—¿Olvidar? —bufó irritada—. ¿Hablas en serio? No tienes ni idea de cuántas veces he

deseado saber quién era el que conducía aquel coche, y tal vez...

—¿Es eso? —Me interrumpe—. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí. Saber quién fue y también, que pague por lo que hizo. Tal vez ayudara a calmar mi

pena.

—¡Te equivocas, hermana! —Niega con la cabeza—. ¡Te equivocas!

Un silencio. El mismo silencio de siempre hila en mi corazón. Vuelvo a clavar el tenedor

en el pescado y corto un pedazo, enfadada. ¡Tal vez tenga razón!

—No quiero que pienses más en aquello. —En sus ojos observo tristeza—.
¡Me duele

ver cómo te haces tanto daño! Creo que ya es tiempo para dejar el pasado en
su sitio y

empezar a vivir. —Vuelve a coger mi mano— ¡Necesitas conocer gente y
disfrutar! La

soledad no trae nada bueno —agrega.

—Ya... la soledad —murmuro.

Maldita sea, tiene razón. No me gusta la soledad, por eso acepté meterme en
ese maldito

juego de mi amiga. Aunque es toda una locura, esos pocos momentos de
ternura que él

me ofrece... Y aquí está de nuevo mi conciencia, haciéndome recordarlo.
Esos

momentos con él me hacen olvidar de mi pasado.

—No se puede olvidar... Yo tampoco pude hacerlo —confiesa—. Pero seguir
adelante

haciendo algo que llene esos vacíos de tu corazón, te ayudará —me aconseja.

Es verdad que ese día, ese día terriblemente horroroso nos marcó a ambas.
Pero yo

estuve ahí conduciendo. Recuerdo cómo apreté los ojos, pero el impacto del
otro coche

hizo que toda mi figura temblara aterrorizada, inconscientemente. Perdí el
conocimiento

un tiempo... No sé cuánto exactamente. Cuando volví a la realidad, me di cuenta de que

mi coche estaba boca abajo. Sentía un dolor extendido por todo mi cuerpo, de los pies

hasta la cabeza, profundo y agonizante. Pero todo se difuminó en cuanto giré la cabeza y

vi la cara llena de sangre de mi padre. Quise llorar y gritar, pero el dolor paralizó mi

voluntad, el silencio inundó mis oídos y la vista, poco a poco, se fue borrando. Desperté

varios días más tarde en un hospital.

—De acuerdo, Catalina, lo intentaré. —Esbozó una sonrisa forzada.

Llevo la copa a la boca tragando un sorbo. No puedo definir el temor que sintió mi

cuerpo en aquel momento, cuando abrí mis ojos y vi la muerte arrebatándome a mi

padre. Sus ojos quedaron abiertos, atrapados en los segundos anteriores, asustados, hasta

que el final cortó su tiempo. A mi madre no logré verla... Recuerdo haberla visto

adormecerse unos minutos antes de la estrepitosa colisión. Tal vez fue mejor así, ya que

ella no sintió el dolor y el pánico que yo sufrí en aquel momento y, aún, cuando lo

recuerdo, todo mi cuerpo tiembla.

—¿Sabes? —Se ríe—. ¿Por qué no intentas echarte un novio? Podría conseguir tener tu

mente ocupada un par de horas al día.

Suelto una carcajada de inmediato. Mmm... ¡Si ella supiera!

Creo que tiene razón. Él es quien me ayuda liberando mi mente de todo aquello y

llenándome de todos los momentos nuestros, enigmáticos. No puedo vivir siempre con el

pasado por delante. Tengo que cambiar, dejar que la vida fluya a su manera.

—¿Estás de broma? —Me dejo caer del respaldo de la silla con una enigmática sonrisa

—. ¡No creo que ayudara mucho!

—¿Por qué no le pides ayuda a Sophia? —Esto sí que me hace carcajear—. ¡Ella es una

experta en los ligues!

—Catalina... ¿Te escuchas? —Sorbo de mi copa—. Sophia lo único que podrá hacer es

meterme en más problemas —afirmo, aunque ella conoce bastante bien la situación.

—¿Te acuerdas de cuando me llamaste a la una de la madrugada para ir a sacarla de una

comisaría por conducir borracha?

—Madre mía... ¡Qué locura! Se ríe, y yo con ella.

La tarde pasa veloz entre recuerdos y sonrisas frescas que florecen

inmediatamente en mi

alma. Me desconecto totalmente de aquel sofoco de pensamientos que me martirizan y

sigo el juego de mi hermana, que no para de sorprenderme con todo lo que me cuenta.

Me hubiera gustado contarle que conocí a un hombre, que perdí el control junto a él y

que vivo en un delirio de confusión, pero no puedo. La preocuparé ahora que se ha

calmado un poco su intranquilidad hacia mí. Mejor en otra ocasión. El tiempo se para

gozando con nosotras el primer día que pasamos juntas después de cinco años, dejando

las sombras del pasado atrás, descansando. Está contenta y yo también lo intento, por ella.

—Te quiero, hermanita —susurra.

—¡Yo más, mucho más, Catalina!

Después de pagar la cuenta, salimos del restaurante.

—Pasé una tarde fantástica contigo, hermanita. —Me abraza—. ¡Me gustaría que

vuelvas a vivir con nosotros!

¿De verdad? ¿Empezamos de nuevo? Ay... Mi hermana nunca cambiará su manera de

tratarme, como si fuera su niña pequeña.

—Sabes que esto no lo aceptaría. —Respiro hondo—. Daniel y tú necesitáis vuestra

intimidad.

—Te fuiste a vivir muy lejos, hermana. ¡No sigas apartándote del mundo!

—Catalina... —pongo los ojos en blanco.

—Aquí están tus recuerdos, tus amigos, yo...

—¡Todavía necesito tiempo! —Alzo la barbilla mirando a otro lado—. ¡No te preocupes!

Tampoco estoy tan lejos —bromeo—. Desde aquí veo la publicidad de Pepsi Cola de mi

barrio. Sonrío a la vez que ella hace una mueca de desesperación.

—De acuerdo, de acuerdo. —Aunque sigue sin aceptar mi decisión, se esfuerza en

aprobarla—. No insistiré más —suspira—. ¡Cualquier cosa que necesites, llámame!

—Ok. Dale un beso a Daniel de mi parte. Y no te olvides, dile que he crecido un poco

más —bromeo.

Al final, las dos nos reímos, subo al coche, pongo mi música y caigo de nuevo en la

tranquilidad de mi moralidad, que no tarda en recordarme al hombre misterioso que lleva

un par de meses seduciéndome en mi propia cama. ¡De nuevo está aquí en mi mente!

Quedan un par de horas para oscurecer y, como siempre, el tráfico es agotador. Intento no

pensar en él, relajándome, pero la melodía que acaba de empezar revive los recuerdos en

mi cabeza y me dejo llevar, porque es lo único que me hace olvidar las cosas tristes de mi

vida, como mi hermana había dicho.

Capítulo 3

La noche ya está sentada en las ventanas. Su oscura mirada exhibe secretos e intriga. Rendida por el silencio que me perturba los oídos, me acuesto en el sofá.

Dejo caer los zapatos y suelto estos rebeldes rizos dejándolos cubrir mis brazos.

Esta noche no tengo muchas ganas de cenar. Tal vez tomaré un vaso de leche, me daré

una buena ducha y después me iré directamente a la cama. Mis planes se disipan en el

momento en el que la pantalla de mi teléfono se ilumina.

Sweet tiene un mensaje para ti

¡Maldito juego virtual! Ahora empieza para inquietarme el alma. ¿Por qué siempre pasa

igual? Cuando lo necesito no está, y ahora que mi alma intentaba respirar con calma,

vuelve a alterarse.

J. C: Pequeña, te echo te menos.

J. C: Te necesito.

J. C: Espero que no estés enfadada.

J. C: Aunque reconozco que tienes bastantes motivos.

Todo esto no tiene sentido. ¡Sí, es verdad! Estoy algo molesta, pero conmigo.
Elegí sentir

el mundo junto a ti sin preguntar a dónde irá lo nuestro, sin importarme qué
va a pasar

mañana, solo respirando el mismo aire tuyo, por un momento. Ah, cuanta
locura gustosa

has despertado dentro de mi cuerpo con solo mirarme... Pero ahora siento
que las cosas

no funcionan así... Nosotros no somos nadie para cambiar la ley de la vida.

J. C: Déjame verte.

J. C: Por favor. Princesa: Este juego ha terminado.

Princesa: Puedes jugar al amor.

Princesa: Pero no se puede jugar con el amor.

En un oscuro sábado, cuando la apatía rondaba alrededor mío, me acordé de
mi amiga

Sophia. Me contó que, en las noches cansadas, de aburrimiento, se podría
pasarlo bien

con solo diseñar tu perfil en Sweet. Puedes ser quien quieras, del sexo que te
apetezca;

rica, pobre, flaca o gorda; mujer u hombre; irte de fiestas, a la playa o tomarte hasta una

cerveza; puedes conocer gente interesante, hacer un amigo o trescientos. Con un solo clic,

entrabas en el mundo virtual de Sweet, donde todo era posible. Había que respetar tres

reglas: ponerte un apodo, disfrutar al máximo de las salas de chat Sweet y no citarte en la

vida real con ninguno de los jugadores de la página. Podía ser peligroso; nunca se puede

saber exactamente quién está al otro lado de la pantalla o si tiene buenas intenciones.

Al principio dudé. Soy algo antigua; prefiero leer un libro, ver una película o pasear de

verdad. No me iba el rollo de estar en la cama con un portátil o el teléfono perdiendo

tiempo en chatear con desconocidos. Pero nunca digas nunca. Me enganché y no me

quedé ahí; la curiosidad me hizo incumplir una de las reglas más importantes y terminé

conociendo a J. C, el hombre que constantemente sigue dentro de todo mi ser, y siento

que eso no está bien. ¡Debería alejarme! Después de dos semanas de jugar en Sweet, en

una de las salas de chat, quedamos en vernos de verdad, pero con la condición de no ir

más allá, sin preguntas, sin saber de la vida de uno u otro. Así, esa llama de curiosidad

seguiría ardiendo entre nosotros y nos mantendría unidos. Fue nuestro pacto antes de salir

de aquel juego a la realidad. Pero yo nunca pensé que llegaría a arrepentirme tanto por

hacer esa promesa.

Era una noche bastante calentita. Bajé del coche y miré a ver si era la calle exacta que

buscaba. Llevaba un vestido rojo por encima de la rodilla sin mangas. El pelo lo dejé

suelto, cubriéndome toda la espalda los bucles. El silencio de la noche era tan mudo y mi

corazón latía tan vigoroso que atemorizaba cada célula de mi ser. ¿Qué estaba haciendo

vestida tan sexi en una calle que desconocía por completo y a medianoche? Tuve que

volverme loca. ¿Dónde estaba esa niña miedosa que nunca desobedecía las normas de

ser buena chica? Uf... el fisgoneo se la llevó lejos. Aspiré profundamente, y con mano

temblorosa abrí la puerta de aquel bar. Me había dicho que llevaría una camisa blanca y

se sentaría en la barra por si hubiera más gente, poder reconocerlo. Al entrar la luz era

tenue y unas teclas de piano conquistaban la tranquilidad. Y ahí estaba él, de

espaldas. Al

girarse y verlo mis muslos empezaron a temblar y mi caminar perdía fuerza con cada

paso que adelantaba. Era perfecto, como me lo había imaginado. No sé si yo era

demasiado buena para él, pero en cuanto a mí, me fascinó desde el primer momento.

—Te gusta arriesgarte —me dijo—. ¡No tienes miedo!

Fue lo primero que mencionó, analizándome de arriba abajo, y la chispa en mi corazón

se encendió. Sus ojos me hicieron perderme desde el primer segundo. Le sonreí y su

mirada marina no se despegó en toda la noche de mí.

J. C: Princesa...

J. C: Nunca he jugado al amor.

Princesa: ¿Y a qué juegas entonces?

J. C: A buscar tesoros, tal vez.

Princesa: Muy gracioso.

J. C: No se me da bien esto.

J. C: ¿Qué te parece si me dejas entrar?

Princesa: ¿Entrar?

J. C: Sí. Estoy exactamente al otro lado de tu puerta.

¿Está aquí? ¿Ahora? ¡Demonios! Siento cómo un relámpago atraviesa todo mi cuerpo.

Dejo el teléfono en el sofá y me pongo de pie. Respiro hondo, exhalo. ¿Cómo me puede

poner tan nerviosa? Con los pies descalzos, camino hasta la entrada. Está al otro lado de

la puerta; no me lo puedo creer. Apoyo la frente en la palma de mi mano y cierro los ojos

por unos segundos. Piensa... piensa, chica... ¿Qué vas a hacer?

¿Correr rápido para abrir y saltar en sus brazos? ¡Tonta! ¡Sí que lo harás! Mierda... Sí es

verdad que lo haré. ¿Y tú por qué lo sabes? Lo sé porque yo soy tú... ¿Te acuerdas?

Ah, Dios de todos los santos, cómo lo necesito... Lo necesito demasiado, tanto que he

llegado hasta a hablar sola conmigo misma.

—¡Hola! —Es todo lo que puedo decir en cuanto abro la puerta.

Está apoyado en la pared de enfrente con los brazos cruzados. La misma mirada seria,

potente, pero irresistible a la vez que me examina, y difícilmente puedo controlar mis

instintos de no saltarle encima, así como mi conciencia había previsto hace unos minutos.

—¿Me dejas pasar? —me pregunta con un cierto temor en la voz.

Me giro como si revisara que todo estuviera en orden tras de mí, escondiendo

mis

nervios; después, me quedo detrás de la puerta, dejándolo pasar. Apenas camina unos

pasos cuando un fuerte calor recorre todas mis vísceras. Lleva puesto un pantalón de

deporte que delinea bien ese trasero firme, redondo...

¡Oh, no! ¡Para, para, chica! Qué pensamiento fogoso brota en mi cerebro. Quito de

inmediato este pícaro pensamiento de mi mente cerrando la puerta.

—¿Te apetece tomar algo? —le pregunto.

—Ok. ¿Qué es lo que tienes? —Me encuentro exactamente en la cocina cuando su

pregunta llega a mis oídos.

Miro en la nevera. Maldita sea. Dos cajas de leche, tres huevos, unas tiras de beicon, y el

resto solo aire.

—¿Un vaso con leche? —pregunto avergonzada desde detrás de la puerta del frigorífico.

Me ruborizo al sacar un poco la vista y chocar con esos ojos que me hacen sentir una

mezcla de ilusiones, dudas, pasión y miedo cada vez que se encuentran con los míos.

Está exactamente del otro lado de la isla, observándome.

—¡Mejor agua! —contesta volviendo a cruzarse de brazos. Saco un vaso del

armario.

—¿Quieres un cubito de hielo?

—Ok —me contesta, y al mismo tiempo abro el congelador.

¡Oh, no! De nuevo... ¡Sorpresa! No hay hielo.

—Es que... ¡Lo siento! No tengo hielo. —Mi boca tartamudea.

—Está bien, no te preocupes. —Siento que me muero de vergüenza—. ¡Que sea sin

hielo!

Lleno el vaso con agua directamente del grifo. Él sigue en el mismo sitio, observándome.

Me parece ver que está conteniendo una sonrisa. Dios mío, ¿cómo me puede intimidar

tanto este hombre? Un calor se apodera de toda mi cara. Siento cómo me quema las

mejillas. Rodeo la isleta con el vaso, apenas controlo la agitación de mis nervios, que

hasta se puede observar claramente en el meneo del agua.

—¡Aquí tienes! —digo extendiendo la mano con el vaso—. ¡Y lo siento, de verdad! —

me excuso.

—¡No te preocupes, de verdad! —Nos miramos unos segundos y la conexión de

nuestras miradas hace que nuestros ojos chispeen con ansia—. ¿Estás enfadada

conmigo? —pregunta a la vez que coge el vaso y siento una descarga eléctrica en el

momento en que sus dedos se rozan suavemente con los míos.

Ay, por todos los santos, ¿cómo podría enfadarme con un hombre como tú, que intimida

tanto? ¿Qué eres? ¿Una estrella de cine? ¿Un famoso cantante?

—Bueno... es que... —Otra vez balbuceo—. ¿Por qué tendría que estar enfadada?

—Porque... —Parece que no soy la única que se pone nerviosa—. Porque las mujeres

se enfadan a veces.

—Ah, ¿sí? —Mi frente se arruga. ¿Es lo único que le pasó por la cabeza o habla en serio?

—Bueno... Creo que no quise decir esto. —Rectifica y vuelve a estropearlo de nuevo—.

¡Aunque todas las mujeres se enfadan! ¡Y muy a menudo!

¿Por qué cree que todas somos iguales? Yo me veo diferente. Lo miro con la boca abierta

mientras él bebe un poco de agua. Oh... Se me escapa un corto jadeo al ver el contacto

de sus labios con el cristal. Deja el vaso encima de la isla; después, frota con el ápice de

su dedo el labio inferior. Es tremendamente sensual.

—Me refiero a otras, porque tú eres diferente —dice, y acerca su cuerpo lentamente al

mío—. ¡Nunca te compararía con las otras, si eso es lo que estabas pensando!

¿Y ahora qué? ¿Está leyendo mi mente? Su acercamiento hace que una calentura baje

lentamente por mi columna. Está demasiado cerca de mí y siento que ante todo este

forzudo cuerpo empiezo derretirme. ¿Cuánto mide? ¿Un metro ochenta? ¿Más?

Conmigo a su lado parecemos del cuento de «La bella y la bestia». Lo diferente es que él

es una bestia encantadora.

—¿Todas las mujeres que tuviste se enfadaban contigo? —pregunto.

Se aleja de nuevo cruzando los brazos. Me examina pensativo. Ahora cambio de táctica.

Se muerde el labio sabrosamente. No sé cuánto puedo aguantar más sin tocarlo.

—Sí... todas —contesta tranquilamente.

—Probablemente solías descuidarlas.

Sonrió dándole la espalda, camino hacia el salón rápidamente y observo que él se me

acerca.

—¿Tú te sientes descuidada? —me pregunta, y mi corazón se contrae.

—Oh... no hablaba de mí —contestó rápidamente.

¿Quieres saberlo? Pues sí, desde luego, me estás descuidando.

¿Qué pasa? ¿Tienes sexo solo en los días pares? ¿O los impares?

—¿Por qué te pones nerviosa? —Siento su respiración en mi pelo.

—¿¡Yo!? No, para nada. Te recuerdo que tú fuiste quien empezó a compararme con las

otras mujeres que pasaron por tu cama.

Mi corazón prácticamente convulsiona. Una imagen de él con otras mujeres se posa en

mi cerebro. Empiezo a recoger unos sobres y recibos de la mesita que está frente al sofá.

—¿En mi cama? —Suelta una carcajada—. Ninguna pasó por mi cama — aclara.

—Entonces... ¿Todas te llevaron a su casa? ¿Cómo yo? —pregunto, y la mímica de su

rostro cambia misteriosamente. Me quedo observándolo, curiosa, con todo el montón de

papeles en la mano, esperando su respuesta, que parece tardar en inventarla. La

conversación empieza a ser interesante, impetuosa. Cada gesto que está haciendo

despierta todavía más curiosidad dentro de mi ser.

—Mmm... ¡Te dije que lo tuyo es diferente! —Sonríe con picardía.

—¿Lo mío? ¿Ahora todo esto es solo mío? —resalto irritada—. ¿Y tú qué? ¿Eres mi

maestro sexual?

Le doy la espalda y sigo recogiendo aún más papeles. Es impresionante la forma que

tiene de pasar de un tema a otro, evitando responder. Creo que es la segunda o tercera vez

que lo hace.

—Lo siento, no era eso exactamente lo que pretendía decir. Aunque lo de maestro sexual

me encanta cómo suena. —Me coge por la cintura atrayéndome de espaldas hacia su

pecho.

—¡Oh, claro! —Lo miro de reojo—. ¿Hoy qué vamos a practicar? ¿La postura del

perrito? ¿La cucharita? ¿O me enseñarás a chupártela?

Suelta una carcajada en mi oído mientras sus manos empiezan a bajar por mi vientre

hasta la pelvis. Presiona más abajo y siento que mi cueva se dilata, se prepara para abrirse

ansiosa para recibir su dulce embestida como un niño que babea a la vista de una piruleta.

Mierda... ¿Por qué no puedo controlar mis impulsos ante él? Siento su respiración en mi

pelo... aumenta, se vuelve loca estimulando hasta el último nervio de mi cuerpo, que me

va conduciendo por un camino delirante, desplomándome en un diluvio de sensaciones

sensuales.

—Me gusta tu voz —murmura—. Suena apasionante.

—¿¡Apasionante!?! —pregunto—. Mmm... No sabía que podía alterar a los hombres

solo con mi voz.

—¿Los hombres? —Su voz suena latosa—. ¿Hay más?

Quise girarme hacia él, esta vez malhumorada, pero sus manos me detuvieron con un

apretón de hombros. ¿De verdad cree que hay más?

—Sí —contesto—. Hay varios vecinos bien apuestos que me saludan por la mañana en

el ascensor. Ah... Y contándote a ti, por supuesto, que apareces de vez en cuando como

Peter Pan.

Sus manos bajan de nuevo. Esta vez observo cómo arruga mi falda en sus puños. ¿Tiene

celos? Por el gesto de sus manos parece bastante molesto.

—De acuerdo, princesa, entiendo la indirecta—. Sube las manos por mi vientre—. Solo

estaba bromeando —afirma—. ¿Y ahora tenías planes para ir a algún baile?

—Ah, ¿es por mi vestimenta? —Sonrío—. Mi vecino de al lado me pidió encontrarnos

en el ascensor para explicarle en qué consiste un traje de danza —me río a escondidas.

—¿Qué te parece si yo también te acompaño? Así te ayudo con la presentación. —

Escucho una suave risa a mi espalda.

—No creo que sea una buena idea —agrego ebria por el ardor de sus manos, que se

deslizan sedosas por mi cuerpo—. Soy... —Toda mi piel se eriza—. Soy bailarina. Más

exactamente, profesora de danza. —Continúo—. Y, por cierto, solo en Sweet me hago

llamar «princesa», yo...

—Eres muy especial... Dulce, sensible, a la vez que combinas tu valentía con la

curiosidad. No hay muchas mujeres como tú... —murmura—. Mmm... Y también eres

bailarina —agrega con un tono bromista.

—¡Evolet! —Respiro con fuerza.

Me gira y mira fijamente mis labios. Uf... El color de sus ojos se intensifica, relucen

satisfactorios.

—¿Qué has dicho?

—Que me llamo Evolet.

Creo que me olvidé de respirar ante su mirada atontada. Seguro que no se esperaba que le

soltara mi nombre así, sin más. Aunque hay algo que... No sé, parece como

si no

estuviera sorprendido por mi nombre... Bueno, serán alucinaciones mías, este hombre

siempre sorprende cuando crees que no lo hará.

—¿Te acuerdas de las reglas de nuestro pacto? —Su rostro se entristece—. No quiero

que lo nuestro se acabe —confiesa.

—No me importan más las reglas, y si tú no quieres...

¡Lo nuestro no acabará! —murmuro temblorosa, y siento una sensación de miedo

apoderándose de todo mi cuerpo.

—Jayden... Yo soy Jayden —agrega ronco, seductor, hechizándome totalmente.

¡Jayden! Oh... ¿Por qué todo de él es tan perfecto? Jayden, Jayden... ¿Qué pasa, Evolet?

¿Por qué repites tanto su nombre? Sacudo mi cabeza para que se vayan todos mis

pensamientos fuera y así poder regresar a nuestro momento.

—¿Pasa algo? —me pregunta, curioso por mi reacción.

—No. ¡Solo quiero que acabemos de jugar uno con el otro! —Desvió la vista hacia otro

lugar.

Me mira un instante y, sin decir nada más, coge mi rostro entre sus manos y empieza a

besarme. Lo hace con gusto, apetencia, despiadado... Su lengua profundiza dentro de mi

boca con desespero, buscando la mía. Tiene un sabor, delicioso. Todos mis músculos se

contraen y el deseo empieza a estimularse dentro de mi cuerpo. Quiero que me haga

todas esas cosas que solo él sabe cómo hacer despertando un placer fascinante que

recorrerá toda mi ser por dentro, pero, antes de todo, quiero que hablemos, quiero saber

que el juego ha acabado, que me confirme que está de acuerdo con lo que yo quiero.

—Eres preciosa, Evolet —susurra—. Lo sabes, ¿verdad?

—Aha... —Quedo con los labios entreabiertos, ansiosa por probar más de su sabor.

—Evolet... —repite gustosamente mi nombre—. ¡Eres única!

Muerdo el interior de mi mejilla escuchando cómo acaricia cada letra que compone mi

apelativo.

—Creo que exageras —agrego, y me dirijo hacia la ventana, alejándome de él—. ¡No

quiero más juegos! —exclamo de nuevo.

—Creo que desde la primera noche que decidimos vernos en aquel bar, hemos dejado de

jugar, Evolet —contesta con seriedad. Nuevamente, por su tono de voz me

doy cuenta de

su cambio; del hombre afable pasa a la otra faceta de sobrio y tieso.

—¿Entonces por qué no podemos comportarnos normal?

—Es mejor que no hablemos de esto ahora —propone con firmeza—. ¡Ven!
¡Siéntate

aquí! —exige señalándome con la mano el sofá.

Me quedo mirándolo. ¿Por qué no quiere contestar a mi pregunta?

—Evolet... ¡Ven! —Vuelve a pedírmelo con sus formas de controlador.

Nunca pensé que mi nombre pudiera sonar tan verdaderamente sexi, aunque lo

pronunció con su aire de hombre intimidante. Mi vista se posa en su rostro por un

momento... solo un momento, porque se me acerca llevándome hacia su pecho

bruscamente.

—¿Por qué siempre esquivas mis preguntas?

—No creo que sea necesario hablar de eso ahora. —Su voz parece preocupada.

Deposita un suave beso en la comisura de mi boca. Después, sus labios, cuidadosamente,

bajan por mi cuello. ¿Cómo puede ser tan brutal un minuto y completamente delicado el

siguiente?

—¿Por qué no? —vuelvo a preguntar, aunque su boca empieza a despertar otros

intereses en mi cuerpo.

Se aleja unos pasos, quitándose su chaqueta sin dejar de observarme con profundidad.

Lleva una camiseta blanca que define bien su tórax, de manga corta, que también me

permite admirar sus fuertes bíceps donde posa un hermoso tatuaje de tipo tribal. Hasta

puedo pensar que trabaja en las fuerzas especiales. ¿Qué es? ¿Un soldado? Sus labios tan

suculentos y apetecibles curvan una ligera sonrisa.

—¡Ven a sentarte! —Esta vez me lo pide con suavidad.

—¡No pienso sentarme! —Me cruzo de brazos frente a él.

—¡Ahora sí estás enfadada! —Sonríe.

Abro los ojos, impresionada. Este hombre no está en todas sus facultades mentales. Me

viste y desviste de todo tipo de emociones, emperejilándome hasta el fondo de mi ser.

Maldita sea, me desconcierta al mismo tiempo que mi perspicacia grita ardiente por él.

Yo también creo que empiezo a zascandilear por su mismo universo.

—¿Por qué te ríes? —pregunto absorta en sus labios tan suculentos.

—Porque eres adorable, aún más cuando te enfades.

—Estás loco... Jayden.

—Loco por ti... Evolet.

El tiempo se paraliza y un ardiente calor patina por mi espalda. Su mirada muestra un

color fulgente, saciando cada uno de mis sentidos. Se lanza como un salvaje hacia mí,

atrapando mi rostro entre sus manos; empieza devorar mi boca, afanoso, insaciable.

Nuestros labios se unen en un baile de movimientos, como si no existiera otro beso más

que el nuestro.

—¡Te deseo, Evolet! —replica entre jadeos agitados—. Cada minuto sin ti me enloquece

—confiesa, y mi corazón tiembla.

Baja de la barbilla por mi cuello, dejando un camino caliente de caricias. Me hace gemir

por el placer producido. Mis nalgas están pegadas al cristal de la ventana y mis pechos se

endurecen con la fiebre que sofoca su cuerpo. Prácticamente me desquicio en su fortaleza

musculosa. Mi corazón late perturbado, lo escucho en mis oídos pidiendo más y más

placer. Toda yo necesita este placer, pero mi subconsciente se despierta frenando mi

necesidad demente.

—¿Hasta cuándo seguiremos así, Jayden? —pregunto agitada—. ¡No quiero sufrir! ¡No

quiero que me hagas daño!

Me tiene sujeta por las muñecas, aplastadas contra el cristal, que refleja el flujo de

nuestras siluetas entre la oscuridad de la noche y la iluminación suave del salón. Levanta

su vista penetrando sus ojos hasta el fondo de mi iris. Mis piernas tiritan al mismo ritmo

que mi alma. Tengo miedo de que la satisfacción carnal que despierta en mí llegue a

herirme.

—¡Nunca te haré daño, Evolet! —Su voz refleja miedo y sus ojos seguridad—. ¡Nunca!

Agarra mis muslos, exactamente por debajo de mis nalgas, alzándome; enrosco mis

piernas de sus caderas y los brazos los envuelvo alrededor de su cuello. Mi ser se debilita

ante su encanto, avivándome el más profundo sentimiento de pasión perdido entre mis

células. Enciende parte por parte de mi cuerpo con el delicado toque que ejerce su boca

por mi garganta hasta el boquete de mis pechos. Lo besa, lo lame, lo acaricia. Cómo

frenarlo cuando en realidad lo deseo. Las dudas desaparecen y las ganas de vivir el

momento me ayudan a deleitarme en él. Olvidamos quiénes somos, de dónde venimos o

a dónde vamos, derrotando los miedos y la desconfianza.

Paso la mano por su oscuro cabello, atrapando con mi vista su potente mirada, que me

transmite promesas y seguridad. No puedo evitar hacerlo. Adoro cada gesto de él. No sé

si el destino prescribió fantasías en nuestros caminos al alzar, o fuimos escogidos para

delirar juntos en el lienzo de la historia. Deseo probar cada pedazo de su cuerpo, sentir la

agitación que se revuelca en su respiración cuando roza mi boca ansiosa por paladear su

sabor. Me deja sentada en el sofá. Lo miro cómo se arrodilla ante mí, sacándome de uno

en uno los calentadores de baile. Sus dedos se deslizan suavemente por mis piernas hasta

mi húmeda vagina, que se contrae deseosa. Con las muñecas empuja mis muslos,

abriéndolos de lado a lado. Paso la lengua por mi labio inferior, atrayéndolo hacia dentro

de mi boca, conteniéndome el jadeo en una mordedura. De un solo intento abre los

botones de mi maillot, dejando a la vista solo el trozo de tela azul de mi braga. Con los

pulgares, empieza acariciar sedoso, exquisito, y no me resisto a no estrechar

mis piernas.

Me envía una mirada intrigante que llega como un pulso hacia mí,
haciéndome

desfallecer. Cierro los ojos, buscándome dentro de mi juicio, pero su voz me
avisa de que

no hay nadie más que él.

—¡Quiero que me mires, Evolet!

Su voz suena punzante, imponente. Aprieta mis rodillas con sus fuertes
manos

produciendo un nudo en mi garganta.

—Me gusta ver cómo tu mirada goza ante mis caricias —replica, y se
levanta.

Se dirige hacia la isla de la cocina. Abre mi portátil y yo lo miro curiosa. No
entiendo qué

es lo que quiere hacer. Empieza a sonar una canción y procuro captar la letra,
que poco a

poco achica todos mis sentidos. Es Miley Cyrus, *When I look at you*. Cruzo
mis piernas

admirando al hermoso hombre que se me acerca cauteloso. Me sonrío. Se
quita la

camiseta, dejando su escultura bronceada relumbrar adorable. Su tatuaje se
extiende

desde el brazo izquierdo hasta el pecho. Me derrito ante él como un cubo de
hielo

olvidado en el sol.

—¿Quieren decir algo estos versos? —escondo una sonrisa avergonzada entre mis

manos.

Se coloca a mi lado, enroscando los dedos en mis rizos.

—No. —Levanta mi rostro con suavidad—. ¡Solo quiero que la sientas! —Se muerde el

labio inferior, haciendo que se me escape un suspiro—. ¡Y que me mires siempre,

Evolet!

—¿Por qué?

Como siempre, no hay respuestas a mis preguntas. En cambio, recibo sus labios sedosos

en otro beso que activa de nuevo mis sentidos. Empieza a acariciarme con sus manos por

todas partes; mi vientre, mi cintura, las piernas... Ah... todo mi cuerpo se tensa. Lo hace

con suavidad, provocando en mí excitación. Se deshace de inmediato de mi maillot,

dejándome en ropa interior. Desliza las tiras del sujetador por mis hombros,

mordisqueándolos uno a uno. Regresa a mi boca inhalando cada suspiro saliente de mi

interior. Mi corazón se desboca. Muerde uno de mis labios, después hunde toda su lengua

dentro, con desesperación, otorgándome el más pasional beso. Yo le contesto con el

mismo afán. Sus manos empiezan a descender por mis piernas, haciéndome sentir una

oleada de éxtasis por debajo de mi abdomen. Me mira sonriente al sentir lo húmeda que

está mi parte más sensible. Acaricia con suavidad mi sexo y yo me arqueo con fogosidad.

Quita mi sujetador, desazonando con sus dientes mis pezones; los recorre con besos

húmedos, excitantes, y me hace ensortijar de placer. Baja la mirada a mi cintura

despojando el último trozo de tela que le impide ver entero mi cuerpo desvestido. Me

dejo caer de espaldas, disfrutando el ajetreo estimulante de su lengua, que saborea mi

pelvis, prolongando más mi delirio.

—¡Mírame, Evolet!

La sangre me borbotea en las venas sintiendo uno de sus dedos dentro de mi vagina. Me

arqueo gimiendo, y sus ojos disfrutan contemplando cómo me retuerzo de placer al

mismo tiempo que tengo que seguir mirándolo. La música cada vez la escucho más lejos

y nuestros delirios nos envuelven en una burbuja sin pensamientos o preguntas, sin

pasado o futuro, solo nosotros... Él y yo.

Me levanta como una muñeca y me sienta encima de su regazo. Sujeto su rostro en mis

manos y me acerco para besarlo; ahora yo tengo el poder de halagarlo. Le muerdo el

labio inferior y siento su respiración incrementarse. Se le escapa un corto jadeo y coge

mis nalgas entre sus manos, aferrándome más a él, haciendo sentir entre mis piernas la

excitación de su miembro. Beso su cuello en un recorrido hasta su oído, donde mi

respiración jadeante eriza su piel. Introduce sus manos por debajo de mi pelo y empieza a

acariciar mi espalda de arriba abajo. Lo beso, lo muerdo, le chupo la punta de su lengua

haciéndolo otra vez jadear. Su pecho vibra de placer. Introduzco la mano por dentro de su

pantalón y me encuentro con todo su esplendor a punto de explotar. Me apodero de su

miembro y lo acaricio despacio con el pulgar; es húmedo, firme, y late encolerizado a mi

tacto. Su vientre se contrae, pide a gritos mis movimientos. Veo cómo pierde el control

del cuerpo, crispándose turbado. No le gusta ir a mi ritmo, perdiendo sus límites; le gusta

el control, dominarme a su manera de hombre dominador e imponente.

Levanta mis nalgas dejando resbalar mi vagina encima de esa dureza. Un

dolor mezclado

con satisfacción hace que gima, un orgasmo se abre poco a poco adentro de mí. Paso mis

manos por sus hombros dejándolo llevarme a su ritmo. Mi cabeza la inclina hacia atrás

para permitir que se vea bien la excitación en mi vientre. Arqueo, aprieto y otra vez

arqueo hasta estallar los dos en un apogeo lleno de placer. Jayden no para. Me coge por la

cadavera, clavándome con más fuerza en su miembro, hasta lo más profundo,

embistiéndome con su elixir. Gimo, grito y me remuevo hasta que toda mi naturaleza se

debilita, cayendo en su pecho.

—Evolet, eres realmente irresistible —susurra agitadamente, y yo sonrío vergonzosa a

escondidas en su pecho.

—¡Mírame! —Levanta mi rostro llevándolo frente a su boca.

Nos miramos el uno al otro, tan desconocidos y a la vez tan familiares.

—¡Te quiero pedir que confíes en mí! Tal vez en algún momento te haré daño... —

susurra—. Pero... será porque intentaré protegerte. ¡Nunca lo olvides!

—¿De quién?

Atrae mi cabeza a su pecho, acariciando tiernamente mi pelo.

—¡De todos! ¡Hasta de mí si es posible! —sentencia.

Capítulo 4

Esta mañana mi reloj se olvidó de sonar, o tal vez yo misma lo apagué y no me

acuerdo. Llevo sin ver a Jayden desde el lunes y hoy es viernes, exactamente tres días sin tener ninguna noticia de él, y el desconsuelo me devora por dentro.

Toda la noche estuve maltratando mi mente. Mi cerebro se divide entre verdad e

incertidumbre. Ahora lo odio y mañana, si aparece, lo amo. No puedo parar de

preguntarme a mí misma otra vez.

¿Por qué hago esto? Estoy atrapada en un desequilibrado globo como una gota de lluvia

que al tocar el suelo se expande. He perdido toda la capacidad de soñar, de correr, de

conocer el mundo. Soy una prisionera detenida entre minutos, horas, días de espera. La

desesperación me enloquece y cuando él aparece me transformo en una sumisa derretida

por su amo. Mi juicio se bloquea y el espíritu que baila entre nuestras almas me hace

renacer, volar hacia otras lejanías.

Maldita sea. Encima de que me desperté tarde la carretera está llena. Hoy, evidentemente,

no es mi día. Saco el móvil y llamo a la señora Anderson, la directora del colegio. Le

explico lo que está pasando. Llegaré un poco tarde y no quiero que se preocupe nadie.

Menos mis niñas pequeñas, que seguro que se inquietarán al no verme. Ellas pintan mis

mañanas de colores. Son las que me rehacen pedazo a pedazo después de destruirme sola

por la noche. Cada una aporta algo a mi supervivencia como un agrupamiento de tonos

que forman el arco iris.

—¡Señorita, señorita! —gritaron todas al verme entrar por la puerta.

Me arrodillo y dejo caer mi bolso y la chaqueta al suelo; estiro mis brazos para poder

estrechar a mis bailarinas. Todas se aferran a mi pecho con ternura; ellas no tienen culpa

por mi descuido. Seguro que apagué la alarma sin darme cuenta. Me dejé llevar por mi

pesadumbre, olvidando mis obligaciones. Me siento muy culpable.

Pero... ¿Dónde está mi dulce Laya? Busco entre mis niñas y no la veo.

—Señora Anderson, ¿falta alguna niña? —pregunto temerosa, y con la mirada vuelvo a

buscar a mi niña con caracolillos de oro.

—Ah, creo que no. —Se gira buscando por la sala.

En un rincón de la clase está sentada de espaldas estrechando sus rodillas entre los brazos.

Su coletita está enroscada en un caracol rodando por su columna.

—Laya... ¿Qué estás haciendo aquí sola?

Su carita blanquecina la tiene escondida entre las rodillas y su respiración resopla triste.

Me siento a su lado.

—Señorita... —dice lloriqueando—. ¡Pensé que no volvería a verte!—. Se limpia los

moquillos con el dorso de la mano.

—¡Oh! Eso no va a pasar, mi niña. —Le seco las lágrimas que bañan sus rosados

mofletes.

—¡Mi mamá está muy malita en el hospital! —replica entre sollozos.

—¿¡Tu mami!?! ¿Qué le está pasando a tu mami, princesa?

—¡No lo sé! —contesta, y comienza de nuevo a llorar.

¿Pero qué está pasando? Una niña tan pequeñita expulsando tanta tristeza y yo aquí a su

lado sin saber cómo ayudarla. ¿Cómo podré hacerlo cuando a mí misma no me puedo

amparar? ¿Qué habrá pasado con su mamá? ¿Y su padre? ¿Qué es de él? Dios, hazme

entender cómo un corazón tan pequeño puede sufrir algo tan grande, y yo aquí sin poder

hacer nada.

—Laya... mi princesa, tu mami se pondrá bien. —Respiro hondo—. En el hospital los

médicos la cuidarán muy bien. ¡No llores, pequeña!

—¿Y por qué no puede tomar sus polvos en casa como siempre? —Se limpia los

moquitos con el dorso de la mano.

¿Los polvos? ¿De qué polvos me está hablando?

—Y tu papá, Laya, ¿dónde está? —pregunto enseñándole la más débil sonrisa, la única

que le puedo mostrar.

—¡Yo no tengo padre! —Otras lágrimas resbalan por sus mejillas.

—¿¡Qué!?! —Mis ojos se abren más de lo normal.

Un dolor encorvado se esconde en mi alma, mi cuerpo se desmorona y siento que mi

respiración se corta, sofocándome por dentro. Desconocía totalmente que esta niña

inocente vivía tanto sufrimiento. Conozco a la mujer que la cuida, siempre la trae y la

recoge, pero había pensado que sus padres nunca vinieron por cuestión de trabajo.

—Yo... no tengo padre, señorita —murmura, triste.

—Oh, Laya... ¡Lo siento mucho!

La miro con angustia. En sus ojos todo el brío se apagó como una estrella que se escurre

del cielo disminuyendo poco a poco su fosforescencia, convirtiéndose en nada. Es triste

igual que una mariposa que contonea desesperadamente sus alas cuando pierde su

polvareda. Me gustaría hacerle aún más preguntas, pero su tristeza me estanca... Es solo

una niña.

¿Cómo puedo ayudarla? Maldita sea, este es uno de los días peores, y no tendría que

vivirlo.

De repente, en mi cerebro se cruza una idea que tal vez podría funcionar. No... estoy

segura de que es una mala, muy mala idea, pero ahora mismo me encuentro en una fase

en la que todo mi ser delira amnésicamente. Lo único que puedo hacer es enseñarla a

calmar su pena con la danza, enseñarle mi propio método, el que me ayudo sobrevivir en

esta injusta y desgraciada vida.

—Laya, ¿te apetece bailar? —Me mira desorientada—. Hoy vamos a pasar de la clase de

ballet, haremos algo diferente. ¡Confía en mí! La danza siempre ayuda recomponer

nuestras fuerzas. —Me pongo de pie y con el dedo le doy un toquecito a la nariz, le guiño

un ojo y le sonrío—. Abriremos las ventanas y bailando arrojaremos toda la tristeza a la

calle.

—Al final consigo hacerla sonreír.

Me posiciono en el medio de las niñas. Hoy les enseñaré cómo bailar sin ningún tipo de

técnicas. Simplemente, bailar.

—Chicas, os voy a enseñar otro tipo de baile. Un baile que nos...

Mi voz se corta, y un escalofriante pensamiento me rasga desde la cabeza hasta los pies.

La puerta de la sala se abre bruscamente. Entra la directora del colegio, acompañada de

otras dos personas.

—¿Señora Evolet? —pregunta un hombre en traje negro acompañado de una mujer

rubia—. Señora Evolet, somos de servicios sociales.

—¡Señorita! —corrijo—. ¿En qué os puedo ayudar? —Me cruzo de brazos.

—¿Podemos hablar un minuto fuera de la clase? —Señala con la mano izquierda hacia

el pasillo.

Respiro hondo mientras veo a mis pequeñas que se mueven de un pie a otro con sus tutús

rosas. Ellas no se dan cuenta, pero yo presiento que algo mal sucederá. Laya.
Es lo único

que me viene a la cabeza. Aprieto mis labios dentro de la boca mirando cómo
Laya, a mi

derecha, está jugando con las manos en la espalda y torciendo la punta del pie
en círculo.

Está asustada.

—¡Ahora regreso, chicas!

Salgo de la sala cerrando la puerta tras mi espalda. El hombre de traje sujeta
entre sus

manos un sobre grande color blanco. A su izquierda tiene a la mujer, que tal
vez es su

compañera, y a la derecha a la directora Anderson. Cruzo mis brazos a la vez
que levanto

mi pierna izquierda apoyándola en la parte trasera de la rodilla derecha y
quedándome

con todo mi contrapeso en una sola pierna. El señor de traje negro cuyo
nombre

desconozco —y tampoco me interesa mucho— me mira por debajo de sus
pestañas. No

es que me hubiera hecho algo, pero solo la forma en la que mastica el chicle,
tan

descarado, y su forma de mirarme de arriba abajo, presuntuoso, me provoca
náuseas. Lo

detesto antes de que empiece a hablar.

—Señora Jackson Evolet...

—Señorita —rectifico.

—Soy el señor Foster, de servicios sociales. —Saca una foto del sobre.

—¡Eso ya me lo habías dicho! —replico, y cambio de pierna; ahora tengo levantada la

derecha apoyada en la izquierda.

El señor Foster vuelve a mirarme los pies. Parece incomodarle.

—Ok. —Él también cambia su chicle de un lado a otro en su boca—.

¡Queremos que

nos conteste a unas preguntas!

—¿Qué tipo de preguntas?

—¿Conoce a esta mujer? —me enseña una fotografía con un rostro pálido, con ojos

azules y pelo rubio.

Mi respiración aumenta. Laya se parece bastante a la mujer del retrato. Pero también en

su figura me parece tener algo familiar. Ahora mismo no recuerdo verla...

¡No lo sé! Hay

algo en ella que me hace pensar que la conozco. Sus ojos parecen aterrorizados como si

estuviera frente a una película de terror y alguien le estuviera tomando esa fotografía por

sorpresa.

—¡No! —Niego también con la cabeza.

—Es la madre de una alumna de su clase, Laya...

—Ah... Pues no, no la he conocido todavía —lo interrumpo.

—Os dije que solo la vi yo el día que pagó la matrícula de su hija —agrega la señora

Anderson—. ¡Después nunca volvió!

—¿Y quién pagaba los recibos mensuales? —pregunta de nuevo el señor...
¿Cómo se

llamará el de traje?

Verdaderamente es muy agrio.

—La cuidadora de la niña mensualmente me pasaba un cheque, y después yo se lo

entregaba a la señora Anderson —le explico.

—Aha... —persiste arrogante sin un gramo de compasión.

—¿Alguna pregunta más? —Dejo descansar las dos piernas en el suelo.

—No. ¡Ahora nos tiene que sacar a esa niña de su clase porque nos lo tenemos que

llevar! —Cambia su chicle de un lado a otro.

Mis ojos se agrandan ante lo que acaba de decir. No creo que hablara en serio.

—¿Hacer qué? —Arrugo mi ceño.

—Señorita Jackson, por desgracia nos tenemos que llevar a la niña a un centro de

acogida de menores —dice la señora rubia, que hasta ahora no se le escuchó ni la

respiración.

—¿Queréis que abra esta puerta y saque a una niña a la que hace media hora me encontré

llorando por no saber de su madre para entregarla a vosotros como un peluche y llevarla a

no sé dónde? —Los fulmino a los dos con la mirada—. ¿Creéis que podéis jugar así con

los sentimientos de una niña de cinco años?

—Hacemos nuestro trabajo, señorita Jackson —replica la rubia con un tono desagradable.

—¿Y qué es de su madre? —pregunto—. ¿Está enferma? ¿Qué es lo que pasa?

—La cuidadora de Laya la encontró muerta en el baño por una sobredosis de droga. —

La rubia me explica la situación—. Parece que la madre de la niña tenía graves

problemas desde hace muchos años —agrega.

Me quedo muda como un retrato. Un pensamiento me lleva hasta la niña. Me acuerdo de

que tampoco tiene padre.

¿Y ahora qué? ¡Joder! Siento que me estalla la cabeza.

—¿Y el padre? —sigo preguntando—. ¿Qué se sabe de él?

—No hemos venido a contestar a sus preguntas, señora Jackson. —El señor de traje de

nuevo quiere mostrar su carácter miserable.

—¡Señorita! —insisto, con el mismo sarcasmo que él utiliza.

—De momento, desconocemos si hay otro familiar que se pueda hacer cargo de la niña

—responde su compañera educadamente después de arrojar una mirada de desprecio a

su compañero de traje—. ¡Todavía se está investigando, pero de momento nos tenemos

que llevar a la niña, señorita Jackson! ¡Lo sentimos! Tampoco son fáciles para nosotros

estas situaciones —afirma con tristeza en el rostro.

Me quedo mirando cómo mueve la mandíbula el señor del chicle. Verdaderamente

miserable. ¡No lo guanto! Quiero que se dé la vuelta y salga por la misma puerta por

donde ha entrado.

—¿Y si se quedara conmigo hasta que se sepa algo concreto de su familia?

El señor de traje suelta una maliciosa sonrisa.

—No puedes hacer eso, Evolet. —La señora Anderson se planta a una corta distancia de

mí y me murmura su opinión—. Te vas a meter en problemas, Evolet.

—¿Por qué?

—Quién sabe en qué estaba metida su madre —protesta—. ¿Por qué te
quieres

entrometer en las cosas de otros?

—Porque esa niña es inocente, no tiene culpa de todo esto, señora Anderson
—acentuó

ásperamente su nombre.

Me mira confundida y se le escapa un resoplido de molestia. No entiende por
qué me

estoy metiendo en un asunto que no tendría que importarme. ¡Pero Joder! Si
no la

hubiera conocido, tal vez actuaría de manera indiferente, pero ¿cómo puedo
dejar a una

niña tan pequeña sola para que se la lleve quién sabe a dónde el señor
miserable,

arrogante y antipático?

—Señorita Jackson, me temo que no se puede quedar con la niña hasta que
no se decida

por un tribunal.

Claro, ¿cómo no? La rubia me hace recordar que en este país se tiene que
respetar la

maldita ley. Y, por supuesto, se aplica solo para los débiles como yo, que los
criminales y

los traficantes de drogas andan disfrazados de clase alta paseando sin moral
por el centro

de Manhattan disfrutando de su maldita gloria. Mi subconsciente se despierta

y recuerdo

que también el desgraciado que provocó aquel accidente desapareció sin dejar ningún

rastro.

Siento cómo mi sangre hierve de rabia. Tiro de la única horquilla que me tiene sujetado el

pelo en un moño y lo dejo caer en una cascada ondulada encima de mi espalda y mis

hombros. El señor de traje lame uno de sus labios de una forma bastante asquerosa y

malsana. Siento cómo su mirada empieza a fantasear con mi cuerpo. Mmm... ¿Quién

diablos se cree? No sé cómo llegó a trabajar para los servicios sociales, porque no tiene

ninguna pinta de ello.

—Ok, señora...

—¡Llámame Lili! —contesta la rubia, que es lo suficientemente agradable como para

soportar a un compañero de trabajo como el señor de traje.

—Lili... —Respiro hondo—. Voy a traerte a Laya, pero déjame acabar la clase, por

favor. ¡Tal vez sea su última vez!

—No creo que sea una idea... —intenta replicar el mismo grosero de traje negro.

—Estoy totalmente de acuerdo, señorita Jackson —agrega Lili amablemente dándole un

codazo a su compañero.

—Creo que la señora Anderson no tendrá ningún inconveniente en enseñaros la cafetería,

así podéis esperar cómodamente.

La señora Anderson me clava una mirada de ¿qué estás haciendo?, pero yo le regalo una

bonita sonrisa y, sigilosamente, entro en mi sala.

* * *

—Señorita, ¿por qué me tengo que ir con esta gente? ¿Dónde está Amelia?

Buena pregunta. ¿Dónde estará Amelia, la cuidadora de Laya?

—¡Te prometo que todo estará bien! —le aseguro, aunque yo tampoco me lo creo.

—¿Pero por qué no me puedo quedar contigo, señorita?

—Porque... —maldita sea, necesito llorar—. ¡Te prometo que vendré a verte! —La

abrazo con todas mis fuerzas—. ¡Te lo prometo, Laya!

Lili la ayuda subir en el coche, le coloca el cinturón de seguridad y se acomoda al otro

lado de Laya en la parte trasera. El conductor no es otro que el mismísimo señor de traje

negro... Sí, el señor Foster, ahora recuerdo su nombre. ¡Un imbécil! Me quedo mirando

cómo el coche azul se pierde en el tráfico junto con mi pequeña mariposa.
Una lágrima

se me desliza suave por la mejilla. Me duele saber que una criatura tan
pequeña sentirá la

misma soledad que muchas veces siento yo. Saco mi móvil del bolsillo de la
chaqueta.

Entro en los contactos y busco el número de mi hermana. Suena una vez...
dos veces...

La tercera también, y después me salta el contestador. Vuelvo a marcar, pero
esta vez le

envió un mensaje escrito.

Para Catalina:

Necesito que me hagas un favor, pero lo tenemos que hablar personalmente.

Llámame en cuando puedas.

Un beso.

Evolet.

14:00 p.m.

Subo al coche y arranco el motor, y a la vez se enciende la radio
automáticamente. Una

canción todavía más triste que yo hace que me eche a llorar. Maldita vida de
mierda.

Grito y golpeo con toda mi ira el volante. Sé que nadie me escucha, y si me
escuchara

alguien no entendería cómo el dolor engulle toda mi esperanza arrojándome a

un

precipicio vacío. Giro a la derecha entrando por la Broadway; colores, carteles,

aglomeración... todo me remueve agitándome como la arena en una clepsidra: mi

pasado, el hoy y el mañana, imágenes absurdas como un rompecabezas que tiene

mezcladas las piezas y no sabes cuál escoger primero para empezar tu juego. Pero esta

vez yo soy la pieza que se perdió por algún lugar y sin mí el destino no puede escribir una

nueva historia para la vida. Exactamente así me siento, como si a mi vida le faltara no

solo la alegría, sino que también le hace falta la fuerza, y por último la esperanza, que la

perdí mucho tiempo atrás.

Giro a izquierda, de nuevo a la derecha totalmente despistada. Al final, me detengo frente

a un restaurante: Vaucluse. Mi estómago me recuerda que no comí nada hoy. Ruge

hambriento. Como desperté tarde, no tuve tiempo tampoco para desayunar, y después lo

de Laya... Ah, mi Laya. Dejo escapar un último suspiro mientras miro el letrero donde

pone *East 63rd Street*. No me acuerdo de haber venido alguna vez por esta calle. Entro e

inmediatamente me recibe un afroamericano con una sonrisa muy agradable.
Miro a lo

largo y veo una sala enorme, elegante, con muchas ventanas, espejos,
mantel blancos y

sofás en color café. Me encanta el sitio.

—¿Una mesa solo para usted, señorita?

—Sí —contesto sin parar de admirar el sitio.

—¡Sígame, por favor!

El camarero me conduce amablemente a una mesa de dos personas, cerca de
la entrada.

Estoy casi sentándome cuando veo a mi derecha a una pareja de enamorados.
Algo se

sacude dentro de mí.

—¿Le importaría si me sentara en una mesa al fondo de la sala? —Me mira
un poco

desconcertado, pero aprueba sin ninguna contrariedad.

Al fondo de la sala todas las mesas están desocupadas. Podría elegir
cualquiera, pero me

siento en una esquina con una vista preciosa de la ciudad a mi izquierda.

—Aquí tiene la carta, señorita. —Me sonrío—. ¿Le traigo algo para beber
antes? —

pregunta.

—Creo que miraré primero la carta y, dependiendo de lo que elija, pediré
también la

bebida. Gracias.

Con la misma sonrisa agradable con la que me recibió se da la vuelta dejándome un

tiempo para mirar la carta. Aunque estoy muy apartada y nadie me puede ver, yo sí

puedo seguir observando cómo la parejita enamorada se transmite adoración solo con el

simple gesto de mirarse. Eso es el amor. Dejo salir un fuerte lamento para contenerme y

no llorar.

Saco mi móvil, abro la página Sweet, Chat, J. C. Estoy mirando en blanco, quisiera

escribirle, pedirle que venga, contarle todo que me pasa, que me siento sola, y lo más

importante, que lo necesito. Pero pulso el botón «Desconectar» y dejo el móvil encima de

la mesa, pero en cuestión de segundos empieza a vibrar. Mi alma da un salto. Miro

ilusionada la pantalla, pero la decepción en mi cara aparece en cuanto leo el mensaje.

De Catalina:

¿Qué ocurre?

En la comisaria tengo un caso especial, si no es nada urgente, mañana podemos comer

juntas.

Espero respuesta.

Un beso.

15:30 p.m.

Para Catalina:

¡Ok, perfecto!

Mañana te veo.

15:32 p.m.

—¿Puedo tomarle la comanda, señorita?

—Oh, disculpe, me he distraído con un asunto personal. ¿Podría esperar otros cinco

minutos?

Vuelve a sonreírme con una dentadura perfecta.

—No hay problema. —Se retira.

Abro la carta y le echo un vistazo, pero unas risas de felicidad retumban en mis oídos.

Miro por encima de la carta; los enamoraditos siguen ahí en la primera mesa disfrutando

de su felicidad. Cierro la carta. Vuelvo a coger mi móvil, abro la página de Sweet.

«Conectar Chat», J. C.

Princesa: *No sabes cuánto te necesito.*

Princesa: *Podías...*

Esto no tiene sentido. ¿Por qué me martirizo tanto? Salgo rápidamente de la página

Sweet, pero en la pantalla me aparece enseguida un nuevo mensaje.

J. C: Yo también...

J. C: Demasiado.

J. C: Intento solucionar.

J. C: Un problema bastante delicado.

J. C: En este momento lo único que me gustaría.

J. C: Es estar contigo... princesa.

Una sonrisa se curva en mis labios. Mi vista se pierde entre las letras del mensaje. Repaso

una vez, dos, tres, seis veces el mensaje. No puedo creer que me haya contestado.

Princesa: ¿Te puedo ayudar con algo?

J. C: Sí. Pensando mucho en mí.

J. C: Igual que yo hago.

Muerdo mis labios y siento mi corazón como si quisiera saltarse de mi pecho.

J. C: ¿Dónde estás?

Princesa: Salí a comer.

Princesa: En el restaurante Vaocluse.

J. C: Mmm... Princesa: ¿Qué pasa, lo conoces? Princesa: Yo lo encontré por

casualidad.

J. C: ¿Estás sentada en uno de esos sofás de la ventana?

Princesa: Sí. Exactamente al fondo de toda la sala.

J. C: ¿Qué llevas puesto? Oh... ¿Y esto a que viene ahora? Princesa: Un vestido azul,

corto.

Princesa: Con una chaqueta negra por encima.

J. C: Suena muy tentador.

Me río y mis mejillas empiezan arder.

Princesa: ¿De qué hablas?

Princesa: ¿Quieres instigarme por el chat?

J. C: No era esa mi intención.

J. C: Pero lo podía intentar.

El deseo que siento por él se despierta de repente. No podría describir las mil sensaciones

que entran y salen de mi cuerpo con solo saber que está ahí en algún lugar escribiéndome

estas cosas.

J. C: ¿Qué te parece si empiezas a tocarte?

Princesa: ¡Tocarme!? ¡Estás loco! ¿Cómo hacer eso en un restaurante?

J. C: ¿Tienes mucha gente alrededor?

Princesa: No. No hay nadie.

J. C: ¡Entonces, tócate!

Princesa: ¿Por qué haría eso?

J. C: Para sentirme cerca. ¡Hazlo!

J. C: Imagínate que lo hago yo.

Princesa: Verdaderamente, estás loco

Esto es una locura, nunca hice esto. De repente revive en mi mente momentos compartidos juntos. Mis rodillas se frotan una con otra. Sujeto el teléfono con una mano

y con la otra acaricio suavemente mis muslos, me dejo llevar e inesperadamente siento

como si él estuviera aquí recorriendo mi cuerpo con sus propias manos.

J. C: Lo haces muy bien, Evolet.

Princesa: ¡Me haces reír! No hago absolutamente nada.

J. C: Sííí. Lo estás haciendo muy bien.

J. C: ¡Sigue! ¡No pares!

Princesa: ¡Creía que íbamos a dejar los juegos de lado!

J. C: Bueno, esto es un juego inofensivo entre los dos.

J. C: ¡Y sé que te gusta!

Este hombre me va a hacer perder del todo mi sensatez. Me muerdo el labio

mirando

hacia el camarero, que está recogiendo la mesa de la pareja de antes. ¡Joder!
No me di

cuenta de cuándo salieron. Mi respiración aumenta, y mis pechos empiezan
endurecerse.

Me acuerdo de la forma en que él muerde mis pezones y se remueve en mí
aún más

deseo. Podría jurar que está aquí haciéndolo, y sin poder contenerme mis
dedos van a mi

sexo. Lo acaricio oprimiéndolo en círculo como él me lo había hecho muchas
noches;

froto y mi respiración se acelera. Me olvido completamente de dónde estoy y
cierro los

ojos. Siento cómo me humedezco imaginándome que es él el que me hace
todo esto.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Mierda. Me sobresalto asustada como si me hubiera pillado.

—Sí. No. Es que... Estoy perfectamente bien —tartamudeo agitada.

Me mira atontado. Sé que no me cree, pero no le puedo decir que estaba a
punto de tener

un orgasmo en un restaurante.

—¿Al final le traigo alguna cosa para comer?

Oh... Me comería algo, pero en esta carta no está disponible,
desafortunadamente.

Maldita sea, otra vez mi subconsciente.

—Pues creo que... —Siento que toda mi cara arde de vergüenza—. Creo que se ha

hecho muy tarde para comer, vendré otro día. Gracias.

Recojo mis cosas y salgo corriendo antes de que mi teléfono pueda provocar que haga

otra locura en mi vida.

Capítulo 5

Suelto una maldición por lo ocurrido hace cinco minutos y subo al coche. Mi

respiración todavía sigue agitada bajando y subiendo mi pecho como si hubiera

corrido en una maratón. No puedo creer que me hiciera esto... Y yo lo seguí...

Joder... Seguí su locura. No sé qué es peor, lo que acabo de hacer dentro del restaurante

o si me hubiera arrepentido en caso de no hacerlo. Tengo que admitir que desde aquella

noche en la que acepté arriesgarme a conocerlo todo cambió: mi vida, yo, absolutamente

todo... Nunca he hecho una locura como esta... Y de nuevo estoy dándole vueltas a la

cabeza, la frustración me provoca sentirme mal, peor, indescriptible, a la vez que mi

subconsciencia se ríe, está radiante, contento por cómo obedezco ante él sin ningún

intento de frenar mi estímulo, simplemente lo sigo, aunque conscientemente sé que en

algún momento toda esta locura me podrá lastimar.

Princesa: *¡Te estás equivocando!*

J. C: *¿Seguro?*

Princesa: *Sí.*

J. C: *Pues no sabes lo que te estás perdiendo.*

¡Gilipollas! No me perdí nada... porque todo lo que tú me propones, inconscientemente

me conecta a tu fantasía mental, tú y yo en una frecuencia delirante.

Princesa: *Tengo que dejarte, voy a conducir.*

Sin esperar respuesta, me desconecto del chat y dejo el teléfono en el asiento de al lado.

Arranco el coche y me pierdo por el tráfico junto con mis pensamientos y la música

puesta. Ahora por la tarde tengo clase de danza contemporánea, pero no me siento capaz

de asistir después de una mañana tan cargada, así que prefiero irme directamente a mi

casa. Todo el camino pensé en Laya, Jayden, mi hermana... en mí.

Entro en mi piso, dejo las llaves encima de la isla junto con el móvil, pongo un poco de

música en el portátil y empiezo a desnudarme dejando un rastro de ropa esparcida por el

suelo mientras camino hacia el cuarto de baño. Abro el grifo para llenar la bañera con

agua calentita, también echo casi medio frasco de gel con olor a cítricos para formar

espuma y regreso casi desnuda de nuevo a la cocina. Busco en uno de los armarios algo

dulce. Encuentro un tarro de Nutella que, sin pensarlo mucho, me llevo al baño.

Me sumerjo en el agua, que me llega por debajo del ombligo; apoyo la cabeza en el

borde de la bañera, oliendo el sabroso olor a chocolate. Se forma una composición entre

la música que se escucha distante con el sonar del agua que sigue corriendo. También mi

olfato empieza a mezclar el olor de los cítricos con el delicioso aroma de Nutella en una

combinación exótica.

Cierro los ojos y empiezo chupar empalagosamente mi dedo, deleitándome con la

delicada y esponjosa crema, mientras mi subconsciente despierta deseoso haciéndome

fantasear. La forma en que succiono el chocolate me hace recordar su boca, su cuello, su

piel... Recuerdo todo de él. Sigo chupando despacio, caprichosa por su gusto, quitando

hasta el último rastro sucio de Nutella, y de nuevo vuelvo sumergir mi dedo

en el tarro, y

nuevamente chupo y lamo el chocolate, sintiendo el sabor aún más intenso en mi boca.

El agua sigue subiendo, le queda muy poco para llegar a mis pechos, acariciándolos con

la suave espuma y el olor a cítricos.

El teléfono me hace salir de mi ficción. Dejo la caja de chocolate encima del lateral de la

tina y salgo del agua. Enrollándome en una toalla blanca escucho cómo el teléfono no

para de sonar. Parece muy insistente. Voy corriendo hacia la isla donde había dejado el

móvil y al mirar la pantalla mi ceño se frunce.

—*¡Hola, señora Robinson!*

—*¿Evolet?*

—*Sí... ¿Qué es lo que ocurre?*

—*¿Estás enferma? Te llamo porque no sé qué pasa contigo. Faltaste a las clases de*

danza contemporáneo el miércoles y hoy tampoco te presentaste. ¿Te pasa algo,

querida?

—*Pues... Verá, señora Robinson. No me he encontrado muy bien, y además tengo unos*

problemas que...

—¡Evolet, espero que arregles tus cosas rápido porque te necesito en el Contemporary

Dance! —Su voz suena alterada—. *Vamos a participar en el primer Festival de Danza*

Contemporánea.

—¿De verdad? —sonrío impresionada—. *Me alegro, señora Robinson...*

—¡Tienes que empezar a prepararte, Evolet!

Mi sonrisa se esfuma de inmediato. No entiendo qué es lo que tengo que preparar.

—¿Cómo que me tengo que preparar?

—Tú eres la elegida por el comité de profesores. *Bailarás en el Chicago.*

—¿Qué? Verá, señora... *creo que es una equivocación, porque yo...*

—Tendrás que preparar una coreografía con la música de Loreena McKennitt, *Tango To*

Évora .

—Es que veré... *Yo no puedo...* —De nuevo me interrumpe sin importarle mi opinión.

—¡Sí puedes, Evolet! *¡No hay más que hablar!*

—No, no... *De verdad que yo no puedo...*

—¡Nos vemos el lunes, querida! —*Me cuelga.*

¡MALDITA SEA! Pero... ¿cómo se les pasa por la cabeza que yo pueda bailar en el

Chicago? ¡JODER! Me siento en el sofá con las manos cruzadas pensando...

¿Y ahora

qué?

¿Cómo saldré de esto? No puedo negar que me gustaría hacerlo, es lo que soñé durante

años, exactamente cuando aprendí mis primeros pasos de *ballet*. Soñé triunfar en los

grandes escenarios. Pero ahora no lo puedo hacer... Es imposible... imposible. ¿Y cómo

bailar la música de Lorena Mckennitt? Es una gran artista, efectivamente, pero yo no creo

que... Mierda, el grifo, olvidé el grifo abierto. Me levanto y me dirijo hacia el cuarto del

baño para cerrar el agua, pero no adelanto más de unos pasos cuando el timbre de la

puerta me hace cambiar de trayecto.

¿Ahora quién más molesta? ¿El director de Chicago me quiere convencer de que no

tropezaré en su escenario? ¡Absurdo!

—¿Quién es?

—¡Abre, Evolet!

—¿¡Qué!?! —pregunto confundida por lo imprevisto de la situación.

No. No. No. Empiezo a recoger todas mis prendas tiradas de por el suelo y siento que mis

piernas se aflojan. ¿Por qué siempre hace lo mismo? Siempre llega sin avisar,

poniéndome bastante nerviosa.

—¡Evolet, abre! —De nuevo su voz exige al otro lado de la puerta.

Me aproximo y al abrir la puerta no me da tiempo ni de respirar ante él cuando me salta

encima besándome con bestialidad, anhelante, haciéndome desfallecer de placer... el

mismo placer que solo él sabe derramar en todo mi ser. Me anega la boca con la dulzura

de sus ávidos labios, mi cuerpo se desnuda de las penas y la sangre empieza hervir en mis

venas. Siento la fuerza dolorosa de sus manos, que sostienen mi cuello, apretando. Parece

querer aspirar todo el aire anhelante que se acumuló dentro de mí por su ausencia.

—Jayden, el... grifo. —Sigue besándome—. Jayden, el agua. —Parece comerse cada

sílaba que pronuncio—. ¡Jayden, para ya!

—Te necesito, eres la única que calma mi furia, mis impulsos salvajes, la única que con

solo mirarme frágilmente puede domesticar a esa bestia que se retuerce dentro de mí. —

Una lágrima se resbala por su cara.

Me sorprenden sus palabras, pero al alejarme un paso de él mi conciencia se bloquea, la

respiración se me corta y la gesticulación de mi cara muestra alteración,

intranquilidad.

Todo lo que estoy viendo en su rostro me inunda de miedo por dentro.

—¿Qué es lo que te ha pasado? —pregunto a la vez que inconscientemente mi mano

acaricia una de sus mejillas magulladas.

—Ahora ya no importa. —Sonríe forzosamente—. Contigo el dolor desaparece, tú eres

el alivio de mis condenas...

—¿De qué me hablas? Tienes el labio partido, en el arco de una ceja hay un arañazo

manchado de sangre y uno de los pómulos reluce en colores morados... ¿Y me estás

diciendo que ya no importa? —Alzo la voz—. ¡Me asustas, Jayden!

—Por eso a veces no vengo a verte... porque no quiero asustarte. —Su respiración es

temerosa y sus ojos los veo inseguros por primera vez, débiles—. ¡No quiero perderte!

Todo esto para mí es demasiado y solo él y Dios sabrán la expresión de mi fisonomía,

porque lo que tiembla y grita dentro de mí solo lo conozco yo.

—¿Quién demonios eres? —Mi voz retumba encrespada—. ¿En qué mierda estás

metido?

—No es lo que piensas. Verás... —Se acerca lentamente y pone una mano en

mi mejilla.

—¡No me toques! —grito a la vez que alzo la mano dándole una bofetada que hace

brotar un hilo de sangre en su labio partido.

Me sujeta por la muñeca atrayéndome hacia él. Mi parte racional quiere que me aleje a la

vez que un fuego iracundo en sus ojos me despierta deseos de besarlo, de dejarlo que me

arrastre dentro de su peligro importándome únicamente estar junto a él.

—Evolet... Me siento culpable por ocultarte tantas cosas, pero créeme, eres lo más

divino que me ha pasado en la vida y no quiero... —pronuncia toda la frase con tanto

suplicio, que de nuevo toda mi incertidumbre se esfuma—. ¡De verdad, no quiero

perderte!

Mi corazón se acelera. Siento la necesidad de correr lejos, gritar o pegarle por entrar en

mi vida tan oscuramente, pero por la forma en que me observa con esos ojos me debilito

por completo y no puedo evitar más las ganas y la necesidad de él que se esconden dentro

de mí.

—¡Entonces, demuéstalo! —sentencio.

Siento mis mejillas en llamas por la forma en que su rostro cambia de expresión. Hay

dulzura, amor, rasgos de autoridad... Todo él es una mezcla de emociones. Solo con sus

azules ojos me intriga de tal forma que le cumpliría cualquier deseo oscuro con solo

dejarme entrar en esos pensamientos que proyecta con tanta fuerza en mí. Sí... Me

encantaría poder entrar solo una vez ahí, dentro de sus propósitos, y averiguar ese

misterio... Sí... Ese misterio que esconde y en el que inconscientemente me encuentro

yo envuelta.

—¿Cómo quieres que te lo demuestre? —Se aleja pasando el dorso de su mano por la

mandíbula. Tiene las manos lastimadas, los nudillos están sangrando.

—Te has peleado, ¿verdad? —Arrugo mi frente sintiendo lástima por sus heridas.

—Sí.

—¿Por qué? —pregunto ásperamente.

—Fue una pelea callejera que... —Se corta al ver mi mueca.

—¿Qué?! ¡Continúa!

—Que ahora ya no importa, fue un error nada más. —Se vuelve serio y nervioso.

—¿¡Un error!?! —Me cruzo de brazos enfadada—. Aha...

—Miro sus manos—. Un simple error, dices. —Repito.

—Sí. —Se acerca lentamente enseñándome los puños—. ¡Esto es una tontería, no hay

que preocuparte!

—¿Y cuál fue el motivo por...? ¡Mierda! —Voy corriendo hacia el cuarto del baño.

Olvidé el agua de la bañera. No lo puedo creer, hay agua por el suelo, y en el medio de la

bañera, el tarro de Nutella navega tranquilamente entre nubes de espuma.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Soy un desastre! ¡No hago nada bien!

—Inconscientemente expreso en voz alta mi pensamiento.

Entro corriendo y me resbalo cayendo de rodillas. Joder, joder y otra vez joder... Era lo

que faltaba. Miro de reojo a la puerta del baño; está ahí mirando mi desgracia. Por su

culpa... Sí... Todo esto pasa solo por su culpa.

—¡Tranquila! —Se arrodilla a mi lado—. ¡Te ayudaré a limpiarlo todo!

Me giro hacia él. Estoy sujetando con una mano la toalla en el pecho y la otra la tengo

apoyada en la bañera. Observo un instante su rostro golpeado, pero, aun así, sigue

hermoso, atractivo; cada línea de él es perfecta. Sumerjo la mano en la bañera y saco la

esponja. La estrujo, respiro hondo y lentamente, con mucho cuidado, empiezo a limpiar

las heridas de su cara. Me mira intensamente y se me forma un nudo en el estómago.

—¿Quién te ha hecho esto? —pregunto con compasión—. ¿Por qué os habéis peleado?

—¡Evolet, no preguntes más! —contesta con tono suplicante—. Sé perfectamente que

no te puedo pedir que confíes en mí... pero al menos me gustaría que lo intentaras. Eres

lo más hermoso que tengo y si hay cosas que no te cuento, lo hago por tenerte alejada de

mis problemas —suspira—. Evolet... ¡Inténtalo por favor!

Pronuncia mi nombre como solo él sabe deletrearlo, tan espléndido, sexi...

—¡Lo siento! Pero no entiendo por qué no puedo preguntarte nada.

—¡Te dije que no quiero perderte! —suspira—. Mi vida es complicada y no quiero

arrastrarte a mi mundo oscuro —afirma—. Te lastimaría y no me lo perdonaría nunca.

Estoy atontada. No entiendo ni un carajo de lo que me está diciendo. ¿Por qué me pide

confiar en él cuando él mismo desconfía de mí?

—¿Y esto qué supone? ¿Dejarme en este envoltorio para siempre?

—No. Solo dale tiempo al tiempo, Evolet —sentencia.

—¡Dale tiempo al tiempo! —tartamudeo—. ¿De dónde has sacado esa frase?
—Mi

pulso se acelera—. ¡Contesta, Jayden!

—¡Maldita sea! —Enreda las manos en mi pelo—. ¡Deja de hacer tantas preguntas,

Evolet!

Los segundos se detienen. De nuevo tiene esa mirada salvaje, sádica, inmensamente

furiosa. La forma en que me mira me da escalofríos, me asusta. Posa sus ojos azules en

mi boca y antes de poder formular otra pregunta me besa y me derrite una vez más ante

él.

Tira de la toalla dejándome completamente desnuda. No me queda otro remedio que

olvidarme de todos sus secretos y dejarlo hacerme lo que yo también deseo. Me deja de

espaldas en el suelo inundado. El agua se enfrió y su contacto produce un temblor en mi

cuerpo caliente. Se quita la camisa y me deja tener una visión embriagadora ante su piel

bronceada y suave, y unos músculos magníficamente definidos.

—¡Veo que te gusta la Nutella! —Impresionante cómo pasa rápidamente de un estado a

otro.

—Sí —murmuro con timidez ante sus ojos profundos.

Coge el tarro que se balancea en la bañera e introduce dos dedos dentro del cremoso

chocolate. Me los acerca a la boca.

—¡Complácete para mí! —Introduce los dos dedos dentro de mi boca—.
¡Chúpalos!

Sigue de rodillas mirando cómo chupo el suave y cremoso chocolate. Hago lo que él

quiere. Succiono con dulzura; la sensación que empiezo sentir dentro de mí es

abrumadora. Se muerde el labio inferior, lo excita, lo sé, sus ojos lo traicionan.

Mordisqueo y veo cómo sus pectorales se tensan. Se desliza hacia mi vientre besando y

lamiendo la línea de mi pelvis. Yo sigo a lo mío, sigo deleitándome con el sabroso

chocolate mezclado con el delicioso sabor a él. Oh, él... Solo él sabe activar un volcán

entero dentro de mi ser.

Deja su cuerpo encima del mío y me besa, jugueteando su lengua con la mía; ahora baja

por mi cuello, por mis hombros hasta mis pechos mojados. Muerde y chupa la areola

rosada que forma uno de mis pezones haciéndome gemir.

Después pasa al otro pecho haciendo lo mismo. Me duele, me excita a la vez

que siento

un inmenso placer. Desciende con un camino de besos hasta el ángulo que
une mis

piernas. Separa mis muslos y siento sus pulgares rozar suavemente mi vagina.
Cierro los

ojos intentando mantener la calma.

Se para... Coge el tarro de Nutella, girándolo hasta que el cremoso chocolate
se escurre

en mi obliquo. Contraigo mi vientre por el contacto, hacia dentro, y el
chocolate empieza

deslizarse hacia abajo, hacia mi parte íntima. El resbalón del chocolate es
lento, sedoso,

como un pincel mojado en una mezcla de aceites de ámbar y nueces,
provocando en mí

una intensa voracidad de penetrarme. Pero no lo hace, todavía sigue jugando
con mi

desespero. Empieza a acariciar despacio, con toques expertos mi clítoris
jugoso por la

dulce crema de Nutella. Dejo escapar un pesado y fuerte jadeo y me arqueo
por sus

tocamientos, que cada vez aumentan la velocidad atormentándome. Acerca su
boca y

agarra entre sus dientes la pequeña e inofensiva carne de mi sexo. Tira de ella
sin lástima

a la vez que hinca un dedo dentro de mi cueva para avisarla de que queda
poco para su

embestida. Estoy al límite, siento que no puedo controlarme más, pero aun así él sigue

chupando, mordiendo y clavando esta vez dos dedos dentro.

—¡No puedo más! —exclamo suplicante.

—¡Disfruta, Evolet! ¡Disfruta tu momento!

Siento cómo introduce y extrae los dedos dentro de mi sexo al mismo ritmo de mis

gemidos. Estoy extasiada hasta en lo más interno de mí. Alza su cabeza observando mi

alteración, y sin avisar y sin ninguna pizca de piedad agarra mis piernas con fuerza

poniéndome boca abajo. Mi cuerpo cae chapoteando en el charco de agua que todavía

sigue en el suelo salpicando todo lo que hay alrededor en el momento en que mi cuerpo

impacta con la superficie. Quedo apoyada en los codos con todo el dorso expuesto solo

para él. Inspiro hasta el fondo de mis pulmones; la intensidad está creciendo aún más

dentro de mí porque ahora sé que recibiré lo que estaba anhelando.

Vuelve a coger el tarro de Nutella y traza una línea continua por mi columna agotando

todo el chocolate que había dentro del bote. Despacio pasa la punta de su lengua por la

misma línea dulce y estimulante lamiendo con melosidad, martirizando más y

más mi

hostigamiento al límite de enloquecer. Desabrocha su pantalón empapado y con la

misma crueldad agarra mis caderas, penetrándome con un ritmo decidido. Lo hace con

bestialidad, arrancándome gritos agudos, placenteros. Golpea con salvajismo hasta dentro

de mí, profundamente. Su miembro entra y sale feroz, inagotable hasta que los dos

llegamos a la cumbre de un orgasmo loco, catastrófico, algo propio de dos personas a las

que no les importa nada más que el momento... nuestro momento delirante.

Capítulo 6

—*¡No te vayas! ¿Por qué te tienes que ir?*

—*Volveré... ¡Te lo prometo!*

—*No... ¡No quiero que te vayas!*

—*Dale tiempo al tiempo, Evolet... y las cosas cambiarán... Evolet...*

—*No... No... ¡¡No!!*

Abro los ojos asustada, cegada por unos rayos de luz que entran por la ventana. Solo fue

una pesadilla... Bueno, no... no exactamente eso. Soñé con un momento de mi

adolescencia, algo que sucedió hace muchísimo tiempo y de lo que, con el paso de los

años, el recuerdo se fue lo más lejos posible. Ha pasado demasiado tiempo desde

entonces. Un olor a café recién hecho me inunda el olfato e irrumpe en mis sentidos.

Vuelvo a mirar alrededor y admito que estoy en mi habitación, aunque el olor me

desconcierta. Me coloco rápido una blusa de tirantes y un pantalón corto, y salgo del

dormitorio para averiguar qué es lo que ocurre. Me aproximo lentamente y descubro que

el intruso que preparó el café en mi cocina es el misterioso Jayden. Debo reconocer que

de nuevo consigue sorprenderme. Es la primera vez que no desaparece en la madrugada.

—¿Qué haces tú en mi cocina? —pregunto subiéndome en una de las sillas de la isla

frente a él.

—¡Buenos días, princesa! Por fin has despertado. —Me sonrío—. ¿Café o leche?

—Leche.

—¡Lo sabía! —Me tiende el vaso con leche y él se queda la taza de café.

Lleva puesto solo el pantalón, y el busto sin camiseta. Aunque todavía en su rostro siguen

las horribles heridas, la hermosa sonrisa que me está esbozando lo muestra resplandeciente.

—¿Debo reconocer que eres una caja de sorpresas! —Le clavo la mirada.

—¿Un poco de fruta? —Me enseña el plato con manzana pelada y cortada—. También

te hice una tostada con beicon y huevo. —Vuelve a sonreír.

—¿De dónde has sacado todo esto? —Sorbo un poco de leche a la vez que él bebe de su

café.

—¿Te refieres al desayuno? —Se apoya en los codos observándome atentamente.

—Bueno, quería preguntar que de dónde has sacado el beicon, los huevos, el café y la

fruta.

—Ah, pues como no encontré nada más en tu nevera que tres cajas de leche y todas

vacías... —agrega burlón—, pues tuve que ir a comprar.

—¿¡A comprar!?! —Levanto una ceja sorprendida—.

¿Saliste a comprar y después volviste a entrar en mi casa?

—¡Sí! ¡Volví a entrar con tus llaves! —Gira la cabeza señalándomelas con la mirada en

una esquina de la isla.

Es verdad, yo misma las dejé ahí ayer cuando regresé del trabajo. Me quedo

boquiabierta. Reconozco que estoy asombrada.

—¿Así que saliste a comprar y volviste?

—Sí. Y también compré un tarro nuevo de Nutella —carcajea.

Me mantengo silenciosa recordando lo de ayer. Lo de la Nutella fue más que exquisito.

—¿Y cómo que hoy decidiste quedarte y no marcharte como Spider-Man? —pregunto

mientras muerdo un trozo de manzana.

—¡Me di cuenta de que estar alejado no es protegerte, es más bien hacerte daño! —

responde.

Y de nuevo, no sé cuántas veces ya, me deja asombrada ante su figura sin saber qué más

decir.

—¿Por qué dices eso?

—¿Habrá algún momento en el que dejes de preguntar?

—Se estira encima de la isla, lo suficiente para poder besar una de mis mejillas.

Me ruborizo y dejo escapar un suspiro. Es la primera vez que la bestia que lleva dentro

actúa con ternura, sin brutalidad.

—¿Te molesta que te haga preguntas?

—No —contesta rápidamente—. ¿Puedo preguntarte yo algo?

—Sí.

—¿Por qué no tienes televisor?

Sonrío. Es verdad que no tengo televisor.

—Porque me asusta —suspiro a la vez que dejo la mirada perdida—. No sé...
En la tele

se difumina una mezcla de verdad con mentira, algo que perturba la mente de
la gente. Al

menos eso es lo que siento yo —agrego.

—¿Cómo qué exactamente?

—La violencia... Eso sí es verdad. Pero la ley... la ley todavía es solo algo
superficial.

¿Cuántas chicas son maltratadas y violadas en los callejones oscuros de
Manhattan?

¿Cuántas peleas callejeras se organizan por debajo de los puentes de Nueva
York sin que

nadie llegue a pararlas hasta que terminan en una masacre? Drogas,
prostitución, etc. Es

lo único que se retransmite en la tele, aunque en la mayoría de las veces nadie
toma

medidas. Este es el mismo suceso todos los días en toda la ciudad, aparte,
claro, de las

noticias meteorológicas o las reuniones del presidente, que cambian no
diariamente, sino

a cada hora. —Esbozo una sonrisa sarcástica—. Prefiero el portátil antes que
la tele, me

enseña lo que yo quiero.

—¡Muchos no se involucran por miedo! —exclama.

—¿MIEDO? —pregunto—. Cuando yo tenía solo doce años vivía en uno de los barrios

de Manhattan junto a mis padres y mi hermana. Éramos felices, o al menos eso creía por

entonces. Teníamos un grupo de amigos, cuatro, cinco años mayores que yo. En una

noche violaron a la hermana de mi mejor amigo y... —Meneo la cabeza al recordarlo.

—¿Qué pasó? —Sus ojos muestran tristeza igual que los míos.

—Se tuvieron que ir, se mudaron de aquí a no sé dónde y nunca volví a verlos. Lo dieron

hasta en las noticias: «Chica violada y maltratada en una calle oscura de Manhattan.

¿Qué buscaba una joven a esas horas en aquel sitio...? Bla, bla, bla...»

¿Crees que mostraron algo de miedo en aquella revelación? ¡¡No!!
Prácticamente

mostraron cinismo, indirectamente dejaron caer que, encima, la culpa era de aquella

muchacha de solo diecisiete años. ¡Era muy joven y no merecía aquello! —sentencio.

Una lágrima se me sale por la esquina de un ojo. Suspiro al observar tanta delicadeza en

su mirada marina. Me da cierta impresión de que está de acuerdo con lo que pienso. En

Nueva York todavía huele a dolor y sangre por la noche, y él también lo sabe. Si no fuera

así, no se presentaría en mi puerta con la cara golpeada y ensangrentada.

—Hay mucha injusticia —susurra.

—Desde aquel momento mi vida no fue la misma... no sin él —agrego.

—¿Sin él? —Suavemente levanta mi mentón, obligándome a mirarlo.

—Sí. Ella era la mejor amiga de mi hermana, pero él era algo especial para mí.

Una melancolía me invade de repente por dentro al acordarme de mi mejor amigo, que

era travieso e infantil a la vez, pero con un ánimo ilimitado para hacer a la persona más

desconsolada sonreír. Bajo de la silla alterada por los recuerdos que se despiertan después

de tantos años dentro de mi mente intentando alejarme de Jayden. Es suficiente la

información que le di por hoy. A veces está bien que el pasado quede dentro del alma de

cada uno. Como siempre no me da tiempo, se me acerca cogiéndome por la cintura y me

levanta encima de la isla. Separa mis piernas y coloca sus caderas entre mis muslos.

—¡No te vayas! —Me quita un mechón de pelo de la cara—. ¡Quiero que hablemos! —

Acaricia con su pulgar mis labios—. ¿Lo echas de menos?

—¡Ya no importa!

—¡Contéstame! —Sus ojos arden. De nuevo la furia se ha encendido en su mirada—.

Quiero que me cuentes la verdad. ¿Lo echas de menos todavía?

—Han pasado quince años... ¿Debería seguir haciéndolo? —Respiro hondo —.

¡Éramos dos niños, pero yo creí en su promesa! Una promesa que nunca se cumplió —

sentencio.

Su mirada parece histérica, como si mi pasado lo afectara. Verdaderamente, no entiendo

sus cambios de expresión.

—¿Por qué te afecta tanto si dices que...?

—Ya no me afecta, Jayden —lo interrumpo.

—¿Por qué intentas mentirme si sabes que tu mirada te traiciona?

—¡No es verdad!

—¿¡No!?

—¡Ya hace mucho tiempo que lo superé todo! —Miro hacia otro lado, lejos de su vista

—. ¡Te lo repito, han pasado quince años desde entonces!

—¡Sigo creyendo que me estás mintiendo! —sentencia.

—No... —suspiro—. Lo único es que... —Muerdo mis labios nerviosa ante él.

—¿Qué? —pregunta.

—Tus ojos tienen algo que me hace...

—¿Qué te hacen? —Me levanta la barbilla—. ¡Cuéntame! —Me lo pide con curiosidad.

—¡Me da la impresión de que tú eres él! Tu mirada es... El sonido de mi móvil

interrumpe nuestra conversación. Bajo de la isla, cojo mi teléfono del sofá y contesto. Él

sigue parado al lado de la isla con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y

clavando sus ojos en mí; están embobados, aunque se nota que no por mí. Será por lo

último que le había dicho. ¿En qué parte de nuestra conversación estará pensando? Se ve

muy bien que su mente no está aquí, está en donde, por supuesto, él quiera que esté.

—*Catalina, ¿qué tal estás?*

—*Bien, ¿y tú?*

—*Pues... aquí ... tomando un vaso de leche.*

—*¿De qué me querías hablar ayer?*

—*Oh, te lo cuento luego cuando nos veamos.*

—*Comemos juntas, ¿verdad?*

—*Verás... tengo un caso muy especial y... decidí quedarme hoy en la comisaria. No*

quiero que te enfades. ¡Por favor! Pero no me dejes con la intriga, ¿qué

sucede?

—Bueno, pues...

Jayden sigue en el mismo sitio sin moverse ningún centímetro. Está escuchando

atentamente mi conversación.

—¿Te acuerdas de la niña que te he contado?

—¿Qué niña?

—Mi alumna, Laya. ¿Te acuerdas? ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí. ¡Dime!

—Pues parece que su mamá murió de una sobredosis y los de servicios sociales se

presentaron ayer en mi clase de baile y se la llevaron sin pena alguna.

Todo el rostro de Jayden cambia de repente. La expresión parece encendida en llamas

rabiosas. Está todo hecho una furia y esta vez no tiene ni la más mínima intención de

disimularlo. ¿QUÉ ES LO QUE OCURRE?

—Evolet, ¿qué es lo que quieres?

—Pensaba que podrías ayudarme con la niña. Verás, yo...

—Hermanita, no te metas en los problemas de nadie. Sé lo que pretendes, pero no... no

te voy a ayudar.

—*Catalina, con o sin tu ayuda, sabes que yo no dejaré a esa niña...*

No acabo mi frase cuando Jayden me arranca el teléfono de la mano. Cuelga la llamada,

dejando a mi hermana sin tono al otro lado de la línea.

—¿Qué estás haciendo? —Abro los ojos y la boca de lo sorprendida que estoy.

—¡No permitiré que te metas en problemas de otros...!

¡No! Tú no entrarás en ese mundo —exige autoritario.

—¿Qué? ¿De qué mundo hablas? —Exhalo largamente sacudiendo la cabeza —. ¿Quién

coño te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer? ¿Y qué sabes tú?

—¡Sé más de lo que tú te puedes imaginar! —Añade y se acerca a una corta distancia de

mí—. Y yo soy el que está cada segundo aquí... —Apoya toda la mano en mi pecho—.

El destino escribió mi nombre dentro de tu corazón antes de que tú nacieras —agrega, y

su mirada marina profundiza dentro de mis ojos.

Puedo decir que hasta es capaz de tocar, chupar o morder mi alma con solo mirarme.

¿Quién es este hombre? ¿Está jugando con las palabras o conmigo?
¡Alucinante!

—¿Qué pretendes con esas palabras? —pregunto—. ¿Quieres que me enamore de ti?

—No es necesario. —Con una sola mano me coge por detrás del cuello atrayéndome

hacia su boca—. ¿Quieres que te lo repita de nuevo? ¡Ya estoy dentro de tu corazón! —

agrega mientras me besa tiernamente ambas mejillas.

Me mira lleno de deseo. Mi cuerpo empieza a reactivarse. Baja a mi boca y mi piel se

eriza. Muerde mis labios en un movimiento ágil, después los besa afectuosamente como

si quisiera intentar aliviar el dolor producido, pero de nuevo muerde aún más con fuerza

haciéndome jadear de dolor, placer, satisfacción. Introduce su lengua dentro de mi boca

saboreando mi paladar mi propia lengua. Me besa con coraje, violento, dejándome sin

control. Demasiado irresistible. Bruscamente se aleja y puedo ver cómo de nuevo sangra

su labio. Pasa su índice por la herida, después lame provocador la lesión con la punta de

la lengua. ¡Fascinante!

—¡Nos vemos más tarde! —susurra—. Y no quiero que te metas en problemas

¿entendido?

—¿Qué? —Mi ceño se arruga, estoy bastante confundida—. ¡Estás loco!

—Sí. Por ti... Estoy loco por ti, Evolet.

Agarra su camisa, aún manchada de sangre, y se la pone de un solo movimiento. Yo sigo

mirándolo muda, atontada por sus formas impulsivas de actuar. Se me acerca dejándome

un suave beso en los labios. Después se marcha sin más. ¡No puedo creerlo!
Me

desquicia a la vez que me muero de deseo por él.

—¡Eres una bestia, Jayden! —grito, aunque la puerta se cerró hace más de cinco

minutos.

Este hombre me hace perder la razón. Su forma esporádica de seducirme después de

dejarme asombrada con sus cambios de temperamento no solo me trastorna, sino que me

desorienta completamente, pero creo que su imperfección es lo que más me atrae y me

hace constantemente pensar en él. Vuelvo a sentarme en la isla y sonriente muerdo de la

tostada que me preparo para desayunar. No hay que darle más vueltas a la cabeza, las

cosas están más que claras: está loco y yo estoy loca por él de tal forma que seguiré

delirando en su mundo delirante.

Capítulo 7

Recojo los vasos y el plato de encima de la isla. Los dejo dentro de la pila y

me

giro para pasar una bayeta por la superficie de la isla. Al girarme... sorpresa.

Una SORPRESA inesperada. Una nota pegada en la nevera con un número de

teléfono dice:

Llámame siempre que te apetezca.

*Solo pronuncia la clave después de los tres timbrazos de la llamada:
DELIRANDO.*

Piensa en mí... JAYDEN.

¡Oh, Evolet! Nuestro chico misterioso empieza a sorprender positivamente. Doblo el

papel y lo guardo en el bolsillo de atrás de mi pantalón. Sonrío, y mi alma igual. No me lo

puedo creer... Este hombre acabará por enloquecerme de amor. ¿AMOR? Es imposible

enamorar de una persona como él... Es ¿incomprensible?, ¿complicado? Oh... ¡sí!,

pero es imposible evitar estar a su lado. Y como dicen nuestros antepasados: una mujer,

con el simple encanto de irradiar sonrisas desde su alma adiestra a cualquier bestia. Dejo

todo arreglado en la casa y salgo a correr.

El cielo corre conmigo a la misma velocidad que yo. Mi respiración se acelera y los

músculos se me endurecen cada vez más. El bulevar de Gantry Plaza State Park se alarga

solitario, dejándome paso para recorrerlo. Una ráfaga de aire me adelanta, dejando cada

árbol en movimiento con sus caricias. Llevo días sin correr, pero hoy lo necesitaba.

Siento un proceso que se desarrolla en mi interior sin que yo me pueda oponer. Un

pensamiento me lleva a Laya, después a mi hermana.

Podría jurar que mi Catalina nunca me daría la espalda si yo acudiera a ella para que me

ayudara con algún problema. Hoy su voz sonaba algo anormal y, aunque está muy

ocupada en la comisaría, dudo que me rechace por eso. Hay algo más y lo voy a

averiguar. Paro frente al río River, el que separa Manhattan de Long Island City, saco mi

teléfono y busco en los contactos el número de mi cuñado Daniel. Un timbrado, dos...

Contesta.

—Pero bueno, ¿a qué viene esta gran sorpresa, Evolet?

—Hola, Daniel. Bueno... Sé que ando un poco desaparecida, pero... Sabes que siempre

pienso en vosotros y os quiero un montón.

—¡Lo sé! ¡Nosotros también a ti, Evolet! A ver, cuéntame...

¿Qué pasa? ¿Te echaste algún novio y quieres mi consentimiento? Sonrío tapándome la

boca con el dorso de la mano. Está claro que bromea porque nunca se imaginaría que yo

tenga algo con algún hombre, siempre seré para ellos la pobre niña buena. Observo a lo

largo los rascacielos de Manhattan; el sol parece jugar al escondite entre ellos. Aparece y

desaparece cada vez que una nube lúgubre cruza por encima.

—¡Oh, no! Parece que el destino se olvidó de escribir un romance en el libro de mi vida.

—*¿Entonces escríbelo tú! ¿Te mando un lápiz?*

Los dos nos echamos a reír.

—*Siempre tan bromista, Daniel.*

—*Lo mismo digo, sigues con el mismo sentido del humor, pequeña...*

—*Verás... Te llamé porque hoy hablé con Catalina y me pareció un poco rara... ¿Se*

encuentra bien?

—*Oh, sí. Está la pobre muy triste por el funeral. ¿No te lo dijo?*

—*Mmm... ¿Qué funeral? No me dijo nada.*

—*Tal vez no quiso preocuparte. Murió una vieja amiga de su adolescencia.*

¿Por qué me da la impresión de que me lo escondió intencionadamente? ¿De quién se

tratará?

—*¿No sabes cómo se llamaba su amiga?*

—*Creo que dijo... ¿Amy? ¿Puede ser? ¿Te suena el nombre?*

Mi estado de ánimo cambia de inmediato. Me quedo estupefacta repitiendo su nombre:

Amy... Amy... Mi conciencia empieza a repasar imágenes, recuerdos... todo un pasado

entero.

—*Daniel, te tengo que dejar.*

—*¿Estás bien, nena?*

Sin poder pronunciar palabra alguna, cuelgo la llamada. Guardo el móvil en el bolsillo de

mi sudadera y de nuevo me coloco mis auriculares del iPad. Aunque la música retumba

en mis oídos, yo la escucho lejos. Siento mi alma gritando, le duele mi tristeza. Respiro

hondo y echo a correr hacia no sé dónde solo para poder liberar toda la angustia que me

asfixia por dentro.

Hasta el cielo se enfurece explotando toda su ira en un chaparrón lamentable. Olvidé

subir la cremallera de mi sudadera y la lluvia golpea de frente todo mi cuerpo. El top de

licra en cuestión de segundos se moja y se amolda a mis pechos, y en mi

vientre sientto

cómo la lluvia pellizca mi piel con frialdad. El agua entra por las mallas hasta llegar a mi

braga. Estoy toda empapada.

Amy era la hermana de mi mejor amigo de mi infancia y la amiga especial de Catalina.

¿Por qué no me contó nada?

¡Maldita sea, qué desgracia! Desconocía totalmente que tenían contacto los dos. ¿Y su

hermano? Por Dios... Catalina me escondió a propósito todo.

Llevo corriendo una hora y media bajo la lluvia. El agua fría ha limpiado cada rastro de

mis lágrimas. No pude no llorar, mi conciencia recordó todo... absolutamente cada

recuerdo de mi pasado. Amy, Catalina, Sophia y ÉL... Ellos son mi pasado y pocos,

muy pocos son los que han quedado en el presente. ¿Qué es lo que le pasó a Amy? Con

diecisiete años la violaron y ahora me entero de que ha muerto. ¿Pero cómo ha pasado

esta tragedia? Catalina tendrá que darme una buena explicación de todo esto.

Llego por fin frente al edificio donde vivo y entro con rapidez en el portal. Los cables de

mis auriculares se enganchan en el manillar de la puerta. Intento desengancharlos cuando

siento una mano que me detiene.

—¡Espera!

Suelta el fino cable y deja la puerta cerrarse sola a nuestras espaldas. Es él, el de los ojos

marinos... Su cabello oscuro chorrea gotas de lluvia encima de su frente. Algunas se

deslizan por su rostro, otras caen al vacío. Aunque está mojado, está incluso más atractivo

de lo normal.

—¿¡Llevas traje!?! —pregunto, y él agacha la mirada hacia su pecho.

—Sí. —Esboza una suave sonrisa, forzada diría yo porque en sus ojos leo una tristeza

que nunca había visto.

—¡Realmente hermoso! —declaro mirándolo directamente.

Las puertas del ascensor se abren exactamente cuando estoy a punto de hacerle una

pregunta.

—¡Entra! —exclama de forma manipuladora.

—¿Qué sucede?

—¡Ahora no preguntes, Evolet! —contesta con un tono bastante cortante y hosco.

Pulsa el botón con el número cinco y las puertas del ascensor se cierran. No nos decimos

nada hasta que las puertas vuelven abrirse.

—¿Quieres entrar? —pregunto, girando la llave en la puerta.

—¿Estás preguntando en serio?

—Mmm... —Miro por encima de mi hombro un segundo—. ¡No!

La verdad es que no sé por qué he formulado esa pregunta tan ridícula, pero por primera

vez no solo me desconcierta, sino que hasta me da miedo. Siento que algo va mal y

pienso que ya es suficiente, que últimamente recibo solo malas noticias.

—Entonces, después de ti. —Empuja con la mano la puerta.

Dentro de mi apartamento el silencio es estremecedor. Me aproximo a dejar mi sudadera

encima de la isla de la cocina. Él sigue en medio del salón con las manos en los bolsillos

del pantalón como si no le importara nada el hecho de que toda su vestimenta esté

empapada.

—¿Quieres tomar algo? —pregunto rompiendo el silencio.

—¡No! —contesta con el mismo tono ceñudo.

—Ok —replico en voz baja—. ¿Te quieres sentar por lo menos?

—¡Estoy bien así! —Su voz me hace estremecer—. ¡Tenemos que hablar!

—¿Qué es lo que pasa? —pregunto, y siento cómo mi corazón palpita miedoso.

Por primera vez en tantos meses no me mira. Está nervioso, frustrado, como si tuviera

pánico de algo, y su repentino cambio de tono, áspero, me sorprende. ¿Dónde está el

Jayden de por la mañana que preparó mi desayuno? Sigue en el mismo sitio con las

manos en los bolsillos del pantalón y la americana negra desabrochada dejando bien a la

vista la forma de sus fuertes bíceps marcados por la húmeda camisa azul. Gira la cabeza

de un lado a otro evitándome, reflejando una inmensa tensión.

—¿Sabes...? Quiero pedirte perdón por entrar en tu vida así... sin contarte que...

¿Sabes? He pensado que es mejor que... —Se muerde los labios intentando buscar las

palabras adecuadas.

—¿Qué es mejor? —mi corazón da un vuelco.

El sonido discordante del teléfono rompe la escena. Lo observo esperando atenta a que

me conteste. El teléfono sigue sonando y parece que lo pone aún más nervioso de lo que

está, pero esta vez no me importa quién llama, me importa más lo que él me tiene que

contar.

—¡Contesta a ese maldito teléfono, Evolet! —grita, pasando las manos por su

cabello

mojado.

El teléfono para de sonar y, aunque estamos a un par de metros de distancia uno del otro,

veo en su mirada la furia colérica que perfora dentro de él. No sé qué es lo que le pasa,

pero como nunca lo había visto así, debe ser algo muy serio. Y de nuevo, el teléfono

suená. Una vez... dos veces... tres. Me mira fijamente y veo cómo a través de la mirada

parece exigirme contestar. Trago saliva por mi garganta y me animo a contestar sin mirar

la pantalla del teléfono.

—¿¡Diga!?

—¡Ey!... ¿Qué pasa, nena? ¿Sigues viva?

—Hola. Bueno, más o menos. ¿Y tú qué tal?

—Bien. Me gustaría verte.

Jayden me mira atentamente. Su mirada marina parece delinear cada torsión de mis

labios a cada palabra que pronuncio.

—Ah, a mí también me gustaría verte —agrego, y los ojos de Jayden se entornan.

Parece que de nuevo algo no le gusta. Su mirada se oscurece aún más.

—¿Te parece si quedamos hoy en el club?

—Ok. ¿A las once te parece bien? —Acepto de inmediato porque sé que va a insistir.

—¡Perfecto! Ahí nos vemos, bonita.

—Un beso, luego nos vemos —Cuelgo rápido para volver a la conversación de antes.

No me apetece mucho salir justamente esta noche después de enterarme de la muerte de

Amy, pero por otro lado creo que será mejor ver a la única amiga que me queda, Sophia.

Llevo demasiado tiempo sin salir y la verdad es que necesito cambiar un poco de aires.

—¿Tienes una cita? —pregunta dándome la espalda.

¿Qué? Me sorprende por su pregunta. ¿Se supone que tengo una cita con otro hombre

cuando yo me muero por estar solo con él?

—¿Estás preguntando si voy a salir con otro hombre?

—Sí.

—¿En serio? —No me contesta.

Sonríó sarcásticamente. No me lo puedo creer. ¿Me quiere confundir más de lo que

estoy? Primero viene con su aire galán a maravillarme con un desayuno sorpresa,

después desaparece como algo normal y propio de él. Vuelve sin avisar

arrojando humo

por los ojos de furioso que está sin explicarme por qué, él sabrá. Me pide disculpas por

entrar en mi vida no sé cómo y ahora pregunta como si fuera una mujercita que cambia

los amantes como los niños los juguetes. ¿En serio? Otra vez me hace hablar conmigo

misma, como una desquiciada perdida en otra galaxia.

—¿Sabes qué? —Me aproximo—. ¡Estoy muy cansada de tu maldita forma de ser!

Levanto la voz como él se permitió hacer hace unos minutos en mi casa.

—Evolet... ¡Contesta a mi pregunta! —Él también se adelanta hacia mí—. ¿Estás

saliendo con otro hombre?

—¿Quieres saberlo? —respondo enfurecida y llena de incertidumbre.

Pero esto es el colmo, por quién me está tomando. ¿Cree que puede venir aquí cuando le

apetece, aturdir mi vida y hasta pensar que hay otro hombre? Sigue avanzando hacia mí

hasta que se detiene justo a unos centímetros de mi boca. Al sentirlo tan cerca mi cuerpo

empieza a alterarse. Me revuelve todo, pero mantengo firme mis párpados escondiéndole

la conmoción que me produce.

—¡Sí! —Me coge por los hombros con presión— ¡Quiero saberlo, Evolet!

—No puedo creer que desconfíes de mí a la vez que pretendes que yo confíe en ti. —

Frunzo el ceño—. ¿Pero qué diablos crees, que ahora me enrolló contigo y después de

que tú te largas llega otro? ¡Idiota! —le gritó soltándome de su aprisionamiento.

—¡No lo sé, Evolet! Hoy tuve un día horrible y... ¡Lo siento!

—¿Sabes qué? —Me giro hacia él—. ¡Se acabó, maldita sea! —grito mientras la ira se

enciende en mis ojos—. ¡Sal de mi casa!

Me siento disgustada, utilizada y dolorida. Yo fui la que decidió conocernos aquella

noche. Yo. Joder, ¿dónde tenía la cabeza? Me dejé llevar por su mirada, sus besos, la

forma en la que me tocaba; todo de él me hizo perder el juicio permitiéndole entrar en mi

vida. Ahora, esto pasa por mi imprudencia.

—¡Tienes razón! —exclama—. Creo que es mejor que me vaya. Siento que hago las

cosas muy mal, así que... —Se corta—. ¡Lo siento, Evolet!

Lo miro un instante con aquella mirada de desear pisarlo con mis pies, de hacerlo sentir

lo mismo que yo siento: dolor, desesperación, y a la vez... amor. Sí, amor, maldita sea.

Me enamoré como loca de él. Estoy enamorada de un desconocido, por eso no soy capaz

de tomar una decisión y arreglar toda esta locura.

—¡Vete! —Abro la puerta de mi casa—. ¡Ahora! ¡Y no vuelvas nunca más!
—le grito

—. ¡Nunca, Jayden!

Asiente con la cabeza saliendo como una tormenta. No intento ni siquiera arreglarlo.

Salió sin ninguna dificultad. Dios... Él en ningún momento sintió algo parecido a lo mío.

Para él fue simplemente un juego... Fui la princesa de Sweet. No me lo puedo creer, y

aun así... Sé que le dije que se fuera y estoy demasiado enfadada, pero en mi corazón

hay algo tan fuerte que quiere que vuelva y, si es posible, que sea ¡AHORA MISMO!

Capítulo 8

Me siento en el suelo apoyada con la espalda en la puerta, hundo la cara en mis rodillas y siento que mi mundo se viene abajo; empiezo a llorar. No podría explicar qué fue exactamente lo nuestro... ¿Un juego? ¿Un romance loco?

¿Una canción de amor con un final triste? No sé qué fue, pero puedo decir que lo que

siento ahora es algo extraordinariamente fuerte dentro de toda YO. Es como

si respirara

solo por una mitad de mi corazón, y la otra mitad alguien se la hubiera
llevado lejos, a

donde yo nunca la podré alcanzar.

No sé cómo me pude dejar llevar de esa manera y llegar a ser tan viciosa por
un hombre

que ni siquiera conozco bien. Será porque es el único hombre que, con solo
sentir el olor

de su presencia, me hizo bailar entre los sueños... Sueños que años atrás se
rompieron en

pedazos de tristezas y decepciones; pero él, solo con la brisa de su mirada
marina fue

capaz de rehacerlos de nuevo llenándome de esperanza. Pero ahora nuestros
recuerdos, a

causa de tantas dificultades que nos puso el destino en el camino, se han
quedado

atrapados entre el cielo y la tierra como ecos de suspiros. Cada estrella lleva
en su brillo

un cuento; yo llevaré para siempre su recuerdo, lo único que se olvidó dentro
de mi alma

antes de irse. ¿Por qué todos a los que quise tuvieron que marcharse...?

* * *

Estoy frente al espejo mirándome maravillada. No puedo creer que esta sea
yo. Llevo

tantos meses sin ponerme un vestido tan tentador y unos zapatos de tacón tan

altos... De

verdad, me veo magnífica. Es un vestido cóctel de encaje blanco, corto, sin espalda. Los

zapatos también, blancos con pequeñas lentejuelas que resplandecerán con los efectos de

iluminación dentro del club. El maquillaje me encanta. Opté por algo más exagerado

para disimular un poco mi tristeza. Delineé con delineador negro cada ojo de forma

normal, por arriba y abajo del ojo. Después sequé la marca del delineador por la parte de

arriba hasta afuera del párpado formando un ala en la esquina del ojo. Para que resalte

más, exageré un poco la línea con sombra negra y, para finalizar, apliqué un poco de

rímel, que me dejó una mirada bastante atractiva. Los labios los pinté en color cereza y,

por último, me puse una chaqueta de un gris pálido. Con las llaves en la mano, salgo por

la puerta. Si no le hubiera prometido a Sophia salir esta noche, seguramente seguiría

llorando en mitad de la cama, pero, como siempre, la promesa es promesa.

Estoy aparcando el coche a dos calles paralelas al club. Es sábado por la noche y todos

los aparcamientos están llenos. Camino con cautela entre la multitud de personas que

entran y salen del recinto *Delirious Rhythm*, donde quedé con Sophi. Aunque por dentro

mi alma llora, tengo ganas de ver a mi amiga y olvidarme un rato de mi devaneo

romántico. Un portero, después de ojearme de arriba abajo, me deja pasar. En solo un

instante, al abrirse la puerta, siento la euforia que se respira dentro. La música y las luces

parpadeantes enseguida me hacen recordar la cantidad de veces que vine a este club con

mi amiga antes de conocer a Jayden y entrar en su mundo lleno de confusiones y

desconfianza. Camino hacia la barra entre tantísima gente que hay esta noche.

—Sophia...

—Ey, perdida... —chilla ella de alegría.

Ella es mi mejor amiga, la única que me quedó después de que mi chico travieso se

hubiera ido de nuestro vecindario de Manhattan. En esa época, mi hermana también se

alejó de la gente, se pasaba todo el tiempo solamente cantando al piano o con sus

estudios; y yo, como siempre, refugiada en mis pasos de *ballet* o con Sophia. El barrio ya

no era el mismo de antes, el espíritu alegre se apagó en el momento en que Amy sufrió su

desastre y sus padres decidieron llevársela lejos de ahí, aunque no solo a ella, también a

su hermano, el que daba vida a todo mi alrededor. Era más mayor que yo, más

exactamente, tenía unos dieciséis años. Me llamaba mocosa rizada por ser pequeña y

tener el pelo rizado, también se burlaba al verme haciendo mis piruetas e intentando

levantarme de punta.

¿Qué niña no tiene un sueño? El mío era llegar a ser una bailarina famosa. Aunque

siempre se metía conmigo y le encantaba enfadarme, seguía a mi lado ayudándome con

los pasos de *ballet*. Un día se marchó... Sí, se marchó, y nunca volví a verle. La única

que siguió a mi lado a pesar de nuestras mil diferencias fue mi pelirroja... Sí, Sophia.

—¡Me alegro de verte, Evolet!

—Yo también. —Nos damos un fuerte y estrecho abrazo.

—No sabes... ni te imaginas con quién me encontré la semana pasada — exclama

radiante.

—¿Con quién?

Está magnífica, como siempre. Demasiado, a mi parecer. Encantadora y bella, muy bella.

Delgada, pelirroja, de ojos azules, y revoltosa. Le encanta ligar, pero no enamorarse. Se

enamoró hace mucho tiempo, pero se llevó un disgusto tan grande que desde entonces no

repitió.

—Te vas a sorprender. —De nuevo chillaba entusiasmada—. ¡Ven primero!

¡Te voy a

presentar a alguien! Esta noche traigo compañía. —sonríe—. Te presenté a Michael, y él

es... Alan.

—¡Encantada, Evolet! —Estiro la mano y le doy un apretón a cada uno.

No me sorprende, es una costumbre que Sophia ande siempre acompañada. Como dije

antes, es una maestra del flirteo. Los dos son guapos. Alan parece más joven que

Michael. Si eligiera entre los dos, creo que sería a Michael: cuerpo moreno, musculoso,

ojos verdes... Tendrán unos treinta y cinco años, tal vez... Ay, otra vez mi

subconsciente...

—A Alan no te acerques. —Me guiña el ojo.

—No te preocupes. —Sonríe—. No me interesa ninguno, paso de los hombres.

Mmm... Si tú supieras... Saldría ahora mismo corriendo de aquí en busca de mi Jayden

si fuera posible. Se nota que Alan es una presa muy fácil para Sophia. Cómo me la

conozco; le gusta jugar con los más débiles. Así puede tener el control de sus sentimientos.

—¿Qué pasa? ¿Piensas en hacerte monja? —se burla—. ¿Cuánto tiempo vas a seguir

así? —Levanta una ceja—. Llevas una temporada que ni al teléfono contestas, no sales

de casa más que para ir a trabajar. Estás rodeada solo de soledad.

—Hace una pequeña pausa para mirarme un rato largo—.

¡De verdad, me preocupo por tu cambio! —exclama.

—Bueno... mejor sin complicaciones. —Me giro hacia el bar y busco al barman—. Una

Coca-Cola, ¡por favor!

—¡Puedes tener un buen rollo sin amor, amiga! —Suelta una carcajada, sabiendo cómo

es ella.

—Este Alan es un poco yogurín, lo sabes ¿no? —Me río y le corto las ganas de

chincharme.

—Ah... Tú y tus formas de nombrar a la gente. —Frunce el ceño—. Es bastante

atractivo, reconoce que no hay nada de yogurín, como le dices tú.

La miro con cara de risa. Es verdad que Alan es bastante apuesto, pero me gusta enojarla,

y cuando tengo la oportunidad, no me la pierdo.

—¿Y dónde lo conociste? —le pregunto mientras lo señalo con la mirada.

—No te lo vas a creer. —Se acerca a mi oído—. Incumplí las reglas en Sweet. —Esboza

una sonrisa traviesa.

—¡Ah...! —Asiento perpleja al escuchar la palabra Sweet. Me arrepiento muchísimo de

haberle preguntado. Doy un sorbo a mi refresco y casi me atraganto. No me lo puedo

creer.

Siento una ansiedad tremenda que me ronda mentalmente.

—¿Y a Michael? —Vuelvo a formular otra pregunta estúpida—. ¿También lo conociste

ahí?

—Michael es su primo. Vino esta noche para conocerte a ti. —Sonríe.

—¿Qué? —pregunto irritada.

—¡¡Sí!! El tío es bueno... Tu estilo. Es soltero y tú también. ¿Por qué no probar?

—¿Sabes qué? Te ha faltado poco para poner un anuncio en el periódico. No busco a

nadie, Sophi, pareces una chavala de quince años.

Este tío no es ni la mitad de bueno que mi Jayden, digo para mí. Me pongo de lado para

observar a Michael sin que se dé cuenta, pero me encuentro con su mirada, una mirada

cristalina e intensa. Está justo detrás de Sophia. Lleva una mano en el bolsillo del

pantalón y con la otra tiene sujeta la copa. Por la expresión de su rostro parece que, hace

un instante, en su cabeza, hubiera estado imaginándose alguna fantasía lujuriosa. Aprieta

la mandíbula y sigue analizándome con descaro. Sinceramente, me incomoda

demasiado. Tiene algo que no encaja en mi mundo, así que lo esquivo volviendo mi vista

hacia Sophia.

—¡Y tú pareces recién salida del convento, Evolet! —gruñe.

—Bueno... ¿Con quién te encontraste o de quién me querías...? —No acabo mi

pregunta cuando me interrumpe al acordarse.

—¡¡Sí, es verdad!! —vocea—. La semana pasada vinimos también aquí y... ¿Qué

crees? Al ir al baño me choqué con Cooper...

Me atraganto de nuevo con la bebida y palidezco al mismo tiempo. No es verdad lo que

escucho. No. No. No. ¡Esto no puede ser verdad!

—Cooper... ¿Cooper el de nuestro barrio? —pregunto atontada.

—¡¡Sí!! No lo reconocí. Él salía y yo entraba en los baños, y nos chocamos. Entonces él

dijo: «¿Sophia?» —Gesticula con las manos, impresionada—. Y yo le pregunté: «¿Te

conozco?». Y ahí fue cuando se cortó un momento, pero después dijo:

«Cooper». ¡Evolet! ¡Si lo ves, es impresionante el cambio que ha pegado!

Sigo mirándola como una tonta. Todavía no puedo creer que sea verdad. ¿Y por qué no

tuve yo esa suerte de encontrarlo y fue Sophia? ¡Por Dios, qué suerte!

—Evolet, es hermoso... realmente hermoso. Todo un hombre fuerte, musculoso, grande.

No queda nada de ese niño malcriado y burlón que siempre se metía contigo.

—Ah, ¿sí? —murmuro.

—¡Te lo juro! ¡Si no me hubiera dicho quién es, no lo hubiera reconocido!

El corazón me late como el tic tac de una granada. Los pies me tiemblan y siento cómo

un sollozo quiere salir por mi garganta. Me aguanto como puedo y muestro indiferencia

ante Sophia, aunque no estoy segura de que mi rostro lo consiga. Me gustaría preguntarle

algo como ¿qué dijo? o ¿preguntó por mí?

—Hemos hablado un montón —se ríe— ahí en el pasillo de los baños.

—¡Bonita sorpresa! —farfullo.

—¿Qué? ¡No puedo creer que seas tan cínica, Evolet!

—¿Por qué dices eso? —pregunto mientras juego con el vaso en la mano.

—Vamos, Evolet... ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—¿Y qué quieres que diga, Sophi? —Miro hacia la multitud, que baila eufórica—. ¡Era

una niña, no me acuerdo muy bien de él!

—¡¿En serio?! —Me mira de fijamente—. ¿Qué coño estás tomando?

Sonrío al tiempo que le paso el vaso por debajo de la nariz.

—¡Es un refresco, pelirroja, no he venido a emborracharme!

—Ya... No me imaginaba que reaccionarías así, pensaba que te alegrarías —
agrega

decepcionada.

—Sophi, me alegro, pero han pasado quince años, por si no te acuerdas —
suspiro

recordándolo—. Él estaba en la edad de buscar novia y yo era una mocosa
soñadora de

príncipes —le aclaro.

Se queda mirándome asombrada. Sé que no esperaba esta reacción, pero es la
pura

verdad. Giro de nuevo la cara hacia la pista de baile. Miro hacia arriba. Entre
las luces

parpadeantes hay un cubo de cristal grande de unos tres metros de largo y

otros tres de

ancho. Dentro está el DJ. He venido unas cuatro o cinco veces a este club y en todas las

ocasiones admiré este invento. Simplemente es un cubo suspendido en mitad de la sala;

por un lateral hay una pasarela, me imagino que es el único acceso para entrar dentro de

él. Nunca pude ver qué hay dentro, pero ahora hasta puedo jurar que veo una silueta de

pie mirando hacia quién sabe dónde, por no decir que me siento observada.

—Y, por cierto, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Hoy me he enterado de que mi hermana siempre estuvo cerca de él. Y nunca me lo

había dicho.

—¿Qué me estas contando? —Se sorprende.

—Y ahora viene la parte triste —digo—. Parece que hoy asistió al funeral de Amy.

—¿¡Amy!?! —exclama mientras me clava una mirada preocupada—. ¿Murió la

hermana de Cooper?

—Sí. —Asiento tristemente con la cabeza—. No me preguntes cómo, porque no se más.

Se queda cayada, con la vista fija en el vacío.

—¿Qué motivos tendrá Catalina para esconderte todo esto?

—No lo sé, amiga. Pero lo averiguaré.

Suspiro y vuelvo a mirar hacia el cubo de cristal un buen rato.

—¡Evolet, vamos a bailar! —Me da un empujoncito—. ¡Vamos! Sé que es triste porque

conocimos bien a Amy, pero no podemos hacer nada. Además, tienes razón... Tú misma

lo dijiste, han pasado muchos años, demasiados, y nosotras perdimos el contacto con

ellos completamente.

—No me apetece, de verdad. ¡Ve tú! Tal vez baile luego. Me mira insistente.

—Ok. Tú te lo pierdes. —Se arroja en los brazos de Alan. En los altavoces empieza a

sonar Chris Brown, *Turn Up The Music*. Es una canción increíble. La pista de baile se

aglomera en seguida. Todos presentes empiezan a disfrutar del ambiente.

—¡Vamos, guapa, ven a menear ese cuerpo! —me grita Alan mientras Sophia lo arrastra

hacia la pista de baile.

La música se escucha fuerte en toda la sala, entrando en cada corazón presente y

acelerando el ritmo cardíaco. Me encanta este sitio. Sobre todo, la música es variada, y la

gente disfruta bailando. Rechazo la propuesta de Alan con unos movimientos de cabeza y

me apoyo con la espalda contra la barra, mirando cómo Sophia se pierde entre la

multitud. Se ve feliz... siempre lo estuvo. Michael se me acerca dando la espalda a la

pista de baile.

—¿Cómo era tu nombre? ¿Evolet? —pregunta.

Yo ya entiendo por dónde va la cosa. Mmm... Algo típico de los hombres que no tienen

ninguna idea para empezar a conquistar a una mujer. Entendió perfectamente mi nombre

al principio, ahora solo quiere hacerse el tonto para iniciar la conversación.

—Sí —contesto sin ninguna intención de mirarlo.

No quiero parecer desagradable, pero como Sophia ya me avisó de sus propósitos,

procuro mostrarle mi desinterés.

—Me gusta, suena interesante. —Michael insiste.

Sonríó forzosamente al mismo tiempo que me llevo el vaso a la boca para beber un poco.

Prefiero no hacer comentarios.

—Y también creo que tú eres aún más interesante —agrega en mi oído.

Trago saliva al sentirlo tan cerca de mí. Mierda. No me esperaba que se me acercara

tanto.

—¡Te aseguro que te estás equivocando! —contesto—. ¡Soy una mujer bastante

aburrida! Suelta una risotada burlona.

—No te preocupes por eso. —Se pega todavía más a mi cuerpo y me empuja contra el

filo de la barra—. Yo te enseñaré cómo divertirme —añade.

El olor a alcohol y a tabaco me inunda inmediatamente el olfato.

—Creo que estás malinterpretando las cosas —susurro—. No sé qué te han dicho, pero

yo...

—No, no, no. —Esboza una sonrisa sarcástica que me provoca náuseas—. No te hagas

la inocente, he visto cómo me mirabas a escondidas. ¡Estabas deseando esto!
—Pasa el

pulgar por mi mentón.

—¿Pero de qué me estás, hablando? —Pongo mi mano en su pecho y lo
inmovilizo—.

¿Te puedes alejar, por favor? —le pido educadamente.

Me tiene bastante molesta su forma de actuar. No me atrae nada. ¿Quién se
cree?

—¿Y si no lo hago? ¿Qué va a pasar? —Con el índice me quita un mechón
de la cara.

—Mmm... ¿Sabes? —Su intimidante mirada empieza a asustarme—.
¡Hazme el favor

de quitarte! Creo que has bebido más de la cuenta. —Mi respiración aumenta
nerviosa.

Suelta una carcajada maliciosa. Un escalofriante sentimiento me recorre todo
el cuerpo.

Apoya sus manos en el filo de la barra y me atrapa entre sus brazos. ¿Qué
está haciendo

este tipo? No puedo creer que Sophia me haya metido en este lío. Lametea su
labio

inferior fijando la mirada en mi boca.

—¡Tienes un cuerpo muy sexi! —Sus ojos me recorren de arriba abajo con
un deseo

tortuoso.

Lo está estropeando todo. Las ganas que tuve de disfrutar y relajarme esta

noche se han

desmoronado. Sé que está a poca distancia de besarme, lo estoy percibiendo.

—¡Verás, espero que no hagas lo que creo que estás pensando! —le advierto.

—¡Lo que yo te haría ahora te sacaría de tus zapatos de *ballet*! —exclama.

—¿Qué? No sé qué te contó Sophia, pero... —Mi frente se arruga, y con cada segundo

que pasa me pongo aún más nerviosa—. ¡Voy mejor a buscar a Sophi! —digo, pero él

me detiene.

—¡No, no lo hagas! —pide insistente, y su aliento ebrio llega hasta mi nariz.

Giro la cabeza a un lado buscando a la pelirroja que me metió en esto cuando de nuevo

me recorren mil calores... Mis ojos quedan sin parpadear, detenidos en otra mirada

punzante, llena de ira. La respiración la tengo temerosa y mi corazón está latiendo

turbado. Un presentimiento me dice que algo desagradable está a punto de ocurrir. Por un

instante me olvido de Michael, pero no tarda en cometer el error de su vida.

—¡¡No!! —grito al sentir su beso repugnante con un sabor desagradable a alcohol.

Sus labios apenas disfrutan de mi boca cuando veo cómo sale volando por el aire al otro

lado de la barra.

—¡Pedazo de mierda! —Fue todo que pude escuchar antes de verlo volar al otro lado.

—¡Jayden! —exclamo.

Pero no me escucha. Salta la barra y se tira encima de Michael. Estoy desorientada.

¿Cómo llegó Jayden a este club?

—¡Ella no es para ti! —añade, y su puño se hunde en toda la cara de Michael como si

fuera un saco de boxeo.

Tiene una postura fuerte y cómoda que le permite desatar poderosos golpes. Está muy

enfadado. Lo puedo notar en la forma de actuar, aunque es la primera vez que lo veo de

esta manera. Los puños los tiene tan cerrados que los nudillos se ven bien marcados por

la sangre de Michael. El horror empieza a perturbarme. Noto cómo, dominado por su

cólera, no tiene ni un ápice de compasión para detenerse. La música sigue, aunque la

multitud se detiene y miran todos atontados cómo Michael recibe la peor paliza que pudo

imaginar. Estoy de rodillas sobre la barra. No me acuerdo de cuándo había subido y

Jayden empieza a asustarme. Siento un estremecimiento de verdadero pánico por todo

mi cuerpo.

—¡Jayden! —grito—. ¡Jayden! —Pero él sigue sin escucharme—. ¡Jayden, para!

¡Jayden, para, por Dios! —La impotencia me hace estallar en lágrimas.

Todo mi cuerpo tiembla. Tengo miedo, un miedo que me desquicia por todo lo que está

ocurriendo, por mí, por Jayden... Me siento culpable. Si no hubiera salido esta noche tal

vez esto no estaría sucediendo. ¿Pero qué hace él aquí? Dos hombres con trajes de color

negro tiran de sus brazos intentando detenerlo. Son grandes, con porte de guardaespaldas.

Uno de ellos se lanza hacia delante y rodea el cuerpo de Jayden, apartándolo unos pasos

de su oponente.

—Señor Cooper, señor Cooper, tiene que salir de aquí. Nos tenemos que ir —vocifera de

nuevo el hombre—. Señor Cooper...

Me quedo como una estatua. Mis oídos ya no captan nada de alrededor más que su

nombre. ¿Pero qué demonios está pasando aquí? Todos estos hombres están de su parte.

Son sus guardaespaldas, se nota por la manera de protegerlo y la forma de hablarle. Y

toda esta gente se limita solo a mirar, grabar o sacar alguna foto. Nadie se

atreve a

acercarse... ¿En qué mundo vivo?

Mis ojos parecen salirse de sus órbitas viendo cómo el hombre que me hizo subir a lo

más alto de la hermosura del amor es como una fiera salvaje despedazando a su enemigo.

Su apellido me suena en la cabeza enloqueciéndome. ¿Quién demonios es Jayden?

Cierro los ojos y mi subconsciente reacciona ante toda mi estupidez.

—Es él... Sí... Es Cooper.

No puede ser. No. Niego de nuevo en mi cabeza porque no quiero que sea verdad. La

forma de pelear... sus puños... su ira... el apellido Cooper... Es él. Maldita sea. ¿Cómo

es posible no darme cuenta? No quise darme cuenta, me he mentido sola porque su

mirada marina me lo decía cada vez que se encontraba conmigo.

—Jayden, lo vas a matar... ¡Para, Jayden! —Mi cara se inunda de lágrimas.

Parece una escena de película. La cara de Michael está destrozada. Hace poco parecía un

hombre fuerte y ahora está sangrando y débil entre la multitud de vasos y botellas rotas.

Jayden por fin reacciona a mi voz. Se detiene y la furia que se prendió en sus ojos

marinos empieza suavizarse.

—¿Estás bien, princesa? —Se me acerca y me da un beso en la coronilla.

—¡No, no estoy bien!

Escondo mi cara en las manos y me echo a llorar como una niña pequeña. Él me aferra a

su pecho y siento otra vez su olor, esa esencia, la única que puede calmar mi sensibilidad.

—¡Quiero ir a mi casa! —murmuro entre sollozos.

No entiendo por qué me encuentro tan mal. He estado soñando durante quince años con

un encuentro con él, y ahora que lo tengo delante, lo único que quiero es huir,irme

lejos...

Capítulo 9

Apoyada en mis rodillas, miro por encima de mi hombro a todos los que se han

reunido a mirarnos. Aunque la música sigue sonando, todos se aglomeraron por observar nuestro espectáculo.

—Evolet, no quiero que... —Atrae suavemente mi cara hacia él para mirarme.

—¿No quieres qué? —grito como si ya no me importara la gente—. ¿Por qué no me lo

habías dicho?

—Yo no quise que... —Toma mi cara entre sus manos—. ¡Me dio miedo!

Su mirada profundiza dentro de mis ojos abriendo mi alma llena de recuerdos.

—¡Tenemos que salir, señor Cooper! —Insiste uno de sus hombres—. Tenemos que salir

por la puerta de atrás, alguien llamó a los paparazis.

Jayden me mira suplicante, como si sintiera temor porque lo rechazara.

—¡Vamos, te llevaré a casa! —Me ayuda a bajar de la barra y yo, como siempre, accedo

sin oponerme en ningún momento.

Sus guardaespaldas nos rodean de un lado y otro y nos guían hacia otra puerta.

Caminamos de la mano entre multitud de curiosos que rumorean entre ellos, pero en mi

cabeza todo se centra en una sola persona: Jayden.

—¡Evolet! —grita Sophia—. ¿Qué es lo que ha pasado, Cooper? —Sophia...

Me detengo para hablar con mi amiga, pero uno de los hombres de Jayden no me da

tiempo, me induce a seguir caminando. Salimos del edificio por la parte de atrás del club.

Enfrente está estacionado un coche lujoso, un Continental Flying Spur. Delante hay un

conductor preparado para poner el espectacular vehículo en marcha. Me mira sorprendido como si no se esperara ver a su jefe acompañado.

—¡Rápido! Señor Cooper —añade.

Jayden abre la puerta trasera del coche y me indica que puedo subir. Pero algo en mi

interior esta vez me detiene.

¿Qué estoy haciendo?

—¡No voy a subir, Jayden! —Una lágrima recorre mi mejilla.

—Evolet... —Hizo una pausa y tomó aire—. ¡No me dejes antes de explicarte!

El corazón de una mujer es igual a la estación de la primavera. La temporada tiene entre

sus manos ramos de sueños que colorean las almas de colores de esperanza, pero

también en sus brazos llenos del verde intenso a hierba gotean lágrimas de anhelo al

amanecer. Quince años soñando con un hermoso encuentro, pero el tiempo tejió en mi

figura demasiadas sonrisas tristes. Es todo muy diferente a lo que yo había imaginado.

—¡Ahora no, Jayden! —Mi voz suena fría y segura.

Los guardaespaldas se alejan a un par de metros para dejarnos un poco de privacidad. Un

impulso aflora dentro de mí al escucharlo... ¿Por qué soy tan débil ante él?

—Estoy enamorado de ti, Evolet —confiesa.

Sus palabras hacen palpitar aún más fuerte mi corazón. Desliza suavemente

uno de sus

dedos por mi mejilla borrando el camino húmedo de mis lágrimas. ¿Por qué me dice esto

ahora? Se me escapa un profundo suspiro de muy adentro de mis penas. Con solo sentir

su presencia me derrito como un helado olvidado en el calor. Maldita sea. Mi corazón se

contrae. Se me acerca a una corta distancia, tanto que hasta puedo percibir el nerviosismo

en su aliento. ¿Ahora cómo debería reaccionar exactamente?

Tendría que estar enfadada, nerviosa, mostrar mi frustración ante él... Pero incluso estas

fuertes emociones se disuelven en su presencia. Me enamoré perdidamente de un

hombre del que no tenía ninguna idea de quién es en realidad. No puedo ocultar que, a

pesar de toda esta decepción que siento, hay también un deseo enorme de arrojarme en

sus brazos... Sí, refugiarme en su esencia, que para mí es como una droga que altera mi

percepción elevándome a lo alto de una euforia pasional.

—¿Sabes? —Inhalo profundamente aire en mi pecho—. ¡Lo siento, pero necesito

tiempo! Todo esto es demasiado para mí. Asiente con la cabeza mientras muerde su labio

inferior.

Es triste... Él y yo, y hasta el silencio de la noche. Aunque no quiero alejarme, le doy la

espalda para irme; quiero pensar y ordenar todo dentro de mi corazón porque perdí toda

mi coherencia; lo único que he hecho en los últimos meses es vivir a mi manera y

dejarme llevar por mis sentimientos. ¿Por qué ahora no puedo hacer lo mismo? Porque

siento que todo esto me va a herir aún más y no sé si podría soportarlo.

—¡No te vayas, Evolet! —Tira con fuerza de mi brazo empujándome de espaldas hacia

el coche—. ¡No puedes irte ahora después de tantos años! —agrega con voz agitada.

—¿Y tú sí? —pregunto mirándolo directamente a los ojos—. Te recuerdo que saliste esta

mañana de mi casa sin pesar alguno —voceo. Me dolió demasiado.

—Así que es eso —responde—. ¿Quién fue la que me echó?

—Y tú no hiciste nada al respecto —aclaro—. ¡Como hace quince años! —Lo miro con

desprecio—. ¡Además, no fuiste capaz de decirme la verdad! —sentencio—. ¿A qué has

jugado tantos meses? Venías a follarme y salías de madrugada dejándome siempre como

una ramera esperando al siguiente cliente... Y yo como una idiota seguí

esperándote a

que volvieras y repetir lo mismo una y otra y mil madrugadas. —Su mirada se encrespa

—. ¡Cobarde! ¡Habías podido contarme la verdad!

—¡No es verdad! —contesta con dolor en la voz—. ¡No fuiste una ramera, Evolet!

Su expresión es rabiosa y doliente por lo que dije. Me mira tan furioso que hace que mi

corazón tiemble agitado y, sin más, se me acerca besándome con rabia como si quisiera

devorarme o castigarme por lo que he dicho. Mete con crueldad su lengua en mi boca

succionando mi sabor hasta dejarme sin aliento un buen momento. Se aparta un instante

y me deja respirar, y veo como un fuego se enciende en sus ojos.

Me desea, lo leo en su mirada. ¿Pero para cuánto tiempo?

—¡Quiero que me dejes mostrártelo! —me pide a la vez que nuestras miradas se funden

en una fuerte unión.

—¡No puedo! Ahora soy yo la que necesita tiempo —le respondo con una voz débil.

—Hoy estaba confuso, quería romper lo poco que tenemos —agrega—. Pero me di

cuenta de que no puedo. ¡Te necesito, Evolet! Y nunca huí de lo nuestro, quería tenerte

alejada de...

—¡No digas nada más, por favor! —lo interrumpo—. ¡Necesito estar sola, Jayden!

Me aparto de sus brazos y le doy la espalda. Aunque sea contra mi voluntad, debo irme.

Camino solo unos pasos cuando la luz fuerte de un flash me ciega la vista. Me han hecho

una foto... dos... Muchísimas. ¿Qué está pasando? Innumerables preguntas se escuchan

por todas partes. Me quedo atolondrada mientras Jayden y sus hombres me cogen

rápidamente y me meten en el coche.

—¿Es su novia, señor Cooper? ¿Qué ha pasado dentro del club? ¿Tiene ella algo que ver

con las otras peleas de este mes? ¿Es verdad lo que se rumorea de que va a dejar el

boxeo, señor Cooper? ¿Por qué no nos contesta?

Con la última pregunta, todas las puertas se cierran y el coche se pone en marcha. Se hace

un silencio espeso que me hace sentir peor aún. Delante va el chófer con uno de sus

hombres de negro; atrás, yo estrechando la tela de mi vestido entre mis puños y Jayden

que no para de mirarme con frustración. Es consciente de que para mí es demasiado todo

lo que tuve que ver y escuchar esta noche. No me lo puedo creer, ¿en qué mundo he

vivido hasta ahora que no me he enterado de nada? Miro por la ventana del asiento de

atrás. Coches con luces amarillas, blancas, rojas y después de no sé cuánto tiempo de

mirar en vano, todo desaparece de mi vista. Podría decir que la tensión por la que estuve

sufriendo esta noche ha alcanzado mis fuerzas hasta agotarme.

* * *

—¡Evolet, despierta, hemos llegado!

Abro los ojos y lo primero que veo es a Jayden. Me había quedado dormida. Giro la

cabeza hacia el otro lado y alucino. Su guardaespaldas se baja del coche para abrirme la

puerta y yo, boquiabierta, salgo con cautela sin parar de mirar hacia arriba. Una torre de

no sé cuántos metros exactamente se alza hasta el cielo. Es un edificio esculpido en

vidrio, tiene enormes balcones que se van alternando y que parecen muy sofisticados por

su composición.

—¿Dónde estamos? —pregunto sin dejar de admirar los alrededores.

—56 Leonard Street, en Tribeca. —Me coge de la mano—. ¿Subimos?

Asiento con la cabeza admirando una escultura cuya forma parece a una burbuja de plata

que sostiene el edificio. El chofer, con el guardaespaldas, entran de nuevo en el coche y

acceden al edificio por un garaje lateral. Seguro que es el aparcamiento privado del

enorme edificio que no me canso de admirar.

—Pensaba que me llevarías a mi casa —susurro, y él sonrío.

—Quise hacerlo, pero cambié de idea —contesta burlón y me agarra de la mano

induciéndome a seguirlo.

Es mentira, no tenía ni pensado llevarme a mi casa, es más, se aprovechó por quedarme

dormida. Y yo... ¿Cómo pude quedarme dormida? Maldita sea. Entramos al edificio y

de nuevo me olvido de cerrar la boca admirando lo lujoso que es todo. No hay nadie más

que nosotros y el ruido de mis tacones caminando hasta el ascensor. Entramos y veo

cómo pulsa el número 56. ¡Guau! ¡Impresionante! Siento cómo su mano aprieta la mía;

está todavía más nervioso que yo. Un excitante hormigueo recorre todo mi cuerpo. Se

suponía que estaba enfadada con él. ¡Ay, Evolet! No me lo puedo creer, me lleva a su

casa. Las puertas del ascensor se abren y estamos en un gran recibidor muy iluminado

con paredes blancas, unos cuantos cuadros pintados, una estatua de madera en una

esquina y un enorme espejo que ocupa todo el alto y el ancho de una de las paredes.

—¿Aquí vives tú? —pregunto, mirando de una esquina a otra del recibidor.

—Sí —contesta simplemente.

¡Oh! La verdad es que estoy impresionada. Me esperaba que viviera en un apartamento

pequeño, oscuro, con las persianas bajadas, con mal olor a calcetines y un montón de

ropa tirada por todos lados. Abre otra puerta y me señala que pase la primera. La bestia

no es una simple bestia... Puede ser, cuando le apetece, galante y complaciente. Al cruzar

la puerta, toda mi figura queda asombrada, y no solo yo... Absolutamente toda yo me

quedo paralizada mirando todo el entorno. Es un salón del tamaño de todo mi apartamento que tiene solamente cristales alrededor, del suelo hasta el techo. Pero no

estoy absorta por el tamaño de la sala; se trata de toda la decoración. ¿Qué es esto? ¿Salón

o una sala multiusos? Aunque me encanta, eso no significa que no pueda estar

sorprendida. En medio de la sala hay un cuadrilátero espectacular. Nunca pensé que

entraría en un salón con un *ring* de boxeo en medio. Magnífico. Me acerco y paso mis

dedos por las cuerdas de acero tipo boa. Son de color negro con esquineros de lona. El

suelo de la plataforma está pintado de un rojo intenso que me hace pecar imaginándome

cosas que no son apropiadas; aun así, mi cerebro lo hace sin pudor alguno.

—¿Te sirvo algo para beber? —me pregunta, aunque ya tiene preparados dos vasos

encima de la enorme barra de su propio bar, situado en una parte del salón.

Coge una botella de detrás de la bonita estantería donde hay una gran variedad de bebidas

alcohólicas y vierte un líquido de un color amarillo pálido. En uno de los extremos de la

barra hay una bonita figura de acero en forma de guante de boxeo y, en el otro extremo,

tres copas de cristal de diferente tamaño cada una con una vela encendida. No sabía que

la bestia pudiera ser también romántica. Portentoso. Las velas encendidas arden

lentamente expandiendo un olor a Lovely Rose por toda la estancia, inundando con

fuerza mis fosas nasales.

—Sí, un vaso con leche —contesto como si no hubiera visto que ya tenía preparadas dos

copas.

Él se ríe escuchando mi petición mientras yo sigo curioseando su enorme salón.

—Eres la misma niña de siempre. ¡No has cambiado nada! —agrega.

Me siento en el sofá de ángulo panorámico de piel blanca que está en la otra parte de la

sala y lo miro por en medio de las cuerdas del cuadrilátero.

—Sí, y tú el mismo descarado. —Le frunzo el ceño. Se me acerca con las dos copas en la

mano.

—¿Haces una excepción esta noche para mí? —pregunta.

—Mmm... ¿Cómo qué? —poso mis ojos en las copas evitando la intensidad de su

mirada.

—¡Cambiar la leche por una copa de vino blanco! —contesta.

—¿Me quieres emborrachar? —pregunto mientras agarro la copa.

—¿Por qué haría eso? —Se sienta a mi lado cómodamente.

—¡Para poder aprovecharte de mí! —digo, y al girarme hacia él me arrepiento de

inmediato.

—¡Nunca haría semejante cosa, Evolet! —El disgusto se lee enseguida en su

rostro.

Acerca su mano y acaricia mi mejilla; pasa su dedo índice por mis labios, y siento un

chispazo dentro de mí.

—¿Por qué no me contaste la verdad, Jayden? —pregunto.

—¡Porque me dio miedo perderte! —murmura con ojos desesperados—.
¡Perdí

demasiada gente! —Bebe un poco de vino. Y con la última frase que añade, mi sangre

empieza a hervir en las venas. Recuerdo la conversación con mi cuñado Daniel, recuerdo

que... ¡Oh, soy una estúpida!

—Amy... —digo en voz alta—. ¡Lo siento mucho por tu hermana, Jayden!

—¡No te preocupes, podré sobrellevarlo! —replica—.

¡Ella ya no estaba desde hace mucho tiempo a mi lado! —añade, y sus ojos se oscurecen.

—Cuéntame qué pasó.

—¡Ahora no, Evolet! —Pasa su mano y me quita un mechón rizado de la cara—. ¡No

quiero estropear este momento!

De nuevo, rechaza contarme las cosas. ¿Por qué le cuesta tanto contarme de una vez qué

pasa o qué es lo que ha pasado?

—Dime, ¿cuándo te diste cuenta de que soy yo? —Se toca el mentón lanzándome una

mirada.

—¿Por qué lo quieres hacer todo tan difícil? ¡Hasta el tiempo necesita tiempo a veces,

Evolet! —Juega con los labios con el filo de la copa.

—¿No has tenido suficiente con quince años, Jayden?

—insisto—. ¿Quieres otros quince? —Pruebo del vino.

—¡No! Preferiría morir antes de que pase eso. —Se levanta y se dirige hacia el bar.

Lo sigo con la mirada, pero no sé qué es lo que hace. Evitarme, seguramente, como

siempre. Coge un mando y, al pulsar uno de los botones, las luces bajan su intensidad

sutilmente y hacen que el ambiente sea muy agradable. También pone algo de música.

¿Romántico? Sí, es demasiado romántico. Velas, música, vino blanco.
¿Ahora qué falta?

Desnudarme, hacerme el amor, enloquecerme y, mañana, desaparecer. Oh, cómo lo

sabes, Evolet.

—¡Ven, acércate! —dice, tan manipulador como siempre. Hago lo que me dice. Está

parado a lado del *ring*. Se arrodilla y me saca de uno en uno los zapatos de tacón.

Descalza, le llego hasta el pecho. Sus labios se curvan en una sonrisa. Creo que es

evidente que es por mi altura. Separa las primeras dos cuerdas del cuadrilátero y me

ayuda entrar. Él hace lo mismo. Primero se saca los zapatos y los calcetines, remanga dos

veces su pantalón y sube a mi lado.

—¿Y ahora qué? ¿Me quieres pegar? —bromeo, y de nuevo me lanza esa mirada

molesta.

—¡No lo haré, aunque merecerías unas palmadas en ese culo respingón! —
Sonríe con

picardía mientras tira de una larga cuerda de la esquina del *ring* atándola en diagonal a la

otra esquina.

—Ah, ¿sí? No sabía que tuviera un culo respingón —agrego. Me mira mientras

desabotona su camisa azul. Su precioso pecho desnudo me hace tragar bastante aire en

mis pulmones. Cuando acaba de desabrochar el último botón, arroja la camisa fuera del

cuadrilátero. Enrosco un dedo en mi pelo mientras muerdo mi labio inferior. Está

buenísimo, irresistible. Estos quince años lo han transformado en todo un hombre... El

hombre que me hace perder la razón.

—¡Dame tus manos! —exige, y yo las extiendo.

Coge unos guantes de la barandilla del cuadrilátero y me los coloca en las manos. Es la

primera vez que no pregunto nada y solo me dejo llevar.

—¡Date la vuelta! —ordena de nuevo, y yo lo hago—. Te enseñaré unos golpes básicos.

Sonrió, siguiéndolo.

—¿Por qué haces esto? —pregunto.

—Por si acaso sales de nuevo a la calle con este vestido

—responde mientras sus manos se deslizan por mis brazos.

—¿Qué tiene mi vestido?

—Atrae a gilipollas a tu alrededor. —Frunzo el ceño recordando a Michael

—. ¡Separa

los pies a un lado y a otro de la cuerda! —Sus manos bajan a mis muslos para separarlos

—. Dobla un poco las rodillas y flexiona tu cuerpo por debajo de la cuerda.

Siento todo su pecho en mi espalda, su respiración en mi oído y sus manos en la mías.

Esto hace que mi subconsciente empiece fantasear.

—Gracias por apartar a Michael de mí. Aunque has exagerado un poco —
agrego.

—Sí, un poco —replica con voz áspera girándome con la cara hacia él—. ¡No

quiero

que vuelvas a salir sola por la noche! ¡¿Entendido?! —ordena, y yo embobada por su

advertencia, primero asiento con la cabeza.

—Entendido, señor mangoneador —contesto y levanto mi brazo derecho para pegarle

con el guante en toda la cara.

Me río.

—¡Auch! —vocea furioso—. ¿¡Así que sabes golpear!?! —Se sorprende.

—No te olvides de que yo también estaba cuando tu padre te enseñaba a boxear —digo,

y su expresión cambia.

¿Ahora qué es lo que le ofendió? ¿El golpe o los recuerdos? Se lanza hacia mí y me

empotra en el esquinero de lona. Coge mis muñecas atando los cordones de los guantes

entre ellos. Después, levantando mis brazos, ata el resto del cordón del tubo de acero del

ring.

—¡Esto es por golpearme! —susurra en mi boca, y con toda la fuerza rompe mi vestido

blanco de arriba abajo—. Y esto... porque deseé hacerlo desde el primer minuto que te vi

entrar en el club. —Mi cuerpo arde ante sus palabras.

—¿Así que me viste entrar?

—Sí. ¡Estaba en el cubo de cristal! —me contesta pasando sus ojos por todo mi cuerpo

—. Donde está el DJ —explica.

—¿Y tú que hacías ahí?

—¡Me gusta observar todo! ¿Y de dónde se podrá ver mejor que desde arriba? ¡El club

es mío! —aclara.

¿El club es de él? Así que... Oh, Dios. Esto significa que él me observó cada vez que yo

fui ahí con Sophia. Imbécil.

—¿Cuántas veces me viste entrar en ese sitio?

—Las cinco veces que entraste —contesta deshaciéndose de los restos de mi vestido.

—Eres un CABRÓN de...

—Shhhh... —Pone su índice en mis labios—. No quiero que discutamos más por hoy.

¡Es suficiente!

Baja su índice a mi mentón. Después recorre todo mi cuello llegando a mis pechos. No

puedo describir, encontrar unas palabras adecuadas para este momento. Estar atada de

manos en un cuadrilátero, desnuda frente al hombre que, con solo un roce, hace que

todos los glóbulos de mi sangre se alteren hirviendo por dentro de mi ser. Me mira y sus

ojos marinos me dicen un millón de cosas... Me gusta cómo desnuda mi cuerpo solo

con parpadear con sus largas pestañas, y me dejo llevar derramándome por todo... Él.

Tira abajo mi sujetador de encaje y deja mis senos liberados a su vista. Con los dedos

empieza dibujar el contorno de mis pezones, y suaves gemidos se me escapan por la

boca; los tengo duros, erguidos de deseo. Con su boca empieza a complacer cada

milímetro de mi cuello bajando suavemente la punta de su lengua por mi clavícula. Dejo

caer hacia atrás mi cabeza al sentir cómo mis piernas se aflojan con sus caricias sensuales.

La bestia se despierta en su cuerpo, la siento, la veo en su rostro. Baja una mano a mi

braga y de un solo movimiento me la arranca. Con los pulgares se desliza a mi sexo,

estoy excitada, juega con mi clítoris y no puedo evitar soltar un gemido de placer. Un

fuerte mordisqueo en mi vientre me hace gritar. Se coloca entre mis piernas y su bulto

late desesperado en su pantalón, lo siento cómo necesita salir. Pero él aguanta... Todavía

quiere hacerme sufrir más y muerde mis pezones, los chupa, los lame de uno en uno

proporcionándome un placer increíble.

—¡Quiero que me mires, Evolet! —ordena, y yo respondo a su deseo.

Se aparta y se quita el pantalón, y un ardor bajo mi vientre me avisa del placer que voy a

recibir. Acerca su boca a la mía y lame mis labios. Después los muerde feroz, sin lástima.

Siento que no me puedo controlar más, me voy a correr antes de que él me penetre, pero

lentamente vuelve a bajar su mano a mi sexo, frota en círculos pequeños, veloz, diligente,

y yo me humedezco.

—¡Prométeme que no dejarás a nadie que te toque! —Me habla con voz ruda y me

estremezco con sus palabras.

—¡Lo prometo!

—Solo a mí.

—Solo a ti.

Levanta mis muslos al nivel de su cadera y de un golpe seco su miembro duro entra

dentro de mí, haciéndome gritar. Sus ojos me miran atentamente comprobando el placer

que se refleja en mi cara. Presiona más, hasta sentirla en el fondo de mi

cueva, para

acabar en un orgasmo que los dos necesitábamos.

—¡Te quiero demasiado, Evolet!

Capítulo 10

Abro los ojos y lo primero que veo es a Jayden. Estoy en su dormitorio. Me acuerdo perfectamente de cuando me cogió en brazos en el cuadrilátero y me trajo a su cama para hacerme de nuevo el amor hasta quedarnos dormidos. Al ser muy de noche, no pude distinguir bien la decoración de esta habitación. Es una

maravilla la combinación de exquisitos muebles y accesorios decorativos de diferentes

texturas que crean una combinación de elegancia y glamur. Miro debajo de las sábanas y

veo que sigo desnuda. Dios, ¿y ahora qué voy a hacer? ¿Qué ropa me voy a poner? Me

da risa imaginándome solo con los zapatos, ni vestido ni bragas... Vamos, que estoy

delirando. Me doy la vuelta y miro a Jayden; está espectacular, duerme boca abajo con

los brazos debajo de la almohada. Paso los dedos por su tatuaje; se ve magnífico.

—¿Te gusta? —pregunta repentinamente, asustándome.

—Pensaba que dormías. —Sonrío—. Sí, me gusta.

—¿Te hago uno? —Se apoya en los codos, mirándome.

—Sí —contesto prontamente.

Se ríe mientras pasa la mano por mi cuello y acaricia con el pulgar mi mejilla.

—¡Ni lo sueñes! —responde, y me besa con dulzura.

Yo respondo de la misma manera a su beso porque es lo más bonito que me puede

ofrecer por la mañana, recién despierta.

—¡Necesito darme una ducha! —digo en voz baja.

—¡Oh, claro! Pero creo que tenemos un pequeño problema

—añade.

—Ah, ¿¡sí!?! —Frunzo el ceño—. ¿Cuál?

—Nos olvidamos el bote de Nutella en tu casa.

Me río a carcajadas y él se me sube encima tirando a la vez la sábana sobre nosotros. La

ducha puede esperar, no hay prisa... Hoy es domingo.

* * *

Salgo de la ducha enrollada en una toalla enorme. Jayden ya está vestido. Lleva un

vaquero azul cielo y una camisa negra remangada hasta los codos. Habla por teléfono.

Me ve salir y detiene la mirada en mí sonriendo.

—*¡Como siempre, puente Brooklyn!* —dice—. *Ok. A las 12 a.m. y no olvides*

enviarme

sus datos por mi email —ordena, como siempre, con su voz áspera. Después cuelga.

Guarda el móvil en el bolsillo de su vaquero, se me acerca lentamente y tira de la unión

de mi toalla a su pecho.

—¡Eres preciosa! —susurra en mi oído—. ¡Y creo que hueles a mí! —añade, y yo

sonrío.

—Me permití utilizar tu gel de ducha —digo suave.

—Hiciste bien, aunque prefiero más tu olor... El de mi princesa.

Recorro con las puntas de mis dedos sus hombros y beso suavemente su pecho hasta

donde puedo llegar.

—¿Piensas tenerme todo el domingo en tu cuarto? —pregunto, y él sonrío.

—No estaría nada mal —contesta—. Pero tenía pensado que nos fuéramos a desayunar

antes de que el hambre me haga devorarte como a una tostada. —Me levanta por encima

de sus caderas.

Enrollo mis brazos de su cuello y le doy un sabroso beso. La necesidad de él me

desespera, noto cómo empiezo a debilitarme en saborear sus deliciosos labios. Su lengua,

que profundiza en mi boca, entrecorta mi respiración, y un fuego intenso me recorre por

completo. Me alejo y observo cómo se relame el labio inferior, después el superior, como

si quisiera limpiar los restos de mi sabor. Me deja en el suelo.

—¡Creo que tendrás que ir a mi casa a por un par de cosas!

—Ajusto la toalla a mi cuerpo, ya que estaba a punto de caerse—. No tengo con qué

vestirme —añado.

—Ah, creo que tengo algo para ti.

Desliza la puerta corredera de su vestidor, y de uno de sus cajones me trae unos *leggings*

negros, unos deportivos y una camiseta gris plata.

—¿Y esto? —miro las prendas, confusa.

—¡No preguntes más! ¡Vístete! —ordena—. Lo único es que tendrás que andar sin

bragas hasta llegar a tu casa —agrega mientras sale del dormitorio.

Este hombre no tiene remedio... La palabra LOCO se queda corta para él. Me pongo los

leggings como había dicho, sin bragas. Me acomodo mi sujetador, que es el único que

quedó intacto después de anoche, y la camiseta gris, y ato mis rebeldes rizos en una

coleta. Bajo las escaleras hacia el salón, y Jayden está hablando algo con su

chófer en la

entrada de su apartamento.

—Buenos días, señorita Evolet.

—Buenos días...

—¡Harry! —dice Jayden, que sabe que desconozco los nombres de su gente.

—Oh, buenos días, Harry —reformulo, y él asiente y me la chaqueta de anoche—.

Gracias, me lo había olvidado en el club.

—Uno de los chicos la trajo por la mañana, señorita —explica, retirándose.

Me imagino que se refiere a los guardaespaldas del club. Anoche, sacándome con tanta

prisa de aquel lugar, se había quedado encima de la barra donde... Oh... Sí, donde el

idiota de Michael hizo de conquistador. Jayden me ojea de arriba abajo, esbozando una

sonrisa de satisfacción por cómo me queda la ropa.

—¿Nos vamos? —pregunta, cogiéndome de la mano.

—Claro —contesto, y entramos en el ascensor.

Pulsa un botón tan rápido que no me da tiempo de ver cuál es, pero sin duda no es la

planta baja. Las puertas del ascensor se cierran. Pensaba que bajaríamos, pero el

movimiento y el botón pulsado me pone en duda. El ascensor sube, y no

mucho porque

enseguida el sonido de que hemos llegado se escucha y las puertas se abren. Juntos de

mano, caminamos unos pasos y un airecillo fresco nos acoge. Estamos en la azotea del

más grande y elegante edificio del barrio Tribeca. No tengo palabras para definir lo

hermosa que se ve desde esta altura Manhattan, y no solo el río Hudson por un lado, ya

que el río Este, al otro lado, rodea toda la ciudad. También se ven los rascacielos, edificios

diseñados de distintas maneras. Unas vistas espectaculares. Jayden está con las manos en

los bolsillos de su vaquero observándome cómo recorro de un lado hacia el otro el tejado

admirando ese esplendor. Te hace sentir libre como una paloma que planea en el infinito

del cielo con las alas bien abiertas sintiéndose más grande de que el mundo entero.

Regreso hacia el hombre cuyo misterio y secretos no hicieron más que despertar dentro

de mí, durante todo este tiempo, un deseo vehemente de aprender a aceptar y a amar a

alguien tal como se muestra, descubriéndolo y conociéndolo poco a poco por sus

actuaciones.

—¡Es precioso! —Él sonrío mientras me señala con la mano la mesita preparada con un

exquisito desayuno en la azotea.

—Me alegro de que te guste —contesta, y los dos nos sentamos.

—¡Un desayuno de altura! —exclamo, y él solo asiente.

Hay dos opciones: llegar a ser adicta a él, igual que un cuerpo no puede respirar sin

oxígeno, o volverme loca por amor. Hubiéramos podido desayunar en su terraza que, por

lo poco que la he visto, igual desde ella también se pueden admirar unas vistas

extraordinarias. Pero creo que él quiso algo mucho más especial, y lo ha conseguido.

—Se nota que te va muy bien como boxeador. —Bebo del vaso de zumo de naranja.

—Bueno, digamos que aceptable. —Bebe de su taza de café.

—¿Aceptable? —Me muestro extrañada—. Si vives como un rey —aclaro—. Tu

apartamento, un coche de alta gama con chófer, guardaespaldas y un club. ¿Te parece

aceptable? —Lo miro—. No lo dirás en serio, ¿verdad?

Muerde su tostada. Oh, es incitante, sensual. Esa mordedura hace que se me escape un

suspiro. Mmm... Y, por cierto, no llevo bragas. Acordándome froto nerviosa una rodilla

con la otra.

—Todavía camino dentro de un túnel bastante largo y oscuro. —Habla, y sus palabras

hacen que mi corazón de un vuelco.

—¿Qué quieres decir?

—Gané bastante en los últimos años como boxeador. —Se detiene, aclarando su

garganta—. Muchos combates, y no hay que olvidar la fama —dice—. Pero no lo hice

por el prestigio ni tampoco por este lujo, Evolet. Lo hice por una sola razón... Vengarme

de todos aquellos que destrozaron la vida de Amy. La destruyeron poco a poco hasta

matarla.

El color de sus ojos se oscurece, y en su rostro aparece una sombra de tristeza. Lo

observo y algo en mí me despierta curiosidad.

—¡Cuéntame, Jayden! —Me inclino hacia él—. ¿Qué pasó con Amy?

Lleva de nuevo la taza de café a su boca. Bebe un sorbo, la deja encima de la mesa y se

deja caer en respaldo de la silla con los brazos cruzados.

—Después de aquel maldito día en el que violaron a mi hermana, mi padre cerró su sala

de boxeo y nos llevó a Miami, en el sureste de Florida. Era su ciudad de

origen.

—¿Era? —Alzo una ceja por no entender.

—Sí, era... —Se le escapa un suspiro que oscurece aún más sus ojos—. Ahí abrió una

sala nueva de boxeo, pero no para entrenar a competidores de boxeo... La hizo para

entrenarme a mí. Cuatro años, cuatro malditos años sometíendome a un rígido y severo

entrenamiento.

—¿Por qué hizo eso? —pregunto.

—Para que yo pudiera defender a Amy después de que...

—¿Después de qué?

Jayden se levanta de la silla, se asoma a la barandilla y mira a lo lejos. Yo sigo en mi sitio

observándolo. Ahora mismo me arrepiento de preguntar; mi pregunta lo ha hecho

recordar todo su pasado. Maldita sea, soy una entrometida.

—Él me hizo el tatuaje antes de volver a Manhattan —cuenta—. Me dijo que si algo

saliera mal, cuidara de Amy y mamá, y que nunca olvidara que por las personas que

amamos se puede llegar a dar tu propia vida. —Se gira hacia mí—. Ese es el significado

de mi tatuaje, Evolet. Significa la unión de la familia y los seres queridos —

explica.

—¿Por qué volvió tu padre?

«Maldita curiosa, Evolet», me dice mi subconsciente.

—¡Volvió para vengarse! —Aprieta su mandíbula con dolor—. ¡De todos los que le

hicieron daño a Amy! —Hace una pausa y vuelve a mirar hacia el horizonte—. ¡Pero no

sé qué paso, por qué lo mataron!

—¿Qué? —Me levanto y lo abrazo por la espalda—. ¡Lo siento mucho, Jayden!

Tuvo que pasar por una horrible pérdida, más que la mía con mis padres. Catalina tiene

razón, todos en este mundo tenemos nuestra historia escrita antes de venir al mundo.

Unos vienen para vivir felices, otros para aguantar golpes de la vida... Y muchos hijos

del diablo que no saben más que hacer daño y envenenar la vida de los honestos y

humildes. Injusto, pero es la realidad.

—Eso no fue todo, Evolet. —Acaricia mis manos en su cintura—. Como si no fuese

suficiente, Amy regresó a Manhattan.

—¿Por qué hizo eso?

—No podía superar la pérdida de mi padre y regresó... Y como si no fuera

suficiente, se

metió en la boca del lobo. Pensó que si estaba dentro, tendría más información y podría

averiguar lo de mi padre.

—Jayden... —pronuncio su nombre.

—Hace cinco años la encontré, pero ya no era la misma.

¡Y ayer la enterramos! —Su voz es triste.

—Por ella regresaste. Si no, no lo habrías hecho. ¿Verdad? Se gira hacia mí y acaricia con

ternura mi cabello.

—¡Nunca dejé de pensar en ti, Evolet! —Pasa el pulgar por mi boca—. Ahora te he

expuesto al peligro. ¡No debí acercarme a ti!

—¡¡No!! ¿Qué estás diciendo?

—Lo siento mucho, Evolet, pero ese día, cuando te vi después de tantos años, estabas tan

bella y tan...

—Me reconociste, ¿verdad? Cuando yo me acerqué en aquel bar a ti... Te quedaste

mirándome varios segundos que se hicieron eternos.

Sin contestarme se acerca y me besa. Después de un beso magnífico y propio de él me

estrecha en su pecho en un abrazo fuerte y protector como si tuviera miedo de

perderme.

—Te llevo a casa —dice, y caminamos hacia el ascensor.

—Por supuesto, porque no tengo coche. —Sonrío.

—Es verdad, ¡me había olvidado! —exclama—. Me dejaste las llaves y yo te lo traigo más

tarde. ¿Te parece?

—Claro. Está aparcado a dos calles paralelas al club.

—Ok.

Bajamos a la segunda planta del edificio, donde está el aparcamiento privado de Jayden y

los otros residentes. Nos paramos frente a una moto BMW R 1200 RS, de color rojo.

—¿En serio? —pregunto sorprendida—. ¿Es tu moto?

—Sí —contesta sonriente.

Tira de la goma de mi pelo soltándomelo, me acomoda un casco y me abrocha la correa

bajo el cuello.

—¡Sube! —ordena, y yo acepto.

—¿Preparada? —pregunta, y yo me agarro fuerte a su cintura.

—Sí.

Arranca y el eco es ensordecedor durante todo el trayecto hacia fuera del aparcamiento.

Es la primera vez que subo en una moto, y por la carretera siento que mi corazón late a

120 kilómetros por hora. Increíble. Cuando transcurrió un tiempo en el cual habíamos

adelantado a un montón de coches tomando varias curvas y llegando al puente

Queensboro, mi cuerpo empieza relajarse y a adaptarse a la situación.

—Cuando yo te avise quiero que levantes las manos, ¿de acuerdo? —dice con voz

fuerte.

—¿Estás loco? ¡No! ¿Por qué tengo que hacerlo?

—¿Confías en mí?

—¡¡Sí!! —grito para que me pueda escuchar delante.

—Entonces, hazlo —dice, exigiendo como siempre.

¡Y lo hago! El velocímetro de la moto marca más de 120 kilómetros por hora. Alzo las

manos, y el miedo desaparece. Empiezo sentirme exactamente como esa paloma libre y

poderosa encima de todo el mundo. El río River se ve precioso... Todo es diferente a

como yo me lo hubiera podido imaginar. Volaba. Sí, volaba como todas las enamoradas

sin tener duda alguna de que, en algún momento, el amor también te puede hacer caer.

Llegamos frente de mi casa, bajo de la moto y me saco el casco. Él hace lo mismo,

guarda mi casco debajo del asiento y me coge por encima de la moto dándome un

hermoso beso.

—¡Luego nos vemos! —agrega pasando la mano por mi pelo revoltoso.

—Ok.

—¡Qué no olvides cuánto te quiero, Evolet!

Con una sonrisa de niña feliz entro en el edificio.

Capítulo 11

Abro el cajón con mi colección de lencería y saco un conjunto de sujetador semicorsé, tipo *bustier*, realizado en encaje transparente de color negro sobre una base de tul beige con una elegante braga de corte clásica semitransparente

de tul negro con detalles laterales de encaje sobre una base igual al sujetador, beige.

Encima de la lencería visto una blusa blanca de escote con manga francesa, unos

pantalones negros cortos y unas manoleínas. Me miro en el espejo; estoy bien, no hay

que preocuparse. Envuelvo mi pelo en un moño rápido y salgo al salón. Mi teléfono

empieza sonar, una vez, dos veces... Oh, mierda. Lo escucho, pero no me acuerdo de

dónde lo había dejado. Suena la tercera vez. ¡¡Sí!! Ya voy a por ti a la chaqueta que me

dio hoy Harry. Cuando la alcanzo, el sonido de mi teléfono se corta. Saco el móvil y,

antes de mirar la llamada, vuelve a sonar.

—¡¿Sí?! ¡¿Diga?!
—¿Qué tal, Evolet?

—Oh, eras tú... —digo sorprendida.

—¿Y quién creerías que era, Cooper?

—¿Te noto superirritada, Sophi! —exclamo.

—Claro... ¿Y no tendría que estarlo? ¿Por qué no me contaste que sales con Cooper?

—Sophia, sé que no me vas a creer, pero te aseguro que no salía con él.

—Ah, ¿sí? Anoche le destrozó la cara a Michael por celoso, si mal no recuerdo.

—Pues yo si me recuerdo bien de que tu amiguito intentó besarme contra mi voluntad —

explico.

Cojo la lista de la compra de la isla, mis llaves, el bolso y salgo del piso. Bajo por las

escaleras para no quedarme sin cobertura y así poder seguir hablando con Sophia.

—No me digas, y Cooper saltó en tu defensa como en los viejos tiempos. —

Su voz suena

sarcástica.

—Verás, Sophi... En vez de preocuparte de la cara de un idiota, ¡mejor cuida con quién

sales! —digo, y al otro lado de la línea se escucha una carcajada.

—¡Mira quién da consejos! —Se ríe—. Tú, que sales con el famoso ganador de dos

medallas de plata en los Juegos Olímpicos y una de oro en el campeonato mundial.

—Ah, ¿sí? ¡No lo sabía! ¿Y qué hay de malo en eso?

—¡Vamos, Evolet! —exclama—. Su carrera se va al carajo, fue visto haciendo peleas

callejeras y dejando a unos cuantos en la puerta de urgencias.

—No creo que Jayden haya hecho algo así —sentencio.

Salgo a la calle y voy al supermercado andando. Jayden todavía no me trajo el coche,

pero no importa, la tienda está a una cuadra de mi casa. Camino rápido antes de que

cierre; son las siete de la tarde.

—¿Y por qué no lo preguntas mejor? Veo que tienes bastante confianza si lo defiendes.

—¿Preguntarle qué? — pregunto.

—Mira, no te engañes, Cooper ya no es el chaval que tú conociste hace quince años.

Ya estoy dentro de la tienda arrastrando un carro de compra por los pasillos

lentos de

mercancía. Me olvido de la lista, como siempre, poniendo en la cesta lo que veo a alzar.

—¿Y tú qué sabes, Sophi?

—Escucha, Evolet. Anoche en el club, después de irte, algunos decían que lo de ser

boxeador es solo una tapadera. Él anda con cosas mucho más...

—Vamos, Sophia... No me digas tonterías.

—¿Sabes qué? ¡Haz lo que te apetezca! —me cuelga.

Me ha colgado. Muevo la cabeza sorprendida mientras miro una estantería. Nutella.

Sonrío. ¿Será verdad, lo que acaba de contarme Sophia? Mi conciencia empieza a tener

sus dudas. Camino despacio entre todos los artículos de baño. Por último, escojo un bote

de gel, uno de champú y me dirijo a la caja para pagar.

—Oh, lo siento. ¿Te he hecho daño? —pregunto al señor con el que me he tropezado—.

¿Señor Harry? ¿Qué hace aquí? —pregunto asombrada.

—¡Para usted, solo Harry! —añade.

—¡Entonces a mí también llámeme solo Evolet! —propongo, y me detengo en la caja.

Harry tendrá unos sesenta años, pero aún se ve un hombre en forma con buen aspecto.

¿Antes de ser el chófer del señor Cooper trabajó para el ejército? Me pregunto a mí

misma mientras lo ojeo sin que él se dé cuenta. Tiene buen cuerpo. Su imagen no refleja

que fuese toda la vida un simple conductor. Y de nuevo la curiosidad me ronda la cabeza.

Tranquila, Evolet, no es el momento.

Pago mi compra y salimos.

—¡Déjeme ayudarla, señorita Evolet! —Agarra las dos bolsas de mis brazos.

—¡Oh! ¡Este es mi coche! —afirmo sorprendida a la vez que él guarda las bolsas en el

maletero.

—Sí. El señor Cooper me pidió que viniera a traérselo

—explica—, pero como no contestó nadie en su dirección, vine a dar una vuelta.

—Mmm... ¡Qué bien!

Cruzo los brazos y lo miro. ¡Qué coincidencia!

—El señor Cooper se olvidó de dejarme su número de teléfono, señorita. —Sonríe—.

¡Pero mire! ¡Nos hemos encontrado! —dice.

—Claro. ¿Y por qué no vino él? —pregunto.

—Verá, tuvo que arreglar algunos asuntos.

—¿¡Asuntos, dice!?! —meneo la cabeza.

—¿La llevo? —pregunta abriendo la puerta delantera del coche.

—¿Sabes qué? ¿Te apetece tomar algo conmigo?

Se queda como mudo, apenas pestañea. Parece que esto estaba fuera de su plan.

—¿Tomar algo? —pregunta arqueando las cejas.

—Sí. ¡Sube! —Doy la vuelta hacia la parte del conductor para no dejarlo pensar mucho.

—¿Va a conducir usted, señorita Evolet? —pregunta, de nuevo hablándome con

formalidad.

—Por supuesto, Harry, es mi coche. —Me río—. Además, eres el chófer del señor

Cooper, ¡no el mío!

Yo subo por mi lado y él por el suyo, aún confundido. Me pongo el cinturón y observo a

mi derecha a un chófer un poco incómodo... Será por no ser él quien va a conducir.

* * *

Llegamos a una cafetería que yo conozco desde hace tiempo. Aparco y salimos del

coche.

—¡Estamos un poco lejos de su casa, señorita Evolet!

—No tanto —contesto—. Es The River Café, una cafetería encima del agua bajo el

pueblo Brooklyn —cuento—. ¡Vamos, te va a gustar!

Llegamos y nos sentamos en una mesa que deja ver todo lo que hay
alrededor: el puente,

las luces, el río... Precioso para disfrutar de una noche de domingo. Lo único
es que yo

no tengo la compañía que me hubiera gustado. El camarero se nos acerca para
tomar la

comanda.

—Un café bien cargado —pide el señor chófer mirando fuera del lugar.

—Otro para mí, con leche.

Apunta en su cuadernillo y se marcha.

—¡Es verdad que es precioso el sitio! —expresa.

—¿Sabes qué? —digo—. ¡Mejor cenaremos! ¿Qué te parece?

—¿¡Cenar!? —Se sorprende

—¿Por qué no? Aquí, aparte de café, tienen unos platos riquísimos.

—Verá, señorita, es que...

—¡Evolet! —rectifico—. ¡No lo olvides! ¡Solo Evolet!

—Evolet, es que...

—¿Qué pasa? ¿Estás a dieta? —lo interrumpo por segunda vez—. ¿Tienes
que

mantenerte en forma para el señor Cooper? —le pregunto con sarcasmo.

Empieza a ponerse nervioso. Se frota las palmas de las manos y de nuevo

mira hacia

algún sitio que solo él sabe. Me giro sutilmente y descubro que está mirando a un grupo

de hombres reunidos alrededor de la última columna del puente.

—Verá, tal vez el señor me necesite de un momento a otro y entonces...

—No pasa nada —lo interrumpo por tercera vez—. Le vamos a dar la dirección, o

mucho más fácil, le decimos que estamos en el puente de Brooklyn. —Lo miro

fijamente, pero él sigue masajeando sus manos—. ¡El famoso puente de las peleas! —

sentencio, y él levanta la mirada.

—Yo creo que con solo decirle que es el puente de Brooklyn al señor, sabrá llegar —

opina.

El camarero trae los dos cafés.

—Disculpa, hemos decidido cenar aquí —digo, y el señor chófer frota su sien con las

puntas de los dedos—. ¡Tráenos una de esas ensaladas con pollo crujiente! —
Sonrío—.

Yo soy bailarina, hago dieta —explico— y el señor es uno de esos chóferes que se

mantienen sin barriga —aclaro, y el camarero asiente sonriendo. Después se marcha a

por su pedido.

Harry está aún más nervioso y parece que no encuentra palabras para conversar. Vuelve a

mirar a lo lejos.

—¡No te preocupes Harry, queda muy poco hasta las doce de la noche! — afirmo.

—¡No sé qué quiere decir, señorita Evolet!

—Solo Evolet. ¡Quiero decir que no mires tanto! ¡El señor Cooper llegará a la pelea a las

doce! —declaro—. Tenemos tiempo de sobra para cenar tranquilos.

Harry está al límite y, exactamente cuando quiere hablar, es interrumpido por su teléfono.

— *Sí* —contesta.

— *Sí, todavía.* —Repite el «sí» por segunda vez.

— *Sí, por supuesto* —De nuevo, por tercera vez.

— *Sí, sí...*

Me alzo por encima de la mesa y le quito el teléfono de la mano. La palabra «sí» me está

irritando.

—¿*Qué pasa, Jayden?* —pregunto, y lo primero en mi oído se escucha un silencio de

unos segundos.

—¡*Evolet, no me hagas ir a por ti!* — clama enfadado.

—*¡Estoy esperándote en el puente Brooklyn, Jayden!* — declaro mirando al chofer.

—*¡Quiero que te vayas a casa directamente, Evolet!*

—*¿Y si no lo hago?* — suspiro —. *¿Qué va a pasar?*

—*Maldita sea, Evolet.* — Me cuelga.

Devuelvo el teléfono al señor chofer enseñándole una leve sonrisa. Conozco

perfectamente a Jayden por sus cambios de carácter y por eso sé perfectamente que la

noche no acabará así. Lo que desconozco es hasta dónde llegará esta vez su locura, pero

no es esto lo que me preocupa; quiero por una vez que me cuente toda la verdad y saber

en qué me he metido, sin mentiras, sin secretos... Solo él y yo... Nosotros.

—*¿Le puedo dar un consejo, señorita Evolet?* —me pide al mismo tiempo que me

observa firmemente.

—*Evolet —corrijo—. Claro que sí —le contesto afable.*

—*¡Tenga paciencia con él, señorita Evolet!* —dice—. Detrás de esa imagen salvaje,

tosca, hay un alma aún herida. ¡Necesita tiempo!

Al acabar la última frase, la expresión de mi cara cambia. No puedo controlar sentir

tristeza, porque una gran parte de su vida la conozco, cuando todavía no comprendíamos

que el amor podía ser tan complicado y no sabíamos que un día llegaría y nos separaría

durante tanto tiempo.

—¡Entiendo lo que me quieres decir Harry! —le respondo—. ¡Pero eso no significa que

vaya a seguir viviendo entre tinieblas de secretos! —agrego para que pueda

comprenderme. El camarero nos trae las ensaladas con pollo crujiente y apenas deja los

cuencos encima de la mesa cuando Harry se levanta mirando hacia la terraza del River

Café con una mirada expectante. Hago lo mismo, esta vez sin pensar o hacer preguntas

porque el sonido de una moto me aclara todas las dudas. Giro la cabeza observando

cómo la furia tiene de nuevo descontrolado al señor Cooper, que entra con la moto

directamente dentro de la terraza entre las mesas ocupadas de personas asustadas y

boquiabiertas. Algunos quedan sentados, otros se levantan alarmados mirando a un

hombre que camina echando humo por todas partes pareciendo una bestia recién

escapada de un bosque. Realmente salvaje... Pero demasiado irresistible para mi pesar.

Yo me quedo inmóvil, conteniéndome hasta la respiración. Viste un pantalón de deporte

negro y una blusa de tirantes blanca que deja a la vista sus músculos tensos y contraídos

por todo el cabreo que lleva por dentro. No le puedo mirar el rostro, pero por la ventanilla

de su casco sus ojos marinos brillan en el momento en que chocan con los míos. Se me

acerca, y sin decir nada me levanta encima de su hombro cargándome frente a toda esta

gente que alucina por la escena que acaba de protagonizar el airado manipulador. Yo

chillo como loca que me deje en el suelo, pero él ni se percata de mi protesta. Me sienta

encima de la moto y tira enfadado de la goma que sujeta mi moño soltando todos los

rebeldes rizos que forman mi cabello.

—¡Me haces daño! —protesto a la vez que me acomoda el otro casco.

—¡Tendré que enseñarte hacer caso a lo que yo te diga! —exclama subiéndose en la

moto y enseguida la pone en marcha.

* * *

El embarcadero de la ciudad de Long Island es solitario, silencioso. Las letras que forman

el nombre de la ciudad parpadean con una suave luz amarilla. La moto se detiene

exactamente debajo de los altos pilares de hierro que llevan el nombre Long

Island

mostrándolo hacia Manhattan. Jayden se quita primero su casco y lo deja en el suelo,

después hace lo mismo con el mío. Se acomoda de nuevo en la moto, pero esta vez

girado con todo el cuerpo hacia mí.

—Sé que no soy como tú te esperabas que yo fuera —dice con la vista clavada en mi

rostro—. ¡Pero tampoco puedo cambiar de un día para otro! —añade, y yo siento un

escalofrío que me achica por tenerlo tan cerca de mí.

—Yo no he pedido que cambies, Jayden —murmuro con desaliento—. ¡Solo quiero la

verdad!

—¿Sabes cuál es la verdad? —Hace una larga pausa—. ¡Qué no tuve que entrar en tu

vida!

—¿Te arrepientes? —pregunto enfurruñada.

—No. ¡Ahora eres mía, y ni el mismo destino lo podrá cambiar!

Trago saliva antes de formular una nueva pregunta, aunque con lo que acaba de decir, es

más que suficiente.

—Estás metido en todas esas peleas horribles... ¿verdad? —pregunto al final.

—¡No en todas, casi en todas! —corrige.

—¿Por qué?

—Es... complicado.

—¡Explícamelo! —insisto.

—Son un grupo... que...

—¡Pelean por dinero! —exclamo.

—También hay dinero de por medio, pero no se trata de eso —aclara, y sus
dedos

empiezan a jugar con unos rizos de mi pelo.

—¿Entonces?

—¡Son unos enfermos, Evolet! —dice, y mis ojos se abren de par en par—.
Encuentran

chicas, las drogan, las atan y las violan.

—¡Hijos de puta! —exclamo enfadada—. ¿Y qué tiene que ver con las
peleas? —vuelvo

a preguntar, y su rostro se tensa.

—Primero hacen peleas entre ellos —suspira—. Quien gana, se la lleva a
donde quiere y

hace con ella lo que quiere... hasta que la mata —sentencia, y una rabia anida
en su

expresión.

—¡Oh, no! —exclamo—. ¡Por eso estás metido en las peleas! —Me cubro el
rostro con

las manos arrepentida.

—¡Tranquila, pequeña! —Me quita las manos y se acerca aún más hacia mi rostro—.

¡Muchas veces no las puedo salvar! —añade.

Me aferro a él abrazándolo con todas mis fuerzas. Me alegra saber que hace todo esto por

esas chicas, pero al mismo tiempo siento un miedo enorme por que se exponga a

demasiado peligro.

—No quiero que te pase nada —murmuro en su pecho—

¡No quiero perderte, Jayden!

—¡Eso no va a pasar! —exclama, y me da un suave beso en el pelo—. ¡Pero no quiero

que vuelvas a esa zona! ¿Entendido? —ordena, y yo asiento como una niña pequeña.

La noche se enfría misteriosa, llena de confesiones e intriga. Levanto la vista y lo miro

con avidez. Sus ojos resplandecen encantadores. Por fin ha logrado relajarse, y la furia se

le calmó de momento. Le sonrío y él desliza las manos por mi cuerpo hasta mi cintura.

La tensión aumenta entre nosotros y yo me sonrojo mientras él me saca la camiseta.

—¡Nos puede ver alguien! —digo, y mis manos van directamente a acariciar su espalda.

Siento su respiración en mi oído. Besa horizontalmente las líneas de mi cuello. Mi cuerpo

empieza a templar, transpira totalmente deseoso de sus caricias.

—¡Solamente la noche! —murmura, y me estremezco—.

La noche es la única que espía lo nuestro —añade.

Cierro los ojos al sentir sus manos y sus labios recorriendo mi piel, que se eriza a su tacto.

Estoy en sujetador en plena calle, avergonzada y asustada por pensar que en algún rincón

estará alguien mirándonos a escondidas. Mi corazón late deprisa, miedoso, pero el deseo

no me deja detenerme; no puedo parar y tampoco quiero.

—¿Y tu pelea? —pregunto, recordándolo.

—Es tarde, habrán terminado —dice—. ¡Ahora que el destino sea indulgente con la

chica que cayó en esa lumbre del infierno! —Y sus ojos se oscurecen de nuevo.

Su boca deja escapar un suspiro en mi boca cuando empieza a engullir mis labios como

si fuera su medicina, la que alivia la dolorosa furia que lo anega por dentro. Me levanta

mientras estoy apoyada con los pies en las estriberas de la moto y me baja la cremallera

del pantalón. Besa mi pelvis, después baja suave con la punta de su lengua hasta el

doblamiento de mi tanga haciéndome gemir por el placer causado. Levanto primero un pie

para sacar el pantalón, después el otro. Intento sentarme de nuevo, pero él me detiene y

me quedo de pie. El aire fresco respira el sudor que mi cuerpo exhala, y el momento nos

congela en una burbuja en la cual el tiempo se hace eterno, albergando nuestro amor

desequilibrado. Muerde la piel sensible de mi sexo por encima de la pequeña tela de mi

tanga y mi vientre se curva desquiciado por el fuego que se enciende por su agitada

respiración. Dejo la cabeza caer por mi espalda y unas gotas frías caen de una nube

apenada encima de mi rostro. Pierdo la conciencia ante la locura que se desata entre los

dos sintiendo que no puedo pedir que pare, y mis jadeos dan paso a unos cortos gritos por

el enorme placer que siento cuando besa y muerde mi sexo. Desliza despacio el pequeño

tanga por mis piernas y me sienta encima de su regazo, donde su miembro late

desesperado por salir del pantalón. Me sujeto a su cuello, hundiendo mi olfato en su olor

mezclado con el frescor de la lluvia que patina por nuestros cuerpos. Su juego

nuevamente me excita, consiguiendo hacerme delirar. Con su pulgar roza de

nuevo mi

sexo y siento que me derramo de placer. Me eleva hacia él, y su miembro liberado entra

en la hoguera de mi cueva embistiendo de un solo golpe. Un grito sale por mi boca

medio abierta; en este momento no puedo frenarme, disfruto de su enorme falo que sale y

entra llenándome de un placer absoluto y haciendo que explote en un orgasmo

irreprimible. Mi cabeza da vueltas porque todo lo mío es de él, incluso en sus momentos

coléricos tiene la magia de desprender en mi ser el deseo de llevarme lejos de la realidad

dando todo de él y yo dando todo de mí. Esta vez no volveré a desconfiar de él. Esta

noche fue perfecta, igual que él.

Capítulo 12

Visto un maillot negro de manga larga con falda incorporada blanca y unas medias del mismo color del *body* que llegan por encima de mis rodillas. Con los dedos de los pies vendados y los puños bien cerrados, a punto de reventar por el disgusto de hace cinco minutos, camino por el pasillo de mármol congelado hacia

el despacho de la señora Robinson.

—¿No es excesivo que me hayáis metido en el Festival de Danza sin

preguntar? —digo

mientras abro la puerta sin tocar, interrumpiendo una conversación entre la directora y un

señor de unos cuarenta años.

—¡Evolet! —exclama la señora Robinson poniéndose de pie—. ¿Y tus modales? —

pregunta, y el señor se levanta.

Me pareció ver una leve sonrisa en la esquina de su boca.

—¡Disculpad! —exclamo—. Pero me resulta desagradable, después de ser obligada a

bailar en el Chicago, también ser obligada a llevar una coreografía junto a Adam. —Sigo

explicando el porqué de mi irritación sin importarme el hombre que me mira fijamente.

—¡Evolet, esto lo podemos hablar después! —dice haciendo una mueca.

—¡Lo siento, pero no puedo esperar! —digo, y el señor que desconozco baja la mirada al

suelo escondiendo esa sonrisa que estoy segura de haber visto esta vez.

La señora Robinson apoya las palmas de sus manos en el pequeño escritorio color cobre

demasiado disgustada por mi informalidad.

—¿Qué es lo que pasa con Adam? —pregunta con un tono áspero e irritado.

—¡No pienso preparar la coreografía con él! —espeto.

—¡No hay nadie que esté a tu altura, Evolet! —agrega, y la expresión de enfado con que

entré por la puerta se me suaviza por un momento—. Aunque no te lo creas, hemos

pensado en ti, y hemos intentado buscarte otra pareja, pero analizando la lista de

imprescindibles, es el único que te favorece —sentencia, y un suspiro me sale del fondo

de mi malhumor.

Exhalo fuerte todo el aire contenido en mi pecho, miro largamente al señor desconocido,

después me fijo en los ojos de la señora Robinson, que está igual de enfadada que yo, y

sin decir nada más, salgo tirando de la puerta, cabreada. Vuelvo a entrar en la sala de

baile, la que supuestamente han puesto a mi disposición por un mes para poder

desarrollar mi imaginación y hacer una coreografía llena de emociones con la música de

Loreena Mckennitt. Pero allí parado entre los espejos está Adam sonriendo glorioso

porque sabe perfectamente que no conseguiré otra pareja de baile.

—¿Y? —pregunta esbozando una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Habla menos! —ordeno con un tono seco y rígido—.

¡La coreografía no es tan fácil! ¡Lo único que tienes que hacer es moverte,

dar todo de ti

si quieres que ganemos! —exijo.

—¡La misma Evolet! —dice, pero yo hago como si no lo hubiera escuchado.

Me acerco a la esquina donde está el equipo de música. Busco la canción
Tango to Évora

en mi móvil e inserto mi teléfono en el espacio del altavoz. Vuelvo hacia
Adam a la vez

que la música empieza sonar. Parada frente a él, observo el brillo que
resplandece en sus

ojos melosos.

—¡He pensado empezar con algo diferente! —explico—. Yo me sentaré de
rodillas

frente a ti, y tú me abrazarás haciendo una imitación de violín en mi espalda.
—Respiro

hondo al sentirlo tan cerca y me arrodillo para enseñarle la posición.

—¡Me gusta! —declara arrodillándose frente a mí.

—Después nos vamos a levantar, yo me giraré hacia el público y tocaré el
principio de la

canción con mi violín; apretaré más la primera cuerda y la cuarta para lograr
una textura

mucho más elaborada y compleja.

—¡Como siempre, me sorprendes con tu imaginación! —añade pasando el
índice por mi

mejilla.

—¡No haga esto, Adam! —exclamo poniéndome de pie—. ¡Entre nosotros ya no hay

nada desde hace muchísimo tiempo! —Trago saliva mientras lo observo.

Lleva unas mallas negras y una camiseta gris. Su cuerpo está bien formado con brazos no

muy fuertes, pero suficientes para poder levantar y sujetar a una bailarina.

—¡No me pude contener! —admite nervioso—. ¡Eres preciosa, Evolet!

—¡Por eso no quería trabajar contigo! —Me observa, y la intensidad de su mirada me

hace darle la espalda—. ¡Mejor lo dejamos! ¡Hablaré con la directora Robinson! —Me

dirijo hacia el equipo de música y, de repente, la canción se entrecorta por el sonido

discordante de un mensaje.

Levanto el móvil del altavoz y leo en la pantalla:

Sweet tiene un mensaje para ti.

Abro el buzón de la página de chat y sonrío.

J. C: *¿Qué tal te ha ido la mañana?*

Princesa: *Bien.*

J. C: *¿Solo bien?*

Princesa: *Las clases de ballet sin Laya no han sido lo mismo.*

J. C: *¿A qué hora sales de Contemporary Dance?*

Princesa: ¡Ahora, si pudiera!

J. C: Mmm... ¿Pasa algo?

Princesa: No.

J. C: ¿Seguro?

Princesa: Sí, tranquilo, en media hora salgo.

J. C: Ok. Estoy fuera, tengo una sorpresa para ti.

Adam se me acerca y yo me desconecto del chat.

—Verás, Evolet... —suspira—. ¡Lo siento por lo de antes!

—Su voz parece apenada—. ¿Lo intentamos de nuevo? —La expresión de su cara me

hace ceder y darle otra oportunidad.

—¿Lo prometes?

—¡Lo prometo! —Levanta la mano como un juramento y yo le sonrío—. ¿Bailamos?

Vuelvo a conectar mi móvil en el altavoz con la canción de Loreena Mckennitt y regreso

a nuestros pasos.

—Cuando yo toque el violín, quiero que tú bailes al ritmo de mis notas. —digo—.

Empiezas con un giro, después sigues con un salto volador y regresas a mi espalda. —

Hablo al mismo tiempo que le enseño los pasos.

—¿Has traído el violín?

—¡Oh, no! El próximo día lo traeré sin falta —digo apoyándome en una pierna y con las

manos en la cintura.

—¿Y después de que yo llegue a tu espalda, ¿tú cómo te incorporas a la danza?

—¡Me dejaré de espaldas con el violín en una mano y el arco en la otra! —digo y me

dejo caer entre sus brazos. Sus ojos centellean y su respiración empieza a sofocarse.

Sostengo su mirada unos segundos, pero la puerta del aula se abre de par en par

haciéndome saltar. Una mirada se estampa directamente en nosotros.

—¡Evolet!

—¡Jayden!

¡Oh, no! Su mirada se eclipsa con la furia que se sumerge poco a poco dentro de él.

—¡Las clases han terminado hace diez minutos! —dice con su tono de voz intimidante.

—¡Ah! No me di cuenta —digo y voy rápido hacia el equipo de música, recojo mi móvil

y mi bolso antes de que la bestia de dentro de él se despierte. Calzo mis manoleinas y al

girarme observo cómo Jayden está devorando a Adam solo con mirarlo. Mmm... La

bestia está marcando su territorio. Todo un macho alfa cuidando de lo suyo.

—¡Jayden, él es mi pareja de baile! —digo, y casi me atraganto con mi propia saliva por

los nervios—. Adam, él es... Él es Jayden.

Adam camina hacia el receloso y duro Jayden tendiéndole la mano. ¡No lo hagas! Grita

desesperadamente mi subconsciente. Tomaste la mala decisión de tu vida. Mi conciencia

se altera. Por favor, Dios, arrójale encima un poco de misericordia al señor mangoneador.

—¡Encantado! —exclama Adam un poco atontado por la expresión del otro.

Queda con el brazo suspendido unos segundos. Mierda.

¿Qué pasa, Jayden? ¿Nadie te enseñó a tener modales? Le hago un gesto a mi

mangoneador para que se reanime, pero parece tener como propósito: no ser muy

agradable.

—¡Igualmente! —contesta apretándole la mano a Adam con bastante fuerza, como si

quisiera arrancársela—. ¡Espero que me la trates bien! —agrega cogiéndome por el

brazo.

Un relámpago electrifica mi corazón. «Espero que me la trates bien». Esto no me lo

esperaba. Aunque sonó muy huraño, debo reconocer que me derritió.

Salimos, y por la

forma de llevarme con tanta rapidez, me doy cuenta de que no le hizo gracia verme en los

brazos de otro hombre. ¡Cálmate, Cooper, esto no es más que un ensayo! Es solo un

ensayo. Repite mi subconsciente.

—¡Fuiste muy borde! —digo mientras salimos del edificio de Contemporary Dance.

—¡Demasiado indulgente! —contesta al mismo tiempo que Harry nos abre la puerta del

coche.

—¡Hola, Harry! —saludo educadamente.

—¡Señorita! —El chófer asiente con mucha formalidad sujetando la puerta medio

abierta del coche.

—¿A dónde vamos? —pregunto deteniéndome frente al auto.

—¡Tengo que enseñarte algo! —me contesta el señor furia—. ¡Sube! ¡Tengo mi coche al

final de la calle! —Muerdo mis labios por contenerme y no reír.

¿Qué pasa? ¿Tienes celos? Su inquietud me hace reír, se le nota la irritación en todo el

cuerpo.

—¡Harry vendrá a por él con uno de mis otros hombres!

—Su voz sigue sonando ruda y arisca.

—¡Como usted ordene, señor Cooper! —digo, y Harry hace como que tose para no dejar

que se le note la risa.

El señor mangoneador arruga la frente lanzándome una de esas miradas degradantes.

Después gira la cabeza y repite lo mismo con Harry. Me pasa la mano por la espalda

induciéndome a acceder al coche. Entro y me adapto el cinturón de seguridad. Él a mi

lado hace lo mismo; después, pasa su fuerte mano por encima de mi muslo. Siento que

una pequeña descarga eléctrica me atraviesa todo el cuerpo.

—¿Sabes, Jayden? —digo girando mi rostro hacia él—. ¡Se dice: «Hola, Evolet»! —

sonrío—. ¡Y también me habrías podido dar un beso! —exclamo—. Como hacen todos

los novios. ¡Oh, disculpa! Tú no eres mi novio, eres mi maestro sexual —agrego con

desaire.

Me mira directamente a los ojos sin decir nada, pero su mirada marina, aunque sigue

manteniéndose severa, me cuenta más que su voz. Se me acerca a una corta distancia de

mi boca. Me deja unos segundo sentir su enérgica respiración; después me

besa. El roce

de sus labios hace que mi cuerpo se desestabilice totalmente. Sus besos son como huellas

dentro de mí.

—¡Lo siento! Vine añorando el sabor de tu boca —declara enroscando sus dedos en un

mechón de mi pelo—, pero cuando abrí esa puerta y te vi en los brazos de aquel hombre

no pude controlar mis celos.

—¿Celos? —resalto—. ¡Yo no tengo ojos más que para ti!

—Bueno, eso no significa que otros no intenten comerte en mi ausencia —dice, y yo de

nuevo me derrito entera ante él.

—¡Oh, claro! —Me sonrojo—. ¿Comerme como primer plato o segundo?

—Mmm... Los dejo martirizarse preguntándose cómo estarías de postre, porque eso lo

probaré solo yo. —Suelto una carcajada.

—No debes sentir celos, Jayden, porque en mi corazón está escrito tu nombre antes de

que yo naciera, ¿te acuerdas? Sonríe, y mi corazón tiembla enamorado. De nuevo me

besa, y mi sangre se enciende. Estoy bajo su control férreo y me dejo llevar allá donde yo

soy él, él es yo, juntos somos uno solo bailando entre sueños, deteniendo el

paso del

tiempo y transformando las tristezas en felicidad.

* * *

Harry entra en el edificio por la parte lateral subiendo por la rampa hasta el segundo nivel

y aparca en la plaza libre. Enfrente hay un coche cubierto con un forro, y al lado está

aparcada la moto de Jayden. Primero baja el señor furia, que me tiende la mano y me

ayuda a salir. Yo acepto encantada y lo sigo hacia el ascensor. De nuevo veo cómo pulsa

el número 56 y la suave subida del ascensor empieza a sentirse sutil. Entra en el recibidor.

El señor mangoneador se detiene frente a mí.

—¡Cierra los ojos! —exige.

—¿Por qué? —pregunto sonriente.

—¡Ciérralos! —ordena, y al mismo tiempo se pone detrás de mí tapándome la vista con

las manos.

—¿Qué me vas a enseñar? —Camino sintiendo el corazón palpitando fuerte de emoción.

—¡Una sorpresa! —exclama.

—Mmm... —murmuro, y su respiración ardiente resuella detrás de mi cabello.

Escucho un murmullo que no llego bien a entender, pero parece como si le dijera a

alguien que haga silencio. Se detiene y yo hago lo mismo. Esta vez vuelvo a escuchar

una ingenua risa que hace que mi cuerpo se altere todavía más. Baja sus manos y la

emoción que me entra me hace romper a llorar.

—¡Laya! Mi princesita. —Me siento de rodillas y ella se lanza en mis brazos, lloriqueando y riendo a la vez.

—Señorita —repita varias veces.

Lloro y me río a la vez con una mezcla de emociones que se remueven en mi alma. No

es posible que esto sea verdad.

¿Qué hace Laya en la casa de Jayden? Levanto la vista mirando por debajo de mis

párpados al señor Cooper, que enseguida entiende que en cuanto llegue el momento,

manifestaré mis dudas en preguntas.

Capítulo 13

Me siento en el sofá con Laya a mi lado. Jayden, detrás de la barra, prepara unas bebidas mirándonos con esos profundos ojos marinos. La niña se me pega al cuerpo cariñosa como si yo fuese lo único que tiene. Enrosco mis dedos en su coletita de caracol y le sonrío. Jayden saca su móvil y marca un

número.

—¡Harry, sube! —ordena, exigente como siempre—. ¡Quiero que te lleves a la niña al

jardín del edificio! —Y al decir lo último, cuelga.

Me tiende el vaso con la bebida. Mmm... Es Coca-Cola. Viste un vaquero y una

camiseta negra de manga corta que deja ver una parte de su tatuaje en el brazo. Se ve

hermoso, como siempre.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —pregunto.

—¡Ahora no, Evolet! —dice, y al mismo tiempo Harry entra en el salón.

Se sienta de rodillas a la altura de Laya pasando su mano grande por la cara blanquecina

de la niña.

—¡Harry te llevara al jardín, pequeña! —dice acariciándola—. Después vamos a ir de

compras, ¿te parece?

—Tío Jayden, ¿la señorita Evolet nos puede acompañar? —pregunta, y mi corazón da

un vuelco al oírla.

Jayden me mira de reojo. Cuando el destino te quiere sorprender, lo hace. En ningún

momento me hubiera esperado que la mamá de Laya fuese Amy. Cuando me enseñaron

aquella fotografía los de servicios sociales me pareció ver algo familiar en sus ojos, pero

su rostro era tan pálido y estaba tan cambiado que no lo había reconocido.

—¿Crees que a ella le gustaría venir con nosotros? —Formula una pregunta retórica.

—¿Le puedo preguntar? —La niña pregunta y él asiente con la cabeza haciendo como si

yo no estuviera escuchando nada.

—¿Señorita, te quieres venir con nosotros?

—¡Claro que sí, mi princesita! —Me siento de rodillas y le arreglo el vestidito—. ¿Me

das un abrazo de esos fuertes como se dan los osos? —le pregunto, y ella se me agarra

del cuello dejando escapar una sonrisilla alegre.

—¡Ahora vete con Harry, pequeña! —La empuja suavemente hacia el sonriente

conductor—. ¡No tengas vergüenza!

¡Anda, vete con él! —dice Jayden.

Harry la agarra de la mano, y ella mira unas cuantas veces atrás antes de salir del

apartamento. Como siempre, tengo muchas preguntas por hacer y, aunque la sorpresa fue

bastante agradable, eso no significa que no pueda estar enfadada.

¿Qué habíamos hablado? Nada de secretos, nada de mentiras... ¿Dónde están

las

promesas?

Un silencio se forma en la sala. Jayden saca sus deportivos, dobla la parte de abajo de su

vaquero dos veces y después, sube en el cuadrilátero. En el medio hay colgado un

enorme saco negro. Aprieta fuerte su puño y golpea. Todos sus músculos se contraen.

Vuelve de nuevo a pegar al saco, esta vez aún más fuerte, tanto que casi lo desengancha

de sus cadenas. Me acerco cruzada de brazos y lo observo por debajo de las cuerdas.

—¿Pregunta, Evolet! —exclama con agresividad—. ¿Se lee en tus ojos que estás ansiosa

por preguntar! —Le sonrió frunciendo el ceño por su cambio de ánimo.

Todavía, después de tanto tiempo a su lado, su cambio radical de estado me desconcierta.

A veces me resulta difícil encontrar la manera de tratar con él.

—¿Desde hace cuánto tiempo sabes que Laya va a mi clase?

—¿Desde el primer día!

—¿Qué me estás diciendo, Jayden? —Toda mi alma se contrae—. ¿Qué sabes de mi

existencia desde hace aproximadamente un año?

Se para mirándome. Su pecho sube y baja a causa de la respiración. Inhala

fuerte aire en

su pecho.

—¡Verás, Evolet! Cuando regresé de Miami, lo único que quería era encontrar a Amy.

Estaba perdida en el mundo de la droga, lo único que ella conocía. Los abusos y los

maltratos sexuales los desconocía. —Hace una larga pausa antes de volver a hablar—. Se

le administraba un fármaco que te hace olvidar todo después del acto. De esa forma ella

nunca supo lo que le hicieron.

—¡Malditos diablos! —maldigo—. ¿Cómo hacían esto?

—Propranolol, un betabloqueante empleado en el tratamiento de la hipertensión. Se lo

administraban con la intención de que después de cada abuso ella no recordarse nada

—explica, y su puño va directamente al saco.

—¿Quién hacía eso?

—¡Bastían!

—¿Quién es Bastían? —sigo interrogando.

—¡Es el líder de todos esos profanadores sexuales! —Cierra sus manos en puños y

vuelve a golpear con rabia y rapidez el saco.

—¿Cómo llegó a meterse en eso? —Me doy cuenta de que mis preguntas le afectan,

pero necesito saber toda la verdad.

—¡A esa pregunta no puedo contestarte, Evolet! —vacila—. ¡Porque no lo sé! —añade

—. Cuando vine a por ella, intenté ayudarla, pero no lo logré. ¡Las cosas se complicaron!

Discutimos mucho aquel día... Ese día que... —Mi expresión se arruga por la mezcla

de confusión y curiosidad.

—¿Qué día?

—El día que me dijo que estaba embarazada —contesta—. El día que... —¿Qué día,

Jayden? —pregunto con el aliento atrapado en mi garganta. Las cosas son más difíciles

de lo que yo hubiera podido llegar a pensar.

—En ese día le di la espalda —confiesa—. ¡Estaba cansado de luchar contra su

voluntad! No debía hacerlo. La única que continuó a pesar del golpe de su vida fue

Catalina.

—¿Mi hermana? —pregunto confusa.

—Sí. —Se le escapa un pesado suspiro—. Ella mostró algo que... Nunca pensé que

alguien pudiera superar ese límite.

—Se está mirando las manos. Abre y cierra sus puños.

Enmudezco contemplándolo con ojos ausentes. Mi subconsciente está en blanco.

—¿Qué es lo que hizo mi hermana?

—¡Algo que ni el odio ni la muerte tuvieron fuerzas para superar! —
sentencia, y sus

palabras me hacen sentirme mareada. Por primera vez siento que es
demasiada

información por hoy... ¡¿O será que percibo algo que no quiero?! Mierda.
Tengo miedo.

Mucho miedo. No quiero que siga contándome.

—¡Amy está muerta por mi culpa! —se inculpa—. ¡No tuve que abandonarla
aquel día!

Además, ¡estaba embarazada! —agrega.

—Laya es la hija de ese hijo de... —murmuro.

—Sí. ¡Es la hija de Bastián!

Vuelve a golpear el saco que tiene enfrente con unos golpes coléricos.

—¿Y él no quiere saber nada de su hija?

—No sabe de su existencia. ¡Mejor que no se entere!

—¿No sabe?

—No. Catalina la llevó lejos de él. La metió en un centro de rehabilitación
donde la

señora Amelia trabaja como enfermera —dice, y mis ojos se salen de sus órbitas—. Tu

hermana le alquiló un estudio cuando dio a luz. La señora Amelia seguía encargándose

de ella y la niña. ¡Yo no quise saber nada de ellas! —declara—. Pero aun así le mandaba

un cheque mensualmente a Catalina para los gastos de mi hermana y la niña.

—¿Por qué la abandonaste, Jayden?

No contesta, y con toda la rabia hunde el puño en su saco. Yo cierro los ojos y enredo las

manos en mi pelo. Maldita sea... Mi hermana estaba metida en todo esto y yo no supe

nada. JODER... Siento que me revienta la cabeza. ¿Hay todavía más cosas que tendría

que saber? Me gustaría dar medio vuelta, irme a mi casa, darme un baño con mucha

espuma, así como a mí me gusta, y tomarme una copa de algo fuerte que me calme toda

esta alteración.

—¿Por qué yo no supe nada de todo esto?

—Porque Catalina quiso protegerte.

—¿Protegerme? —pregunto ladeando la cabeza—. ¿De quién? ¿De Bastián?

—¡De mí, Evolet! —Su mirada va al techo. Suspira. Yo hago lo mismo. Dejo salir un

fuerte suspiro; después, aclaro mi garganta antes de volver a hacer una nueva pregunta.

—¿De ti? —Mis ojos se dilatan—. ¿Con qué motivo? De nuevo se calla. No me

contesta, y las dudas se acumulan en mi cabeza.

—¡Y sigo sin saber de Laya!

—¿Cómo llegó a ser tu alumna? —vacila—. Pues Amelia llamó a tu hermana un día

para decirle que creía que a la niña le encantaría ser bailarina. Y Catalina, sin darse

cuenta, le dio el nombre de tu colegio de danza. ¿Cómo lo llamarías tú? —interpreta

irónico acercándose a las cuerdas del cuadrilátero—. ¿Destino?

—¡Una mierda! —farfullo—. ¡El destino es una simple doctrina! —digo poniendo en

blanco los ojos.

—¡Te equivocas, Evolet! —dice y me da la espalda regresando a su saco de boxeo—. Tú

apareciste en mi camino a pesar de todos los obstáculos porque el destino escribió tu

nombre en mi vida.

—¡Muy filosófico! —admito.

Me mira con la boca medio abierta.

—Tú no lo sabes, pero, aunque Catalina estuvo a mi lado y de Amy... me

prohibió

totalmente acercarme a ti. —Lo miro sorprendida, pero él mira el saco.

Hoy quiere romperlo, sin duda. Su furia no se suaviza, al contrario, aumenta dentro de él.

Mis preguntas le hacen daño. Tiene que recordar muchas cosas para contestar a mis

preguntas. Y yo... no sé cómo me siento yo... ¿Frustrada? No. Lo correcto es decepcionada, pero no con él... Con Catalina.

—¿Por qué me escondió tantas cosas mi hermana?

—¡Le dio miedo de que te pasase algo! —explica—. ¡Ella es la que me cubre las

espaldas en todas esas peleas! —aclara, y un dolor enorme me golpea en el pecho. Siento

que me sofoco—. ¡Y yo le paso información! —agrega.

—Fuisteis juntos al entierro de Amy, ¿verdad?

—¡No exactamente! Pero sí fuimos los dos. —Su furia arde en sus ojos y sus puños

empiezan a golpear sin lástima el saco—. ¡Lo siento, Evolet! —grita golpeando y

golpeando, y la piel de sus nudillos se parte en finas líneas rojas—. Fui demasiado débil.

El día en que te vi de nuevo... Tan hermosa... Tan delicada...

¡Mierda! —grita con una fuerza increíble—. ¡Me siento culpable por ti, por Amy, por

todo! —Golpea el saco hasta que sus nudillos están bien lesionados.

—¡Para! —grito agarrándome de las cuerdas del cuadrilátero—. ¡Jayden, para!

Cae al suelo de rodillas. Su cuerpo pierde fuerza por el dolor psíquico que lo tortura

despacio, pero a la vez de manera devastadora. Subo al *ring* y lo cojo en mis brazos. Su

dolor ahora es y mi dolor. No puedo estar enfadada, mi corazón me lo impide; siento que

todos esos problemas me unen aún más a él... a la vida de él.

—¡Lo siento, lo siento por hacerte recordar lo de tu hermana! —susurro pasándole la

mano por su cabello—. ¡Mis preguntas te hicieron daño! —le digo, y él levanta la mirada

profundizando su color azul en mis ojos—. Si me lo hubieras contado antes, yo lo habría

entendido. ¡Lo siento, no me gusta verte así!

Atrapa mi rostro entre sus manos y me besa. Sus labios son tiernos y su sabor es

sensacional. Me aprieta contra él y, sin poder contenerme, suelto un gemido en su boca...

Su boca, la que siempre anhelo probar porque me hace olvidar todas las angustias.

—¡No, Evolet! —susurra con los labios sobre los míos—. ¡Yo soy el que tendría que

pedirte perdón! —dice, y el color de sus ojos se apaga en un tono triste.

—¿Perdón?

—Sí —resopla, y su aliento me hace estremecer y siento su miedo.

—¡No! ¡Yo elegí estar contigo! —confieso—. Antes de saber quién eras. Tú me trajiste

de nuevo a la vida —murmuro—. Estaba apagada, aburrida, casi muerta... Y tú...

—¡Todavía me queda contarte algo! —Me coge el rostro en sus manos, su mirada se

oscurece, y ahora su miedo es mi miedo—. ¡Debo confesártelo antes de que sea muy

tarde! —exclama, pero el ruido de la puerta nos sobresalta.

Nos ponemos rápido de pie.

—¡Señorita, señorita! —grita la pequeña Laya corriendo hacia el cuadrilátero —. ¡Te

traigo una flor del jardín! —chilla alegre.

Se para con las piernas cruzadas, una mano en la espalda y la otra me la estira enseñándome la flor. Sonrío y bajo del cuadrilátero.

—Mmm, ¿hay tulipanes en el jardín? —pregunto y miro por encima de mi hombro

cómo Jayden baja por la otra parte del *ring* escondiendo sus manos. Se dirige hacia su

dormitorio y Harry, justo detrás de la niña, lo observa; después, con una mueca de «¿qué

es lo que ocurre?» regresa a mí. Yo solo lo miro apenada.

—¡Sí! ¡Hay muchos tulipanes de todos los colores! —contesta alegre Laya, y yo me

esfuerzo por mostrarle una bonita sonrisa.

Me acerco a la barra del minibar de Jayden, aunque no es exactamente «mini», y cojo mi

vaso de Coca-Cola. Y de nuevo, la subconsciencia de Evolet empieza a recapitular la

cantidad de información de antes. ¿Qué es lo que queda todavía? Laya se ríe, jugando

con Harry. Me encantaría vivir en su mundo lleno de fantasía e inocencia. Todo es mucho

más sencillo.

—¿Nos vamos? —pregunta Jayden viniendo de su dormitorio recién duchado y vestido

con ropa deportiva.

—¿¡Chándal!?! —pregunto.

—A juego con tu ropa de baile —dice, y yo bajo la mirada hacia mi vestimenta.

Oh... Es verdad, un gesto muy caballeroso de su parte. Le sonrío. No sé cómo lo hace,

pero siempre consigue que me pierda ante sus formas de actuar conmigo. Es increíble. Y

ahora, con esos cabellos rebeldes y desordenados por la ducha, si no estuvieran Harry y

Laya, no me podría contener y lo besaría y hasta pecaría con otras cosas.

—¡No haga eso! —exige en voz baja para que lo escuche solo yo.

—¿El qué?

—¡Lo de morderte el labio! —Se gira de espaldas a Harry, como si quisiera ponerse algo

de beber en la barra.

—¿Qué tiene de malo que me muerda el labio? —Le sonrío.

—Cuando lo haces es que estás pensando en... ¡Tú lo sabes!

—¡¡No!! No pienso en nada, y no entiendo a qué te refieres —explico y me giro también

con la cara hacia el bar.

—¡Sí lo sabes! —dice—. ¡Tienes suerte de que esté aquí la niña, que por Harry me daba

lo mismo! —Bebe un poco de mi vaso de Coca-Cola.

—¿Qué pasaría si no estuviera la niña? —Sus ojos brillan con deseo.

—Te llevaba a mi dormitorio y te enseñaba exactamente qué es lo que piensa tu pequeña

mente cuando te muerdes el labio.

—¡¡No!! ¡¡No es verdad!! —Me río a carcajadas. De reojo, miro a Harry para ver si nos

observa, pero parece estar mejor con Laya que atento a nosotros.

—¡Luego lo hablamos! —exclama cogiéndome de la mano—. ¡Ahora vamos, que si no

se hace muy tarde!

Nos llevamos a Laya bajamos con Harry en el ascensor a la segunda planta, donde está el

aparcamiento.

—¿A dónde, señor Cooper?

—¡A Manhattan Mall! —contesta, y el coche se pone en marcha.

Capítulo 14

Recorrimos todas las tiendas de niños con Laya y le compramos un poco de todo. Vestiditos, camisetas, *leggings*, vaqueros, pijamas y ropa interior.

Aunque

no soy todavía madre, me produjo un enorme placer poder ayudar con algo, ya

que tenía claro que Jayden no habría podido hacerlo solo. Para él fue demasiado. Tuvo

que respirar hondo y buscar paciencia donde ya se agotaba cuando veía que de nuevo

entrábamos en un probador y él solo tenía que esperar.

—¡Mira, tío Jayden! —señala la pequeña Laya—. Una tienda con artículos de danza.

—¡Venimos otro día, Laya! —contesta el señor gruñón, que no esbozó ninguna sonrisa

en toda la tarde.

—¡La última! —digo convincente adentrándome en la tienda con Laya de la mano.

—¡Espero que así sea! —exige a mis espaldas.

—¡Como usted ordene, señor Cooper! —contesto por encima de mi hombro, burlándome.

—Mmm... ¡Ya verás como no sea así! —exclama mirándome fijamente a través de un

soporte con zapatos de *ballet*. Levanta un par de ellos, los mira por un lado y otro,

después veo cómo intenta contener una risa. Estoy a un par de metros de él, observándolo. No puedo creer que le hagan tanta gracia unas zapatillas de punto después

de un día entero de estar malhumorado.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada. —Deja las zapatillas en su sitio.

—¿¡Nada!?! —Vuelve a reír, y esta vez no me evita.

—¿Te acuerdas de cuando te rompí una de las cintas de tus zapatillas?

Me pongo seria y veo cómo se arrepiente por recordármelo. Se tensa. De nuevo, se pone

serio, y ahora yo soy la arrepentida por mi involuntaria reacción.

—¡Claro que me acuerdo! —contesto suavemente, y el brillo de sus ojos reaparece—.

Todavía los tengo. Las zapatillas blancas con una cinta blanca en un extremo y en el otro

una roja de casi dos metros de largo —explico—. Así fue como tú los

arreglaste —

agrego, y él me mira mudo con la boca entre abierta.

—¿En serio? ¿Sigues teniéndolos?

—Sí, el único recuerdo que me quedó de ti después de que te marcharas. —
Sonrío

tirándole un zapato encima.

¿Qué se creía? ¿Que lo había tirado? Mucho tiempo los estuve mirando y acordándome

de él. Atrapa la zapatilla entre sus manos y su mirada se intensifica en mi rostro, y el

tiempo parece detenerse gozando de estos segundos donde su corazón le habla al mío a

través del vigoroso latido que se apresura contento y feliz. Sonreímos, y este momento

tan inocente me encantaría que se hiciera eterno, porque estos pequeños instantes son los

que hacen que mi alma tiemble enamorada.

—¡Mira, señorita Evolet! —Me tira de la mano la pequeña Laya rompiendo el momento

—. Dos vestidos iguales.

¡Uno para mí y otro para ti! —dice, y las dos nos quedamos observando los dos vestidos

expuestos en los dos maniqués, uno de adulto y el otro de niño.

La parte de arriba es un body de licra blanco con lentejuelas; abajo tiene una

falda

incorporada rosa con varias capas de tul por debajo. El borde de la falda tiene encaje

blanco y en la cintura del vestido lleva puesto un lazo grande. La purpurina esparcida por

toda la superficie de la prenda hace que parezca un vestido de los cuentos de princesas.

—¡Son preciosos! —exclamo.

—Sí, esta vez os doy la razón a ambas —murmura el señor mangoneador—. Iré, a pedir

que los bajen para que os los probéis —Se gira y se acerca a una de las chicas del

mostrador.

No puedo creer que haga eso. Los vestidos seguramente costarán muchísimo. Me acerco

a buscar la etiqueta con el precio, agarro el pequeño cartón colgado de un extremo y,

cuando estoy a punto de mirar el coste, se me acerca la vendedora.

—¡Es inapropiado hacer esto! —murmura en mi oído Jayden.

—¿Hacer qué? —susurro—. ¿Mirar el precio?

—Sí. —Acaricia suavemente mi hombro con su pulgar, y un escalofrío baja por mi

espalda.

—¡Esto debe costar demasiado! —expreso—. Es más vergonzoso no poder

permitirme

pagarlo.

—Creo que gano suficiente en mis campeonatos de boxeo para poder comprarte este

vestido —dice, y sus palabras me hacen girarme hacia él haciendo una mueca.

—¿Comprármelo?

—Si te gusta, sí... ¡Será un placer comprarlo para ti! Sonríe. Y antes de abrir más la boca

para hacer otro comentario, la vendedora me extiende los dos vestidos. Paso la mano por

una de sus caras; todas las lentejuelas brillan en la fuerte luz blanca de la tienda.

Verdaderamente hermoso. Entro en uno de los probadores con Laya para ayudarla a que

se pruebe el suyo.

—¡Es muy bonito, señorita! —dice entusiasmada.

—Sí. Pero tú eres aún más bonita —digo calzándola con sus manolequinas—. ¡Una

verdadera princesa! —La miro, y ella me da un beso en la mejilla.

—¡Echo mucho de menos a mamá! —dice, y se me forma un nudo en la garganta.

—Lo sé, cariño. ¿Sabes? ¡Tengo una idea! Cuando lleguemos a casa, quiero que le hagas

un dibujo a mamá, y mañana se lo enviaremos.

—¿Al cielo? —pregunta abriendo aún más sus ojos azules.

—¿No sabías que se puede? Mañana yo te enseñaré cómo hacerlo. —Me sonrío feliz

sabiendo que podrá mandarle un dibujo a su mamá.

—Gracias, señorita.

—¡Pero quiero que hagamos un trato! ¿De acuerdo?

—Sí —contesta inocente.

—Quiero que me llames Evolet. Solo en la clase me dirás «señorita». ¿Te parece bien el

trato?

—¡Hecho! —Sonríe, y yo quito la cortina para que su tío la pueda admirar.

Está sentado en uno de los bancos frente al probador con el puño bien cerrado mirándose

los nudillos lesionados por lo de antes.

—¡Ey! —susurro, y su mirada queda asombrada con la pequeña princesa.

—¡Eres preciosa! —exclama, y se aproxima—. ¡Mi pequeña! —La levanta dándole un

giro en el aire.

Los dos se ven increíbles. Es como si la última hoja que narra el final del cuento se

hubiera desprendido del libro bailando en las manos del aire hacia otros horizontes

contando solo la felicidad, que es siempre la que cierra la tapa de un libro.

—¡Ahora te toca! —me chilla Laya.

—¿Qué? —Salgo de mis pensamientos—. ¡Oh, no! Yo no puedo...

—¿Qué es lo que no puedes, Evolet, vestirte o recibir un regalo de mi parte?

De nuevo, su intensa mirada se detiene profundizando en mí; parece rebuscar algo

especial dentro de mi corazón.

—Verás, es que yo...

—¡Tú entrarás ahora mismo en el probador y te pondrás el vestido! —exige—. —.

¿Entendido, señorita Evolet? —Trago fuerte aire en mi pecho—. ¿Quieres que yo te

ayude? —dice, curvando una ligera y pícara sonrisa en sus labios.

—¡¡No!! —niego tirando de la cortina del probador y dejándolo sonreír al otro lado.

Me quito toda la ropa y me quedo solo en ropa interior. Miro el vestido, que todavía está

enganchado en el perchero a la pared. Siempre soñé con bailar en un escenario con un

precioso vestido frente a un enorme público que aplaude mi actuación. Estuve a punto de

cumplir mi propósito, pero todo se esfumó de un día para otro. El accidente de mis padres

me hizo estar detrás de las cortinas del escenario. Y ahora, después de tanto

tiempo...

Joder... ¿Por qué pienso en esto ahora? Estoy a punto, forzosamente, de hacerlo en el

festival de Chicago.

La cortina se abre y Jayden entra dentro de la cabina junto a Laya empujándome a la

pared.

—¿Qué pasa? —El pecho de Jayden roza con el mío.

La piel se me eriza al sentirlo tan cerca. También un olor a él, emitido por su cuerpo,

invade mis sentidos.

—¡No hables! —murmura haciéndome una señal hacia Laya—. Jugamos al escondite.

—¿Qué? —No entiendo absolutamente nada.

—¿Te acuerdas de los que te hicieron fotos la noche que atrajiste a un gilipollas a tu lado?

—¿Esto a qué viene? —Me desconcierta su pregunta.

—¿Te acuerdas o no? —insiste.

—¡¡Sí!! ¿Qué pasa?

—Están aquí.

—¿Aquí?

—¿Qué parte no entiendes, Evolet? —Su tono de voz suena rudo.

—¡Mire, señor Cooper! No entiendo qué haces escondido en una cabina de un metro por

un metro conmigo desnuda y una niña pequeña —aclaro sintiendo cómo mi respiración

aumenta por tenerlo tan pegado a mi cuerpo.

—Tu foto ya está en el periódico, Evolet —dice con el ceño fruncido—. ¡No quiero que

aparezca la de la niña! —La voz se le suaviza cuando su mirada se detiene en mi boca.

—¿Mi foto? —pregunto sorprendida.

—¡Yo te compraré un televisor! ¡Tú hazlo bien y lee los periódicos!

—¿Qué? —bufo atontada.

¡Guau! No me lo puedo creer. Me río mordiendo mi labio inferior. Me voy a vivir lejos

de la ciudad y ahora estoy en un periódico.

—¿Otra vez haces esto? —Sus ojos se clavan en mi boca.

—¿El qué? —Un suave fervor empieza a recorrerme de arriba abajo.

—Esto... Lo de morderte el labio. —Observo cómo la combustión se enciende en su

mirada azulada y una repentina tensión empieza a respirar entre nosotros.

Me sonrojo. Conozco perfectamente ese brillo en sus ojos... Es el del DESEO... El

mismo que se retuerce dentro de mí.

—¡Será por estar desnuda frente a un famoso boxeador! —lo desafío intentando salir de

la situación—. ¡Vamos, Jayden! No creerás que me puedo imaginar cosas en un sitio tan

pequeño y con una niña al lado...

Maldición. Sí que puedo, mi mente lo hace ahora mismo involuntariamente, aunque

luchó contra mi impulso para no hacerlo.

—¡Pues yo sí! —Baja su mirada hacia mis pechos cubiertos por una pequeña tela de

encaje—. Lo estoy pensando exactamente en este momento —agrega, y mi corazón se

contrae—. No tiene ni idea de la imaginación que se desarrolla en este instante en mi

cabeza, señorita Evolet. —Sonríe—. Tiene un enorme poder de debilitarme ante usted,

señorita.

Vuelvo a morder mis labios por no soltar una carcajada. Está loco y, como siempre, me

hace fundirme dentro de su locura. Miro a Laya, que no se mueve y mira por la pequeña

abertura entre la cortina y pared, como si esperara que alguien la encuentre.

—¡No podemos estar aquí todo el día! —digo mientras intento colocarme de nuevo el

maillot como puedo en el estrecho probador. ¡Y si tú eres una persona

publica, asúmelo!

—exclamo.

—Ok. ¿Tienes alguna idea?

—Pues... Empezando con salir de aquí y... —Sonrío. Parece nervioso y lo entiendo—.

¿Qué te parece si les hablas de tu siguiente combate? —Sus ojos se oscurecen, lucen

desanimado.

—Por cierto, te quería hablar de... —intenta explicarme. Laya se resbala y cae al suelo

fuera del probador. La cortina queda de lado, ilustrando la siguiente imagen del periódico

The New York Times: yo apoyada en la pared del interior del habitáculo junto al famoso

campeón de boxeo. El sonido de varias fotos tomadas instantáneamente se escucha a una

corta distancia. No estoy acostumbrada a tener este tipo de vida; será porque no llegué a

tener la vida famosa de bailarina que yo soñé de pequeña. Pero la inconveniente

actuación me molesta. Es inadmisibles entrar a la fuerza en la intimidad de cualquiera, ya

sea persona pública o no.

—¡Maldita sea! ¡Esto no me gusta! —susurro, y un suspiro profundo del interior de

Jayden me avisa de que, si no hago algo en ese momento, la furia está a punto de

despertarse dentro de él.

Una imprudente idea cruza mi cabeza y, sin pensármelo dos veces, miro al señor Cooper,

cuya irascibilidad le ha cambiado el estado de ánimo. Así que, para no llegar a despertar

su bestia interior y provocar algún incidente, decido hacer caso a mi instinto. Lo beso. Lo

hago con el ansia que me comía por dentro hace unos minutos. Él reacciona de inmediato

siguiendo mi juego; estrecha mi rostro en sus manos contestando a mi beso con avidez y

pasión. Escucho cómo las cámaras enfocan hacia nosotros, pero solo pueden detener una

imagen en un papel; nunca podrán conocer la pasión que enreda nuestras almas. Ahora,

el *New York Times* tiene su notición para su portada de mañana sin que se hayan dado

cuenta de que la pequeña Laya sigue mirándonos desde el suelo. Con el aliento

enrarecido me aparto, y en sus ojos veo la satisfacción. Ahora solo quiero que esto

termine y volver a mi vida tranquila fuera del alcance de los medios de comunicación.

—¡Te quiero! —me susurra—. Demasiado, tanto que hasta siento cómo mi

corazón se

quiebra de tanto amor que te tengo. —Mis ojos se abren del todo, como si fuera a

mostrarle todos mis sentimientos a través del iris de mis ojos, como en una pantalla

cuando lees un mensaje de amor.

No hay palabras para expresar ni tampoco hay definición para el amor tan grande que

siento por él.

—¡Ahora quiero salir de aquí! —digo, y veo cómo el señor Harry llega a nuestro rescate.

El chófer de Jayden enseguida vacía la tienda, que no creo que nunca haya estado tan

llena como hoy, y las dos vendedoras, asustadas por el follón inesperado, enseguida nos

ayudan a salir por una escalera de la parte trasera de Manhattan Mall.

* * *

La noche ensombrece toda la ciudad. Sentada en la muralla de ventilación de la azotea de

mi edificio, un vientecillo cálido de marzo penetra por mi pelo, y la multitud de luces que

brillan de lejos en los rascacielos de Manhattan acompañan mis notas de violín. Después

de lo ocurrido en el Manhattan Mall, pedí que me trajeran a mi casa. Jayden solo me

miró y entendió que para mí todo esto es muy nuevo, aunque también lo conozco

perfectamente y sé que va a regresar. Todavía la noche no acaba del todo.

—¿Qué haces aquí arriba? —Su voz hace que me sobresalte.

Me giro y ahí está el hombre que hace que me derrita con su especial toque personal por

ser un hombre lleno de confianza y seguro de sí mismo. Lo sabía. Sabía que iba a volver.

—¡Subí a ensayar! —contesto—. La azotea de mi edificio no tiene comparación con la

tuya, pero es el sitio perfecto para refugiarme y sentirme cerca de las estrellas —alza la

mirada hacia el cielo y sonrío.

—Me guié por el sonido del violín —murmura, y sus ojos brillan como dos perlas—

¡Intuí que eras tú la que tocaba!

—¡Y yo supe que vendrías! —contesto—. ¡La verdad es que te esperaba!

Está en la postura que es propia de él: lleva las manos en los bolsillos, su cuerpo está recto

y su mirada profunda penetra en mis ojos. Su boca se tuerce en una ligera sonrisa.

—¡Eres preciosa, Evolet! —Se me acerca, y yo pongo mis manos alrededor de su cuello

—. Claro que he venido, hoy hemos pasado una tarde hermosa junto a Laya —afirma—.

Pero, sinceramente, necesitaba mi momento... solo contigo.

Sonrío, y Jayden me contesta con el mismo gesto.

—Fue toda una locura lo de antes en el probador —digo recordándolo.

—Sí, pero como has dicho tú, es lo que hay y lo tengo que asumir. —Muerdo mi labio

inferior; se ve deslumbrante—. El único miedo que tengo es que, por estos medios, saldrá

también Laya, y de esta forma Bastián se enterará de su existencia. —Pasa su índice por

mi boca—. ¡Es muy parecida a Amy!

—Dijiste que querías un momento conmigo, ¿verdad? —murmuro a la vez que paso mi

índice alrededor de su bonito rostro.

—Sí —susurra y pestañea tan sensualmente.

—¡Entonces no pienses en nada más! —digo cogiendo mi móvil de mi lado —. ¡Deja

que esta noche sea algo especial! —agrego, y pongo una de mis canciones preferidas de

la carpeta de música de mi teléfono: *Say you love me*, de Jessie Ware.

Bajo suavemente de la muralla de piedra alejándome a una distancia suficiente para

poder bailar. Sonriente, me mira con esos ojos aguamarina bañando deseos oscuros

dentro de su profundidad. Empiezo a bailar; mi cuerpo empieza con un ritmo

ligero. Saco

mis pies de las manolequinas para poder afinar mis pasos con la misma cadencia con la que

suenan las canciones. Llevo un vestido negro hasta las rodillas abierto por un lado y por el

otro de mis muslos; alrededor de mis hombros, cae entallado en forma de barquito

dejando mi piel descubierta. Como la canción misma nos dice, intentamos por solo un

momento que lo nuestro no sea tan complicado olvidándonos por una sola noche de todo

lo que respira allí, a los lejos, intentando imaginarnos que somos solo él y yo, un solo

resoplo, un solo latido, un único Amor eterno.

—¡Tengo que contarte algo, Evolet! —Camina unos pasos hacia mí, pero yo me alejo.

—¡Mañana! —contesto—. Mañana hay otro día para contarme tus historias —digo

dejando mi cabeza de espaldas y girando mis caderas—. ¡Hoy solo bailaré para usted,

señor Cooper! —Agrego lo último curvando mi vientre y alzando mis manos. Nada es

más bonito que dejar fluir tus sentimientos, sentir cómo ese placer dentro de ti florece

abriendo pétalo a pétalo llegando dentro del núcleo de tu alma, que despierta con un

dulce sabor a melancolía para volver a darlo todo de nuevo, sin límites, sin barreras; vivir

aquí y ahora, lavando cada tristeza con alegría, reviviendo de nuevo esas atontadas risas

que solo el amor te puede dibujar en el rostro.

Doy un pequeño salto y el ritmo de mi corazón aumenta cuando mi voltereta se termina

en sus brazos fuertes. Me detiene, y por un instante me siento confusa, pero sus labios no

tardan en torcerse en una traviesa sonrisa. Su pecho toca el mío y puedo sentir el latido de

su corazón, fuerte, intenso. Me besa. Sus labios son cálidos y deliciosos, y sacian mi

necesidad de sentir su boca junto a la mía, alentándome a seguir su salvaje ritmo, que me

despierta un apetito incontrolable de dejarme llevar por su cadencia.

—¡Quiero hacerte mía, aquí y ahora, Evolet! —Me alza encima de sus caderas

llevándome de nuevo a la muralla del aire.

—¡Hazlo! —contesto con la respiración entrecortada. Me deja sentada en el borde del

muro. Separa mis muslos y me dejo caer de espaldas apoyada en las manos. Su

respiración es agitada y caliente acariciando suavemente mi sexo. Me retuerzo, siento su

aliento en mi parte más íntima, y un fuego intenso me recorre por completo.
Me sube

despacio el vestido, sacándolo por encima de mi cabeza; después, lo arroja en
el suelo.

Como siempre, me vuelve loca su brutalidad, el control y la seguridad que
lleva, que

podrían ser tres palabras claves para su descripción como persona.

—¡Te quiero, Evolet! —Su voz suena humilde, aunque él es un hombre
potente, duro, a

veces temible.

—¡Penétrame! —digo sintiendo sus dientes rozando mis senos—. ¡Hasta
tocar el fondo

de mi ansia! —gimoteo al sentir un mordisco en uno de mis pezones.

—¡No hables! —ordena, y yo obedezco excitada por sus caricias expertas—.
Te llevaré

aún más cerca de las estrellas —dice mientras se deshace del sujetador
tirándolo a un

lado.

Lame, muerde y chupa mis pezones endurecidos; noto cómo me humedezco
y, sin poder

controlarme, jadeo. Estoy a punto de gritar, no aguanto el deseo que arde
dentro de mí...

Es desesperante. Con la punta de su lengua recorre un camino por todo mi
vientre hasta

la pelvis. Me retuerzo por lo que estoy sintiendo. Desabrocha su camisa,

botón a botón,

sin dejar de mirarme, y yo me ruborizo porque en esa aguamarina conozco bien que

esconde un sinfín de fantasías.

La canción sigue con la misma métrica, acunando nuestra locura pasional.
Coge mi

rostro en sus manos y hunde toda su lengua dentro de mi boca. Gira y voltea sus labios

húmedos, afanoso, brusco; su aliento está en mi aliento, y mi límite está a punto de

acabarse; siento que me voy a desmayar. Se aleja dejando un pequeño espacio entre

nosotros... y me observa.

Con la respiración agitada, observo todo su cuerpo y veo cómo baja su mano y separa

mis muslos, y de un tirón vuelve a romper mis bragas.

—Es la segunda vez que lo haces —susurro.

—Shhhh... —Con el índice, traza una fina línea vertical por mis labios—. ¡Me encanta y

volveré a hacerlo!

Desabrocha su pantalón y me arrastra de las piernas hasta el filo del muro de aire. Casi

rozo el suelo con la punta de uno de los pies. La otra pierna me la levanta al nivel de su

cadera, y de un solo golpe seco penetra con su miembro hacia el fondo de mi sexo. Grito

y pierdo la cordura, cierro los ojos y dejo mi cabeza caer hacia atrás.

—¡Ahora mira las estrellas, Evolet! —ordena, y yo ejecuto. Una constelación entera gira

a mi alrededor, seducida bajo el poder de su posesión. Su miembro entra y sale

desesperadamente y un calor bajo mi vientre está casi por reventar.

—¡Ahora mírame, Evolet! —vuelve a ordenar, y mis ojos se encuentran con los de él.

Su pecho sube y baja; me acerco sujetándome de su cuello y su penetración es aún más

fuerte, volviéndome loca de placer. Gimo y grito. Sus embestidas me enloquecen y mi

cuerpo se rinde a su ritmo intenso. Me humedezco extasiada, pero él sigue

conteniéndose, saliendo y entrando con bestialidad. Se me acerca y muerde mi labio

inferior, haciéndome sentir dolor. Jadeo en su boca; solo él sabe llevarme al extremo de

mi límite. Vuelve a penetrarme con mucha fuerza, como si quisiera enterrarse del todo

dentro de mí. Aprieto mi labio inferior y siento el sabor a sangre, y de repente llega la

liberación. Mi cuerpo cede y él, cubierto de sudor, saciado, se corre dentro de mi sexo

mezclando su flujo con el mío. Exhaustos, nos quedamos abrazados el uno al otro,

jadeando, llenos de agotamiento, pero envueltos en una tierna pasión que es solo nuestra,

alejados para siempre de las dudas, de los miedos del pasado.

—¡Te quiero, Evolet! —susurra cubriéndome con su camisa—. Te llevo abajo, se ha

hecho tarde.

Capítulo 15

Salgo de la mano con Laya del Ballet Arts entusiasmada por ver a Jayden. Pero

para mi sorpresa, está solo Harry, apoyado en la puerta del coche.

—¡Hola, Harry! —saludo un poco disgustada, y él me observa.

—¡Buenos días, señorita Evolet! —dice moviendo la cabeza cortésmente—. ¡Buenos

días, princesita Laya! —La mira y ella esboza una sonrisilla alegre por la forma de

llamarla.

—¿Y Jayden? —pregunto.

—¡Tiene un combate en California! Hoy por la mañana salió temprano hacia el

aeropuerto, yo me tuve que quedar con la señorita Laya —dice, y mi ceño se arruga—.

Me dijo que no se enfadara porque anoche intentó decírselo, pero que estaba

ocupada

con el ensayo de Chicago.

—Claro, claro... —meneo la cabeza acordándome de todo el ensayo de anoche—. ¿Y

cuándo regresa? —vuelvo a preguntar.

—Probablemente el viernes —contesta abriendo la puerta trasera—. ¡La puedo llevar!

—dice señalando con la mano hacia el interior del coche.

—¡Lo siento, Harry! Iré a dar un paseo por el centro —exclamo rígida, y él me mira

confundido—. Te recuerdo que no eres mi chofer y...

JODER. No estaba preparada para esto. Todos estos días junto a Jayden, rompiendo por

fin esa burbuja misteriosa que no nos dejaba manifestarnos con libertad, y ahora me

siento como si...

¡Maldita sea! No entiendo por qué se me cayó de repente todo el ánimo. Al fin y al cabo,

sabía que es boxeador y que, aparte de sus entrenamientos, vendrán también días como

éste, de irse y dejarme sola... ¡Oh, sola...! Verdaderamente así me siento, sola sin él.

—¡Lo siento, señorita! No tuve la intención de ofenderla

—se excusa alzando la frente—. Yo pensé que...

—¡Tranquilo, Harry! —lo interrumpo—. Yo soy la que tendría que pedirte disculpas. —

Respiro hondo—. Esto me ha cogido desprevenida. Y el hecho de no ver a Jayden... —

explico arrepentida por mi impulso—. Esas peleas... me ponen un poco nerviosa —

confieso.

—Mmm... ¡Entiendo! —pasa los dedos por su barba—. Señorita Evolet...

—¡Solo Evolet! ¡Por favor, Harry! —insisto.

—Claro, señorita... Oh, Evolet. Es que... ¡no os tenéis que preocupar! Esta vez todo es

legal —me aclara—, y los días pasarán muy rápido —murmura—. ¡Es miércoles! —

agrega, y yo le muestro una sonrisa irónica.

No le digo nada más. Me quedo con la mirada perdida en el vacío escuchando a mi

subconsciente repetir «miércoles, miércoles, miércoles...».

—Me tengo que ir, Harry. ¿Puedes solo con la niña? —Baja la mirada hacia la pequeña,

después me mira asintiendo ligeramente con la cabeza.

—¡¡No!! ¡Yo voy con usted, señorita! —chilla la pequeña sacudiéndome de la mano.

—¿Conmigo?

—¡¡Sí!! Hoy tenemos que mandarle a mi mamá el dibujo. —Se arrodilla en el

suelo, y de

su mochila saca un papel doblado varias veces—. ¡Aquí lo tengo! —Me muestra la hoja

con el dibujo.

—¡Ah! ¡Es verdad, princesa! Lo había olvidado.

¡Piensa, Evolet! ¡Piensa! ¿Qué vas a hacer? Oh... ¿Cómo que qué tengo que hacer?

Haré lo que siento que debo hacer.

—Miro a Harry, que está todavía más desorientado que yo.

—¡Sube al coche, Laya! —exclamo ayudándola a subir—. Vamos a mandarle una postal

a tu mami al cielo.

Harry sonrío acomodándose en su asiento favorito, frente al volante.

—¿A dónde, señorita?

—Primero vamos al 151 Oeste 34th Street —digo mientras me pongo el cinturón de

seguridad—. ¡Vamos a comer algo!

* * *

Me siento en una mesa de una de las terrazas de enfrente del centro comercial Macy's, el

único de Manhattan que ocupa una manzana entera. Laya toma asiento a mi lado y Harry

queda de pie mirando con la frente aún más arrugada que de costumbre. Pasa

la mano

por su barba dorada y áspera dudando todavía en sentarse.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta el sitio? —pregunto—. ¡Tienen unas hamburguesas

deliciosas! —afirmo abriendo la pequeña carta plastificada de en medio de la mesa—.

¡Siéntate!

Aunque no está por completo convencido, se sienta. Mira de un lado al otro, como si

quisiera asegurarse de que no hay nadie que nos observe.

—¿Ha leído los periódicos? —me pregunta.

—No —digo sin levantar la mirada de la carta—. Prefiero las novelas de amor... aunque

sean fantasías narradas, pero no la exageración y las mentiras de un periódico —explico

y dejo la carta encima de la mesa.

Me mira serio, pero en cambio yo le sonrío. El camarero se acerca para pedir la comanda.

—¡Tres hamburguesas! —pido—. Que sean la especialidad de la casa. Una sin cebolla,

otra normal, y la... —Miro al señor Harry—. ¿Usted? ¿Tiene alguna preferencia?

Sonrío, y él parece expulsar un enorme suspiro de su fuerte pecho.

—¿Tiene el *New York Times*? —pregunta al camarero—. ¡O cualquier

periódico de hoy!

—agrega, y el jovencito afirma.

—Entonces, que sean dos hamburguesas normales y una sin cebolla —
confirmando—. Con

los refrescos del menú —añado—. ¡Oh, y los periódicos para el señor!

El camarero apunta todo en su cuadernillo y se marcha a por su pedido. El
sonido de mi

móvil corta el momento de silencio que se forma por unos segundos. En la
pantalla de mi

teléfono aparece: *Sweet tiene un mensaje para ti.*

Mi corazón da un vuelco. Abro el chat sin pensármelo.

J. C: Hola. ¿Qué tal mi princesa?

Princesa: Pues... regular.

J. C: ¿Ha pasado algo?

Princesa: Sí.

J. C: ¿Qué ocurre, Evolet? ¿Harry no está contigo?

Conociéndolo, ahora mismo su cabeza piensa mil cosas y ninguna parecida a
lo que yo

pienso.

Princesa: Tranquilo. Harry está aquí a mi lado.

J. C: ¿Entonces? Dime qué es lo que pasa. No me hagas

coger el primer avión.

Princesa: *Es que... Solo es que te echo de menos.*

Doy enviar a mi mensaje y sonrío. Me imagino su rostro enfadado. El camarero se acerca

con la comanda y tres periódicos.

J. C: *Oh... ¡Yo también, Evolet!*

J. C: *Lo siento por no avisarte, lo intenté, pero tu baile de anoche...*

J. C: *Hizo que me olvidara de mis propósitos.*

Sonrío con el teléfono entre mis manos olvidándome de Harry y Laya, que me observan

sin comprender nada, aunque el señor chófer me echa una miradita no del todo inocente.

Princesa: *Estamos almorzando en el centro.*

J. C: *Ok. Entonces hablamos por la noche.*

Princesa: *Cuídate, Jayden.*

J. C: *Por ti, lo haré.*

Salgo del chat y guardo mi móvil en el bolso.

—Aquí tiene los periódicos —dice Harry tendiéndomelos.

—Creo que dije... —Pongo una mueca seria—. ¡No me interesan las noticias! —aclaro.

—¡Écheles un vistazo, por favor! —insiste.

Suspiro profundamente y al final los cojo. Miro el primero, el segundo y el

tercero. En

cada uno de ellos hay en la primera página una foto bastante concupiscente. Yo, medio

vestida, apoyada en la pared de la cabina del probador, y Jayden pegado a mi cuerpo

dándonos un beso de locos.

Cooper Jayden, campeón mundial tanto del campeonato peso pesado como del cruce,

ENAMORADO.

El famoso boxeador Cooper Jayden, campeón mundial del Consejo Mundial de Boxeo

(WBC), besando locamente a una mujer dentro de un probador.

¿Quién es la mujer que mitiga la furia del invicto boxeador Cooper Jayden dentro de un

probador en Manhattan Mall?

Cada título es distinto, aunque la foto es la misma. Me río. Doblo los periódicos y los

dejo encima de la mesa, al lado de mi plato. Muerdo mi hamburguesa sin decir nada.

Laya hace lo mismo, come de su plato contenta.

—¿Lo entiende? —pregunta Harry—. ¿O todavía no?

—¡Debo reconocer que subestimé un poco a la prensa! No lo han hecho tan mal como

esperaba —contesto con la boca llena.

Harry pone los ojos en blanco.

—¡No me lo puedo creer! —exclama acercándose a mí—. A un par de metros de

nosotros, en la esquina del centro comercial Macy's, hay alguien que nos está observando

a través de su magnífico lente de la cámara exactamente desde el momento en el que nos

hemos sentado —murmura mirando de reojo hacia el centro comercial—. ¿Quiere que el

siguiente encabezamiento del *New York Times* sea «El chófer del boxeador Cooper

almorzando con la señorita Evolet»?

Sonrío.

—¿Por qué te alteras tanto? —digo sorbiendo del vaso de Coca-Cola—. ¡Come! Se va a

enfriar.

—¡Esta riquísimo! —murmura Laya con la boca llena y sucia de ketchup.

—Cojo una servilleta y le limpio la boca.

—Está muy bueno —digo—. Harry se lo está perdiendo por preocuparse de tonterías.

—¿¡Tonterías!?! —Sorbe un poquito de su vaso—. Usted no sabe que...

—¿No sé qué, Harry? —Me acerco enfadada—. ¿Crees que soy idiota? Sé

perfectamente que además de ser un simple chófer, trabajaste en otra cosa. Y también sé

que el señor Cooper te ha dado órdenes de vigilarme y protegerme de la gente de Bastián.

—Levanto la voz—. Te doy la oportunidad de que, en vez de estar de pie a unos metros

de mí, estés sentado en la misma mesa que yo. —Coge su hamburguesa mordiéndola

con rabia.

—¡Si les pasa algo, no me lo perdonaría en la vida! —exclama—. Por no hablar del

señor Cooper.

—No puedo renunciar a vivir por miedo —respondo, y mi teléfono vuelve a sonar.

Saco mi móvil del bolso. Miro la pantalla durante un segundo y siento un estremecimiento de enfado. Harry me fija con la mirada.

—*¡Dime!*

—*Estás en los periódicos, Evolet.*

—*Estoy al corriente de todo, dime algo que desconozca* — exclamo furiosa.

—*Llevo años protegiéndote de él...* — Se escucha un suspiro al otro lado de la línea.

—*Te lo agradezco, Catalina, pero soy bastante mayorcita, ¿no crees?*

—*Ya. ¡Aléjate de él, Evolet!*

—*¿Alejarme? ¿Por qué no lo has hecho tú de Amy?*

—*Porque... Joder, Evolet... ¿Por qué haces esto?*

—*¡Por amor!* —contesto, y durante aproximadamente quince segundos se hace el

silencio en el lado del interlocutor.

—*¿Dónde estás ahora?*

—*Comiendo enfrente de Macy's.*

—*Dame veinte minutos, ¡voy para allá!*

—*No. Vente a Central Park.*

—*¿Central Park? Ok. ¿Dónde exactamente?*

—*En el puente Bow Bridge.*

—*¿Por qué ahí?*

—*Ya lo verás.* —Me despido y cuelgo.

—Harry, ¿ves ahí? Al otro lado de la calle hay un chico vendiendo globos. ¡Cómprame

uno rojo y otro amarillo, por favor! —le pido, y él me mira sorprendido—. ¡Por favor!

Vamos a mandar la postal a la mamá de Laya —insisto—. Yo pediré la cuenta. —

Asiente y se dirige al otro lado de la calle.

Laya salta alegre a mi cuello dándome un fuerte beso en la mejilla.

Capítulo 16

Estamos en el hermoso puente Bow Bridge, en Central Park. Por debajo, el lago

brilla juguetón con los rayos del sol. El silencio parece comerse todo alrededor,

y el entusiasmo de Laya resuena en una risa alegre. Harry apoya su cuerpo en el

borde del puente observando.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Laya sin parar de sacudir las tiras que atan los

globos.

—¡Cuidado! —exclamo—. Si vas a soltar los globos, se van a ir muy lejos. Harán un

viaje largo por encima de montañas y mares, días y noches —le cuento, y sus ojos se

abren mucho imaginándose todo lo que yo le cuento.

—¿A dónde viajarán?

—Al mundo de la fantasía —contesto, y ella sonrío tapándose la boca con la mano.

—¿Al mundo de la fantasía? —repite mis palabras fascinada.

—Sí.

—¿Y qué hay ahí?

—¡Ahí está tu mamá! —Contenta, su rostro se ilumina.

Enrollo el dibujo de Laya hasta formar un cilindro. Ato las tiras de los globos haciendo

varios nudos alrededor del cilindro de papel.

—¿Sabes por qué hay un globo rojo y otro amarillo? —Me siento de rodillas al nivel de

ella.

—¿Por qué?

—El rojo es el color del amor —le explico, y ella queda atenta, hipnotizada ante mi

cuento—. Y el amarillo es el color de la alegría.

Saco de mi bolso un lápiz, y tras tirar del globo rojo hasta traerlo a mis manos, escribo:

«*Te quiero, mamá*». Hago lo mismo con el amarillo, pero escribiendo: «*Laya*».

—¿Por qué pones mi nombre? —pregunta.

—Porque tú eres la alegría. —Sonrío, y ella hace lo mismo—. ¿Preparada? ¡Ahora los

puedes soltar! —digo poniéndole las tiras entre las manos.

La levanto apoyándola en el borde del puente y ella suelta los globos. Éstos empiezan su

viaje hacia donde el viento los lleva, allá donde la maldad y el odio no existen, solo el aire

y el murmullo del silencio, el único que puede rodear el mundo entero.

—¡Se van muy lejos! —dice señalando con el dedo los globos que se van hacia el cielo

con una velocidad enorme.

—Se van al mundo de la fantasía. Ahora, cuando eches de menos a tu mami,

ya sabes lo

que tienes que hacer: mandarle un mensaje, y ella vendrá a tus sueños por la noche. —La

miro y veo cómo un simple cuento la hizo feliz.

Harry mira también hacia el cielo. Después, vuelve la mirada hacia mí.

—¡Por eso tienes tan enamorado al señor Cooper! —exclama, y yo me río.

—¡El amor de ellos es imposible! —Se escucha una voz detrás de nosotros.

Me giro y ahí está mi hermana. La miro y veo su angustia, que no entiendo. Se suponía

que me quería y lo único que me deseaba era verme feliz.

—¡Catalina! —Dejo a Laya, en el suelo.

—¡Hola, Evolet!

—¡¡Catalina!! —grita Laya saltando en sus brazos.

Mi hermana la abraza pasando la mano por su coletita dorada. Ella es la que ha estado al

lado de la niña desde que estaba en el vientre de la madre. Y no entiendo por qué ahora

quiere que me aleje del único hombre que me hace sentir feliz... no entiendo por qué está

en contra de Jayden.

—¡Hola, Harry! —saluda, y cambia de nuevo su rostro en seriedad.

—¡Señora! —Harry asiente con la cabeza.

—Oh, ¿por qué sorprenderme? —digo con voz rígida—. ¡Os conocéis!

Harry, tras lanzarme una mirada, coge a la niña y se aleja. Baja del puente y se dirige a la

orilla del lago. Me apoyo en el margen del puente y los observo. No pienso discutir con

mi hermana por algo que no tiene coherencia.

—¿Quieres que hablemos? —me pregunta.

Suspiro profundamente sin dejar de mirar a la pequeña Laya jugando al borde del lago.

—¿Por qué no me has contado nada?

—Porque... quise protegerte de este mundo. —Exhala con fuerza—. ¡Ahora estás en

peligro, Evolet!

—No me importa. Hace tanto tiempo que soy feliz que no siento miedo a nada, Catalina

—digo, y ella sonrío con sarcasmo.

—Me cuesta demasiado cubrir a Cooper en todas esas peleas horribles del puente

Brooklyn. —Reconoce su sacrificio con tristeza—. De todas las peleas, salió con algún

enemigo que se escapó huyendo del lugar antes de que yo o mis compañeros pudiéramos

detenerlo. Cooper tiene muchos enemigos, Evolet, y el día que alguno quiera vengarse de

él, empezará por ti.

—¿Quieres que me asuste? —le pregunto sin mirarla aún—. No soy una cobarde,

Catalina y a este hombre lo amo y no pienso darle la espalda por tus suposiciones —

sentencio.

—¡Evolet! No son suposiciones, es la cruda realidad. —Su voz se altera—. ¿Crees que

soy capaz de jugar con tus sentimientos y mentirte de esta manera? —Inhala una

bocanada de aire en su pecho—. ¡Soy tu hermana y creo que la única que te quiere ver

feliz, Evolet! —sentencia, y todo el vello de mi piel se levanta de punta.

—¿Es ese el motivo por el que estás en su contra? —Por fin giro la cabeza y la miro—.

¡Dime, Catalina! ¿Es a sus enemigos a los que temes?

—No estoy en su contra. —Suspira—. Para Cooper fue horrible contenerse, estar lejos

de ti todos estos años —Alza levemente la cabeza hacia el cielo—... hasta el día en que

os habéis encontrado en ese maldito chat — declara con rabia—. ¿Cómo lo llamarías?

¿Destino?

Sonríó al acordarme de que Jayden me había hecho la misma pregunta.

—¡Tal vez! Lo que separa el ser humano el destino lo une —digo, y ella vuelve a

mirarme.

—¡Quise protegerte, Evolet! —exclama, y en una de sus mejillas se resbala una lágrima

—. Cuando me encontré a Cooper, el odio y la ira lo comían por dentro. Nadie podía

pararlo. Había tomado la decisión de meterse dentro de esa banda de psicópatas —cuenta

—. No te quería ver cerca de él, tenía miedo... y sigo teniéndolo. Si esos desgraciados se

enteran de que Cooper no es realmente lo que finge ser, ¡vendrán a por ti para vengarse

de él! —grita asustada—. ¿Lo entiendes?

La observo. Está asustada, siente miedo por si me pasa algo, pero yo no puedo estarlo. Si

tuviera miedo, este sentimiento me haría alejarme del hombre que despertó en mí las más

bellas sensaciones.

—Eso no va a pasar, Catalina. —Paso el pulgar por encima de su lágrima—. Y, aun así,

pase lo que pase... no puedo estar lejos de Cooper porque lo amo con toda mi alma.

—¡Ahora me arrepiento de ayudarlo! —confiesa—. Yo le di toda la información para

poder entrar ahí... Pensé que así podría poner la mano encima de ese canalla de Bastián.

—Hay una furia enorme dentro de sus ojos—. ¡Llevo años en este caso, Evolet! Cuando

estuvimos a punto de atraparlo, tú te fuiste al River Café y Cooper lo abandonó todo.

—Lo siento, Catalina —me excuso sintiéndome como una idiota—. Tal vez si me

hubieras concedido un poco de confianza, las cosas hubieran podido ser de otra forma —

De nuevo le hablo con sarcasmo al recordar que desconfió completamente de mí.

—Ya... —murmura—. Muchas veces pienso en las familias de todas esas chicas, en

Amy, Laya... y ahora tú, Evolet

—suspira—. Lo siento, hermana, pero me destrozarían si te tocaran un solo pelo esos

malditos diablos.

—¡¡No!! ¡No digas eso, Catalina! —Entrecierro los ojos.

Me giro hacia ella y la abrazo. Sé que siente miedo.

—¡Todo esto acabará! —Paso la mano por su espalda—. Tal vez pasará un buen tiempo

hasta que encontréis a ese psicópata de Bastián. ¡Pero que a mí no me van a hacer nada!

—exclamo—. ¡Absolutamente nada, Catalina! Y no sé... No puedo pensar en

cosas

peores porque Cooper me hace sentir cosas bonitas, por lo cual, no puedo sentir miedo

—confieso, y ella asiente con la cabeza.

—Lo sé... Cooper hizo por ti algo que no sé si alguien sería capaz de volverlo a hacer.

—¿El qué? —le pregunto y veo cómo su pecho sube y baja en un fuerte suspiro—.

¿Seguirás aún escondiéndome cosas?

—No, pero eso es cosa suya. Si algún día te enteras será porque él decidió contártelo.

Asiento con la cabeza a la vez que relamo mis labios.

—¡Ok, Catalina!

Una leve sonrisa curva en la esquina de su boca, aunque sus ojos aún guardan tristeza.

—¿Qué hora es? —pregunta, y al mismo tiempo mira el reloj de su muñeca —. ¿Cuánto

hace que no has visto nada en la tele? —Se ríe.

—Aproximadamente desde que salí de tu casa.

—Oh, demasiado. Conozco un sitio perfecto que tiene televisor por aquí cerca donde

podemos entrar con Laya y también tomarnos algo. Llamaré también a Daniel para

preguntarle si se quiere venir —dice, y yo me quedo de nuevo sin entender

nada.

* * *

Entramos dentro en una cafetería cerca de Central Park. El suelo es de mármol negro y

blanco. Hay una barra enorme con sillas altas de madera color cobre. En el salón tienen

mesas bajas de color ocre oscuro con canapés estilo cheslón de color bronce. En una

pared, una gran pantalla de más de setenta pulgadas muestra la publicidad de un champú.

Nos sentamos en la parte lateral de la barra. Todo está lleno como si estuvieran esperando

a que empiece algún espectáculo. Impresionante. Nunca he entrado en un sitio con tanta

multitud de gente como ahora. Subimos a Laya en una de las sillas altas y ella irradia

felicidad. Harry, como siempre, en posición de águila inspecciona todo el alrededor,

silencioso.

—¿Qué quieres tomar? —me pregunta Catalina, y el barman ya está frente a nosotros.

—Una Coca-Cola —contesto, y las dos nos giramos hacia Harry, que ya tuerce su boca

en un no redondo sin darnos tiempo de hacerle la pregunta.

—¡Vamos, Harry! —lo induce mi hermana—. Solo hoy, olvídate de

supervisar. —

Sonreímos—. ¡Tómate algo con nosotras!

De nuevo, su cabeza se gira de un lado a otro rechazándonos completamente. Hoy ha

demostrado dos veces que es un hombre fiel al señor Cooper, sin ninguna duda. La

publicidad en la tele se acaba y aparece un cuadrilátero con un árbitro dentro que espera a

los dos boxeadores que pelearán esta noche. Un presentador anuncia el nombre de

Jayden Cooper; después, el nombre de su oponente, que parece ser un ruso. Me quedo

boquiabierta porque pensé que venía solamente por tomar algo con mi hermana, no para

ver en directo la pelea de Jayden. Siento mi corazón agitándose, casi saliéndose de mi

pecho. En la cafetería empiezan a escucharse gritos y alaridos mezclándose con los que

se escuchan en el área del combate, alrededor del locutor, que cuenta un poco de la

historia de cada boxeador.

Ahora, señoras y señores, el retador campeón mundial, Jayden Cooper entra en el ring .

Me quedo embobada al ver a Jayden entrar en el cuadrilátero con su cuerpo bien

definido, su tatuaje descubierto entero y sus músculos tensos, preparado para dar todo de

él. Aplausos y silbatos resuenan tanto en el televisor como en la cafetería.

Señoras y señores, el bizarro vencedor Vladimir Ivanov viene hacia el ring .

Su contrincante lo supera en tamaño. Un nudo se me forma en la garganta.
Ay... No

quiero que le pase nada. Reacciona mi subconsciente. Un largo suspiro se me sale por la

garganta.

¡El combate de doce rounds! ¡Que empiece la acción para el título IBF! En el rincón

rojo, Jayden Cooper... En el rincón azul, Vladimir Ivanov... El título IBF está pidiendo

el primer campanazo.

Los dos rivales se acercan al centro del *ring* escuchando los órdenes del árbitro. Chocan

sus puños amistosamente, y después de escucharse la primera campana de las doce,

empieza la pelea.

—¡Espero compensarte con esto! —exclama mi hermana, y su voz me hace salir del

trance en que he caído hace unos minutos al ver a Jayden en esa gran pantalla —. ¡Has

elegido bien! Él es tu hombre, Evolet. —Le sonrío atolondrada.

—Debo reconocer que me has sorprendido —le digo acercándome a su oído por el ruido

—. No me esperaba semejante sorpresa —añado—. Es la primera vez que veo a Jayden

en un combate en directo.

Vuelvo a mirar atentamente a la pantalla de la tele y siento cómo los nervios me

revuelven todo el estómago. Se escucha la voz del presentador relatando cada movimiento detalladamente.

Quiebre de puños en dos estilos totalmente diferentes. Está buscando un achique el

potrillo Vladimir Ivanov, pero el irresistible Jayden Cooper tiene todo controlado.

¡¡No!!... Vladimir Ivanov empotra en un esquinero al irresistible boxeador Jayden

Cooper.

No puedo mirar cómo Jayden recibe tantos golpes.

—¡Muévete de ahí! —grito, y pego mis palmas en la superficie de la barra.

—¡¡No!! ¡Aguanta, Cooper! —grita mi hermana, y yo la miro—. ¡Aguanta, todavía no

es el momento! —vuelve a gritar.

Jayden Cooper recibe golpe tras golpe, palo con palo. Recibe un jab de derecha y el

campeón retrocede. Su puño derecho parece de acero. ¡¡Sí!! Golpea con

toda su fuerza a

su oponente.

Un gancho de derecha muy bien ejecutado se estampa en el rostro del contrincante

Vladimir Ivanov.

—¡¡Sí!! —grito saltando.

Miro a mi alrededor y todos los de la cafetería se alegran por el golpe de Jayden. Laya

salta también alegre por su tío.

El campeón mundial actúa por fin, con un golpe inteligente de su derecha encajando a

Vladimir Ivanov en las cuerdas. Hay quiebre del campeón. Golpea con la derecha,

golpea con la izquierda y su adversario parece no tener salida.

Suena la campana anunciando el fin del primer asalto. El árbitro separa a Jayden de

Vladimir mandándolos a cada uno a su esquina. Bebo de mi Coca-Cola y miro a Harry,

que sonrío contento, después a Catalina, que parece irradiar felicidad.

—No sabía que confiabas tanto en Jayden —digo, y mi hermana me mira—. ¡Pensaba

que estabas en su contra!

—¡Confío en él, Evolet! Por ti, él renunció a su propia hermana —dice sorbiendo de su

vaso.

—¿Por mí? —La miro fijamente.

—Sí... —Me encojo de hombros sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—¡Eso te lo debe contar Jayden! —exclama—. Te dije que él por ti hizo algo que nadie

en este mundo tendría el valor de hacer.

No entiendo qué quiere decir, pero de nuevo suena la campana dando comienzo a un

segundo asalto, y mi hermana alza la mirada atentamente a la pantalla y observa la pelea.

Jayden empieza a pelear con gancho y control. Recibe y ofrece golpes fuertes. Su cara

empieza a verse amoratada y lesionada. Su contrincante está igual que él. Parecen dos

bestias recién salidas de sus jaulas metidas en una pelea espantosa y temible. La campana

suena varias veces anunciando cada asalto. Las fuerzas de cada uno disminuyen y la

sangre con cada golpe se apodera aún más de sus cuerpos. No puedo evitar dejar escapar

unas lágrimas. Siento que se me entrecorta el aire, tengo miedo por él. Parece muy

lesionado, aunque sus puños siguen firmes sin bajar la guardia. Una toma de su rostro en

toda la pantalla deja ver una furia tremenda dentro del marino de sus ojos.

—¡Concéntrate, Cooper! —grita de nuevo mi hermana. Me tapo la boca con las manos

en el momento en el que un poderoso golpe de Vladimir Ivanov sorprende a Jayden sin

una buena postura de pie y lo hace caer en la lona. Todos gritan desesperadamente.

—¡Levanta! —grita enfurecido Harry a mis espaldas sin darse cuenta de su acción.

De inmediato, Jayden está de nuevo de pie, pero la campana vuelve a sonar y finaliza el

penúltimo asalto. Los nervios están consumiendo mi cerebro, mi cuerpo, mi debilidad y,

poco a poco, mi espíritu. Están acabando con mi fuerza, mi paciencia... Deseo con toda

el alma que esto acabe, que llegue el viernes, verlo y sentirlo en mis brazos. El

presentador vuelve a escucharse en la pantalla.

Asalto número 12. Quedan cinco minutos. Vamos a ver quién queda de pie en esta

batalla, quién se llevará el título IBF. Vamos a ver quién es más fuerte. Parece que

Vladimir Ivanov no se lo ha puesto muy fácil a Jayden Cooper.

—¡Cooper, tú puedes! —grita Catalina alzando las manos. Laya la sigue y yo siento que

me voy a desmayar.

Jayden Cooper sigue de pie con los puños tapando su rostro, parece vacilar a su

oponente. Vladimir Ivanov parece llevarse la victoria. Gancho derecho otro izquierdo.

Todo para Vladimir Ivanov. El tiempo se escurre rápido.

—¡Aguanta, Cooper! ¡Todavía no! —vocea Catalina, y mi alma late temerosa.

Nuestro gran campeón Jayden Cooper no se afloja, sigue de pie entre las cuerdas

recibiendo golpe tras golpe, y Vladimir Ivanov relaja sus brazos por la presión de los

golpes.

—¡Ahora! —salta mi hermana, y Harry al mismo tiempo con el resto de gente de la

cafetería—. ¡Dale, Cooper!

Jayden Cooper pasa frente a Vladimir Ivanov. Cambia el rumbo al asalto. Dos minutos.

Solo quedan dos minutos para acabarse otra pelea que quedará en nuestra historia. Esto

es increíble. De nuevo, nuestro campeón nos deja imágenes espectaculares. Con los ojos

bien abiertos, se viene con toda la fuerza encima de Vladimir Ivanov. Doble gancho de

derecha, uno de izquierda. Su contrincante se repliega entre las cuerdas

recibiendo golpe

tras golpe. Cooper Jayden vuelve con su doble gancho de derecha, no tiene piedad.

Vladimir Ivanov parece agotar toda su fuerza, parece que nuestro campeón busca el

ángulo e increíble... No puedo creerlo... gancho de derecha de nuevo de Jayden Cooper,

y su oponente cae en la lona. Señores y señoras, me parece que esto se acaba. El árbitro

cuenta: uno, dos, tres... cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez. Nocaut. La

campana suena y Vladimir Ivanov sigue en la lona; ha caído a los golpes de nuestro

boxeador estadounidense Jayden Cooper.

—¡¡Sí!! —gritan y silban todos de la cafetería.

El árbitro levanta el brazo de Jayden anunciando que campeón es uno solo, Jayden

Cooper. Y mis lágrimas empiezan a resbalar por mis mejillas. Cojo a Laya en mis brazos

para estrecharla con todas mis fuerzas y mi hermana se une a nosotros. La pelea ha

acabado.

—Bienvenida al mundo de Cooper, hermanita —me murmura Catalina.

Capítulo 17

Saliendo de la cafetería en la puerta nos encontramos con Daniel. Como siempre,

va de traje con su camisa abotonada hasta arriba y con corbata.

—¡Oh, lo siento! He llegado muy tarde —declara dándole dos besos a Catalina en las

mejillas—. ¿Y tú qué tal, pequeña mujer? ¿Cuánto tiempo hace que no te veo? —

pregunta, y me planta un beso.

—Bueno... Intentando crecer, señor abogado —replico, y él me guiña un ojo.

—¿Tú eres Laya? —pregunta—. ¡Me alegro conocerte, pequeña! —La niña le sonrío

avergonzada agarrándose de mí.

—¿No la conociste hasta ahora? —inquiero mirando a mi muñeca de caracoles dorados.

—Hace poco me han contado una parte —revela mirando de reojo a Catalina—. Y la

verdad es que estoy un poco...

—No es necesario que me lo expliques, entiendo lo que sientes —expreso—. No es que

sea egoísta... pero... me alegra saber que no he sido la única que no sabía nada —

confieso, y de la boca de Catalina, veo salir un cargante lamento.

Daniel pasa su brazo por detrás de su cuello y le concede una mirada llena de compasión.

Sé que no lo ha hecho con mala intención, tengo claro que mi hermana nunca me haría

algo que pudiera perjudicarme o hacerme sufrir.

—Bueno... ¿Qué pensáis hacer ahora? —pregunta mi cuñado.

—Pues... Laya tendrá que ir a su casita... —digo mirándola—. ¡Mañana tiene clase! Y

yo, después de recoger mi coche, iré también a mi casa a descansar un poco.

—Harry me

mira—. Así que... ¡Gracias por esta hermosa tarde, Catalina! —Le doy un fuerte abrazo.

—Tú ten cuidado, y ya sabes que... —empieza a decir Catalina.

—¡¡Sí!! Lo sé. Cualquier cosa te llamo. ¡No te preocupes! —la interrumpo.

—¡Harry, cuídamela! —Se gira hacia él, y el fiel chófer asiente con la cabeza.

Subo a la parte trasera del coche junto a Laya. Harry está muy atento a la carretera y de

vez en cuando nos mira a través del retrovisor. Laya y yo canturreamos una canción de la

radio. Por fin llegamos a la calle donde está el colegio Ballet Arts, y el señor chofer

aparca delante de mi coche.

—¡Gracias, Harry! —digo, y la niña empieza a rogarme que no vaya a mi piso.

—¡Te lo ruego, señorita Evolet! —insiste lloriqueando—. Solo hasta que regrese el tío

Jayden.

—No puedo dormir en la casa de tu tío, Laya. —Le quito un mechón de la frente a través

de la ventana—. ¡Además, no tengo ropa para cambiarme! —agrego, y Harry carraspea

para traer mi atención.

—No creo que el señor Cooper se moleste si duerme dos días en su cama —dice, y yo

me quedo con la boca medio abierta.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, y él inclina la cabeza sonriéndome irónico.

—Me imagino cuánto le molestará encontrarla en su dormitorio.

—Ok, Harry, tranquilo. ¡Hoy ganas tú! —arqueo mi boca—. Pero tenga claro que lo

hago por la niña —murmuro, y él sonríe contento—. ¡Primero nos pasamos por mi casa

para llevarme algunas prendas! —Asiente, y de nuevo se sienta frente a su volante.

* * *

Entro en el apartamento de Jayden y lo primero que me recibe es el olor a él, que inunda

mis fosas nasales. Es una locura venir a su casa. Laya empieza a corretear de un lado a

otro, alegre. Paso las puntas de mis dedos por las cuerdas del cuadrilátero y un escalofrío

recorre mi cuerpo. Harry entra con una caja de cartón de color gris mate en sus brazos.

Lleva un lazo alrededor del que cuelga una estrella grande y azul con purpurina blanca.

—¡Esto es para usted, señorita Evolet!

—¿Para mí? —Arrugo el ceño, confusa.

—Sí. El señor Cooper me lo dejó antes de irse. —Hace una pequeña pausa—. Bueno,

esta caja ha dado un buen paseo en el maletero hoy —agrega, y yo asiento con los ojos

embobaos.

Deja la caja encima de la superficie de la barra. Me acerco admirando la estrella colgada

del lazo de la caja. Le doy la vuelta y encuentro una bonito frase: «*Gracias por bajar del*

cielo a mis brazos. Jayden.»

Mi cuerpo entero se estremece. Es lo más bonito que me han dicho en toda mi vida. Abro

la tapa y una sonrisa se enreda no solo en mis labios sino también en mi corazón.

—¿Qué es? ¡Enséñame qué es! —curioseas Laya.

—¡Es el vestido de *ballet*! —digo pasando la mano por encima de él—. ¡Es precioso! —

exclamo.

—¡Yo, también lo tengo! —dice a la vez que corre hacia la otra habitación.

Cojo el vestido y lo pego a mi cuerpo. Parece de un cuento. Harry sigue de pie silencioso,

observándome.

—Estaré en el piso de abajo. —Me tiende un papel con un número de teléfono—.

Cualquier cosa, me hace una llamada y enseguida estaré aquí —dice, y yo asiento.

—¡Buenas noches, Harry!

—¡Buenas noches, señorita Evolet! —Al llegar a la puerta se gira—. ¡En la nevera hay

de todo! ¡También leche! —agrega lo último y sale.

¡Así que hay leche! Murmuro sola y sigo admirando el vestido. Respiro hondo y Laya

aparece vestida con su precioso vestido de *ballet*.

—¿Te gusta? —pregunta haciendo una pirueta—. ¡Vístete tú también!

—¡Es muy tarde y mañana tienes clase! —le explico alzándola en mis brazos mientras

entramos en la cocina—. ¿Te apetece cenar? —La dejo encima de la enorme isla.

Miro a mi alrededor, asombrada. La cocina es magnífica, no tiene nada que ver con la

mía.

—Me apetece solo un vaso de leche con Cola Cao —dice.

—¿Solo eso? —Abro la puerta de la nevera y me quedo perpleja.

—Está llenísima, ¿verdad?

—Sí —contesto.

Mi nevera siempre ha estado llena... pero de aire. Saco la caja de leche, y después de

abrir varias puertas de los armarios consigo encontrar los vasos. Oh... De nuevo me

encuentro con dificultades por no encontrar el Cola Cao. Maldita sea. Por qué tiene que

tener una cocina tan complicada. Laya sonrío. Voy al salón y cojo mi móvil del bolso.

Tecleo el número que me dejó Harry. Al primer timbrado me contesta: «¿*Ha pasado*

algo, señorita Evolet?»

— ¡¡Sí!! —contesto un poco agitada—. *Lo que pasa es que...*

—No puedo acabar la frase cuando me llega el tono.

La llamada se ha cortado. No me lo puedo creer. Miro en la agenda, en las llamadas

recientes, buscando el número que había marcado hace un minuto. Vuelvo a llamar.

Suena varias veces, pero Harry no contesta.

—¡Pues no hay Cola Cao! —digo, y la niña se encoje de hombros.

—Lo tomaré igual que tú —agrega—. ¡No pasa nada!

—¿Seguro?

—Sí. —Sonríe.

—¿Sabes, pequeña? —Me acerco a ella y enrosco los dedos en sus caracolillos rubios—.

¿No será que tío Jayden te dijo algo antes de irse?

Laya sonríe y sus mejillas se ruborizan enseguida.

—Sabes que mentir es muy feo, ¿verdad?

—Pero no he mentido —tartamudea—, solo le prometí a mi tío que voy a hacer lo que él

me enseñó. Ups... —Se cubre la boca con la mano—. Eso no debía decírtelo ¿verdad?

—Mmm... —Agito la cabeza al ver que mis sospechas se confirman—. Bueno, pues...

si tú me cuentas la verdad, podemos guardar el secreto entre las dos —digo, y ella sonríe.

—Me dijo que llorara para que tú durmieras aquí conmigo —confirma, y yo sonrió de

oreja a oreja—. Y le prometí que lo haría porque quería que tú estuvieras aquí conmigo, y

no Harry. Le doy un toquecito en la nariz y me giro de espaldas.

Abro la puerta del microondas para meter los dos vasos de leche para calentarlos cuando

Harry entra en la cocina con una velocidad por la que, aparte de pegarnos un

espantoso

susto, estuvo casi a punto de derrumbar la puerta.

—¿Qué pasa, señorita Evolet? —Las dos nos quedamos mirándolo alucinadas.

¡Esto es el colmo! Exclama mi subconsciente. ¿Dónde había vivido antes de llegar a

Nueva York? Siempre está en posición, preparado para algo que todavía no entiendo.

—¿Cuál era tu profesión antes de ser chófer, Harry? —le pregunto, y él me mira

desconcertado.

—¡Era... comandante general de la Armada!

—Así que... —Me cruzo de brazos embobada—. Ahora entiendo por qué tienes estas

formas de... —Hago una pausa mirando a Laya—. ¡Solo quería preguntarte por el Cola

Cao! —digo, y él me saca el bote del único armario donde no había mirado—. ¿Ves? No

era necesario tanta agitación por algo tan insignificante.

Me arroja una mirada llena de cabreo; después, sin decir nada, sale. Inmediatamente, la

niña se toma el vaso de leche con Cola Cao y yo la llevo al dormitorio que Jayden

preparó para ella.

—¿Puedo dormir con el vestido puesto?

—Si eso es lo que tú quieres... por supuesto —digo metiéndola en la cama.

—¡Buenas noches, Evolet!

—¡Buenas noches, pequeña! —Apago la luz y salgo del cuarto.

Camino después por el pasillo, y con mano temblorosa abro la puerta del dormitorio de

Jayden. Me siento en su cama inhalando profundamente el olor que se desprende de sus

sábanas. Todo huele a él. Un pensamiento me lleva a aquella época cuando éramos solo

dos niños. ¡Qué tiempos! Lo odiaba y lo adoraba a la vez. Pero el día que vino a

despedirse fue el día cuando realmente me di cuenta de que él era algo especial en mi

vida. Fue triste. Demasiado triste. Saco mi teléfono, y en la agenda busco el número que

hace tiempo Jayden me dejó escrito en una nota pegada en la nevera. Pulso la tecla

«llamar». Un timbrado, dos... Al tercero, el sonido discordante para; durante unos

segundos escucho un silencio, pero siento que hay alguien al otro lado...

—*¡DELIRANDO!* —digo como él me había dicho.

—*CONTIGO... para siempre.* —*Su voz se escucha en mi receptor, y una loca emoción*

se desvela dentro de mí.

—Todo esto es una locura —digo, y su risa resuena en mi oído.

—Sí. ¡Tienes razón! Pero como nuestra locura no hay más en el mundo.

Me tapo la boca por no dejar escucharse mis mil emociones que solo él tiene el poder de

hacerme sentir.

—Gracias por el vestido. Es precioso.

—¡Tú eres aún más! Prométeme que, pase lo que pase, nunca saldrás de mi vida. —Un

profundo calor recorre todo mi cuerpo.

—¡Jamás lo haré!

Por un momento escucho solo su fuerte respiración.

— ¿Qué tal mi cama? —pregunta, y yo sonrió.

*—Eres un tramposo, la niña se ha chivado. —Se ríe—. ¡Está muy vacía!
¡Faltas tú!*

*—Mañana tengo una rueda de prensa. Obligatoriamente tengo que asistir —
dice con*

*total sencillez por estar acostumbrado a esa vida—. El viernes tengo que
arreglar unos*

asuntos, y en cuanto termine cogeré el primer vuelo hacia Nueva York.

—¡Unos asuntos! —exclamo, y la puerta del dormitorio se abre.

*—¿Puedo dormir contigo? —Estrechando el vestido en las manos y con sus
rebeldes*

rizos sueltos, Laya entra en la habitación.

—Claro que sí —digo, y ella se sube haciéndose un ovillo a mi lado.

— *Tengo una pequeña intrusa que ocupará tu sitio esta noche* —susurro—.
¡Lleva

puesto el vestido! —de nuevo vuelvo a escuchar su risa.

—*¡No sabes cuánto te necesito!*

—*Mira por la ventana y la luna te hará sentirte muy cerca de mí* — le pido.

— *Lo hago* —dice, y me levanto para asomarme por la ventana.

En lo alto, en medio del oscuro silencio, ella... la luna, el único testigo de
nuestros

delirios y del universo entero esparce sonrisas en brillos de luz.

— *¡Dime que tú también lo haces!*

—*Sí. Esta noche brilla como nunca* —le contesto.

— *Como tú, Evolet, la más brillante estrella del cielo* —murmura, y una
lágrima se me

cuelga de las pestañas.

Mi madre fue la que me llamo Evolet por su significado, la estrella más
brillante del cielo.

Ahora ella es la que brilla entre multitud de adornos astrales. Suspiro.

— *Buenas noches, Jayden.*

— *Buenas noches, Evolet. ¡Llévame en tus sueños!* —me murmura, y un
escalofrío me

viste de melancolía.

— *¡Lo haré, no lo dudes!*

La luna deja caer de sus blancas canas que se extienden en la oscura alfombra bordada

con perlas brillantes una nueva esperanza para todos aquellos que se van a la cama

preparados para volver a soñar.

Capítulo 18

Estoy preparando la cena junto a mi pequeña Laya. Las dos llevamos los vestidos

que nos regaló Jayden. La música está al máximo y la cocina hecha un desastre.

Estamos preparando un pollo rebozado con una guarnición de patatas. La harina

ha volado por toda la superficie de la isla, por mi rostro, por mi pelo y Laya está envuelta

entera en una capa blanca.

—¿Cuándo vuelve el tío Jayden? —me pregunta mientras sube encima de la isla.

—¡Pues tal vez llegará a la cena! —le contesto mientras les doy la vuelta a las presas de

pollo en la sartén.

Harry aparece en la cocina haciendo una mueca por todo el desastre, con lo cual me hace

sonreír.

—El vuelo del señor Cooper ha tenido un retraso de dos horas

—dice bajando la música—. Que sepáis que va a llegar tarde.

—Pero... —mi ánimo cambia rápidamente— si estuvimos hablando por teléfono hasta

el momento en el que embarcó en el avión —digo observando cómo el señor chófer

esquiva mi mirada.

—Fue un cambio de último momento —agrega—. ¿Necesita alguna cosa, señorita

Evolet?

—No —añado mientras recojo todo de la isla absorta en un pensamiento.

¡Hay algo que no me cuadra! Mi instinto me dice que lo del último momento es algo

diferente. Algo propio de Jayden. ¿Por qué?

—¡Entonces me voy a retirar! —dice dirigiéndose a la puerta como si quisiera escaparse

de alguna pregunta mía—.

¡Hasta mañana! —agrega saliendo a toda prisa.

Me quedo mirando varios segundos hacia la puerta de la cocina. Algo va mal. Le faltó

decir que, si necesito algo, estará abajo. Solo se despidió, y eso significa que no va a estar

en su apartamento; mi subconsciente lo presiente. Tampoco comentó nada de que fuera a

ir a recoger al señor Cooper al aeropuerto. Mmm... Evolet... ¿De nuevo?

—¿Cuándo viene mi tío? —me pregunta de nuevo la niña haciéndome salir de mis

pensamientos.

—¡Llegará muy tarde, pequeña! —La bajo de la isla—. ¡Ahora vamos a cenar y después

a dormir!

Ella asiente sonriendo. Nos quedamos comiendo en la cocina. Cuando terminamos, le

coloco un pijama y la meto en la cama para dormir. En la casa persiste un silencio

aterrador. Desde el momento en que Harry salió por la puerta, algo dentro de mí cambió.

Me quito el vestido y entro en la ducha dándole tiempo al tiempo como Jayden me había

dicho en varias ocasiones. Espero a que el agua caliente me relaje un poco y me libere de

todos estos pensamientos que empiezan a atormentar mi cabeza. Nada cambia. Al

contrario, siento una tensión que se apodera de mí sin poder controlarlo. Después de

echarme un poco de jabón por todo el cuerpo y lavar mi cabello, salgo del cuarto de

ducha envuelta en una toalla. Seco bien mi pelo y lo ato en una coleta de caballo. Me

coloco un conjunto de ropa interior blanca, unos vaqueros y, por último, una blusa blanca

de tirantes. Me calzo mis manoleínas y voy a mirar al dormitorio de Laya. Está

profundamente dormida. Cierro con cuidado la puerta para no despertarla y salgo de la

casa de Jayden. Bajo con el ascensor una planta más abajo, donde vive Harry, pero por

desgracia mis dudas aciertan. Harry no está en su apartamento. Golpeo fuerte con los

puños en la puerta y nadie sale a decirme nada. Una angustia empieza a rondarme por

dentro. ¿Por qué siempre me mienten? Vuelvo de nuevo a subir al apartamento de Jayden

y entro en su dormitorio. Cojo mi teléfono, y antes de llamar mi subconsciente me

advierte que no me va a contestar nadie y es mejor que intente calmarme y darle tiempo

al tiempo para pasar esta situación.

¡Maldita sea! No tengo el coche. Hoy Harry me llevó al trabajo y después también me

recogió. Sin mi coche no puedo salir. Tampoco puedo dejar sola a Laya. No me queda

otro remedio que esperar. Me acuesto en la cama del hombre que, aunque

averigüe tantas

cosas de su existencia, aún más misterioso sigue siendo. No sé exactamente cuánto

tiempo he dejado mi mente errar entre preguntas y pensamientos. El cansancio me cierra

los párpados, y entro en un sueño profundo.

* * *

Abro los ojos asustada. Por un instante olvidé dónde estoy. Mis ojos empiezan a

acostumbrarse en la oscuridad de la habitación. Una luz tenue entra por la ventana

procedente de algún farolillo de la calle. Sigue siendo de noche. Muy tarde. Siento el

latido de mi corazón en la garganta. De nuevo aquella pesadilla... Esas imágenes que

viven continuamente en mi cabeza. El Hyundai gris plateado colisionando con mi coche,

la mirada estancada de mi padre, las voces... demasiadas voces que nunca llegué a

entender qué decían. Estoy tapada con una manta fina. Me la quito y enseguida entiendo

todo. En el cuarto de baño se escucha el ruido del agua. Abro la puerta despacio y mis

ojos chocan con el azul marino de sus ojos.

—¡Ey! Me alegro verte —dice enrollándose una toalla alrededor de la

cintura.

Todo su pecho está descubierto, húmedo, y su cabello revuelto. En la cara hay algunos

moratones, una herida en una de las cejas y tiene el labio inferior partido. Algunas de las

lesiones parecen recientes. No son del combate.

—¡Dime la verdad! —murmuro mientras sus manos se enredan por debajo de mi cuello.

—¡Tú sabes la verdad, Evolet! —contesta, y su voz ronca desnuda toda mi alma.

—¿Otra pelea en el puente Brooklyn?

—Sí —dice, y me eleva en sus brazos llevándome al dormitorio.

Junto los brazos alrededor de su cuello y sus labios necesitados empiezan a rozar mi

boca. Su respiración se mezcla con la mía.

—¡Tengo miedo! —le susurro, y nuestras bocas se vuelven a juntar.

Me besa. Y en este momento no hay nada que lo detenga. Me tira en la cama y mi cuerpo

empieza a temblar deseoso. Desabrocha mi vaquero tirando de él hasta que me quedo

solo con el pequeño tanga blanco. Pone su forzado cuerpo encima del mío y de nuevo

vuelve a besarme. Invade mi boca con su lengua, sus manos me tienen sujeta por las

muñecas y los delirios empiezan despertar entre nosotros. Se aleja con la respiración

agitada. La leve luz de fuera se refleja en sus ojos dejándome ver la lujuria que batalla

dentro de él. Me desliza la blusa por los brazos arrojándola al suelo.

—¡Mírame! —ordena—. ¡Cuando sientas miedo, acuérdate! El miedo es la emoción

más viva entre nosotros —dice mirándome directamente a los ojos—. ¡Sin miedo no hay

amor!

—Siento que la respiración se queda atrapada en mi pecho—. ¡Date la vuelta!
—exige, y

yo me giro.

Desabrocha mi sujetador y lo tira también al suelo. Tira suavemente de la goma de mi

pelo soltando todos los rizos.

Deja todo el peso de su cuerpo encima de mi espalda rozando el lóbulo de mi oreja con la

punta de su lengua. Su erección la siento entre mis nalgas, dura, desesperada detrás de la

toalla. De nuevo me gira. Es su forma de control, llevarme a su ritmo, a su mundo.

Prueba cada areola de mis pechos y estos se endurecen entre sus dientes. Gimo.

—¡Eres preciosa, Evolet! La forma en que te pierdes con solo rozarte la piel

—murmura

—. ¡Aunque no me lo dices, sé que me amas! —agrega y atrapa lascivo mi labio entre

sus dientes.

—Nunca estuve enamorada —digo— porque quise esperarte a ti. —Sonrío y él me

vuelve a besar.

—¡Ven! —Y se levanta cogiéndome en sus brazos.

—¿Dónde me llevas?

—Shhhh...

Me lleva al cuadrilátero. Apoyada en una de las esquinas, la lona tan fría en mi espalda

me hace temblar. Desliza las puntas de sus dedos por mis hombros sin dejar de mirarme,

y un nerviosismo empieza a brotar dentro de mí. Sus manos empiezan a bajar por mi

espalda hasta mis caderas y me aprieta fuertemente a él. Paso mis dedos por su tórax, lo

acaricio suavemente hasta llegar a la línea que forma la toalla alrededor de sus caderas.

Me detengo y él me sonrío.

—¡No tengas vergüenza! —murmura—. ¡Yo soy tuyo y tú eres mía!

Me sonrojo y escondo mi rostro dentro de su pecho dándole un delicioso beso. Él se

arrodilla, y esta vez desliza el pequeño tanga por mis piernas sin romperlo.
Besa

delicadamente uno de mis muslos y toda mi piel se eriza. Se aleja dejándome
completamente desnuda en la esquina del cuadrilátero. Camina hasta su saco
de boxeo;

toda su espalda es una geografía. Desengancha el saco de las cadenas
dejándolo a un

lado. Se gira y sus ojos revelan la fantasía que estimula su ser.

Me tiende la mano, y yo me acerco cautelosa. Magrea mis curvas de un lado
a otro de las

caderas, subiendo despacio por debajo de mis brazos impulsándome a
levantar las manos

al nivel de la nuca. Con los cordones de los guantes, los del otro día, ata
primero mis

manos; después, los amarra a las cadenas que bajan de otra cuerda laminada
montada

especialmente para poder sujetar y mover el saco de boxeo de una esquina a
otra del

cuadrilátero. Me quedo totalmente suspendida en medio del *ring*. ¡Maldita
sea! Como

siempre consigue rebasar la línea del infinito para llevarme más allá... lejos,
donde nadie

se atrevería ni a soñar.

—Jayden —jadeo al sentir su lengua jugar por mi vientre.

—Shhhh... ¡Esta vez te pido que cierres los ojos! —Y los cierro dejando mi

cabeza caer

hacia atrás.

Su lengua sigue jugando alrededor de mi obliquo, y un mordisqueo me hace gemir. Me

rodea, acariciando cada milímetro de mi piel. Me deja un camino de besos por la espalda

mientras que sus manos acunan mis pechos, apretándolos, y eso empieza a volverme

loca. Está claro que se ha propuesto disfrutar al máximo y ofrecerme el mayor placer

posible. Vuelve ante mí, y si creía que me dio todo... el «todo» acaba de empezar.

Introduce uno de sus dedos en mi sexo y mis caderas se doblan por la sensación

producida. Separa mis muslos uno del otro teniendo una visión perfecta de mi sexo,

húmedo y caliente.

—¡No abras los ojos, Evolet! —ordena, y aunque quisiera, no lo podría hacer.

Un efecto de mareo me impide mirar. Siento su respiración entre mis piernas, cómo la

lengua me roza la pequeña y rosada carne arrancándome un grito, dejándome extasiada.

Atrapada en su diversión, me dejo llevar. Presiono mis muslos intentando cerrarlos, pero

el intento es en vano. Su fuerza me hace ceder. Vuelve a jugar con la lengua dentro de mi

sexo, succionando, mordiendo y chupando sin tener piedad, arrancándome grito tras grito

de placer.

—¡Para! —murmuro casi sin respiración—. ¡Estoy al límite! —agrego, y enseguida se

pone a mi altura.

De un impulso, con sus manos atrae mi rostro hacia él.

—¡Mírame! —Y la aguamarina de sus ojos me inunda completamente.

Su labio partido y el violeta de su mejilla hace que me estremezca. Pasa el dorso de su

mano acariciando mi cara y yo me giro para besarle los nudillos lesionados.

—Eres tan femenina ... tan tierna —me sonrío.

Atrapa mis caderas entre sus manos y me empuja dentro del ángulo del cuadrilátero.

Deja caer al suelo la toalla que cubría su miembro. Espectacular. Está excitado y ansioso

por penetrarme. Suave y gentil vuelve a mi lado levantando de nuevo mis muslos y sin

dejar de mirarme embistiendo su erección dentro de mi sexo, lento, sensual. Cada

gemido saliente de mi boca es una embestida que poco a poco aumenta el ritmo.

—¡Córrete, Evolet! —ordena, y desde mi interior explota un delirante orgasmo

mezclándose con la locura de sus fluidos. Se inclina con la respiración jadeante y me besa

largamente.

—¡Yo también tengo miedo! —susurra—. ¡Miedo por perderte, Evolet! Pero tenemos

que confiar en que el destino nos escribió una bonita historia para vivirla juntos.

Capítulo 19

Después de vestirme recojo mi cabello en un moño bastante desordenado, a mi

estilo. Algunos rizos caen sueltos alrededor de mi cara y otros por detrás de mi

cuello. Salgo del dormitorio de Jayden; por el pasillo escucho voces. En el

cuadrilátero, Harry tiene entre sus brazos el saco de boxeo y Jayden golpea con todas sus

fuerzas. Está entrenando. Lleva puesto un pantalón deportivo remangado abajo, como

siempre hace antes de subir al *ring*. Su busto desnudo se contrae mojado de su propio

sudor a cada golpe potente, nervudo y mortal. Harry me observa entrar en el salón y se

desorienta aflojando el saco. El fuerte golpe de Jayden hace que el saco lo lance al suelo.

—¿Harry, estás bien? —le pregunta Jayden, pero él le señala con la mirada que yo he

entrado en el salón.

—¡Buenos días! —digo, y Jayden baja del cuadrilátero.

Me envuelve entre sus brazos. Una bocanada de aire me sale de muy adentro al sentir su

pecho tan pegado a mi cuerpo.

—¡Buenos días! —murmura a una cortísima distancia de mi boca.

El ruido de la puerta nos hace a los dos mirar. Harry ha salido dejándonos solos, pero

Laya entra corriendo por otra parte del salón.

—Evolet, Evolet... —chilla intentando decirme algo, pero Jayden se arrodilla haciéndole

una señal de que no hable. Los dos sonrían con complicidad.

—¡Ven! —dicen los dos tirándome de la mano hacia la cocina.

—¿Qué ocurre?

Entramos en la cocina. Laya me ofrece una silla para sentarme en la isla. Jayden, al otro

lado, cruzado de brazos, tuerce una mueca misteriosa. Verdaderamente no entiendo nada.

¿Qué es lo que traman los dos? Laya también se sube a otra silla a mi lado. Está mirando

a su tío, y él vuelve a sonreír. Muerde el extremo de sus labios y se da media vuelta. Atrás

hay dos platos cubiertos con una tapa sin poder verse lo que hay dentro. Los
coge y los

coloca enfrente de mí. Levanto las cejas sorprendida.

—¿Para mí? —pregunto embobada.

—¡¡Sí!! Levanta, levanta las tapas —dice Laya entusiasmada.

Yo sigo sin entender nada... pero absolutamente nada. Lo único que mi
raciocinio puede

pensar es en un doble desayuno.

—¡Abre las dos a la vez! —dice el señor mangoneador apoyándose con los
codos en la

isla.

Sonrío y hago lo que me dice. Flexiono mis dedos y agarro las dos tapas a la
vez. Las

levanto. ¡Oh, Dios! En un plato hay una pequeña caja blanca con un pequeño
sobre

alado. En el otro plato hay un *cupcake* de chocolate oscuro con glaseado de
frambuesa,

crema de mantequilla y, encima, un pequeño corazón también de chocolate.
Me río

mordiéndome el labio inferior. Creo que empiezo a entender lo que ocurre.
Lo había

olvidado. Hace años que este día me hace sentir muy triste, pero hoy... hoy
parece que

renazco de nuevo. Abro el sobre, donde hay una tarjeta, y la leo en voz alta:

¡A mi lado quiero que brilles igual que las estrellas en el cielo!

¡Feliz cumpleaños!

Jayden.

Me ha cogido por sorpresa, no me esperaba a esto. Siento que me envuelve todo el

cuerpo una mezcla de emoción y alegría.

—¡Abre el regalo! —me incita Laya.

Cojo entre mis manos la caja y, temblorosa, la abro. Un brillante diamante tallado en

forma de estrella en una sortija de oro blanco me deja maravillada. Miro a Jayden y sus

ojos se clavan en mí. Espera que yo reaccione, que le hable, y yo no sé cómo manifestarme exactamente. Sería mejor que fuera él quien dijera algo, que tomara el

control de esta situación, como de costumbre. Me siento perdida. Por primera vez no

puedo decir nada.

—¡Qué bonito! —La niña rompe el silencio antes que nosotros.

—Sí, es precioso —digo contemplando la hermosa piedra del anillo.

Jayden, rodea la isla, acercándose.

—No te asustes —murmura mientras extrae el anillo de la caja—. No lo veas como un

compromiso. —Levanta mi mano y desliza el anillo en el dedo anular.

Estoy temblando completamente. Por un momento mi subconsciente está pensando qué

debería decir.

—¿Y cómo tendría que mirarlo? —pregunto, y nuestros ojos se unen en una sola mirada.

—Como un simple regalo de mi parte —dice, y mis mejillas se tornan en un ardiente

granate.

¡Evolet, tu reacción ha hecho que él retroceda! No seas cobarde. Mi subconsciente me

reclama.

—De acuerdo —contesto sin mirarlo—. ¿Me lo puedo pensar? —pregunto, y Jayden

levanta mi rostro hacia él.

Parece sorprendido... Está sorprendido. Hace unos segundos parecía venirse abajo por

un supuesto rechazo por mi parte. Pero en sus ojos marinos una nueva esperanza refleja

que su ánimo vuelve.

—¡Por supuesto! El tiempo que tú necesitas —contesta, y me da un suave beso.

—¡Ahora tienes que soplar! —De nuevo Laya nos recuerda que no estamos solos.

Jayden vuelve de nuevo del otro lado de la isla. Coge una pequeña vela y la sumerge en

medio del *cupcake*. Con un mechero la enciende. Junto a la vela, dentro de mí, se

encienden mil síntomas sin poder definirlos. Siento la necesidad de llorar, gritar, reír y

muchas más cosas que no podría explicar.

—¡Pide un deseo! —dice Jayden.

Cierro los ojos y suspiro hondo. Hace meses, antes de reencontrarme con él, si alguien

me hubiera preguntado si tengo algún deseo, mi respuesta hubiera sido que no tengo

uno... Tengo más de uno. Abro los ojos y choco con su mirada, que parece preguntarme

en silencio en qué estuve pensando durante los pocos segundos que cerré los ojos. ¡Los

deseos no se cuentan, Evolet! Aunque él sabe que todos mis pensamientos son propiedad

de él, porque solo él está en mi cabeza y en mi alma. Soplo y la llama se apaga, pero

dentro de mi corazón acaba de encenderse no un fuego, sino un incendio de pasión. Laya

aplaude y se ríe.

—¡Feliz cumpleaños, Evolet! —dice, y de nuevo se me acerca.

Me abraza apretándome con fuerza contra su pecho. Siento su aliento que me hace

cosquillas en el cuello y enseguida mi cuerpo reacciona a su estímulo. Me

derrite por

completo la mente y el corazón.

—¡Voy a darme una ducha! —me susurra al oído—. ¡Después te tengo otra cosa

preparada! —Me alejo enarcando las cejas.

—¿Otra cosa? —pregunto, pero solo me sonrío y sale de la cocina.

* * *

Después de darme una ducha, me pongo otros vaqueros y una blusa que cae suave de un

lado, dejando que se vea uno de mis hombros. Maquillo con un poco de sombra mis

párpados y dejo el cabello medio mojado suelto en la espalda. Jayden dijo que vendría a

recogerme en una hora y no tengo tiempo para secarlo más. Está casi al llegar. Me echo

un poco de perfume y salgo hacia el salón. Miro en la pantalla de mi teléfono. Ninguna

llamada, ningún mensaje. ¡Qué raro! Hoy cumplí veintisiete años y no llamó nadie para

felicitarme. Se acordó la persona que no me esperaba que lo hiciera después de tantos

años y nadie más. ¿Catalina? Estará ocupada en arreglar cosas en la comisaría como

siempre hace.

¿¡Quién sabe!?! Aunque me parece muy extraño cuando nunca a mi hermana se le ha

pasado un día como hoy, 30 de marzo.

¿Sophia? Seguirá en su mundo o todavía continúa enfadada conmigo. Yo tampoco volví

a llamarla para arreglar el malentendido. Jayden construyó una burbuja mágica y dentro

solo estamos él y yo. Un sentimiento de culpabilidad me remueve por dentro. Reviso

todas las llamadas entrantes y salientes. La última llamada de Sophia fue en la noche que

me colgó muy enfadada. Pulso la tecla llamar. Una vez, dos veces, tres veces... Entra el

contestador. Cuelgo. Oh... ¡Evolet, tienes que arreglar esto! Una vocecilla dentro de mí

me recuerda que una amistad no se puede acabar por una tontería. Vuelvo a llamar, pero

enseguida me salta el contestador. Me quedo pensativa mirando en blanco la pantalla del

móvil.

Un sobre se ilumina en la esquina de mi teléfono. Sonrío. «Sophia me ha mandado un

mensaje» es lo primero que pienso, pero, enseguida, aunque sigo alegrándome, me doy

cuenta de que me he equivocado.

Sweet tiene un mensaje para ti.

J. C: *¿Está lista la princesa?*

J. C: *¡Estoy abajo!*

Sonrío. Habría podido mandarme un mensaje normal o hacer simplemente una llamada.

Pero como siempre le gusta jugar... Recojo mi bolso y las llaves y salgo del piso.

Enfrente del edificio está él apoyado en su espectacular moto. Lleva vaqueros y una

chaqueta de piel negra.

—No creo que sea necesario seguir con esa página de chat —digo, y él me da un suave

beso.

—¿Te molesta?

—No, pero...

—¿Pero...?

Sonrío mordiéndome el labio inferior. Está hermoso y yo muy perdida en su presencia.

Sus cabellos revueltos y esa mirada que excava cada vez más profundo dentro de mi

alma.

—¡Nada! —contesto, y él me coloca el casco como a una niña pequeña.

—¡Entonces vamos a seguir con esa página! Es algo que nos unió después de

muchos

años —añade subiéndose en la moto. El ruido incongruente de la moto empieza a

inundar la tranquilidad. Se está haciendo realmente intenso en cuanto entro por el puente

Queensboro, libre y despejado como nunca lo había visto hasta ahora. Meto mis manos

por debajo de sus brazos pegándome a su espalda. Echo la cabeza hacia atrás mirando

hacia el azul claro del cielo. La velocidad de la moto, la suave brisa que se mueve entre

mis rizos me hace sentir como si estuviera volando, fluyendo en el infinito del universo.

Pasamos el puente y siento que la velocidad disminuye cuando entramos en las

transitadas calles de la Gran Manzana. Gira a la derecha y me parece reconocer el lugar,

me suena haber pasado alguna vez. Después, de nuevo gira a la derecha, East 63rd Street,

y en cuanto la moto se para, mi vista se queda clavada en el letrero de la entrada del

restaurante Vaucluse.

Baja de la moto, saca su casco y después el mío.

—¿Aquí? —pregunto asombrada.

—¡Como me dijiste que no hiciste nada el otro día, te he traído para que lo

hagas ahora!

—Sonríe con picardía—. ¡Pero esta vez conmigo!

—¿Qué? —pregunto poniendo una mala mueca.

Me coge de la mano y, apenas hemos entrado, el camarero afroamericano del otro día

nos recibe. Mis mejillas arden. Siento una enorme vergüenza, aunque sé que la locura

que hice en ese restaurante solo la conozco yo y mi conciencia.

—Tengo una reserva —dice con elegancia—. Jayden Cooper.

El afroamericano, al escuchar su nombre, se queda unos segundos observándolo como si

quisiera comprobar que es verdad que es él realmente.

—Oh, si pudieras... —tartamudea— y hace un nuevo intento aún más lleno de

nerviosismo.

—¡Sí puedo! —dice con su voz áspera—. Lo único es que me tienes que decir el qué.

—Soy muy fan de usted —explica—. ¡Vi el último combate! Fue sensacional, como

siempre.

—Gracias.

Estoy exactamente detrás de Jayden. Su gran espalda me tapa completamente. Me río a

escondidas al escuchar la emoción que siente el camarero por tener al intimidante

boxeador Cooper delante.

—¿Le puedo pedir que se haga una foto conmigo? —pregunta, y Jayden me mira por

encima del hombro.

—Por supuesto —contesta.

El chico saca su móvil del bolsillo y yo me ofrezco a hacer la foto. Después de unas tres

tomas le devuelvo el móvil y observo la alegría en su rostro.

—¡Seguidme! —dice pasando entre los paneles de separación de la entrada y el salón.

Jayden me detiene exactamente cuando estoy a punto de cruzar a la sala.

—¡Esto es una sorpresa! —exclama, y yo lo miro sin entender bien.

—Sí. Verdaderamente no me esperaba que me trajeras aquí —contesto—. ¡Y no delires

porque solo vamos a almorzar! —agrego, y él sonríe.

—Ok. —Lame sus labios—. ¡Como tú desees! ¿Estás segura? —vacila.

—¡¡Sí!! —contesto con seguridad.

—¡Tú te lo pierdes! —Ríe divertido y del bolsillo de su vaquero saca un pañuelo blanco

de seda—. ¡Date la vuelta y cierra los ojos! —exige, y yo lo miro desconcertada.

—¡No haré ninguna locura en público! — protesto alterada.

—¡Hazlo! —ordena ceñudo—. ¡Confía en mí! —Y todo mi ser se disuelve ante su voz

controladora.

Le doy la espalda y cierro los ojos. Siento cómo sus manos alrededor de mi rostro

colocan el pañuelo tapando mi vista. Todo mi cuerpo tiembla. ¿Confías en él, Evolet?

Sí... no... parcialmente... no lo sé... ¡Confío, maldita sea! Por eso sigo cada locura

suya, porque me llena, me hace sentir viva, feliz...

—Dame la mano —murmura—. ¡Yo te guiaré!

Mis pasos son pequeños, cortos y temblorosos. El corazón me late a mil por segundo.

Alrededor escucho voces, el ruido de los platos, vasos, risas y mucha aglomeración. Esta

vez el restaurante está lleno, no como el otro día cuando vine. Mis mejillas arden de

vergüenza pensando en tanta gente que nos está observando. Se detiene, y yo a su lado.

Se coloca tras mi espalda, y mientras deshace el nudo del pañuelo me susurra en el oído:

¡¡Sorpresa!! —Y mis ojos quedan librados de la oscuridad.

Un nudo se me forma en la garganta y una lágrima se me derrama con rapidez por una de

mis mejillas.

—¡Feliz cumpleaños, Evolet! —dicen, y yo me echo a llorar. Alrededor de una mesa

están Catalina, Daniel, Harry y Laya. Mi hermana me abraza cariñosamente, como

siempre; después, su marido.

—¡Hoy sí que has crecido un poco más! —dice Daniel, con su bromita de siempre.

Nos sentamos en la mesa, Jayden a mi lado. Lo miro contenta y por debajo de la mesa

busco su mano. Paso mis dedos por sus nudillos y él me aprieta con cariño toda la mano.

—¡Gracias! —digo en un susurro, y él sonrío.

—¡Todavía el día no ha acabado! —añade, y yo me quedo con la boca medio abierta,

sorprendida.

—¡Solo una cosa más! —Se me acerca al oído—. ¡Te llevaré a las estrellas!

Mmm... Suena apasionante. Evolet, ojalá que esto nunca termine.

Capítulo 20

Entre el primer plato y el segundo, entre un brindis y otro, entre risas, las horas

vuelan. El almuerzo acaba y nosotros hemos seguido hablando, riendo y

brindando. El personal del restaurante no parece estar molesto, al contrario, a

ellos tener un cliente como Cooper les agrada. El atardecer está casi yéndose; el sol ha

jugado tanto al escondite entre los rascacielos de Manhattan que con cada minuto que

pasa, se muestra aún más cansado. Jayden me mira con esos ojos marinos que me

inundan completamente. Aunque solo me sonrío callado, conozco esa mirada que me

habla misteriosamente en silencio. Pide la cuenta de toda la consumición y le entrega una

tarjeta de crédito al camarero afroamericano.

—¡Nosotros nos tenemos que ir! —dice mientras se levanta agarrado de mi mano.

—¡Es verdad! —agrega mi hermana—. Hemos pasado toda la tarde aquí. — Sonríe.

Salimos. Jayden le dice algo a Harry apartados en un lado teniendo también a Laya entre

ellos.

—¡Te veo contenta! —me dice Catalina—. Me alegro de verte reír de nuevo.

—Sí, tienes razón. ¿Sabes algo de Sophia? —pregunto preocupada.

—No. No la veo desde cuando vivías en mi casa. Cuando vino a visitarte. ¿Te acuerdas?

—Oh, sí. —Me quito un mechón de pelo de la cara.

—¿Y eso? —pregunta cogiendo mi mano entre la suya—.

Lo observé en la mesa.

—Esto... ¡es solo un regalo! —explico lentamente, y ella tuerce la boca.

—¡No me digas! —exclama—. ¡Tomaos las cosas un poco más despacio, Evolet! —

sugiere con una voz inquieta.

—¿Desconfías de él?

—No —contesta rápidamente—. ¡Pero de ti sí! —Abro los ojos de par en par sorprendida por sus palabras.

—¿Por qué dices eso? —pregunto, pero Jayden se acerca y las dos nos callamos.

—¿Nos vamos? —Me coge de la mano.

—Sí —contesto sin mirarlo.

Las palabras de mi hermana me hicieron caer en un pensamiento lleno de preocupación.

¿Por qué duda de mí? ¿Acaso dudo de mis sentimientos? Mi cabeza da vueltas, pero

Jayden me hace salir del asunto de momento.

—¡Vámonos!

Se despide. Laya sube en el coche con Harry, y mi hermana y Daniel van a por el suyo.

Antes de subir en la moto, Jayden me mira confundido.

—¿Ocurre algo?

—No —suspiro y me coloco el casco.

Me observa. Sabe que le estoy mintiendo y, aunque no le gusta, no dice nada. No es el

mejor momento para hablar. Sube con su gran agilidad en la moto, me agarro a él y me

dejo llevar hacia donde él quiere que vayamos. Me pego a su espalda y un olor a él,

procedente de su chaqueta, se entrelaza en mi olfato. Todos mis pensamientos negativos

empiezan a disiparse porque lo que hay dentro de mi corazón es tan fuerte que puede

disolver cualquier duda que se filtre en mi cabeza. Al pasar un rato, detiene la moto en

una zona muy poco transitada. La luz es suave por unos farolillos distantes. Se baja,

girando hasta al final la llave en el contacto. Saca su casco, después el mío.

—No sé qué te ha dicho tu hermana que has cambiado tu estado de ánimo —dice—.

¡Pero no permitiré que nada estropee este momento!

Me ayuda a bajar. Pone los cascos en las manetas de embrague y desembrague.

—¿Por qué me trajiste aquí? —pregunto ojeando la nada que nos rodea. Me acerca a su

pecho.

—¡Éste es el camino hacia las estrellas! —contesta, y mi mente se adentra en

sus oscuros

pensamientos.

—¡Así que aquí están las estrellas! —Alzo la mirada hacia el cielo.

—¡Todavía no hemos llegado!

Me atrapa desprevenida en un delicado beso. Su control sensual, la forma en que

entrelaza la lengua con la mía me hace gemir. Un deseo me traspasa de la cabeza hasta

los pies sacudiéndome en mil y una emociones. Se aparta bruscamente antes de que la

llama que se enciende entre nosotros queme su propósito. Vuelve a sacar el pañuelo y

esta vez le sonrío sin saber su intención.

—¡Date la vuelta! —exige, y yo lo hago.

—¿Una nueva sorpresa? —pregunto.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste una locura?

Me anuda la pequeña tela alrededor de la vista asegurándose de que no puedo ver nada.

Deja un pequeño y húmedo beso en mi mejilla produciendo un cosquilleo dentro de mi

vientre.

—No sabría contestarte a esa pregunta —murmuro—. ¡Desde que entraste en mi vida

voy de una locura a otra!

Aunque no lo veo, el apretón de hombros que acaba de darme me hace saber que lo he

sorprendido.

—Mmm —susurra—. ¡Ahora, sube! —Me dirige hacia su moto, despacio.

Todo es inexplicable. La oscuridad, no poder ver nada, el misterio de no saber a qué me

afrento, su presencia a mi alrededor y la velocidad que empieza a sentir mi cuerpo

cuando pone en marcha su moto. Un escalofrío resbala con sutileza por toda mi espalda.

Debería estar asustada, sentir miedo, pero una súbita sensación de plenitud me relaja y

me permite vivir el momento, sintiendo solamente y experimentando lo desconocido con

mi cuerpo.

La moto pierde velocidad poco a poco hasta detenerse. Se escucha el sonido de una

puerta corredera de metal abriéndose. Sigue recorriendo un trayecto con lentitud. De

repente, en mi oído se escuchan voces distantes. Hombres. También percibo un sonido de

ruedas, como si un avión iniciara su recorrido para despegar. De nuevo, la moto se

detiene, esta vez completamente. Siento la presencia de alguien más,

murmullos y mi

propio latido de corazón que late con locura en mi pecho y mis tímpanos. La
impaciencia

me invade, quiero descubrir en dónde me estoy metiendo esta vez.

Sigo silenciosa, aunque en la punta de mi lengua hay muchas preguntas que
quisiera

hacer. Hay alguien más. Desconozco el calor de otra mano que me sujeta el
brazo

izquierdo. Jayden, a la derecha, me ayuda a subir como un escalón. Me
adentro en algo

que no sé cómo podía describir. Bajo mis pies, parece metal por el ruido que
hacen mis

zapatos al caminar; percibo un olor húmedo y frío. Me siento, y la mano de
Jayden sigue

sujeta a la mía. Esto me da seguridad. Una nueva puerta se escucha cerrarse y
todo el aire

se me entrecorta.

—¡Estoy en un avión, maldita sea! —exclamo, y la sonrisa de Jayden se
escucha cerca

de mi oído—. ¿Dónde vamos?

—¡Tranquila! ¡Confía en mí!

—¡Lo hago desde el día en el que aún desconocía quién eres!

—Mmm... ¿Y ahora sabes quién soy?

—¡Eres un puto chiflado del cual me enamoré perdidamente! —le contesto, y

sin previo

aviso sus labios rozan los míos. Me besa. El apacible sabor de sus labios repletos de

ternura y delicadeza enciende una llama tortuosa dentro de mi ser.

—¡Eres adorable! —dice alejándose de mí.

Siento en mi garganta la velocidad del aparato que se mueve. Es una avioneta. Una voz

de megafonía aclara por fin todas mis dudas.

—¡Vamos a despegar, señor Cooper! —Escucho la voz de un hombre que parece ser el

que pilota el avión.

El ruido del motor y la fuerza de gravedad que alteraba mi juicio se calmaron de repente.

Solo mi respiración suena en mis tímpanos. Es como si subieras la música al máximo y,

después de un tiempo en el que el ruido te ensordece, tiraras del cable de conexión del

enchufe y el silencio empezara a alborotar tu mente.

—¿Cuánto tiempo seguiré sin poder ver? —pregunto.

—Solo te quedan unos minutos.

—¿Unos minutos? ¿Entonces te has molestado en coger un avión solo para cruzar el río

River de un extremo a otro?

—Me río.

—¡Lo siento mucho —vacila— si esta vez no conseguí sorprenderte!

Me lleva hacia él y siento cómo me coloca un tipo de mochila en la espalda que me la

sujeta hacia delante, algo bien apretado, podría decir, como un cinturón de seguridad.

Llevo las manos hacia mi cuerpo intentando descifrar qué es lo que me ha puesto y,

sorprendentemente, me doy cuenta de que estoy atada al cuerpo de Jayden.

—¿Qué es esto? —pregunto desconcertada, y repentinamente me quita el pañuelo

dejándome descubrir por mí misma su intención—. ¡No! ¡No! ¡No!
¡Rotundamente NO!

—grito, y todo mi cuerpo empieza a alterarse, aunque los cinturones me tienen bien

sujeta al cuerpo de Jayden.

—¡Tranquila! —murmura sujetando mi rostro entre sus manos—. ¿Confías en mí? —

Me mira fijamente con expresión preocupada—. ¡Contesta! —exige.

—Sí. Sí confío.

La voz del piloto se escucha de nuevo a través del megáfono dentro de la pequeña

avioneta que planea sobre Nueva York a 2.500 metros de altura.

—¡Tenemos que saltar! —exclama acomodándose un casco de seguridad.

Trago una saliva inexistente en mi garganta y respiro hondo unas cuantas veces. La

puerta de la avioneta se abre y me choca una corriente fresca de la oscuridad infinita que

puedo observar fuera. Jayden me coloca de espaldas a la puerta y yo no aparto en ningún

momento la vista de sus marinos ojos, que dibujan cada línea y gesto de mi rostro. El

miedo. Es lo único que podrá verse en mi cara. Llevo las manos alrededor de su cuello y,

sin avisar, caemos al vacío. Cierro los ojos y siento cómo la adrenalina recorre mis venas

al estar expuesta a la peligrosa locura.

—¡Abre los ojos! —me grita, y por un instante rechazo hacerlo—. ¡Abre los ojos,

Evolet!

Siento que mi vida se acaba aquí, ahora, en este momento delirante junto a un hombre

que ha soplado una magia dentro de mi alma reintegrándome a la vida... a una vida

hechizada por su seducción, vida que en este instante volverá a acabarse como la magia

de cenicienta a las doce de la noche. Sin ser consciente de mis actos, abro los ojos. Un

negro y tenebroso cielo se alarga ilimitado alrededor de nosotros. Mis ojos se adaptan

poco a poco a la oscuridad. Mi respiración se reconforta y mi corazón disminuye su

alteración. Todo mi entendimiento se viste en silencio; el hermoso rostro de Jayden sonrío

relajado, gozando el momento, que parece hacerse eterno como si el tiempo estuviera

cansado de tanto viajar y en este momento decidiera pararse.

—¡Mira hacia arriba! —me dice, y como siempre yo lo hago.

Una incalculable superficie del oscuro cielo espolvoreado de brillantes perlas respira

eterno. Caigo a 200 kilómetros por hora como una estrella fugaz que atraviesa con

rapidez el cielo. Levanto la mano, y con las puntas de los dedos acaricio imaginariamente

la bóveda saciada de blancas gemas. Tan cerca y a la vez tan lejos.

—¡Es precioso! —digo abrumada por una belleza que nunca me había podido imaginar.

Sonríe. Llevo mis dedos hacia su rostro. Con el índice aboceto el contorno de sus labios.

Mi corazón ha llegado a los extremos de una felicidad desequilibrada que prefiere morir

en este instante y renacer de nuevo solo para volver a revivir la misma fantasía con el

mismo hombre. Me coge fuertemente y en medio de la nada se gira bruscamente. Una

sensación de desvanecimiento rompe dentro de mi ser. Intento controlarme.
Mi pecho

contra su pecho, veo cómo un Manhattan luminoso se extiende espectacular a mi vista.

Ahora sí me siento como una pequeña estrella que nunca dejará de brillar en su alma,

dentro de él..., el que me enseñó a creer en mí y en mis instintos, a ser feliz con poco y

ofrecer lo más que pudiera de mi sagacidad. Me pregunto qué he hecho en esta vida para

merecer tanta ternura y felicidad. Olvidé definitivamente cómo es el amor, o creo que

nunca lo había conocido hasta este momento en el que mi temor se ha transformado en

valentía, porque a su lado me siento cuidada y protegida, y eso es porque a cada instante

me demuestra lo mucho que me quiere. Nuestra caída libre se acerca a su fin.
Jayden

despliega los paracaídas, y como si estuviera haciendo una voltereta en la sala de danza

de mi escuela, uno junto al otro, rebasando el confín del miedo, aterrizamos en uno de los

parques muy cerca del puente Brooklyn.

Capítulo 21

Al liberarnos de todo el equipo de paracaídas me miro los pies. ¡Pisando tierra

firme, Evolet! Hablo a mi subconsciente mirando hacia el cielo. Parece que todo fue un simple sueño. No. No. ¡Fue real, Evolet! Una llamada del teléfono

de Jayden me hace salir de mi pensamiento. Contesta retrocediendo unos pasos atrás. Me

mira, y todo el brillo de su rostro se apaga. Conozco esta expresión, la tiene siempre

cuando algo malo está sucediendo.

— *Ok. ¡Ven a recoger a Evolet!* —es lo único que dice, y cuelga.

Se me acerca con una falsa sonrisa en los labios, pero la mirada sigue siendo severa.

—¡No me mientas! —digo cruzándome de brazos.

Pasa la mano por mi pelo tiernamente. ¡Me va a mentir, aunque prometió no volver a

hacerlo! El azul de sus ojos se sombrea, la furia ha despertado en su interior y él intenta

contenerla.

—¡No te voy a mentir! —confiesa—. Dentro de veinte minutos tengo que estar donde el

puente de Brooklyn.

—¿Una chica? —Y sus ojos se entrecierran mientras esquiva mi mirada.

—Sí.

—¿Cuántos años tiene? ¿Es menor de edad? —pregunto.

—Esta vez no.

Un escalofrío me achica toda la piel. ¿Quién es? ¿Por qué mi corazón se encoge como si

presentiría algo peligroso?

—¿Cuándo acabará esto? —pregunto, pero él calla—. Nunca, ¿verdad?

Arriba, donde se acaba la superficie verde, dos coches aparcan al lado del bordillo. El

primer coche es el de Jayden; el otro es la primera vez que lo veo. También aparece

alguien con su moto. Baja, y al quitarse el casco me doy cuenta de que es uno de sus

guardaespaldas del club.

—¡Ven! Harry te llevará a casa.

Hay una alteración dentro de mí que no entiendo. Nos acercamos a los automóviles,

silenciosos, yo confusa por la angustia incomprensible que repentinamente se ha

apoderado de todo mi ser. Harry me abre la puerta del copiloto.

—La niña está dormida en la parte trasera —dice, y yo, sin dirigirle la mirada, me subo al

coche.

Me coloco el cinturón de seguridad y miro de frente con la mirada perdida. El que trajo la

moto sube al volante en el sitio de Harry.

—¿Qué haces? ¿Dónde está Harry?

—¡Va con el señor Cooper! —en seguida dirijo la mano al manillar para abrir la puerta,

pero el seguro se bloquea antes de que yo consiga mi propósito —. ¡Lo siento, señorita

Evolet! —se disculpa.

—¡¡No!! ¡Abre la maldita puerta!

Jayden se acerca despacio con la moto al lado de la ventana; una sola mirada es suficiente

para ver toda la cólera que lleva por dentro. Se coloca su casco y arranca. El ruido que

provoca su moto es igual de colérico que él. El otro coche lo sigue y yo quedo mirando

cómo se aleja a una gran velocidad. Cierro los ojos tragándome la impulsividad. ¿Por qué

ha hecho esto?

—¡De verdad que lo siento, señorita! Tengo que cumplir las órdenes, del señor Cooper

—dice, y yo dirijo la mirada hacia la ventana.

—¡Llévame a mi casa! —ordeno, y no digo ninguna palabra más todo el camino.

* * *

Estoy dando vueltas por mi salón. Mi subconsciente me sofoca con todo tipo de

pensamientos. Dentro de mí un acaloramiento me inquieta y no puedo controlarme.

Recojo las llaves de la isla y salgo corriendo del piso en busca de mi coche. Voy de

camino hacia el puente de Brooklyn. El nerviosismo aumenta aún más en mi cuerpo. Es

tarde, la noche es silenciosa y miedosa como si estuviera escondiéndose de su propia

oscuridad. Se dispersa, alrededor de mi coche. ¿Qué haces, Evolet? Eres testaruda, nunca

escuchas a los demás. Bajo del coche y todo está tranquilo. Camino hacia Empire Fulton

Ferry Park, cruzo por una vereda rugosa llena de espesuras por ambas partes para poder

llegar más rápido y sin que nadie me pueda observar. Con cada paso, la tranquilidad se va

yendo. Se escuchan voces y gritos, mi garganta tiembla acorde con mi corazón. Me

detengo y el aire se me entrecorta. ¡Dios! ¿Qué es esto? Hay seis hombres alrededor del

pilar que apoya el puente Brooklyn junto a la orilla del río River. Uno de ellos es Jayden;

está justamente en el medio peleando con un individuo mucho más fuerte, demasiado

para él. Recibe fuertes golpes. Los que forman el círculo con las manos alzadas gritan,

berrean como sádicos, disfrutan de la salvajada que hay entre Jayden y su adversario. Cae

al suelo y su enemigo disfruta de su gloria. Mi corazón se contrae al ver a Jayden en el

suelo, exactamente de rodillas y con el rostro bastante herido. Tiene sangre extendida por

toda la cara y una tempestad de miedos hace que todo mi cuerpo se perturbe horrorizado.

Se levanta caminando en el sentido contrario al de su contrincante. Alguien le pasa un

látigo del que cuelgan varias tiras de cuero. Los hombres se separan dejándole paso, y en

ese momento mi cuerpo se afloja. Un enorme dolor en mi pecho me trastorna. No me lo

puedo creer... Una mujer de espaldas, en ropa interior, lleva los brazos atados con unas

largas cuerdas que bajan desde el puente. Está suspendida como una presa esperando a su

depredador. Jayden se acerca y de un solo azote, el látigo atiza la espalda desnuda de la

joven, que brinca al sentir el dolor. Todo mi juicio decae. De nuevo, las finas correas

alborotan primero en el aire; después, con una enorme furia, azota la espalda de la mujer.

Las cuerdas que la tienen atada giran con ella y mis ojos horrorizados rompen en

lágrimas. ¡Sophia! Su cabeza cuelga débil, los cabellos sueltos caen encima de su rostro,

y alrededor de su cintura una marca ensangrentada se queda marcada por un tercer azote.

El brazo de Jayden, vuelve a levantarse, y una ira se apodera de mí.

—¡¡No!! —grito, y sin ser consciente de mis acciones, empiezo correr en la dirección del

peligro.

Los otros hombres aúllan satisfechos, se divierten con la crueldad que muestra en los

azotes Jayden. ¡Malditos diablos!

—¿Qué haces aquí? —Harry salta repentinamente en mi camino—. ¡Tú nunca haces

caso a lo que te se dice, niña! —Me sujeta por la cintura haciéndome retroceder por

donde había venido.

Pataleo y grito, pero inútilmente. Harry cubre mi boca y mi fuerza disminuye. El dolor

grita en mis entrañas alterando toda mi capacidad de poder razonar, y un enorme odio se

establece en el núcleo de mi alma.

—Shhhh... —masculla—. ¡No es lo que piensas! ¡Vámonos de aquí antes de que te

descubran! —dice, llevándome a la fuerza del lugar.

Me saca a la carretera. Sigo igual de alterada, nada me puede tranquilizar.
Harry intenta

calmarme y yo reacciono aún peor. Lo golpeo como una histérica y las
lágrimas parecen

quemar la piel de mis mejillas. La rabia grita desde mi interior.

—¡Ojalá que se pudran en el infierno! —grito, y dos coches negros paran
bruscamente, a

nuestro lado.

—¡Evolet! ¡Evolet, tranquilízate!

La puerta de uno de los coches se abre y de adentro sale mi hermana.

—Catalina... —sollozo alterada—. Jayden...

—¡Tranquila, Evolet! —Me detiene aferrándome entre sus brazos.

—¡Señora, ha llegado algo tarde! —exclama Harry con desesperación.

Catalina se gira haciendo una señal a todos los agentes que han venido junto
a ella. Ellos

asienten siguiendo a Harry y yo me hundo en el cuello de mi hermana
llorando

atemorizada.

—¡Tranquila, Evolet! Todo saldrá bien, confía en mí.

—¿Confiar? —grito—. ¡Acabo de ver a Jayden haciéndole daño a mi mejor
amiga!

Apoyo la cabeza entre mis manos. ¡Esto es de locos! ¿Cómo pude confiar en
una bestia

como él?

—Evolet, escucha... Jayden...

—No. No, Catalina. —Señalo con la mano—. ¡No quiero saber de él!

—Evolet... —me llama.

—¡De verdad! No quiero escuchar ni su nombre —voceo cruzando al otro lado de la vía.

—¡Evolet! —Corre hacia mí—. ¡Maldita sea, tienes que escucharme!

—Ha pegado a Sophia... —Lloro y grito a la vez—. ¿Cómo pudo hacer eso?

—¡Evolet! —Sus manos se posan en mis hombros—. No tuvo alternativa, ¿entiendes?

—¿Qué me estas contando? —vuelvo a gritar—. ¡No debía hacerlo! Ese hombre es un

maldito diablo. Lo odio, Catalina... lo odio... y ojalá se pudra en el infierno —lo

maldigo, y mis lágrimas caen inagotablemente por todo mi rostro.

—¡Qué rápido se te acaba el amor, Evolet! —exclama mi hermana, y sus palabras me

llegan en el corazón como un punzón—. Ahora espero que sepas por qué te dije que

desconfiaba de ti —agrega, y siento derrumbarme de dolor—, porque sabía que

reaccionarias así. ¡Siempre fuiste débil, Evolet! —Y con la última puñalada me da la

espalda y se marcha. Las luces acústicas de una ambulancia y otros coches de

policía se

distinguen de lejos. Se aproximan hacia nosotras. Abro la puerta de mi coche, pero me

detengo. Los cinco individuos esposados se acercan y pasan por mi lado. Los sigo con la

mirada, de uno en uno. El último es Jayden. Tiene el rostro amoratado y ensangrentado

por la pelea. Nuestras miradas se encuentran y mi corazón vuelca. Una lágrima resbala

por mi mejilla, y en su cara observo cómo se desliza otra. En este momento siento como

si el tiempo nos detuviera por un momento empapándonos con todos los recuerdos que

hemos vivido desde el primer día hasta este momento. ¡Se acabó, Evolet! Uno de los

agentes que llegaron con Catalina rompe el momento cruzando entre nosotros con

Sophia en los brazos. Está desmayada. Su cuerpo respira dolorido. Paso mi mano por su

pelo; todo su rostro esta lastimado, y una furia se desgarran dentro de mi ser. El equipo

médico interviene llevándola dentro de la ambulancia, y entonces vuelvo a mirar al

hombre que hace unas horas me llevó a las estrellas, y en este momento y para siempre lo

odio con todas mis fuerzas. Catalina nos observa unos segundos, luego tira de

uno de sus

brazos inmovilizados en la espalda con las esposas y lo induce a entrar en el coche junto a

otros dos agentes de policía. ¡Se acabó, Jayden! ¡Se acabó! Lo repito en mi cabeza al

mismo tiempo que dentro de todo mi corazón una tristeza solloza desesperada por él.

Una angustia me asfixia. Contengo el llanto hasta que el coche de mi hermana se pone en

movimiento y se marcha. Ya fuera de la vista de Jayden subo en mi coche y me echo a

llorar.

* * *

Sentada en el pasillo del hospital, con los ojos rojos y la cara húmeda del llanto, espero a

que salga alguien y me cuente cómo se encuentra Sophia.

Veo cómo se abre la puerta de otra sala y me pongo de pie. El médico se me acerca

llevando en la mano el informe de Sophia.

—Usted es la amiga de la señorita...

—Sí —contesto de inmediato—. ¡Soy su mejor amiga! —rectifico—. ¿Cómo se

encuentra?

—Ahora podría decir que está regular —dice mientras ojea las hojas—. En

los análisis

de sangre descubrimos que se le administró una fuerte dosis de propanolol. Hasta que no

despierte no sabremos los efectos secundarios. —Vuelve a leer—. ¡Lo importante es que

no hay señales de que abusaran de ella sexualmente!

Un fuerte suspiro me sale por la garganta. Pero aun así le hicieron daño... Él le hizo

daño. De nuevo me acuerdo de lo peor que pudo hacerle a mi mejor amiga.

—¿Podría verla?

—¡Por supuesto! —contesta—. Lo único es que, si despierta, nos llames de inmediato.

—Por supuesto.

Limpio mi nariz con el borde de mi manga. Después, me froto los ojos y entro dentro de

la habitación. Está conectada a varios aparatos. Su pelo rojizo está esparcido por la

almohada, su rostro tiene marcas y hematomas. Un sollozo me sale de muy adentro de

mi pecho. Me duele verla en esta cama de hospital, y me duele más saber quién es el que

le hizo todo esto. Me siento en una silla a su lado.

—¡Lo siento mucho! —murmuro—. Tú me advertiste de quién es él y no lo entendí. ¡Lo

siento mucho, Sophi! —Y de nuevo me echo a llorar. La puerta de la habitación se

entreabre.

—¡Sabía que te encontraría, aquí! —La voz me hizo levantar la mirada.

—Catalina —digo—. ¿Qué haces aquí?

—¡Estoy por la misma razón que tú! No es mi mejor amiga —se acerca lentamente—

pero es alguien más que una simple conocida —dice. Suspiro. Y de nuevo las lágrimas

empiezan a resbalar por mi cara.

—¡Todo esto es por mi culpa!

—¡No, Evolet! ¡No digas eso! —Tira de una silla hasta traerla a mi lado—. Ella está a

salvo ahora. ¡Otras no tuvieron su suerte!

La miro. Sé a qué se refiere.

—Amy —susurro.

Las dos nos quedamos en silencio unos segundos escuchándose solo el sonido del

aparato de respiración artificial.

—Sus padres están de camino —murmura, y después hace una pequeña pausa—. Se

pondrá bien. —Me coge de la mano y me mira.

—¡Espero que sea así! —digo con la mirada clavada en el rostro de Sophi,

que aún sigue

inconsciente bajo los efectos de la droga.

—¡Tenemos que hablar, Evolet!

—¿De qué? —Me limpio la cara con el dorso de la mano.

—¡De Jayden!

Giro la cabeza hacia ella y le arrojé una mirada llena de furia. Después me levanto

rápidamente.

—¡Te dije que no quiero saber nada! —Salgo de la habitación, indignada.

Con pasos rápidos recorro todo el pasillo de la planta baja. Necesito salir y respirar un

poco de aire. Siento un mal dentro de todo mi ser que me devora. Empujo la puerta del

hospital y un escalofrío intenso me impide respirar con normalidad.

—¡Evolet! —exclama mi nombre, y su voz parece una flecha punzada dentro de mi

corazón.

—¡Jayden! —Pronuncio su nombre sin ser consciente de ello, y nuestras miradas se

mezclan una con la otra.

Me quedo como una estatua. Sus ojos vislumbran un ademán de culpabilidad. Se me

acerca con pasos cortos y miedosos. Ante él siento que mi coraje se debilita.

Mi corazón

tiene una necesidad absoluta de él, pero mi subconsciente me congela entre mis dos

grandes sentimientos, la sensibilidad y la tristeza.

—Quiero que hablemos.

—¡No te acerques! —Alzo la mano deteniendo el último paso que nos separa.

—¡Evolet!

Se detiene mirándome con angustia. Está mal, se observa en su rostro. Pero yo estoy peor

que él. Mi alma batalla sin mi consentimiento contra mi voluntad. De nuevo necesito la

soledad que eché por la puerta de mi vida. Ahora mismo lo único que quiero es estar sola,

simplemente sola.

—¡No hay nada que hablar! —Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas.

—¡Te lo suplico!

Su suplicio me hace escapar un sollozo, y antes de hacer una locura, me alejo. Su mano

me coge del brazo haciéndome retroceder. Ahora respiro su propia respiración. Está tan

cerca con el rostro tan lastimado que mi corazón palpita de dolor. No puedo permitirle

seguir haciéndome daño.

—¡Entre nosotros todo ha terminado! —digo, pero aun así el me besa.

Me rodea la cara con las manos, y sus labios saborean con apetencia mi boca, que se

entreabre ansiosa, y su lengua choca con la mía. Mi cuerpo se estremece y en mi vientre

el deseo empieza a girar en un círculo desesperante.

—¡Para! —Lo aparto violenta—. ¿Qué parte no entiendes?

—Estoy furiosa y alterada—. ¡Hoy nuestro cuento llegó a su fin!

—No es verdad —murmura—. ¡Lo nuestro no puede acabar así! ¡No antes de que yo

pueda explicarte!

—¡Lo que hiciste no tiene perdón! —Trago saliva—. ¡No hay nada que explicarme!

Esta vez sí me marchó. No puedo estar más cerca de él.

—¡No te vayas! —grita, y yo no me detengo hasta que el ruido de un cristal hecho

pedazos se escucha a mis espaldas.

Su puño se ha hundido con todas sus fuerzas en un parabrisas. Se ha hecho daño...

Tengo la necesidad de echar a correr hacia él, pero, si regreso, me perderé completamente

ante él. ¡Se acabó, Evolet! ¡Olvídalo!

—¡¡No!! —De nuevo escucho su voz gritando y golpeando con sus puños el hierro de

un coche.

La furia fluye coléricamente por sus venas. Está enfadado, pero mi alma está despedazada, dolorida por sus acciones. Camino rápidamente para salir del área donde se

encuentra él, y mientras me alejo empiezo a llorar con más fuerza. ¡Llora, Evolet! Pero

las lágrimas no te quitarán el dolor hasta que el amor no muera. Y recuerda... ¡No morirá

muy pronto!

Capítulo 22

Han pasado casi dos semanas largas llenas de sombras melancólicas y suspiros

llorosos perforando todo mi corazón. Mis sueños se han marchitado como las hojas de otoño, y el vacío de mi interior grita su eco. El viento se llevó toda mi

esperanza, las lágrimas se me agotaron y mi cuerpo es débil y triste. Intento concentrarme

con la música de Loreena Mckennitt, pero mis piernas tropiezan y me caigo al suelo.

—¿Qué pasa, Evolet? —me pregunta Adam arrodillándose delante de mí.

—Lo siento —susurro—. Hoy no me encuentro muy bien.

—Ni hoy ni la última vez y tampoco la penúltima —protesta—. ¿Qué es lo que ocurre,

Evolet? Nos quedan menos de dos semanas hasta el festival y no hemos

ensayado casi

nada.

—¡Lo siento! —Me levanto y apago la música—. ¡De verdad, lo siento! —insisto.

—¡Ok! —asiente—. ¿Qué te parece si lo dejamos por hoy y salimos a tomar algo? Creo

que lo necesitas. —agrega.

Lo miro unos segundos, confundida.

—¡Tienes razón! Además, se ha hecho muy tarde. —Esbozo una sonrisa forzada.

Recojo mi bolso y salimos de Contemporary Dance. Frente del edificio, el lujoso coche

Continental Flying Spur está aparcado en el borde de la acera. Harry, como siempre,

vestido con su traje negro está apoyado del coche.

—¡Espérame un minuto! —le pido a Adam y camino hacia Harry.

—¿Cuántas veces te he dicho estos días que no vengas más, Harry? —Me cruzo de

brazos irritada.

—¡Vendré cuanto sea necesario hasta que me escuches! —contesta calmadamente con

las manos cruzadas.

—No quiero hablar de él —respiro hondo.

—¡El odio es como el veneno, señorita! —exclama—. Acaba de envenenar a la persona

que lo siente. Usted es diferente. ¿Por qué intenta ser alguien que no puede ser?

La pregunta hace que algo dentro de mí se remueva. Llevo dos semanas con el teléfono

apagado sin ver a Laya y sin el hombre que me hizo perder mi capacidad de vivir. Tiene

razón... intento ser alguien que no puedo ser. Ahora mismo soy como una sombra sin

cuerpo.

—¡No lo odio, Harry! —expreso con resignación—. No creo que sea odio, lo que siento

es... ¡no sé lo que es! —sollozo—. Pero no es odio... lo intenté, pero no pude llegar a

odiarlo.

—¡Oh! ¡Eso lo sé! No lo dudo, señorita Evolet. —Sonríe sutilmente—. El amor que

usted siente por el señor Cooper es demasiado grande para que sea capaz de odiarlo.

¡Pero aun así intenta mostrar esa faceta! —sentencia.

—¿Qué quieres, Harry? —Lo miró fijamente en los ojos. Lo conozco suficiente y sé que

no se rendirá tan fácilmente.

—Solo dos cosas —contesta—. Por una vez en su vida, actúe como una

mujer

inteligente que es y déjese de ser tan testaruda.

Mi boca se abre para protestar, pero no me da tiempo a decir nada.

—¡Sabía que él está metido en ese clan! —exclama—. También que colabora con su

hermana para poder encontrar a Bastián.

—Lo que él hizo no tiene nada que ver con...

—¿Le duele lo que vio? —me interrumpe—. ¿Es eso?

—¡Le hizo daño a Sophia! —chillo enfadada acordándome de ella.

—Sí, es verdad, le hizo daño —aclara—. Pero no es nada comparado con lo que le

habían hecho los otros. —Su rostro se arruga aún más de lo que está—. ¡No tiene ni idea

de lo que son capaces esos caníbales! —En su voz se percibe un fuerte nerviosismo—.

¡Mataron a mi hija!

—¿Qué?

—¡Sí, señorita Evolet! —Aclara su garganta—. ¡Mataron a mi hija! —En sus ojos

observo el sacrificio que hace por mí—. Luchan entre ellos, quien cae al suelo tiene que

azotarla cinco veces, después vuelven a pelear hasta que uno sale ganador. —Baja la

mirada al suelo—. El señor Cooper casi siempre gana las peleas, y así pudo salvar a la

mayoría de las chicas —declara—. Él nunca le hizo daño a propósito, Evolet. Con

Sophia no tuvo otro remedio, tuvo que disimular hasta que llegaron los agentes de

policía. —Me mira fijamente—. ¡Esa era la segunda cosa que le quería aclarar! —

sentencia—. Ahora es libre de decidir si seguirá intentando odiarlo o lo perdona.

Mi corazón se contrae y una lágrima se me escapa por la mejilla. Joder... joder ...

joder... ¿Por qué tengo que pasar por todo esto? ¿Por qué tengo que darle la razón a mi

hermana? Ella tiene razón, soy demasiado débil.

—¡Realmente todo esto es horrible, señorita! Por eso toda su furia y sus cambios de

comportamiento —explica—. ¡No es fácil! Pero lo que siente por usted es amor de

verdad —Su voz se suaviza.

—Lo siento, Harry, pero... ¡Lo siento de verdad!

Le doy la espalda y me voy con Adam. Me siento demasiado confusa. La crueldad que vi

en aquella noche en Jayden me enreda en mil dudas.

—¿Estás bien Evolet? —Adam me pregunta pasando la mano por mi espalda.

—Sí.

—¿Quién era ese señor? —vuelve a preguntarme.

—¡Nadie importante! —digo, y entramos en un bar cerca de Contemporary Dance.

—Se trata de tu ruptura con el boxeador, ¿verdad? —me pregunta, y trago la saliva que

no existe en mi garganta—. Leí los periódicos, en todos se habla de vosotros.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué dicen?

—Que al famoso boxeador Cooper le desapareció el brillo de sus ojos y que la más

hermosa pareja de la cual todo el mundo hablaba se ha separado.

Lo miro fijamente unos segundos. «La hermosa pareja», qué frase más bonita. La

escucho después de tantos días de añoranza... No sabía que seguía siendo un titular de

las noticias.

—¡Tonterías, Adam! —exclamo.

Nos sentamos en la barra, donde el barman canturrea una canción que viene desde un

difusor y se escucha en todo el interior del local. Hay unos pocos clientes esparcidos por

el recinto y nosotros. Son casi las ocho de la tarde. Todo está tranquilo alrededor menos

mi interior, que parece empezar una nueva tormenta alterando todo mi ser.

—¿Qué quieres tomar, Evolet?

—¡Un bourbon! —contesto, y él me mira.

—¿¡Un bourbon!?! —Se sorprende—. ¿Cuándo fue la última vez que tomaste un

bourbon? —pregunta, burlón.

—Mmm... ¿La última vez? Cuando cumplí dieciocho años y tú me emborrachaste y

después me hiciste el amor —contesto girando la cara hacia él—. ¡¡Sí, Adam!! Tú fuiste

el que me hizo el amor por primera vez —resoplo.

—Lo sé, Evolet —murmura—. Pero nunca me aproveché de ti —su voz suena débil—

porque los dos quisimos.

—Bueno, eso ya no lo recuerdo, estaba bastante ebria

—Sonrío—. Tranquilo, a estas alturas no te puedo reclamar —bromeo, y siento que al

mismo tiempo me vienen ganas de llorar.

Maldita sea, qué irónica la vida. Adam queda pasmado ante mi tontería. Han pasado

muchos años desde entonces. Es verdad, él fue quien rozó por primera vez mi piel. Él es

quien me hizo cruzar el borde de separación entre ser una inocente a ser mujer. Cuando

se acabó sentí tristeza, pero no tuvo nada que ver con lo que siento ahora.

—¡Entonces que sean dos! —dice, y el barman nos sirve dos copas.

Sorbo un poco del vaso. El ligero whisky de bourbon con sabor acaramelado, después de

tanto tiempo sin probarlo me parece algo desagradable. Vuelvo a tomar y poco a poco

me acostumbro al sabor del alcohol.

—Cuéntame. ¿Qué te pasa, Evolet?

Lo miro oliendo el aroma que emana de mi vaso. Es un hombre guapo, pero no es como

mi Jayden. Tomo de un solo sorbo todo el contenido de mi copa. Me bajo de la silla y

siento un pequeño mareo.

—¿Sabes qué pasa, Adam? Que hoy es viernes, y me equivoqué viniendo aquí contigo

—Paso mi mano por su rostro—. ¡Gracias por preocuparte por mí! ¡Pero debo irme! —

exclamo y dejo la copa encima de la barra. Él relame sus labios, confundido.

—¿Dónde vas, Evolet? —me pregunta.

—Alguien una vez me dijo: «Déjate llevar por tu instinto; aunque te vas a equivocar, será

tu propio error». ¿Te acuerdas? Sonríe. Él fue quien me dijo esa frase hace mucho

tiempo.

—Así que no estaba tan borracha para no saber lo que hacía el día que me

acosté contigo,

Adam. Lo hice porque en ese tiempo me gustabas, ¿sabes? —Sonrío sarcástica—. Pero

hoy no es que me guste, sino que me enamora un hombre que no hay forma de sacar de

mi cabeza, Adam.

—¿Qué vas a hacer, Evolet? —vuelve a preguntarme, confuso.

—Iré allí donde siento que debo estar.

Le doy la espalda y salgo corriendo del local. Sonrío porque Harry está ahí, vigilándome,

como su jefe le ha ordenado, aunque nunca me lo reconocerá.

—¿Ha pasado algo, señorita, Evolet? —me pregunta preocupado por verme correr.

—Sí. ¡Tengo que ver a Jayden! —contesto, y él esboza una suave sonrisa.

—Justo ha regresado de Miami —dice—. ¡Creo que sé dónde está ahora mismo!

—¿De Miami?

—Sí. Llevó a la pequeña Laya con su madre, él no podía hacerse cargo solo de la niña —

me explica y me abre la puerta trasera.

—¿Me dejas acompañarte delante, señor Harry?

—¡Será un enorme placer, señorita Evolet!

Los dos nos colocamos los cinturones de seguridad, y después de que el

coche se ha

puesto en marcha, dejo mi cabeza apoyada en el cristal de la puerta
perdiéndome en la

canción que se emite en la radio.

* * *

El coche se para frente al club Delirious Rhythm. Una multitud de jóvenes se
aglomeran

frente a la puerta. Los latidos de mi corazón empiezan a palpar con
nerviosismo. Miro

hacia la puerta del local.

—No piense, señorita —murmura Harry—. Haga lo que el corazón le pide.

Me giro hacia él. Respiro hondo.

—¿Haces algo por mí? —pregunto, y él me sonríe

—¡Solo pídale! —exclama.

Me acerco a su oído como si alguien nos escuchara dentro del coche. Le
cuento mi

intención y en seguida saca el móvil. Marca un número y explica por teléfono
con

complicidad mi propósito. Cuelga.

—¡Tiene cinco minutos, señorita Evolet! —me avisa y yo le sonrío contenta

—¡Date la vuelta! —ordeno.

—¿Qué?

—¡Date la vuelta, Harry! —vuelvo a exigir, y él asiente.

Me quito mis manolestinas y suelto mi pelo dejándolo fluir libre en mi espalda. Levanto

mi falda del maillot y me bajo los calentadores dejándolos a un lado. Saco el anillo que

me lo regaló Jayden de mi bolso y me lo coloco en el dedo. Me observo la mano... ¡Es

precioso!

—¡Listo! —Y Harry se gira para mirarme.

—¡Te quedan tres minutos! —dice, y yo sin decir nada más salgo corriendo.

Me dirijo hacia la entrada del Delirious Rhythm. Pasando entre la multitud llego a la

puerta. El guardaespaldas, que conoce bien quién soy, sin soltar ninguna palabra mira

primero mis pies descalzos, después me deja pasar. Como siempre, dentro la euforia está

en el aire. Camino despacio y una emoción nerviosa me domina todo el cuerpo. Llego al

centro de la pista; la respiración se me entrecorta cuando levanto la vista hacia el cubo de

crystal. Mi intuición me avisa de que sí... sí está ahí dentro.

Tal vez él todavía no sabe de mi existencia dentro de la sala... Vine a revivir mi alma... a

volver a creer que las cosas imperfectas me hacen ser perfecta. Las luces cambian su

juego y, como le pedí a Harry, el Dj pone la canción que Jayden una vez puso en mi piso

proponiéndome sentirla. ¡Hoy quiero que la sienta él! Se trata de *When I look at you*, de

Miley Cyrus.

La canción empieza a sonar y mis pies a moverse igual que mis latidos laten emocionadamente por saber que ahí arriba en el cubo está él. Mi piel se eriza y las

lágrimas me salen inconscientemente. La luz cae tenue encima de mí y alrededor todo se

oscurece. La gente se aleja, pero yo sigo bailando ante todas esas personas curiosas que

no entienden qué es exactamente lo que sucede. Arqueo mi espalda y vuelvo a mirar

hacia el cubo.

¡Ahora sabe que estoy aquí! Siento su profunda mirada encima de mi cuerpo observando

cada detalle de mi ser. Toda mi esencia vibra con las ondas de la canción, que despierta

recuerdos en mi corazón herido. Cada recuerdo de él que mi mente trae parece

rehabilitarme poco a poco. Pierdo la conciencia de donde estoy; la danza, como siempre,

me relaja llevándome exactamente a donde mis angustias desaparecen y mi alma respira

con esperanza su imagen, que tanto tiempo estuvo añorando.

¡Baila, Evolet! Bailar es lo que te hace estar lejos de las tristezas, me dice mi subconsciente, y yo bailo por mí y por él, porque sé que le gusta verme bailar.

La canción está casi por llegar a su fin cuando las luces suben la fuerza de su brillo en

toda la sala dejando distinguir una persona de otra. Abro los ojos y a solo unos pasos está

él, el hombre que calma mi corazón. ¡Oh, Evolet! Su mirada marina es suave como una

brisa de primavera. Mi cuerpo se para, pero tiembla, y mis oídos se ensordecen a todo el

ruido presente; solo escucho mis propios latidos anhelantes ante él. Está parado sin

ninguna gesticulación, pero, aun así, le habla a mi alma a través de sus propios ojos que

miman con delicadeza mi rostro. Hermoso, espectacular, el único hombre que me llevó a

las estrellas. Sus pies empiezan a recorrer el poco espacio que hay entre nosotros. Los

segundos se hacen eternos hasta que su olor me inunda y una corriente electrizante baja

por toda mi espalda. Introduce la mano por mi pelo y yo apoyo la cabeza en ella. Su roce

hace que me estremezca. Acerca sus labios a mi boca y primero me mira dulcemente,

después me besa. El mismo beso lleno de control y pasión. Sin importarle la presencia de

nadie me eleva y yo envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas. Camina entre todas

estas personas sin dejar de besarme. Llegamos a la escalera que lleva al cubo de cristal y

sube escalón por escalón conmigo en sus brazos. Abre la puerta y accede dentro. Un

chico joven sale enseguida dejando la música en modo automático y él cierra la puerta

con el seguro. Su necesidad es mi propia necesidad.

—Perdóname, Evolet —murmura al final en mi oído—. ¡Perdóname! Pensé que te había

perdido —susurra triste—. ¡Sin ti no soy nadie, pequeña!

Sus dedos resbalan por mis costados acariciándome lentamente. Estoy pegada del cristal

y debajo la gente goza con la música sin saber qué sucede en la misma sala en la que

están. Nuestras respiraciones aumentan deseosas. En la pequeña casilla cuadrada la

penumbra se aclara sutil con las luces parpadeantes de la pista de baile. Me mira y en sus

ojos relucen las llamas que arden dentro de su cuerpo.

—¡Perdóname tú, Jayden! —susurro mientras él muerde suavemente mis labios—. ¡Te

hice daño y me lo hice a mí misma! ¡Debo aprender a escuchar!

—Shhhh...

Su boca se deleita con la piel de mi garganta descendiendo a mis pechos, que se

endurecen con solo un simple rozamiento caliente de su boca. Se arrodilla y abre los

botones de mi maillot. Su respiración en mi sexo hace que me estremezca y curve la

espalda y las nalgas hacia atrás.

—¡No te muevas! —ordena, y sus órdenes son palabras sagradas que yo ejecuto con

placer.

Besa placenteramente la línea de mi pelvis haciéndome sentir una exquisita delicia

alrededor de mi vientre. Gimo y la temperatura del cubo parece calentarse a la vez que

nosotros.

—¡Date la vuelta! —de nuevo exige y yo cumplo.

Desliza los tirantes de mi maillot por mis brazos y mis pechos quedan descubiertos ante

el cristal. La gente baila alzando las manos y divirtiéndose frente a mis ojos. Una

conmoción me acobarda, tengo la sensación de que toda la pista de baile me observa,

pero es solo una simple sensación.

—No sabes cuánto anhelé tu piel, tu aroma... —me murmura al oído y sus palabras me

hacen jadear—. ¡Evolet! —pronuncia mi nombre y sus pulgares bajan por mi sexo.

Mi nombre suena perfecto cuando él lo pronuncia. Cierro los ojos y dejo caer mi cabeza

en uno de sus hombros. Sus dedos juegan dentro de mí, suben y bajan acariciando mi

abdomen y de nuevo desciende jugueteando haciendo círculos alrededor de mi pequeña

carne rosa.

—¡Quiero que me desnudes! —prácticamente gruñe, y yo me volteo con el rostro hacia

él.

Le levanto la camiseta muy despacio deleitándome con sus fuertes bíceps, que se

contraen a mi vista. Finalmente me deshago de su blusa y acerco mi boca a su pecho.

Beso delicadamente todo su pectoral, que se endurece junto con el hermoso tatuaje. Sigo

besando su piel, bajando hasta su cadera. Me arrodillo y desabrocho el botón de su

vaquero; después, despacio le bajo la cremallera y ahí está su miembro. Apenas rodeo

con mi mano su duro y palpitante sexo que lo escucho gemir. Lo acaricio con la punta de

mi lengua suavemente sin hacerle daño por toda su longitud. Después entrebro la boca y

con la mano introduzco su falo en mi boca y lo saboreo con melosidad. Lo chupo, lo

lamo después, al sacarlo le muerdo la punta arrancándole un nuevo gemido de

excitación. Me aparta levantándome a su altura.

—¡Solo tú me haces sentir lo que ninguna mujer logró! —exclama, y su mirada brilla

con las parpadeantes luces del club.

Me alza dejando mis nalgas pegadas al húmedo y empañado cristal del cubo. Mis brazos

rodean su cuello y con unas ganas enormes de probar de nuevo su lengua lo beso al

mismo tiempo que él entra dentro de mí con una embestida profunda. Jadeamos y

gemimos al ritmo de nuestros cuerpos en tonalidad con la música y el ruido de la gente

que siguen disfrutando debajo de nosotros. El ardor que me consumió durante dos

semanas por dentro se calma con cada embestida de Jayden en mi sexo.

—Te quiero, Jayden —susurro, y él gustosamente me sonrío.

Una vez más su acometida entra profundamente dentro de mí y siento cómo

su miembro

estalla junto a mí en otro orgasmo delirante. Por fin mi alma se encontró de nuevo con su

alma y en una unión de gemidos y jadeos de nuevo se fusionan en un solo espíritu

amoroso. Eternamente.

Capítulo 23

Salimos del club y Harry parpadea sonriendo. Entramos en la parte trasera del coche y el señor chófer arranca.

—¿A dónde, señor Cooper? —pregunta mirándonos por el retrovisor.

—¡A la casa de la señorita Evolet! —Lo miro.

—¿Tan rápido a la casa? —pregunto.

—¿A dónde quieres que te lleve? —Tuerce una suave sonrisa pícara.

—A las estrellas —susurro muy cerca de su boca.

¡Oh, Evolet! De nuevo caíste... estás perdida... perdida de amor.

—¡Esta vez no! —dice mientras pasa un mechón de pelo detrás de mí oreja

—. ¡Iremos a

tu casa para preparar tu maleta!

—¿Qué vamos a hacer? —Levanto las cejas sorprendida. Evolet, Evolet...

¡reacciona!

Él se ríe ante mi gesto embobado. Se pierde conmigo y yo con él.

—¡Este fin de semana quiero que seas solo mía! —Se inclina rozando sus

labios con los

míos—. Tu ausencia, estas dos semanas... Un solo día más y... —Mi corazón empieza

a aporrear en mi garganta—. Solo un día faltó para tocar el fondo del infierno, arder

perdido en miles de llamas dolientes —afirma—.

¡Mi vida no tiene sentido sin ti, Evolet!

Asiento con la cabeza tristemente; ese sufrimiento lo he provocado yo con mi testarudez.

Me dejé llevar por la luctuosa desgracia que le pasó a Sophia, y desconfié totalmente de

él. Arriesgó su propia vida para salvar a mi amiga y yo...

¡Maldita sea! ¿Cómo pude dejarme manipular por las dudas cuando hasta ahora lo único

que ha hecho ha sido enseñarme a respirar el aroma de un exceso de felicidad?

Dejo apoyada mi cabeza en su pecho y él acaricia suavemente mi cabello.

—Perdóname, Jayden —susurro, y él se gira y apoya la mano en mi mentón

—¡Nunca más vuelvas a pedirme perdón, Evolet! —exige—. Me equivoqué y debí

contarte cada detalle de todo lo que hacía ahí bajo ese maldito puente —murmura, y su

aliento tan cerca de mi boca me hace estremecer.

—Pero yo prometí confiar en ti... y no lo hice...

—Shhhh... ¡Eso ya pasó! Lo importante es que ahora estás de nuevo a mi lado y con

solo mirarte mi corazón se regenera, pequeña.

Sonrío y él vuelve a besarme con delicadeza, con amor, y siento que toda mi esencia se

revitaliza.

* * *

Nos encontramos en el aeropuerto John F Kennedy (Nueva York). Cada vez me siento

más nerviosa. Es la primera vez que viajamos juntos y como siempre a Jayden le gusta

jugar. Desconozco totalmente a dónde vamos, y además son pasadas las doce de la

noche. Una locura.

—¡Buenas noches, señor Cooper! —Uno de los guardaespaldas del club aparece de

repente frente a nosotros—. Aquí tiene las tarjetas de embarque. —Se las entrega y yo

esbozo una diminuta sonrisa.

Está claro que planeó todo repentinamente y tuvo que mandar a uno de sus hombres a

encargarse de los billetes. Pero son tres boletos. ¿Quién es la tercera persona que viajará

con nosotros?

—¿Algún problema? —pregunta complaciente guardando los billetes en el bolsillo de su

chaqueta.

—No. Todo está tranquilo a esta hora —dice su guardaespaldas—. No he visto a nadie

que pueda importunar su viaje. Ni periodistas y tampoco fotógrafos —agrega.

—Ok. Gracias, Sam. —Le da un pequeño toquecito en el hombro como agradecimiento.

Se aleja unos pasos conversando algo con Harry y yo aprovecho para mirar el tablero con

los vuelos. Hay distintos destinos, pero apenas miro algunos cuando Jayden ya está a mi

lado. De su bolsillo saca mi iPod y yo lo miro desconcertada.

—Cuando preparabas el equipaje encontré esto encima de la isla de tu cocina —declara

—, así que he pensado que con un poco de música evitaré que escuches el destino del

viaje. —Sonrío—.

¡Cuando te gire la cara hacia mí quiero que me mires! —Asiento sin dejar de reírme—.

Así también evitaré que leas algo que revele nuestro rumbo —dice y me coloca los

auriculares.

Lo único que puedo escuchar es la música de mi iPod. Me sujeta la mano y nos dirigimos

a la puerta de embarque. Oh... ¿cómo no me di cuenta? Es Harry el que nos va a

acompañar. Camina cauteloso detrás de nosotros vestido con su traje y en la mano lleva

un pequeño bolso de viaje.

La noche es tranquila, no hay muchos viajeros. Por los maletines y las formas de vestir

son empresarios que viajarán por sus trabajos allí donde no sé todavía. Aún sigo el juego

de Jayden. Después de unos treinta minutos de espera una azafata de suelo se posiciona

en la entrada que lleva al avión. Unas letras digitales de color rojo empiezan a rodar

horizontalmente en una pantalla digital encima de la puerta de embarque, pero solo

puedo leer la palabra DESTINO porque la mano de Jayden me gira el rostro hacia él.

—¡No hagas trampas! —Creo que esa es la frase que he entendido por la mímica de sus

labios.

Se acerca y me da un sencillo beso, después entrega las tarjetas a la señorita azafata. Ella

las analiza y con una sonrisa se los devuelve. Dice algo, pero como no la puedo escuchar

deduzco que nos ha deseado un buen viaje. Tenemos los asientos en la fila siete del avión

y Harry en la fila seis. Como siempre detrás de nosotros. Aunque nos sentemos, todavía

sigo con mi música. Miro por la ventana y veo cómo el avión toma con velocidad su

pista para poder despegar. Un nudo se me forma en el estómago y por un momento

siento que me falta aire hasta que el aparato sube a la altitud establecida para volar.

Después de varios minutos, cuando la tranquilidad se sienta y las luces descienden

suavemente, los dedos de Jayden rozan mi mejilla y me quitan los cascos de mi iPod.

—¿Estás bien? —susurra.

—¡Siempre cuando tú estás conmigo! —Le sonrío.

—Verás, quiero decirte que... lo siento por lo que le hice a Sophia, pero me gustaría que

supieras que...

—Shhhh... —lo interrumpo—. ¡Sophia está bien! Y eso es gracias a ti.

Paso mi mano por su rostro y él besa delicadamente primero la palma, después el dorso

de mi mano.

—Me da miedo perderte de nuevo —musita—. ¡Sin ti no podría vivir!

—Nunca... —susurro y apoyo mi cabeza en su pecho—. ¡Yo tampoco puedo vivir sin

ti!

—Ayer hablé con Catalina y le dije que voy a dejar las peleas del puente de Brooklyn.

Levanto la cabeza y lo miro.

—¿Y qué pasa con lo de llegar a Bastián? —pregunto—. Seguirá haciendo daño a

muchas mujeres, él y sus hombres.

—¡Lo sé! Pero la decisión ya está tomada —clama—. No me arriesgaré exponiéndote al

peligro.

—Pero yo...

—Todos saben que tú eres mi chica —me interrumpe—. Los periódicos hablan más que

nosotros, Evolet.

—Lo sé —susurro—. Me han contado que nos llaman «la más hermosa pareja» en los

periódicos.

Suspiro y él me mira dulcemente.

—Entonces significa que los periódicos han mejorado, ¿verdad? —Sonríe.

—Bueno... sigo aún sin leerlos, solo sé lo que me cuentan —le contesto y sus ojos se

ponen en blanco.

—¡Te amo, Evolet!

—¡Yo también, Jayden!

Ayer me derrumbaba por su ausencia y hoy de nuevo vibro extasiada a su lado. Como

siempre, el destino sorprende cuando menos te lo esperas. Vuelvo a dejar mi cabeza en su

pecho y fundida en su propio olor me quedo dormida.

* * *

El vuelo duró casi tres horas. Pasamos del paso de control de nuevo con mis cascos.

Jayden me los colocó con un par de minutos antes de que el avión aterrizara, y de camino

hacia la salida del aeropuerto se detiene ante mí sonriente.

—¡Bienvenida a Miami, señorita Evolet! —Tira de los cables de mis oídos.

—¿Hablas en serio? —pregunto radiante de felicidad. Su rostro cambia en un gesto

sobrio y patético.

—¡Bienvenida a Miami, señorita Jackson! —me río por cómo se burla.

—Prefiero a mi chico afable y adorable —murmuro cerca de su boca—.

¿Esto significa

que voy a ver a tu madre y a Laya?

—Sí. —Me besuquea—. También conocerás dónde he vivido antes de regresar a

Manhattan —Sigue besuqueándome por todo el rostro.

—¡Para, Jayden! —Lo empujo con cuidado—. ¿De verdad que voy a ver a Laya?

—Sí, sí, sí. —Sonreímos.

Salimos y frente al aeropuerto un hermoso mercedes bastante elegante en color negro

está estacionado al borde de la acera.

—¡Bienvenido, señor Cooper! —Después de saludar a Jayden, inclina la cabeza

delicadamente hacia mí—. Señorita —Le sonrió.

—¡Gracias, Joseph! Me alegro de verte de nuevo. —Sonríe—. ¡Te presento a la señorita

Evolet! —dice, y el nuevo chófer y yo asentimos con la cabeza.

Nos subimos en la parte trasera del coche y esta vez Harry ocupa el sitio delantero al lado

del conductor. El coche se pone en marcha.

—¿Tienes dos chóferes? —pregunto en voz baja para que no me escuchen los de

adelante.

—Mmm... ¡No exactamente! Él es el conductor de mi madre — contesta.

—¡Oh, te mueves en el mundo de los ricos, Jayden! Su boca se arquea en una línea

oblicua y misteriosa.

—¡Solo con tenerte a ti soy el hombre más rico del mundo! —exclama, y yo me sonrojo

por primera vez ante él.

—Y yo la mujer más afortunada por tener un hombre tan sexi a mi lado. —
Suelto una

risa y él arruga su frente.

—¿¡Sexi!?! Guau, qué cumplido, señorita Evolet —se impresiona.

Bajo la ventanilla y me apoyo en el borde de la puerta admirando el
esplendor del

panorama. Acaba de amanecer, pero un denso calor invade la atmósfera.
Jayden se me

acerca señalándome algunos puntos importantes de la ciudad. Después de un
buen

tiempo perdida con la vista entre edificios y avenidas, entramos por una
carretera de un

kilómetro de largo elevada por encima del mar llamada Rickenbacker
Causeway. Estoy

asombrada por la hermosa vista que contemplan mis ojos. El color intenso del
mar

parece reflejarse como en un espejo en los ojos de Jayden. También los rayos
del sol

juegan entre la espuma de las olas haciendo brillar en nuestros corazones
nuevas

esperanzas caídas desde el cielo. Nos dirigimos hacia la isla de Key Biscayne.
El coche

se detiene frente a una casa blanca de playa. Una frondosa vegetación la
rodea con un

verde intenso maravilloso. Harry me abre educadamente la puerta del coche, y apenas

rozo con las puntas de mis pies el suelo de piedra la puerta de la vivienda se abre y no es

nadie más que mi pequeña Laya con sus caracolillos de oro. Salta en mis brazos y mi

corazón resplandece de felicidad.

—¡Evolet! ¡Te eché mucho de menos! —dice estrechándome con todas sus fuerzas.

—Yo también, mi pequeña.

Alzo la mirada y mis ojos empiezan a nublarse en lágrimas. Ahí con las manos unidas

tapando una parte de su boca está ella, la señora Cooper. Una mezcla de sentimientos

empieza a alborotarme y sin decir palabra alguna me lanzo en sus brazos.

—¡Bienvenida Evolet! Eres toda una mujer hermosa —me susurra—. ¡Me alegro de

verte! Han pasado muchos años —dice en un sollozo—. ¡Muchos, muchos años! —

repite con una pena enorme en su voz.

—¡Yo también me alegro de verla, señora Cooper! —Me alejo a unos pocos centímetros

de ella.

—La última vez que te vi eras una niña pequeña y ahora eres toda una mujer hermosa.

—Me contempla—. Una mujer que enamoro completamente a mi hijo —
sonrío.

Sus ojos tienen el mismo color que tiene Jayden, el hermoso azul marino, el
tono que

lleva el infinito de los mares. La miro y aunque se observa alegre por verme
después de

tanto tiempo, una tristeza vive en su afectuoso rostro. Algo me hace recordar
a mi madre.

Mi madre... ¡Oh, Evolet! Si aquel accidente no hubiera pasado.

Capítulo 24

Miro por la ventana de la habitación que da a la parte trasera de la casa.
Parece

un mirador. El sol se hunde melancólico en el azul profundo del mar y las
olas espumadas acarician la orilla cubierta de arena. Observo cómo Jayden
y Laya corretean por la playa.

—¡Evolet! —me llaman y la puerta se abre.

—¡Señora Cooper!

—¡Llámame Maggie! —Sonríe—. Me encuentro en un entorno mucho más
familiar

cuando me hablan sin formalidad.

Su voz es cálida; cuando habla siembra paz y armonía. Es una mujer en torno
a los

cincuenta años, y aunque la vida le pegó con varios problemas duros y sus
ojos brillan

tristes, sigue magníficamente bella.

—Ha llegado mi hermana y varios amigos de Jayden —dice cogiéndome de la mano—.

¡Me gustaría que lo conocieras!

Bajamos. Jayden regresa junto a Laya y se me acerca. Sin poder controlarme siento mis

mejillas arder. Cuatro chicos apuestos vestidos de blanco se quedan sin pestañar ante mi

presencia. ¡Guau! Evolet, parece que esta noche serás el centro de atención... Siento un

calor recorriéndome de la cabeza a los pies. Miro a Jayden y veo cómo sonrío, pero lo

sé... Conozco perfectamente esta sonrisa hipócrita. Los celos... Esos malditos celos lo

comen por dentro.

—¡Ella es mi chica, Evolet! —exclama con una voz ruda—. Ellos son Peter, John,

Steven y él es el rey de las mujeres, Chris —Todos se ríen.

Se acercan a Jayden y cada uno lo saluda palmoteándolo en la espalda. El último es

Chris, que parece susurrar unas palabras que no llego a entender en el oído de Jayden,

aunque da la impresión de que está hablando de mí. Después se detiene frente a mi cara y

su mirada hace que de nuevo me ruborice.

—La palabra preciosa se queda corta para lo que eres en realidad. —Trago saliva

observando que a mi mangoneador no le ha hecho ninguna gracia.

—Mmm... —bufa—. ¿Quieres ver cómo golpeo con la derecha? —Su mano pasa por

mi espalda.

—¡Tranquilo, es solo tuya! —añade sarcásticamente su amigo.

Todos empiezan a carcajearse y la madre de Jayden sale junto a su hermana rompiendo la

escena. Dejan encima de la mesa unos platos y cubiertos, y después se detienen justo

enfrente de mí.

—Ella es mi hermana Mary. —Me quedo embobada, se parece bastante a la señora

Cooper—. ¡Y ella es Evolet! —agrega por último con una voz cálida y suave.

—¡Encantada, señora! —Nos abrazamos.

—¡Solo Mary! —exclama mirándome de arriba abajo—. Siempre mi sobrino tuvo buen

gusto con las mujeres. —Le sonrió, pero mi mente se va a la última parte de la frase.

—Creo que ya nos conocemos todos —añade Jayden un poco exaltado—. ¿Podemos

sentarnos a comer? —Agarra mi brazo bruscamente llevándome a la mesa.

—¿Qué te pasa? —le susurro mientras nos acercamos a la mesa—. ¿No te

gusta que

sepa de tus ex novias? —Me arroja una mirada molesta.

—Yo no te pregunto a ti por tus ex novios —exclama, y yo le sonrío.

—Primero, yo no te he preguntado nada. Y segundo, yo no podría hablarte de mis

exnovios porque tuve solo uno antes de ti. —Me mira sorprendido.

—¿En serio? —me pregunta con incredulidad.

—Si hubieras llegado un poco antes a mi vida, esta conversación no habría existido. —

Le sonrío y después bajo la vista al suelo.

—¡Mírame! —me exige al oído a la vez que aprieta mi mano—. ¡Para mí es como si yo

fuera el único!

—¡Eres el único! Porque nunca estuve enamorada antes de conocerte a ti, que me has

enamorado perdidamente. —Una leve sonrisa se curva en sus labios perfectos.

Todos nos sentamos y la señora Cooper nos sirve la cena con la ayuda de su hermana.

Una brisa fresquita y un olor a sal me envuelve. La noche ya descansa y el mar se ha

escondido en las tinieblas dejando solo el canto de sus olas golpeando en la orilla.

—¿Trajiste algún vestido blanco, Evolet? —me pregunta Peter.

Me parece un chico agradable y creo que es el único que no tiene ninguna mala intención

cuando me habla. No podría decir lo mismo de los otros, en especial del famoso rey,

Chris. No me pierde de vista ni un segundo y Jayden parece cambiar su estado de ánimo.

—Creo que sí —contesto llevando la copa de vino a la boca—. ¿Hay alguna tradición

aquí de vestirte de blanco? —pregunto al observar que todos ellos están vestidos del

mismo color.

—Hay una fiesta en el puerto —me contesta Jayden—. Es el cumpleaños de la hermana

de Peter. Acostumbran a llevar ese color, pero no es obligatorio —me aclara.

—¡Llévala, Jayden! —pide la señora Cooper—. Los chicos hacen una hoguera, ponen

música, bailan... —Me mira—. ¡Te va a gustar, Evolet!

Solo asiento y miro a Jayden. El color de sus ojos se ha oscurecido. ¿Qué es lo que le

pasa?

—¡No lo sé! —exclama—. El viaje... después hemos estado todo el día en la playa con

Laya... —Aprieta la mandíbula—. ¿No te encuentras cansada? —me pregunta, y yo me

quedo perdida en sus ojos.

Me gustaría entender qué es lo que ocurre antes de poder contestar. ¿Quiere que acepte o

que rechace? Maldita sea, siempre me lo pone difícil.

—Eh...Yo...

—¡No te lo pienses, Evolet! —dice la señora Cooper—. ¡Acepta! ¡Has venido para

disfrutar!

—¡Yo tengo un vestido blanco! —chilla la pequeña Laya—. ¿Puedo ir también?

Todos se ríen.

—Tú irás a la cama, Laya —le murmura su abuela—. Irá tu tío Jayden junto con Evolet

—sentencia.

Alzo la mirada y veo a Chris esbozándome una sonrisa burlona que me hace volver a

mirar a mi plato y sutilmente me giro hacia Jayden, que sin sorprenderme lo veo cómo

observa a Chris tan fulminante que parece estrangularlo telepáticamente. Por debajo de la

mesa pongo mi mano encima de su pierna para distraerlo y su rostro se gira hacia mí.

—Te amo —le susurro, y él coge mi mano besándola.

* * *

El fuego arde, centella en llamas amarillas y rojizas en medio de multitud de

jóvenes. La

música resuena en el infinito nebuloso del mar y el cielo.

—¡Jayden! —Una chica morena de pelo corto se nos acerca—. ¡No me esperaba

semejante sorpresa! —Le da un beso en la mejilla—. ¡Tú tienes que ser Evolet!

—Sí, ella es mi Evolet —agrega a la vez que me mira de reojo—. Y ella es la cumpleañera de esta noche —me la presenta—, Abril, la hermana de mi amigo Peter.

—¡Encantada de conocerte! ¡Y feliz cumpleaños! —le digo y le entrego un pequeño

obsequio preparado por la señora Cooper.

—Gracias. ¡Espero que os lo paséis bien!

Apenas nos adentramos entre la gente siento cómo mi corazón late con fuerza, mi cuerpo

tiembla y toda la cara me arde. Somos la atención de todos. Me puse un vestido ligero

blanco que me llega por encima de las rodillas y Jayden lleva un pantalón del mismo

color con un doblado encima del tobillo y una camiseta que deja relucir espectaculares

sus bíceps y el hermoso tatuaje que le sobresale por la pequeña manga. Es el hombre del

cual estoy enamorada y no hay ninguno que me haga perder la cabeza igual con su estilo

tan sencillo, pero a la vez tan sofisticado.

—¡Pero bueno! ¡Eres de una belleza única, Evolet! —exclama Chris, y sin darme tiempo

a reaccionar me arrastra del brazo al otro lado de la hoguera.

Miro a Jayden y observo que está a punto de revivir la bestia de su interior. ¡Evolet..., sal

de esto enseguida!, me digo a mi misma, pero Chris descaradamente me instiga a bailar.

Las llamas chispean entre la unión distante de mis ojos con los de Jayden. La furia, los

celos y el mosqueo avivan el azul de sus ojos. Empieza a rodear la fogata; sus pasos son

pesados y firmes, y hacen que mi corazón se turbe angustiado. Esta vez Chris lo ha

enfadado.

—¡Evolet! —me llama, pero sus zancadas se detienen y mis ojos se paralizan también.

Una mujer salta en sus brazos y le arrebató un beso... mi beso, porque el sabor de su

boca es mío. Chris pasa su mano suavemente por mi mejilla interrumpiendo mi agonía.

—¡Es su ex novia! —exclama—. ¡Todavía no lo ha superado!

La respiración se me entrecorta, la sangre se alborota en mis venas y el tiempo parece

estancarme entre el minuto pasado y el presente. Lucho contra mi impulso y

no quiero

volver a desconfiar... ¡No...! ¡Esto no puede ser verdad!

Chris se permite escoger un mechón de mi pelo y enroscarlo entre sus dedos. Cada vez se

acerca más a mi cuerpo y el único pensamiento que tengo es huir muy lejos de esta

situación, pero el momento quiebra cuando el puño derecho de Jayden se hunde en toda

la cara de Chris. ¡Tardaste demasiado en hacerlo!, reclama mi conciencia.

—¡La fiesta ha acabado, Evolet! —dice y tira de mi muñeca. Todos se quedan mirando

embobados.

—¡Me haces daño! —me quejo—. ¿Qué pasa? ¿Me trajiste para que veas a tu ex novia?

—pregunto furiosa porque, aunque lucho contra mi impulso, no puedo negar los celos

que me han entrado al ver a esa mujer tocar a Jayden.

No contesta a mi pregunta y sigue arrastrándome por un camino diferente de aquel por el

que hemos venido. Subimos por un pequeño pontón de madera que suena a vacío bajo

nuestros pies.

—¿Dónde me llevas? —El puente se acaba y él se detiene.

—Tú lo has dicho. ¡Es mi ex, Evolet! —Sus ojos están nublados.

Desata la cuerda de una lancha y cruza hacia el interior de ella.

—¡Sube! —ordena tendiéndome la mano, pero me cruzo de brazos rechazándolo—. ¡No te lo diré una segunda vez! —amenaza.

—¿Qué harás? ¿Me dejarás aquí plantada?

Vuelve a subir en el pontón y me alza encima de su hombro como a un saco de mucha

carga. Su brusquedad me hace escapar un grito, pero como siempre me ignora para

alcanzar su propósito.

—¡Nunca te dejaré plantada! —Cruza de nuevo hacia la lancha y me deja en el suelo—.

¡No estés enfadada por el beso! Verónica es una zorra y ese tipo de mujeres no me

gustan.

Pone el motor en marcha y el barco poco a poco se aleja del pontón. ¡Oh, Evolet! ¿Ahora

me quiere enseñar los tiburones? Me gustaría preguntarlo, pero llevo en mente otras

preguntas con más prioridad.

—¿Entonces cómo llegó a ser tu novia? —Me sujeto irritada con la mano al bordillo de

la barca—. ¿Por qué la llamas zorra? Mmm, siempre mis preguntas y yo, pero parece

que a

Jayden esta vez no le molesta.

—Confié en ella porque pensé que era diferente —comenta—, pero yo todavía seguía en

el avión volando hacia Manhattan en busca de mi hermana cuando ella se folló a Chris.

—¿¡Con Chris!?

—¡Son dos descarados los dos! —dice, y yo empiezo a reírme.

—¡Así que te pusieron los cuernos! —Me lanza una mirada colérica y me pongo seria

inmediatamente—. ¡Lo siento!

—Salimos unos días, tampoco fue gran cosa —agrega—. Contigo sí que será diferente.

Por eso no quería venir a esta fiesta, pero mi madre no sabe lo que pasó.

—¡Entiendo!

Para el motor y se me acerca.

—¡Me dolió ese beso! —murmuro—. ¡Muchísimo!

—¡Evolet, has visto que me aparté! —confiesa con voz triste—. Y yo... cuando te vi tan

cerca de Chris... Dios, sentí al diablo sacudiéndome con rabia.

—¡Chris es un yogurín para mí! —Sonríe—. ¡Además... mi alma tiene dueño!

—Evolet... —susurra.

—Jayden... De verdad, sé que dudé muchas veces de ti, pero en mi alma no

hay nadie

más que tú.

Acuna tiernamente mi rostro en sus manos y el roce de sus labios disipa todos mis

miedos. Su boca es el secreto de mi calma, su sabor es el que me lleva a otro mundo y

todo él hace que mi alma gire en miles de emociones.

—¡Te amo, Evolet! —Le sonrío y de nuevo vuelve a poner la lancha en marcha.

—¿A dónde vamos?

—Lejos... donde estaremos solo tú y yo —murmura—. ¡Te dije que estos días te quiero

solo para mí!

El barco se pierde en la brumosa y escalofriante noche cada vez más adentro, hacia una

ribera que no se puede ver. Las luces del puerto ahora son puntos diminutos, y una gélida

brisa hace que me encoja.

—¡Está todo tan oscuro! —expreso.

—¡Ven! —Me acurruca entre sus brazos—. ¡No tengas miedo!

Lleva mis manos al timón de la lancha. Su respiración en mi oído aquietta mi temor y el

barco empieza ligeramente a coger una curva. Y ahí está la luz que destella en un

hermoso faro. Su luminosidad giratoria se alarga sobre nosotros; después, cae suave

sobre el mar como si fuera a igualar sus ondas.

—¡Es precioso! —digo por encima de mi hombro.

—Sí. Acostumbraba a venir aquí con mi hermana. —Me besa justo detrás de la oreja—.

¡Era su escondite!

—¿De quién se escondía?

—Del mundo.

De repente el silencio nos arrulla frente a la espléndida luz blanca. El mundo parece

hacerse gigante a nuestro alrededor, y con las almas cargadas de amor fluimos a la deriva

sin preocupación.

Capítulo 25

El motor de la lancha se para exactamente en la orilla donde se alza el hermoso

faro de la isla Key Biscayne. Me quito los zapatos y Jayden me ayuda a bajar.

Una ola fría choca contra mis pies, y retrocediendo hacia el mar siento cómo la

arena cede bajo mis piernas.

—¡Ven! —dice tirando de mi mano hacia la enorme torre. Tira con fuerza de una puerta

de metal y un abanico de escaleras se alarga hacia arriba. Mi boca se entreabre

maravillada.

—¿Cuántos escalones tiene? —pregunto y paso adentro.

—¡Noventa y dos!

¡Dios! ¡Evolet, es precioso! Subo el primer escalón, pero Jayden me hace retroceder.

—No... no... no... —Tira de mi mano y subida en el primer peldaño quedo exactamente a la altura de su boca.

—¿No se puede subir?

—Sí, pero... —Siento cómo su aliento acaricia mis labios.

—¿Pero qué?

—¡Tienes que pagar! —Sonríe—. Es un faro que se mantiene del dinero de los turistas.

—¡Oh! —exclamo—. ¡Qué pena! No llevo dinero encima.

—Paso mis manos alrededor de su cuello.

—No se paga con dinero —corrige.

—¿Entonces? —Muerdo mi labio inferior.

Jayden de nuevo quiere jugar. Sí... definitivamente, quiere volverme loca.

—¡Cada escalón es un beso! —contesta rozando mis labios, y mi boca se abre para

recibir su ansiado beso.

—Así que un beso más los noventa y uno que restan... —murmuro, y mis palabras las

atrapa entre sus labios, se las come igual que mi aliento.

Su boca gira en torno a la mía. Su lengua paladea mi sabor y el tiempo baila alrededor de

nosotros satisfecho por vivir una nueva fantasía, otra locura... un solo amor que solo él

mismo, el tiempo de todos los tiempos, descubrirá hasta dónde podremos llegar con

nuestro impulso, hasta cuándo nuestras alas seguirán alzadas y hasta dónde el destino

seguirá escribiendo con la emoción en la mano nuestro propio camino. Levanto la pierna

y busco el siguiente escalón. Subo de espaldas y él me sigue, asciende sin alejarse...

noventa... ochenta y nueve... ochenta y ocho... Mi boca se humedece y mis labios se

tiñen de color cereza. El corazón me vibra como el deseo que se despierta dentro de mi

ser.

—¡Setenta y seis! —susurra a milímetros de mis labios.

—Setenta y cinco —digo, y su boca sigue saboreando, y yo disfruto encantada de su

juego como siempre hice.

Cada escalón subido hace que mi deseo por él crezca aún más. Palpita dentro

de mi

vientre, mis piernas tiemblan y mi respiración solo aspira el aire caliente que expira su

garganta. ¿Cómo lo hace que siempre consigue llevarme más allá de lo imposible, donde

mi propia alma llega a sonreír por mí? La cercanía hace que sus ojos azules se claven

dentro de los míos tan profundamente que parecen ser capaces de leer dentro de mi

mente. Lo quiero y creo que siempre lo quise... mucho antes de que lo conociera, porque

las historias ya están escritas siglos antes de la vida. Se aleja unos centímetros y su

respiración es agitada, temblorosa. Una fuerte luz da vida de nuevo al azul marino de sus

ojos. La luz del faro está aquí e ilumina con gloria los secretos en la negra noche.

—¡Queda solo un peldaño! —Su voz suena excitada—. Solo uno y estamos en la

cumbre de nuestro propósito.

Sonrío. Suavemente mi boca regresa a la suya y mi pie sube el último escalón. Una brisa

fresca hace que mis cabellos se alboroten, y desde un pequeño balcón que rodea la torre

hace que me sienta de nuevo más cerca del cielo.

—¡Vaya! —exclamo—. Esto es impresionante.

—Sí, es maravilloso. —Se sienta tras mi espalda rodeando con sus brazos mi cintura.

—¿Venías mucho aquí?

—¡Todos los días! —murmura—. Esa lancha fue de mi padre. Él me traía aquí lejos de

los ojos de la gente para poder entrenarme. —Se le escapa un suspiro—. Al principio fue

divertido, pero los últimos años cambiaron.

—¿Por qué? —pregunto.

—El odio, los remordimientos... —explica—. Todo eso hizo de él un hombre frío. Cada

vez me sometía a peores entrenamientos, quería que yo acabase con todos los que le

hicieron daño a Amy.

—Era un padre dolido. —Me giro hacia él—. ¡No estés enfadado por lo que te hizo! —

Atrapo su rostro en mis manos—. ¡Quiso protegerte!

—No estoy enfadado, pero debo reconocer que debido a su forma de ser yo también soy

un hombre frío e insulso.

—Pero... ¿cómo puedes decir eso? —Me río—. ¿¡Insulso!?! —Me carcajeo—. ¿Tienes

idea de lo que significan las palabras que acabas de decir? ¡Tú no eres nada

de eso!

—Mmm... —gruñe hundiendo el rostro en mi cuello.

—Me llevaste a las estrellas, me cubriste todo el cuerpo con chocolate, hicimos el amor

en un cubo de cristal con cientos de personas alrededor... —Vuelve a mirarme—. Y

muchas más cosas que ...

—Te hice llorar —susurra, y mi corazón se tuerce—. ¡Y me da miedo de volver a

hacerlo!

—¡No! —digo—. ¡No me importa llorar por ti, porque eso significa que te amo más que

nada en este mundo!

Suspira y en su rostro un fantasma triste parece borrar su brillo.

—¡Yo también te amo, Evolet! ¡Sería capaz de matar por ti! —confiesa.

—¡Acepto! —Me mira desconcertado—. ¡Acepto casarme contigo! — Levanto la mano

enseñándole el anillo que él mismo me regaló.

—Evolet...

No sé si está confuso porque sus gestos cambian radicalmente, y eso hace que me ponga

nerviosa. ¡Oh, cambió de opinión! Tardé demasiado en contestarle.

—¿Qué pasa? —El miedo se apodera de mi voz—. ¿Has cambiado de

opinión?

—¡¡No!!... Pero... —Está confuso, se observa en sus ojos—. ¿Estás segura de que

quieres hacer eso?

—¡Más segura que nunca, Jayden! Prometo amarte hasta el día de mi último aliento.

—¡No prometas, Evolet! —dice, y aún más mi corazón bombea miedoso—. ¡No quiero

que me prometas nada!

—Sí, lo prometo. —Alzo la mirada hacia el cielo—. ¡Prometo ante Dios que te amaré

para siempre! —grito, y el eco de mi voz resuena con la misma emoción que mi alma

siente—. Sé que ya no confías en mí porque te he decepcionado tantas veces, pero...

—Shhhh... ¡Tú nunca me decepcionaste, Evolet!

Me atrae entre sus brazos y pegada a su pecho escucho los latidos de su corazón. Alzo la

mirada y le sonrío.

—Tu corazón me dice que sí aprueba nuestro matrimonio.

—¿En serio? —Se ríe.

—¡¡Sí!! ¡Mira, me habla! —Y vuelvo a pegar la oreja a su pecho.

—¿Ahora qué es lo que te ha dicho?

—Que me amas, pero que eres un poco... —sonrío— un poquito... —se encoje de

hombros esperando a que yo acabe la frase— un poquito... ¡COBARDE!

—¡¡No!! No soy cobarde —dice asombrado—. No quiero hacerte sufrir —murmura, y

por la forma en que sus labios curvan las palabras se me antoja volverlo a besar.

Mi boca se posa en sus labios y él me recibe con su sabor que endulza también mi

paladar, enrosca la lengua con la mía y el tiempo de nuevo se detiene gozando de nuestra

apetencia.

—¡Quiero que nos casemos ahora! —exclamo bruscamente alejándome de sus labios.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora!

—Mmm...

Se lleva la mano a la frente, encima de su mirada como si el sol no le permitiera ver el

horizonte. ¡Mira! Y se gira a la izquierda. ¡Mira! Y esta vez se gira a la derecha volviendo

a mirar.

—¿Qué es lo que miras? —pregunto, y él se ríe.

—Mmm... ¡No parece que venga ningún sacerdote perdido por el mar!

Me cruzo de brazos y él aprieta un labio con otro sosteniendo una sonrisa.

—¡No necesitamos un sacerdote! —digo, y él se apoya en la barandilla
llevándome de

nuevo a sus brazos.

—¿¡No!?! —Me mira—. Oh... ¡Así que ahora tú eres la que quiere jugar! —
exclama, y

yo arrugo la frente.

—¡No! ¡No estoy jugando! —Me alejo de su agarre—. Una pareja no
necesita jurar nada

delante de un sacerdote. ¡Lo tienen que hacer solo delante de Dios! —
exclamo, y su

mirada se alza hacia arriba.

—¡Es verdad! —dice y me coge de las manos—. ¿No te gustaría una fiesta
con

invitados? ¿Un vestido blanco?

—Están aquí nuestros invitados —murmuro, y sus ojos se abren sorprendidos
—. Las

estrellas... son miles de invitados —digo, y la esquina de su boca se curva en
una

traviesa sonrisa—. La luna es el más fiel testigo nuestro, del primer momento
en que nos

encontramos. La noche, el salón más habitado por nuestras fantasías y, por
último, el

destino está aquí en nuestras manos; por primera vez nos deja a nosotros
elegir lo que

queremos. —Se ríe.

Ah, Evolet, nunca creíste en el destino. Pero hoy sí... porque él mismo me enseñó

confiar y a no tener miedo de lo que pueda pasar, porque lo que pasa es por una causa.

Siempre hay una causa.

—Y por último... —sonríe— ¡llevo un vestido blanco!

Se muerde el labio inferior embobado; es la primera vez que lo sorprende. Pasa el brazo

por detrás de mi cuello y me atrae hacia su pecho.

—¡Te quiero, Evolet! Y quiero contarte algo antes de que...

—Parece intranquilo, como si algo lo angustiara—. Quiero que sepas que yo te vi mucho

antes de aquella noche cuando...

—Shhhh... ¡Eso ya no importa! —digo interrumpiéndolo—. ¡Cuando yo te vi mi

corazón volcó por reencontrarse con tu mirada! —confieso—. Tenía mil dudas..., pero

cuando me perdía en tus ojos todas mis confusiones se disipaban.

¡Yo misma me mentí, Jayden! Algo dentro de mí me quería hacer abrir los ojos y ver que

el jovencito que se fue hace años regresó hecho todo un hombre. —Exhalo un puñado de

aire.

—Eso ya no importa —murmura—. Solo quiero que sepas que...

—¡Que me amas! —de nuevo lo interrumpo—. Es lo único que quiero saber.
—Vuelve

a estrecharme contra su pecho.

—¡Ay, Evolet! —Un suspiro pesado sale por su garganta—. Traes tanta calma a mi alma

y haces que todo a mi alrededor sea tan fácil...

Me alejo a unos pocos centímetros de él y lo observo primero a él, después miro al suelo

y sonrío. Sus pies descalzos, sucios de arena mojada hasta el dobladillo de su pantalón

blanco junto a mis pies iguales de embarrados... pero a la vez tan natural.
Vuelvo a

mirarlo fijamente y me pierdo en sus propios ojos.

—Yo, Evolet... frente a miles de estrellas y con el alma llena de amor, te quiero a ti,

Jayden, como esposo, y me entrego a ti frente al eterno cielo, y prometo con Dios en mi

alma serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días

de mi vida. —Se ríe mordiéndose los labios.

¡Estás loca, Evolet!

—Yo, Jayden... te quiero a ti, Evolet, como esposa, y me entrego a ti por un juramento

sagrado hacia Dios de que te seré fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y la

enfermedad, todos los días de mi vida y los de después de la muerte...
Eternamente. Mis

mejillas queman y mi boca tiembla en mil sonrisas.

Él es el hombre que sabe hacerme feliz.

—Que Dios reciba nuestras oraciones y bendiga nuestro amor —murmuro
entre risas y

lágrimas.

—¿Ahora puedo besar a mi esposa?

—¡Por supuesto!

Me coge entre sus brazos y como siempre y para toda mi vida me dejo llevar
allá donde

él quiere porque con él mi vida no será fácil pero estará llena de amor, y si
tuviera que

delirar cien vidas más a su lado lo haría sin duda alguna.

Capítulo 26

Se aleja dejándome retomar mi respiración y yo me hundo en su pecho.
Hemos

hecho el más hermoso y único juramento en un sitio muy especial que pase lo
que pase siempre nos va unir eternamente.

—Me gustaría escribir nuestros nombres aquí en la pared del faro —susurro,
y él gruñe

pensativo.

—¿Tienes algo para escribir?

—No.

Se aparta de mí y veo cómo mira por el suelo rodeando todo el balcón.

—Espérame aquí —dice, y veo que entra dentro del faro y empieza a bajar escalón por

escalón.

Sonrío y me giro hacia la barandilla.

—¿Qué estás haciendo? — grito, y mis palabras vuelven a escucharse en un eco pero sin

recibir respuesta.

El ruido de sus pasos junto a su respiración agitada me avisan de que de nuevo va a subir.

Llega frente a mí y observo cómo su pecho sube y baja agitado como si hubiera corrido

en una maratón.

—¡Aquí tienes! —Extiende su mano y al abrirse hay una concha pequeña en su palma

—. ¿Crees que podrás escribir con ella? —Sonrío y no me puedo creer lo que acaba de

hacer.

Bajó de nuevo noventa y dos escalones y volvió a subirlos únicamente para traerme algo

para poder escribir.

—¡Creo que sí!

Con el filo de la concha empiezo a marcar las letras de mi nombre, después las de Jayden

y debajo pongo la fecha. Dieciséis de abril de 2017.

—¡Ya está! —exclamo, y él me quita la concha de la mano.

—Falta algo —dice y empieza escribir:

«*Delirando Contigo Para Siempre*».

—¡Me gusta! —digo, y nos quedamos unos minutos observando nuestros nombres en la

pared del faro.

—Señora Cooper, ¿le gustaría acompañarme? —Me aparta ligeramente para mirarme.

¿Señora Cooper? ¡Guau! Suena perfecto y más contenta no puedo estar.

—Claro que sí. ¿A dónde? —pregunto emocionada.

—¡Una sorpresa! —susurra y me coge de la mano.

Bajamos por la escalera que hemos subido. Siento frío y mi corazón late enérgico y

vigoroso por mi apresurada bajada. Salimos y me lleva por un camino arenoso rodeado

de pequeños macizos que acaba dando a una pequeña casa. Nos paramos frente a ella.

—¿De quién es esta casa? —pregunto.

—¡Ahora nuestra! —contesta inmediatamente.

No entiendo prácticamente nada. ¿Tiene otra casa? Me cruzo de brazos y observo cómo

busca algo debajo de unos jarrones vacíos por debajo de las ventanas de la casa.

—¿Qué estás buscando? —se gira y me enseña una llave antigua de hierro.

—¡La llave!

Está casi a punto de introducirla en la cerradura de la puerta, pero la luz del faro se gira

hacia el otro lado y nos quedamos de nuevo en la oscuridad. La luna se esconde también

vergonzosa entre nubes pálidas dejándonos por primera vez un poco de intimidad.

—¡Mierda! —Es lo que escucho y en menos de un minuto la giratoria luz del faro

vuelve.

Gira dos veces la llave y la puerta se abre con un ruido estrepitoso. Entra y yo lo sigo,

pero al llegar al umbral de la puerta me detengo exactamente detrás de su espalda.

—¡Espera! —me dice, y me quedo en el mismo sitio—.

Había por aquí unas velas.

De nuevo el faro parece jugar con nosotros. Vuelve a girarse y yo contengo una pequeña

risa. Escucho cómo rebusca por el interior de la casa, tropieza con algo haciendo un

tremendo ruido y maldice.

—¡Ya las tengo! —exclama—. ¡Pero no entres todavía! —Y sigo esperando.

—¿No quieres que te ayude?

—No —dice seco.

Una luz tenue empieza a iluminar el cristal de las ventanas y Jayden por fin sale a la

puerta. Se me acerca sonriente.

—No es nada de lo que tenemos en Manhattan —se excusa—. ¡Pero será la mejor noche

de tu vida, señora Cooper! Le sonrío y sin avisarme me levanta en sus brazos pasando

conmigo al otro lado de la puerta. Ésta es nuestra noche... la noche donde los juramentos

se escriben en los manuscritos de la vida.

—Señor Cooper —murmuro cerca de su boca, y él me besa. Me deja en el suelo y me

quedo inmóvil observando el interior. Es un pequeño salón. Tiene un sofá, una mesa,

televisor y poco más. Huele a humedad por las precipitaciones del mar. Todo alrededor es

antiguo pero muy acogedor. Las velas medio consumidas en la mesa palpitan lentamente.

No hay aromas, tampoco música lenta, pero solo él y yo en la desolada casa deshabitada

de hace quién sabe cuánto tiempo simplemente propagamos vida.

—¿Cuántos años tiene esta casa? —pregunto observando una estantería con distintas

fotografías viejas y rostros desconocidos.

—¡No sabría decírtelo! —contesta desde la otra habitación—. Pero tendrá demasiados

años y demasiadas historias. Me acerco a la otra puerta observando cómo enciende unas

velas bastantes gastadas y deformes. La suave luz me deja observar el entorno. En la

mesita de noche reposa una caja de cerillas bastante antigua. Paso los dedos sobre su

cartón. Mil novecientos setenta. ¡Guau... Evolet! Dios, ¿tantos años lleva esta caja aquí?

Hay una cama con un cabecero enorme fabricado de hierro forjado. El colchón lleva una

colcha de color gris descolorido y desigualado —será por el paso del tiempo — y hay

varios cojines de todos los colores.

—¡Bienvenida a su suite, señora Cooper!

—Es perfecta —murmuro, y su acercamiento hace que mi olfato respire su propio olor.

Pasa sus dedos por los rizos de mi cabello apartándolos detrás, en mi espalda.

Besa

tiernamente mi frente, la punta de mi nariz, y con su agilidad naufraga por mi boca.

—¡Levanta las manos! —ordena, y yo lo hago sin pensármelo.

Despacio, sin ninguna prisa, desliza mi vestido hacia arriba deshaciéndose de él. Baja sus

pulgares por el dorso de mis brazos en una línea excitante, sigue bajando por los laterales

de mis pechos desnudos y esto hace que mi vientre se contraiga ansioso, pletórico, y mi

corazón se remueve tanto que se puede observar el pulso en mi garganta. Se arrodilla y su

respiración arde a milímetros de mi sexo. Suavemente acerca sus labios rozando la línea

de separación entre mis bragas y mi vientre. Un fuego se enciende dentro de mí delirando

por su posesión. Baja mi braguita y me expongo natural y sin pudor alguno frente a su

mirada. Observo cómo en sus ojos las llamas de las velas encienden su desesperante

deseo, un deseo perturbador, salvaje. Me deja sobre la cama colocándome una almohada

bajo la cabeza. Levanta mis brazos llevándolos a mi nuca por debajo del cojín.

—¡No te muevas! —exige desabrochándose el pantalón. Coloca sus brazos alrededor del

cuerpo y se saca la camisa dejando al descubierto sus bíceps, los abdominales
piramidales y todo su relieve, que hace que pierda el seso. Él es el hombre
que me tiene

loca, que cambió completamente mi forma de pensar, de vivir, el que sabe
excitarme con

solo bajar y subir su mirada por mi cuerpo. Rodea la cama y me observa. Con
el pulgar

traza el contorno de mis curvas desde la garganta hasta mi sexo. Jadeo al
sentir cómo mi

cueva se encoge codiciosa.

—¡Abre tus piernas! —ordena, y temblorosa le cumplo el deseo.

Aunque desabrocho su pantalón, sigue con él puesto porque todavía quiere
jugar... Sí,

me quiere perturbar y odio este maldito juego a la vez que me encanta la
maliciosa forma

con la que solo él sabe urdir en mí debilitándome como una mujer buena y
obediente. Se

acuesta sobre mí y su miembro se frota entre mis piernas haciendo que se
humedezca mi

sexo, que espera febrilmente sentir su carne dentro. Me besa y su respiración
arde; no

solo yo estoy excitada, él también. Sus labios siguen saboreando mi boca
mientras sus

caderas se arquean tensamente entre mis muslos haciéndome sentir el ansia
de su

miembro, que se endurece con cada frotamiento aún más. Pero todavía se aguanta

jugando con sus dientes sobre mis senos contraídos y duros de placer.
Recorre centímetro

a centímetro todos los rincones de mi cuerpo con sus labios y su lengua,
mordiéndolo,

besando y chupando parte por parte suave y salvaje prolongando mi
impaciencia y el

delirio que se apodera de todo mi cerebro y mi ser. Baja lentamente su lengua
por mi

vientre mordisqueando todo el recorrido hasta llegar a mi sexo húmedo y
suculento, y

sintiendo cómo su lengua prueba mi propio sabor salado me contraigo
acercando mis

muslos el uno al otro.

—¡Estate quieta! —ordena, y su voz ronca hace que un escalofrío atraviese
todo mi

cuerpo.

Vuelve a mi cueva chupando, lamiendo, mordiéndolo... Arqueo mi espalda
echando para

atrás mi cabeza e inconscientemente retiro mis manos de debajo de las
almohadas. Gimo,

el placer rompe mis sentidos y con las manos lo busco y lo acerco hacia mi
boca. Con

movimientos bruscos vuelve a levantarme los brazos y esta vez aprieto las
varas de hierro

del cabecero como si quisiera derretirlas en mis manos.

—Como te muevas una vez más jugaré contigo toda la noche hasta desmallarte. —Mi

respiración turbada hace eco dentro de la habitación.

—Eres un auténtico bestia —murmuro—, y lo sabes. Sabes que no resisto, me es

imposible ante la enorme sensualidad que derramas sobre mí.

—¡Shhhh... no hables! —Me río y él vuelve hacia mi rostro.

—¡Eres una pequeña!

—¡Sí, soy tu pequeña mujer! —exclamo, y con los ojos ardientes por el deseo vuelve a

dejar un camino lleno de besos desde mi clavícula hasta mi vientre.

¡Uff... Evolet! Está hablando en serio. ¡Esta noche será única! Acaricia mi sexo con

cuidado y después empieza a alternar su lengua con un dedo, mi sexo lo recibe cálido,

excitado. Introduce el segundo dedo y siento que un desbordamiento ardiente baja de mi

vientre lenta, desesperante. Entra el tercero y por mi garganta sale un alterado grito...

Juega con ellos dentro de mí, los saca y los vuelve a meter y con cada movimiento me

arranca grito tras grito, jadeo tras jadeo, y el placer aumenta estremecedor.

—¡Córrete, Evolet! —exige—. ¡Quiero ver cómo despejas tu mente y liberas

tu cuerpo!

Me mira y sus marinos ojos revelan su deseo, la excitación que empieza a perturbarlo por

dentro. Me desea, pero todavía lucha contra su voluntad, quiere seguir disfrutando al

máximo de mi agitado placer. Con un nuevo gemido mi sexo se derrama. Jugosa y

todavía ardiente mi cueva recibe por fin su embestida, un fuerte golpe colérico que me

hace sentir un horrible dolor, pero su robusto miembro ha aguantado por mí y ahora soy

yo la que sobrellevaré su posesión. Mis músculos se abren y su falo ataca con más ritmo

hasta estallar llevándome a un clímax loco, delirante.

—Te dejaría que me hicieras el amor cada cinco minutos solo si dejaras de martirizarme.

—Suelta una carcajada.

—¡Entonces ya no tendrías placer!

Su cuerpo queda sobre el mío exhausto, el silencio se sienta dentro de la habitación

escuchando los pequeños jadeos que poco a poco disminuyen su velocidad y las

ventanas están empañadas por el fuego que ardió minutos antes dentro de nuestro ser.

—¡Te amo, Evolet! ¡Contigo hasta la muerte! —fue lo último que escuché

antes de cerrar

mis cansados párpados.

Capítulo 27

Un rayo de sol fuerte accede por el cristal de la ventana cegando mi vista un par

de minutos. Mis ojos se aclaran y lo primero que veo es a Jayden, que duerme tranquilamente con la boca a una corta distancia de la mía y con el brazo

encima de mi cuerpo. Intento salir despacio de la cama sin despertarlo. Dejo un suave

beso en su mejilla y salgo a la otra sala. Ahora con toda esta luz que ha entrado puedo

observar mejor cada rincón. Me visto y me acerco a un cuadro que veo en la pared.

¡Guau! Tendrá más de un siglo esta fotografía. El papel está bastante desgastado, pero

aun así se puede distinguir a la pareja que está en la imagen. Los años podrán pasar y

estropear la claridad de la escala de tonos blanco y negro, pero por la forma como la tiene

en su pecho se puede observar que había mucho amor. Lo miro atentamente y sin pensar

paso la mano por su superficie. ¡Mierda! El cuadro se cae al suelo y el fino cristal cede de

inmediato rompiéndose en montones de trozos pequeños. Ay... Evolet, ¿qué has hecho?

Me apoyo para recoger el desastre, pero para mi sorpresa encuentro otro papel detrás de

la fotografía del cuadro. ¿Qué es esto? El papel está doblado y parece que los años lo

deterioraron bastante. Me alejo después con los pies descalzos entre los restos de cristal y

salgo fuera de la casa. Hay una vista espectacular. Me siento en el pequeño peldaño de la

entrada e intento averiguar qué es lo que hay escrito dentro de la hoja. ¡Ah... la

curiosidad me erosiona por dentro! Despego poco a poco sin hacer presión y parece que

lo voy a conseguir. Las letras están algo desigualadas como si la humedad se hubiera

impregnado en el papel y el paso del tiempo lo hubiera secado descomponiéndolo.

¡Madre mía, Evolet! Es una carta... no me lo puedo creer. Miro a lo lejos y entre la

espesa vegetación de palmeras, ficus y plantas autóctonas se alza firme el hermoso faro.

Sonrío y me dirijo hacia él. Todo a mi alrededor es precioso, anoche no distinguí

perfectamente la zona, pero ahora prácticamente estoy maravillada. Tiro con fuerza de la

puerta de acceso al faro y primero miro a mi alrededor. Dios... la escalera tiene forma de

caracol sin anclaje al muro ascendiendo directamente al cuarto de los cristales enmarcado

por múltiples ventanas geométricas. No paro de maravillarme... Es precioso. Subo

escalón por escalón, esta vez sin besos ni acompañamiento, simplemente yo. La luz brilla

tan fuerte que parece una torre de cristal. En la mano llevo la carta que, aunque es un

simple papel, sé que ahí dentro hay una historia que hace tiempo existió... Sí, fue real

igual que la mía con Jayden. Salgo al balcón de lo alto de la torre y un inmenso azul

marino se alarga a miles de kilómetros.

¡Madre mía... esto es el paraíso! Contemplo todo lo que hay

a mi alrededor, el mar... la isla... y solo nosotros... Yo, la señora Cooper, y el señor

Cooper, nadie más. Parece una fila rota de un cuento. Demasiado hermoso y demasiado

perfecto para ser verdad. Paso la mano por la pared donde dejamos escritos nuestros

nombres y la frase que nos define demasiado. ¡Impresionante!

Me siento en el suelo apoyada en la barandilla del balcón y vuelvo a abrir el papel. Me

cuesta un poco descifrar la letra, pero con algo de esfuerzo lo consigo.

Marzo de 1925

Key Biskayne, Florida

Para mi hermosa esposa Margaret,

Si lees esta carta es porque has vuelto a la isla, nuestro escondite, donde nos hemos

jurado amor ante las estrellas y nos hemos entregado el uno al otro con el alma y el

cuerpo. No me busques porque me fui allá donde no podrás encontrarme y quiero que

me perdones por herirte y hacerte sufrir, te conozco y sé perfectamente que ahora mismo

lloras y dentro de ti el dolor arde desconsolado. Perdóname por enamorarme tan

locamente de tu sonrisa y de tu espíritu alegre... Perdóname por incumplir el juramento

de que seguiré a tu lado hasta la muerte, pero si te sirve de consuelo moriré con tu

nombre en mis labios y tu amor en mi alma. Me fui lejos para no poder herirte más el

corazón. Lo único que te puedo dejar es esta carta y nuestros recuerdos en esta isla. El

faro. Querida Margaret, el faro te hará sentir mi presencia en tus días tristes, porque ahí

en la cima de su torre tu mirada hacía que el tiempo se detuviera y nuestro momento

fuera eterno. No te olvides, donde el destino se equivoca volverá y escribirá de nuevo la

historia, tal vez en otras almas, en otra época, en otro mundo... pero siempre el destino

vuelve. No quiero que sigas llorando, deja a otra persona llenar los vacíos que yo mismo

te excavé simplemente por llevarme un trocito de ti conmigo. Te pediré eternamente

perdón porque mi amor será eterno en este mundo y en el que seguirá.

Te amo.

J.

—¡Evolet! —Su voz hace que me sobresalte asustada—.

¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras? —Se sienta en el suelo a mi lado.

—¡Jayden! —sollozo—. ¿De quién es esta casa?

—¡No lo sé! —Pasa sus dedos por mi mejilla borrándome las lágrimas—. Te dije que

acostumbraba a venir aquí con mi hermana, después con mi padre y al final seguí

viniendo solo. —Me mira—. Un día rompí la puerta porque sentía curiosidad por ver qué

hay dentro, me gustó y he seguido viniendo en secreto. —Sonríe.

Le enseño la carta y empieza a leerla. La mímica de su rostro cambia a cada palabra, a

cada frase. Arruga el ceño y cuando llega la final del papel, sonrío.

—¿Jota? —pregunta sorprendido—. ¿Crees que soy yo, pero en 1925?

—No...

—¿Entonces? —Levanta una de sus cejas—. ¿Dónde encontraste esta carta?

—Dentro de la casa, detrás del cuadro de la pared —digo limpiándome la nariz con el

dorso de la mano—. ¿La has leído? Me ha emocionado mucho saber que se enamoraron

aquí...

—¡Nosotros en Manhattan! —me interrumpe

—Se juraron amor eterno bajo el cielo de estrellas y...

—Pequeña, esto no tiene nada que ver con nosotros, ¿está claro? La carta es de marzo de

1925 y nosotros estamos en 2017 —aclara—. Y la casa no creo que estuviese construida

desde entonces —añade—. Este papel tuvo que ser guardado de generación en

generación porque... no lo sé.

—¿Sabes? Hay una caja de cerillas en el cuarto que pone...

—¡Mil novecientos setenta! —continúa—. Yo también me fijé en ella cuando entré la

primera vez —me cuenta—. Por eso decidí conservarla. ¡Pero las cerillas son de nuestro

siglo, yo mismo rellené la caja! —Se ríe.

Nos miramos unos segundos. Él piensa en mí, pero yo sigo pensando en lo de la carta.

—Entonces crees que...

—Bueno... ¿Quieres que me crea todo eso? ¡Ok, Evolet! —exclama—.
Nosotros somos

los de la foto y hemos regresado en el tiempo para morir esta vez juntos —me vacila,

pero consigue hacerme reír—. ¿Te encuentras mejor?

—¡No! Yo no me llamo Margaret. No puede ser que sea yo. —Le sonrío entre lágrimas

—. Solo que...

—¿El qué? ¡Dime cuál es tu angustia, Evolet!

—Es que... cuando estaba leyendo se me pasó por la mente la idea de que tú podrías irte

algún día y me dejarías así sin...

—¡Yo nunca me iré, Evolet! Juntos en las alegrías y en las penas, en la salud y en la

enfermedad, todos los días de mi vida y los de después de la muerte... Eternamente. ¿Te

acuerdas?

—Sí —sollozo—. ¿Me lo prometes?

—¡Te lo prometo! —Vuelvo a sonreír y me hundo en su pecho.

—¡Te quiero, señor Cooper! —Su estómago gruñe hambriento.

—¿Sabes? Ahora que eres la señora Cooper deberías venir a vivir conmigo al apartamento de Tribeca. —Alzo la mirada hacia él.

—¿Me estás preguntando?

—Pues sí, pero si necesitas tiempo no pasa...

—¡Claro que voy a ir a vivir contigo! —exclamo, y él sonrío contento—. ¡Te amo,

Jayden! —Y su estómago me contesta con un rugido fuerte.

—¡Yo también, mi hermosa esposa! Pero creo que nos tenemos que ir de aquí antes de

que el hambre me haga comerte a ti... —Nos reímos.

—¡Yo también tengo hambre!

* * *

Regresamos de vuelta al puerto. Harry está en el portón con cara de cansado masajeando

el pelo de su barba. Me tiende la mano ayudándome a salir del barco galantemente, como

siempre.

—¡Buenos días, señorita Evolet!

—¡Señora Cooper! —rectifica Jayden, y yo me ruborizo de vergüenza.

—Eh... ¿Cómo has dicho? —Pasa de nuevo la mano por su barba desconcertado.

—¡Que ahora la tienes que llamar señora Cooper! —repite—. ¡Anoche nos casamos!

—¿Qué? —Sus ojos se abren como si quisieran salir de su órbita—. ¿Dónde?

—¡Frente a Dios! —Sonríe con malicia—. Dime, Harry, ¿dónde está mi

madre?

—Os está esperando en una terraza aquí cerca —murmura.

La noticia fue tan fuerte que lo dejó un poco perplejo.

Sigue parado sin reaccionar.

—¿Me llevas hasta ella, por favor?

Asiente solo con la cabeza, después empieza a caminar abstraído en sus propios

pensamientos. Bajamos del portón, cruzamos la carretera y Laya enseguida corretea

hacia nosotros.

—¡Evolet! Le he mandado a mi madre los globos y un nuevo dibujo —dice alegre.

—Muy bien, princesa —digo y observo a la madre de Jayden sonreír.

—¡Buenos días, señora Cooper! —la saludo y tomo asiento en la mesa.

—¡Dime solo Maggie! —exclama—. ¿Te apetece desayunar? —me pregunta.

—Oh, ¡sí! —Sonrío—. ¡Tengo mucha hambre! —exclamo.

Jayden toma asiento exactamente a mi lado. Me mira contento y yo le regalo una sonrisa.

—¿Dónde habéis estado? —pregunta la auténtica señora Cooper—. ¡Me he preocupado

por vosotros!

¡Oh, qué vergüenza! Me siento como si tuviera diecisiete años.

—¡Mamá, no tenías que preocuparte! —dice Jayden ojeando la carta antes de

pedir—.

¡Somos adultos! —exclama.

—¿¡Adultos!?! ¿Por eso le partiste la nariz anoche a tu amigo Chris?

—¡Ah, era eso! —Su alegría se disipa en cuanto escucha el nombre de su amigo—.

Primero quiero que sepas... ¡Chris nunca fue buen amigo! —Por la voz parece muy

molesto—. Y por lo último... se lo mereció por meterse con mi esposa.

¡No... Jayden! ¿Por qué le dijiste eso justamente ahora? Quiero que me trague la tierra

en este mismo instante. La señora Cooper se ha quedado boquiabierta, creo que le va a

dar algo... No... no... no. ¿Ahora cómo vamos a arreglar este problema?

—¿Esposa? —Su ceño se arruga y pasa con la mirada de Jayden a mí y después de

vuelta.

Sonríó forzadamente y fijo mis ojos en Jayden. Quiero que se dé cuenta de que no es el

momento, pero pasa de mí totalmente.

—Sí. ¡Nos casamos anoche! —vuelve a confirmar.

¡No me lo puedo creer! Mi corazón está a punto de explotar por los nervios.

—¿Que os habéis casado? —pregunta como si no lo hubiera entendido todavía—. ¿Y

qué pasa, que no tienes madre, Jayden?

¡Oh, lo que me esperaba! Esto va a salir mal. Harry está justamente en la mesa de atrás de

la señora Cooper y me mira como si quisiera matarme. ¡Mierda! Él también está

enfadado.

¡Tuviste la más estúpida idea, Evolet!

—¡Mamá, lo siento! —agrega con mucha calma el señor loco—. ¡Pero hoy en día la

tradicción ya no existe!

¿Qué? No, Jayden, ¿por qué le dices esto? ¡Lo vas a empeorar aún más!

—¡Hijo, creo que merezco una explicación por esto! —Su tono de voz es severo.

—¡Mamá! No hay nada que explicar, simplemente nos hemos casado.

¡Vamos, Evolet! ¿Por qué no le cuentas que habéis jugado un poco? Y si quiere una fiesta

grande... pues que así sea.

—Eh... ¿Puedo decir algo? —Los dos me miran sin decir nada—. ¡Voy a ir un

momento al baño!

Y me levanto corriendo. ¿Por qué no pude explicárselo? Maldita sea. Entro en el baño y

me miro en el espejo unos minutos, después abro el grifo y me echo un poco de agua fría

en la cara. Escucho cómo se abre la puerta del baño, pero antes de levantar la cabeza

alguien se posiciona detrás de mí y con una brusquedad horrible me empotra con la cara

en la pared. Huele a una colonia distinta. No es Jayden y él nunca me trataría con esa

agresividad.

—Hola, bonita —murmura en mi oído, y girándome hacia mi hombro no puedo ver

quién es, tiene el rostro cubierto.

—¿Quién eres? —Mi voz suena nerviosa.

—¡No te he dado permiso para hacerme preguntas! —exclama riéndose sarcásticamente.

—¡Me haces daño! —Me tiene las manos apretadas y sujetas en la espalda.

Siento que mi corazón se acelera a toda velocidad y un calor parece resbalar por todo mi

cuerpo. Me entra el pánico y ganas de llorar.

—Mmm... —Pasa una de sus manos entre mis muslos —. Lo que te haría en este

momento te provocaría mucho más dolor —dice e intento gritar, pero su mano tapa mi

boca de inmediato—. No intentes hacer ninguna tontería, que no sabes de lo que soy

capaz —me amenaza, y su respiración está justamente en mi pelo—. Vi cómo anoche te

tocaba tu protector en la casita del faro... ¡Muy romántico! ¡Dile de mi parte que no

podrá protegerte por mucho más tiempo! —Echa mi pelo a un lado y pasa su asquerosa

lengua por mi garganta justamente detrás de mi oreja.

Un sollozo me sale de muy adentro de mi pecho. Intento girarme, pero antes de que yo

pueda verlo vuelve a taparse la cara. De nuevo con brutalidad tira de mi pelo hacia atrás

haciéndome alzar el rostro.

—¡Eres preciosa, Evolet! —Y tira con más fuerza de mi pelo y yo me quejo.

—¡Nos

vemos pronto! —Y la puerta se escucha cerrarse.

Me caigo al suelo y me echo a llorar aterrorizada. ¿Por qué me ha hecho esto? ¿Quién es?

En mi cabeza hay una mezcla de pensamientos que no puedo aclarar. La puerta vuelve a

abrirse y me sobresalto asustada por imaginar que ha vuelto el mismo tipo de hace unos

minutos.

—¡Evolet! —exclama y se me acerca rápidamente—. ¿Qué ocurre?

Siento que se me corta la respiración y no puedo hablar.

—Alguien... —no puedo formular ninguna palabra, todo mi cuerpo tiembla alterado—

entró en el baño y...

—¿Quién, Evolet? —Su rostro bonito empieza a cambiar coléricamente—.
¿Qué te ha

hecho? —grita levantándome de los brazos y poniéndome de pie—. ¡Habla,
Evolet!

—¡No lo sé! —lloro—. ¡No lo sé! ¡Empezó a tocarme y me dijo que no
podrás

protegerme por mucho tiempo! —Su rostro hermoso muda en la bestia que
muchas

veces sentí dentro de él.

Aprieta fuertemente la mandíbula acercándome a su pecho. Lloro, pero entre
sus brazos

me siento protegida como una niña pequeña. Escucho su corazón latir con
potencia. Está

furioso y la respiración la tiene acelerada.

—¡Maldita sea! —maldice y me aparta hasta que puede mirarme de nuevo a
los ojos—.

¡Quien te hizo esto lo va a pagar! —y vuelve a abrazarme muy fuerte como si
quisiera

borrar todos mis miedos.

Caminamos hacia la salida. Sus pasos son firmes, largos y violentos igual que
todo su ser.

La furia se le lee libremente en el rostro y su madre se levanta con los ojos
bien abiertos al

verlo tan cambiado. La señora Cooper arruga su entrecejo porque ella lo

conoce mejor

que nadie.

—¿Qué pasa, hijo? —pregunta, pero él no le contesta ni tampoco la mira.

—¡Harry! —grita, y el señor chófer en seguida se da cuenta de que algo va mal—.

¡Cuida a Evolet y a mi familia! —ordena y cruza como loco al otro lado de la carretera.

Veo cómo se dirige por otra calle y sin pensármelo voy corriendo detrás de él.

—¡Jayden! —lo llamo, y Harry me sigue—. ¡Jayden! —grito de nuevo, pero él entra

dentro de un restaurante.

Entro detrás de él y veo que no le importa que haya nadie alrededor. Todos los presentes

posan las miradas en él, y absolutamente nadie se atreve a preguntar o a emitir algún

sonido. Se hace silencio de inmediato como si nadie existiera dentro del local aparte del

furioso mangoneador Cooper, cuya voz en seguida resuena coléricamente.

—¿Dónde está Chris? —pregunta con una voz histérica al barman—. ¡Contesta! —

vuelve a ordenar, y el chico que está justamente detrás de la barra parece demasiado

asustado.

—Ha salido —murmura.

—¿A dónde? —vuelve a bramar, y al mismo tiempo Chris entra por mi lado.

Su mirada es intensa y el tiempo parece detenerse exactamente cuando me roza al pasar.

Sus ojos clavados en los míos hacen que mi corazón tiemble, que todo mi ser se agite y

recuerde el momento del baño. Me gustaría escucharlo hablar para confirmar si su voz es

la misma que me amenazó. Pero no tiene tiempo para hablar, Jayden lo arrastra del cuello

de la camiseta y golpea con todo su cuerpo la barra.

—¡Nunca en tu vida vuelvas a ponerle la mano encima! —brama colérico—. ¡Nunca!

—vuelve a bramar a la vez que su puño choca con la cara de Chris.

—¿Qué te pasa? —grita desesperadamente y mi corazón da un vuelco—. ¡No le he

hecho nada! ¡Te lo juro!

—¡Jayden! —Camino unos pasos, pero Harry me detiene—. ¡Jayden! ¡No es él! —

clamo, y él se detiene con el puño alzado.

—Si me entero de que fuiste tú el que mandó a alguien hace un rato a hacerle daño a

Evolet... —relame sus labios— ¡conocerás al diablo que llevo dentro! —sentencia.

Con toda su musculatura contraída y la respiración excitada todo su cuerpo se gira

descortésmente enseñándole la espalda a Chris y sus ojos conectan enseguida con los

míos. Me coge de la mano y salimos fuera.

—¡Harry, vamos a recoger nuestras cosas! —ordena—. ¡Regresamos a Nueva York!

Capítulo 28

Estoy en la cocina de Jayden con un enorme vaso de leche enfrente.

Llegamos

hace un par de horas a Manhattan y hemos venido directamente a la casa de

Tribeca. Después de lo ocurrido en Miami conozco perfectamente a mi

mangoneador y sé que no permitirá por mucho tiempo que me quede sola.

Todavía mi

cabeza sigue dando vueltas a ese momento. Sus manos, una voz ronca y su respiración

tan fuerte... ¿Qué te pasa, Evolet? Oh, por Dios... Mi mente no es capaz de tener ningún

otro pensamiento más que ese maldito momento... ¡Ese hombre sigue rodando dentro

de mi cabeza! La puerta de la cocina está medio abierta y escucho claramente los fuertes

golpes de Jayden en su saco de boxeo. Jadea cansado, pero sigue golpeando... Golpe tras

golpe intenta calmar su furia y el impacto que tienen sus puños al chocar el

saco parece

multiplicar su cólera. Camino con pasos suaves hacia el salón. Me acerco y lo observo.

Camino alrededor del cuadrilátero. El azul de sus ojos se intensifica penetrando por

medio de las cuerdas hasta llegar dentro de mi propia mirada. Sigo rodeando el *ring*; su

respiración alterada, todos sus músculos contraídos y la piel húmeda por su propio sudor

hace que me recorra un desquiciado deseo. Sin perder la conexión de nuestras miradas

me acerco al bar, agarro el mando de su equipo de música y con un solo clic empieza a

sonar una canción. Vuelvo a acercarme al cuadrilátero y veo su intención de bajarse, pero

con un solo gesto de mano lo detengo.

—¡No te muevas! —exijo, y él se para.

—Evolet...

—Shhhh... —le indico con el índice.

La música empieza a desnudar mi cerebro de cualquier pensamiento. Froto un muslo

contra el otro, las caderas las balanceo con suavidad, sensual... Giro la cabeza

amnésicamente y en el azul marino de sus ojos se enciende el fuego... arde, quema en

llamas desesperantes por no poder sentir mi piel, el olor de mi carne, que tiembla con solo

sentir su delirante mirada recorriendo todo mi cuerpo. Me quito la blusa a la vez que mis

piernas siguen moviéndose al mismo ritmo que mi deseo, la música sigue su ritmo y sus

ojos persiguen cada movimiento, cada ondulación que mi cuerpo le muestra con

seducción. Mis pechos se endurecen detrás del fino encaje de mi sujetador y dentro de mi

cuerpo vibran mil emociones. Dejo caer la cabeza hacia atrás, mi pelo suelto acaricia

tiernamente mi columna; me acaricio el vientre y los pechos mientras sigo rodeando en

un círculo sin fin el cuadrilátero. Él me sigue desde el centro de la lona con los brazos

relajados alrededor del cuerpo, pero sus manos todavía están cerradas en puños.

Desabrocho el botón de mi vaquero y bajo la cremallera. Sus ojos brillan y todo su

cuerpo se tensa. Hace un sacrificio enorme para contenerse y estar quieto sin poder

tocarme. Se observa en su rostro el deseo, el ansia que tiene de saltar sobre mí. Sigo

bailando ignorando su ansiedad, el ritmo de la música llega dentro de cada célula de mi

ser ayudándome a trenzar mi cuerpo a su escandalosa métrica, que poco a poco estimula

un apetito bárbaro en la única conexión de los dos. Nuestras miradas flamean. Mi mano

baja despacio por la abertura del vaquero, suave, delicadamente, siendo para el que

observa algo provocador y descaradamente excitante. Mi sexo está húmedo, anhelante de

sus caricias. Me toco despacio a la misma cadencia que mis caderas siguen ondulándose

por la música. Se relame los labios y, aunque vuelvo a levantarle la mano para detenerlo,

no me obedece. Baja y con impulsividad su mano accede por debajo de mi pelo

atrayéndome a una corta distancia de su boca. Su respiración está alterada, su pecho sube

y baja desesperado y sus ojos chispean calientes como un volcán activo.

—¿Qué quieres, Evolet? —pregunta desafiante.

—¡Llévame al cuarto de baño! —exijo, y él se sorprende. Observo las líneas que boceta

su cara en un asombro perfecto, pero aun así no me pregunta nada. Me levanta en sus

brazos y me cumple el deseo.

—¡Aquí! —Le enseño la pared—. ¡Exactamente aquí! —vuelvo a decir y me siento con

la cara mirando a la pared.

Me observa atentamente. Llevo las manos a la espalda y en la garganta se me forma un

nudo.

—¡Hazlo! —ordeno—. ¡Cómo te lo he contado! Tócame como él lo hizo, por el mismo

sitio y con las mismas formas... agresivo y sucio. ¡Impugnable!

Me gira bruscamente, mi espalda choca contra la pared y su mirada se vuelve colérica.

—¡Nunca te haré daño, Evolet! —exclama, y una lágrima se me cae por la mejilla.

—¡No te lo pido! —Lo miro—. ¡Te lo ordeno!

—¡Nooo! —gruñe.

—¡Lo debes hacer! —Me pongo de espaldas adoptando de nuevo la misma posición—.

¡Hazlo! Maldita sea... Cuando me gire veré tu rostro, y esa es la única forma en que

podría liberarme de ese horrible momento que agrede sin parar mi mente —murmuro—.

Tu mirada... solo tu mirada quedará en mi mente, y las huellas de aquel hombre se me

borrarán. ¡Hazlo, Jayden! —vuelvo a ordenar.

Se me acerca y pasa sus dedos por mi pelo apartándolo a un lado. Su respiración suena en

mi oído y una de sus manos baja por la abertura de mi vaquero hacia mi sexo.
Cierro los

ojos y aprieto fuerte los labios porque lo único que me provoca es placer. Sus
carnosos y

apetecibles labios empiezan a acariciar la piel de mi cuello. Me envuelve un
escalofrío.

Pasa la punta de su lengua por detrás de mi oreja y se me escapa un pequeño
quejido.

Agarra con fuerza mi cabello y tira de él hacia atrás. Gimo. Me duele, pero no
es el dolor

que pensé que iba a sentir. Con la otra mano sube lentamente hacia mi
ombligo, juega

con los pulgares en círculo subiendo por mi vientre hasta mis pechos, y sin
detener sus

dedos pasa por el medio de mis senos. Sus labios se dirigen a mi hombro

mordisqueándolo despacio con mucha ternura y sensualidad. Su mano llega
por el cuello

sutilmente después a mi mentón. Me gira por encima de mi brazo derecho
para poder

verlo.

—¡No soy un acosador, Evolet! —dice y vuelve a girarme del todo hacia él
—. ¡Te

prometo que averiguaré quién fue y se lo haré pagar!

Agacho la cabeza avergonzada. Suspira profundamente colocando la mano
bajo mi

barbilla y levanta mi rostro. De nuevo nuestras miradas se encuentran.

—Te quiero, Evolet —susurra levantándose encima de sus caderas.

Envuelvo mis manos alrededor de su cuello y le regalo una sonrisa.

—Lo siento —murmuro.

—Shhhh... Te hizo daño y quieres borrar todo eso de tu mente, pero no es así como se

hace —dice, y sus ojos brillan.

—¿Qué haces? —le pregunto viendo que me saca del cuarto de baño—. ¿A dónde me

llevas?

—¡A donde debe estar mi esposa! —exclama—. ¡A la cama!

Le sonrío mientras entramos en el dormitorio y me deja en el filo de la cama. Se dirige a

su vestidor y después de varios segundos sale con el mismo pañuelo en la mano que

había utilizado en mi cumpleaños.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto.

—Te voy a tapar la vista.

—¿Por qué? Siempre te gusta que yo te mire —digo, y mi vista se oscurece.

Me anuda la pequeña tela detrás, en la nuca, y siento cómo se aparta de mí dejándome

confundida.

—¡Sé paciente! —Su voz suena lejana.

Sus pasos se escuchan por el suelo de su dormitorio. Ha vuelto y aparte de escuchar sus

movimientos por el interior de la habitación también escucho una canción. Ha puesto una

canción diferente a la anterior que yo le bailé.... ¡Sí!... Quiere jugar como le gusta.

—¡Relájate! —me susurra en el oído—. ¡Solo siénteme! Me ayuda a estirarme en la

cama de espaldas y lo primero que siento es cómo me quita el vaquero dejándome solo

con la ropa interior. Me derrama un líquido frío desde el cuello en una línea recta hasta la

pelvis. Un imprevisto sofoco sale de todo mi interior. ¡Oh, esto no me lo esperaba! Es tan

frío que siento que activa cada parte de mi cuerpo. Con sus manos empieza a masajear el

líquido frío extendiéndolo por todo mi pecho contorneando mis senos por encima del

sujetador de encaje. Mi olfato percibe un suave olor a canela. Mmm... huele bien. Es un

lubricante afrodisíaco. Baja por mi vientre y según desliza las manos mi calentura se

mezcla con la frescura del líquido. Consigue relajarme y perderme en otro universo.

Llega a la pequeña tela que cubre mi sexo y siento cómo vierte por encima la

loción. Mi

sexo se contrae y toda mi piel y el vello se me eriza por toda la superficie de mi cuerpo.

Masajea con suavidad lentamente en círculos y en este momento siento cómo me

debilito. Vuelve a subir de nuevo con las dos manos magreando mis curvas hasta que mis

senos quedan estrujados en sus palmas. Se coloca encima de mí y siento su miembro

rozar contra mi cueva. Dios... es tan dura y caliente... Debe estar igual de excitado que

yo.

—Abre la boca —exige.

¡Oh, no! ¿Esto qué significa?

—¡Abre! —repite, y con la respiración temblorosa entreabro mis labios.

Derrama en mi boca y por encima de ella un jugo de fruta tropical. El extracto resbala por

mis labios, cayendo por los lados hasta mi cuello. Vuelve a derramarlo de nuevo sobre

mis pezones y el tacto de calor a frío hace que me estremezca completamente de placer.

Lame con su lengua el camino sucio del jugo descendiendo por el cuello hasta mis senos

empalagados del dulce néctar. Baja la tela del sujetador, que queda por debajo de mis

pechos y hace que mis senos queden firmes y levantados, preparados para ser probados.

Chupa la areola rosa que forma mi pezón arrancándome un gimoteo lleno de satisfacción. Lame, chupa y mordisquea cada milímetro de mi cuerpo y mis jadeos de

placer resuenan en concordancia con la música. Desciende de nuevo y se detiene en mi

sexo. Sus dientes empiezan a herirme con suavidad y siento el placer recorriendo todo mi

ser mientras intento retroceder.

—No te muevas. —Su voz es ronca y sensual—. ¡Déjate llevar, Evolet! — ordena, y yo

vuelvo a gemir.

Vuelve a disfrutar de nuevo de cada milímetro de mi piel deleitándose con el jugoso

sirope dulce y empalagoso hasta llegar a mi boca. Lame mis labios con la punta de su

lengua, juega con mi delirio dándome lo más mínimo de su sabor. Levanto la cabeza

buscándole la boca a por más, pero siento cómo su fuerte cuerpo se levanta dejándome

con las ganas y a la espera de su siguiente movimiento. Me pone boca abajo. Estoy en

mitad de la cama con los ojos cubiertos y, aunque no puedo ver nada, siento su mirada

recorrer todo mi cuerpo, y eso hace que un fuego se encienda dentro de mí.
Desliza mi

braguita por mis muslos despacio hasta quitarlas del todo. De nuevo siento la
frescura del

lubricante que cae en una línea continua por toda mi espalda escurriéndose
entre mis

nalgas hasta la entrada de mi vagina. Gimo y estiro las manos por delante de
mi cabeza

arrugando las sabanas en mis puños. Deja su cuerpo encima de mí y su
miembro late

impaciente pegado a mi trasero. Masajea mis hombros, la espalda y mis
nalgas con un

ritmo desesperante, sensual. Mi sexo está a punto de derramarse y siento que
no puedo

detenerlo. Con sensualidad empieza a lamer la hilera de mi espalda subiendo
hasta mi

cuello y desquiciadamente arqueo mi espalda apoyándome en los brazos. Se
ríe en mi

oído.

—Nunca te resistes —dice—. Me gusta ver cómo te retuerces de placer.

De nuevo me gira boca arriba y con ansia besa mis labios. Me quita el
pañuelo y sus ojos

quemán en un azul lujurioso.

—¡Quiero verte! —exclama—. ¡Ver en tu mirada la satisfacción!

Me sujeta por las muñecas mientras se mete entre mis piernas. Su miembro es

firme,

robusto, palpita pegado a mi carne provocándole un desequilibrado gusto a mi cueva

mojada, preparada para recibir lo que necesita. Coge un bote de aceite corporal y vuelve a

derramarlo por mis senos. Huele a canela, a jugo tropical, a... él. Todo mi cuerpo huele a

él... Estoy empalagosa, dulce entre la mezcla del aceite y el extracto de zumo. Muerdo

mis labios al verlo tan sensual y seductor con su resplandeciente tatuaje de hombre duro,

malo, a la vez que se debilita ante toda mi esencia. Masajea aún más mis senos, después

los chupa, los muerde arrancándome un chillido de todo el placer que me provoca. Se

detiene. Relame sus labios con los ojos en mis ojos... embriagador, y cuando pensé que

mi tortura acabó, solo empieza. Su miembro entra con dureza en mi sexo embistiéndome

hasta el fondo de mi encanto. Grito y él gime, jadeo y él golpea más, sale y entra con

gusto y apetencia, y siento que mi sexo quiebra de placer. Aún quiere más y él le da todo

con locura hasta que me derramo... ¡Oh, Dios! Un placer único se siente dentro de mis

entrañas y con una última embestida me llena de sus flujos, de su propio

néctar, y siento

que voy a desfallecer de placer. Tiemblo saciada y él vuelve a besarme.

—Te amo, Evolet —murmura dejando descansar su cabeza en mi pecho.

—¡Yo también, Jayden!

La canción se acaba y queda solo nuestra respiración agitada sonando en el dormitorio.

—¡Quiero que me lleves a bailar! —exclamo.

—¿Ahora? —Levanta la mirada y se queda apoyado con la barbilla entre mis senos.

—Sí. Es domingo por la noche —digo—. ¡Quiero salir a bailar! —Él me sonríe.

—¡Entonces te llevaré a bailar! —Baja de la cama y entra en el cuarto de baño.

Me miro. ¡Oh, Evolet! Eres una... mmm... ¡No importa!

Capítulo 29

Estamos en el ascensor bajando al aparcamiento privado del edificio. El elevador

parece cansado, o es simplemente mi impresión. Desciende lentamente cada

planta. Llevo un vestido entallado a mis curvas de color azul marino y con una

sola manga de encaje. Miro de lado al hombre que me vuelve completamente loca con

solo sentirlo a mi lado. Aprieta mi mano fuerte pero a la vez cuidadosamente. Lleva una

camisa blanca desabrochada en los primeros botones dejando verse un poco de su

bronceada piel. Oh, Evolet... Tranquila, nena... Mi subconsciente intenta tranquilizar

mis fogosos pensamientos. Muerdo mis labios mientras lo contemplo. Hermoso. Gira sus

penetrantes ojos hacia mí y... con simplemente ese pequeño gesto siento cómo me

derrito ante él.

—¡Bonito vestido! —dice y vuelve a mirar los números rojos que descienden en la

puerta del ascensor.

—Mmm... Era lo único que llevaba en la maleta que llevé a Miami — contesto, y él

vuelve a mirarme.

—¡Espero que todos los gilipollas esta noche estén lejos de ti! —exclama y me hace reír.

—No me preocupo por eso. Tengo a mi lado a mi protector. —Muerdo mi labio inferior

a escondidas.

Se gira hacia mí levantándose la barbilla y nuestras miradas chispean.

—¡No muerdas tu labio! —Sus ojos se encienden—. ¡Sería capaz aquí mismo de

penetrar tu bonito sexo y hacerte gritar hasta el último piso! —dice, y me atraganto con

mi propia saliva.

Solo de pensar en lo que acaba de decir mi braga se humedece. ¡Oh, mis mejillas arden!

Lo creo capaz de semejante cosa.

—¿Y por qué no lo haces? —le propongo atrevidamente y las puertas del ascensor se

abren.

Me río a la vez que intento esconder mi rostro cuando al otro lado de la puerta veo al

señor chófer. Nos mira unos segundos con ofuscación.

—Buenas noches, señor Cooper —saluda—. Señora. —Asiento simplemente con la

cabeza saliendo del ascensor.

Un calor me recorre de repente y me detengo pasando la mano por mi frente.

—¿Estás bien? —me pregunta Jayden, y por unos segundos me parece verlo multiplicado—. ¡Estás pálida!

—¡Sí!... ¡Estoy bien! —Mi vista vuelve a aclararse.

Pasa los dedos por mi mejilla tiernamente escondiendo un mechón de mi pelo detrás de

la oreja.

—¿Seguro? —Parece dudar ante mi rostro.

—¡Sí, estoy bien!

Harry abre la puerta del coche, pero vuelvo a detenerme justo al lado de él.

—Me gustaría aclarar de una vez algo, Harry —digo, y como siempre el señor de traje

me mira atentamente—. ¡Para ti, siempre Evolet! —Sonrío—. ¡Para mí tú eres más que

un chófer!

—Señora...

—¡Evolet! —lo interrumpo, y él asiente con la cabeza Le doy la espalda girándome de

nuevo hacia Jayden.

—Pensaba que íbamos a tener un poco de intimidad —le murmuro despacio—. ¡No

quiero ir con el coche! Prefiero la moto —Y sus ojos recorren mi vestido de arriba abajo.

¡Vamos...! Sé perfectamente que mi vestimenta no es muy adecuada, pero lo podemos

intentar. ¡Evolet!, tú y tus ideas... Pasa la mano por su barbilla mirando por encima de mi

hombro a su chófer.

—Harry, mejor tómate el día libre —dice y sonrío—. Mañana iremos a recoger las cosas

de Evolet. —El señor conductor mira desconcertado—. ¡Nosotros iremos en la moto!

—¿Está seguro, señor Cooper? —pregunta.

—Sí. No te preocupes.

Harry cierra la puerta del coche y se retira. Subo en la moto y Jayden me ayuda a colocar

los pies en las estriberas por un lado y el otro del aparato. El tacto de sus manos en mi piel

hace que me traspase una descarga de corriente por toda la pierna. Mis muslos se quedan

separados y mi vestido, aunque es corto, sube todavía más, exactamente a la altura en que

se puede observar la pequeña tela negra de encaje que cubre mi sexo. Lo escucho exhalar

un suspiro mientras me coloca el casco de seguridad. Sube y al arrancar el motor la moto

sale con una velocidad tremenda del aparcamiento. En la oscura noche circula un

airecillo fresco. Mi pelo fluye en el aire y mi corazón parece contento, voltea de felicidad.

Llegamos frente a un club y su moto se detiene al lado de la acera.

—¡No quiero aquí! —digo antes de que se baje.

—¡Es un sitio bonito! —exclama por encima de su hombro—. ¡Te va a gustar!

—No. ¡Quiero que me lleves al Delirious Rhythm! —Y se queda mirándome de reojo.

—¿Delirious Rhythm!? —murmura—. Pensaba que querías algo más... —Se detiene

—. ¿Estás segura?

—¡Segurísima! Esta noche entrarás como cliente y no como el dueño del club. —Y con

lo último que digo la moto vuelve a ponerse en marcha.

Después de girar por otras calles llegamos al corazón de Manhattan, donde la ciudad

nunca duerme. Juntos de la mano nos acercamos a la entrada del Delirious Rhythm y su

guardaespalda nos mira confundido.

—¿Pasa algo con la otra entrada, señor Cooper? —pregunta desorientado al ver a su jefe

por primera vez querer pasar por la entrada principal.

—No —contesta con seriedad—. ¡Ese es el deseo de mi esposa! —añade, y el rostro de

su guardaespaldas se arruga aún más confundido—. ¿Podemos pasar?

Su hombre me mira con la boca abierta. ¡Esposa! Esa es la palabra que lo ha dejado

pasmado.

—¡Por supuesto! —La puerta se abre y cautelosos entramos dentro.

La música, como siempre a tope, hace que te llenes de vida. Las luces parpadeantes y la

atmósfera en seguida te liberan de cualquier energía negativa.

—¿¡Señor Cooper!?! —exclama uno de sus camareros—. ¿Ocurre algo?

—¡No ocurre nada! —contesto mientras subo encima de unas sillas altas de la barra—.

El señor Cooper esta noche ha venido para disfrutar un poco del ambiente de este club —

digo, y el camarero, como el hombre de la entrada, se queda con la boca medio abierta

ante nosotros.

—¿Os sirvo algo para beber? —pregunta.

—¡Una tónica! —contesta bastante tosco mi hermoso mangoneador apoyándose de

costado en el filo de la barra.

Con la camisa remangada hasta los codos y con la mirada por todo su alrededor, su

sensualidad y sus gestos perfectos me hacen morder de nuevo el labio inferior. ¿Por qué

es tan perfectamente perfecto?

—¿Y usted, señorita? —La pregunta de su empleado me saca de mis voluptuosos

pensamientos.

—¡Un bourbon! —contesto, y mi señor magnífico me mira sorprendido.

—¡Señora! —Jayden lo corrige—. ¡Señora Cooper! —Y vuelve a mirarme—. ¿Vas a

tomar un bourbon?

—Sí —contesto con una suave sonrisa en mis labios.

—¿Desde cuándo haces eso? —pregunta.

—¡No lo hago a menudo! Solamente cuando quiero que mi personalidad de niña buena

desaparezca —contesto, y su preciosa boca se curva en una suave sonrisa.

Se me acerca como si quisiera contarme algo en secreto. Su mano puesta en mi cuello

provoca un estremecimiento por mi cuerpo y su voz ronca en mi oído hace que mis

piernas tiemblen en el asiento alto de la barra.

—¡Así que te gustaría ser una niña mala! —murmura mordisqueando suavemente el

lóbulo de mi oreja.

—Sí. ¡Quiero ser una niña muy mala esta noche, señor Cooper! —Dejo caer hacia atrás

mi cabeza y él deja un sabroso beso en mi cuello.

—¿Y qué tienes pensado exactamente? —Coge su tónica y se toma un trago.

Yo acerco mi vaso de bourbon a mi olfato. Recorro con la mirada nuestro alrededor para

asegurarme de que nadie nos observa y sorbiendo de la copa entreabro despacio mis

muslos y estrecho la pequeña tela del vestido en mi mano tirando de ella en el interior de

mis piernas. Sus ojos brillan y todo su cuerpo se tensa. Se planta exactamente entre la

abertura que conduce a mi sexo.

—¿Qué haces, Evolet? —pregunta mientras su mano descansa encima de uno de mis

muslos.

—¡Juego con tu sensibilidad! —contesto y observo el recelo que se acuna en su mirada.

Vuelvo a sorber del vaso dejando caer unas gotas de alcohol por mi barbilla. Con el dorso

de la mano me limpio, después chupo con sensualidad mis labios. El deseo ha despertado

dentro de su mirada.

—¡Así que quieres jugar, señora Cooper! —murmura girando sus ojos azules hacia la

gente que nos rodea.

—¡Evolet! ¡Solo Evolet para usted! —Sonrío—. Mi nombre suena muy sexy cuando

usted lo pronuncia, señor Cooper —le susurró al oído, y su respiración parece aumentar.

—¡Ven! —exclama intentando alejarme de la barra.

—No... no... no... —Meneo la cabeza—. ¡Todavía, no! —exclamo y vuelvo a beber

de mi vaso de bourbon.

Él entreabre los labios sorprendido. Sonríe. No se esperaba a una Evolet tan diferente.

Todas las niñas crecen... maduran en algún momento. Aunque sigan con sus caritas de

angelito, todas llevan un pequeño diablo dentro de ellas. Y ahora mi diablito interior lucha

con mi ángel, se quiere apoderar de mi pequeña mente para poder mostrarme que yo

también puedo controlar al hombre mangoneador que resplandece ante mis ojos. Sonríe

y se aleja unos centímetros de mí.

—¡Cruza las piernas! —ordena, y yo cumplo su deseo—. ¡Otra tónica, por favor! —le

pide a su empleado.

—¡Y otro bourbon! —digo, y la mirada de Jayden se oscurece.

—¿Otro?

—¿Quieres ver mi carné de identidad? —le pregunto sarcásticamente, y sus ojos azules

se apagan en una sombra negra.

—¿Qué quieres, Evolet? —Se me acerca a una corta distancia.

—Mmm... parece que a mi señor no le gusta ser controlado —murmuro—. ¡Quiero que

me folles exactamente aquí!

—Con la palma de la mano le enseño la superficie de la barra—. ¡Aquí mismo! —

exclamo, y sus ojos parecen salirse de su órbita.

—¡Estás loca!

—¡Sí! Loca de amor —le contesto, y veo cómo intenta contener una sonrisa.

—¡Ok, Evolet! Tú ganas. ¿Dime cuál es tu propósito? —Vuelve a beber de su tónica sin

perder la conexión con mis ojos.

—Mmm... ¡Espera! —exclamo.

—¿¡Esperar!?! —Se sorprende por mi imprevista contestación.

—Sí. —Pongo la mano en su mentón y a una mínima distancia de sus labios le explico

—. Espero que el tiempo pase y el tictac —sonrío— anuncie el último minuto que va a

quedar para que todos tus empleados cierren este local y se vaya a sus casas.

Pasa la lengua por sus labios humedeciéndolos. Está realmente pasmado ante mis

intenciones.

—Puedo ahorrarte la espera y llevarte arriba al cubo de cristal —dice, y yo muevo la

cabeza en un «no» redondo—. ¿No quieres?

—No. —Y con la boca le acentúo las letras de la palabra NO. No quiero ponérselo todo

tan fácil. Quiero perturbarlo igual que él hizo conmigo hace un par de horas en la cama,

quiero que se enfrente a su deseo, que lo puedo leer en el profundo azul de sus ojos. Está

realmente deseoso de volver a tocarme, de jugar con mis emociones enloqueciéndome

con su candor de controlador. ¡Oh, Evolet! ¡Enséñale que tú también sabes jugar

sensualmente con él!

—Falta mucho hasta el cierre, Evolet.

—Mmm... ¡Eres muy impaciente! —Sorbo de mi copa y él apoya su brazo en la barra

—. ¿Por qué no les dices a tus empleados que cierren antes?

—No creo que hables en serio. Además, hay bastante gente, no los puedo echar por la

puerta.

—¡Pues... entonces nos queda esperar! —Aprieta su mandíbula y veo cómo sus ojos

van a mis piernas.

—Ok. ¡No te mueves de aquí! —exige—. ¿Entendido? —pregunta galantemente.

—¡Como usted ordene, señor Cooper! —le contesto, y con una última mirada veo cómo

se pierde por la multitud.

Me giro hacia el centro de la sala apoyándome con los codos en la barra. Todos parecen

disfrutar al máximo de esta noche. Bailan y gozan estimulados por la música. Vuelvo a

coger mi vaso y antes de llevarlo a mi boca la música se para, la gente empieza a

empujarse y una alarma de incendio suena ensordecedora. Se forma el pánico y los

rociadores de incendios se activan mojando a todos los del interior de la sala. Me río

contemplando el horrible caos mientras que el agua cae sabrosamente encima de mi

cuerpo. Todos se empujan para salir fuera del club, asustados, empapados y horrorizados

pensando en un imprevisto incendio. Pero esto no es nada más que una idea de mi

mangoneador para poder complacerme. No me lo puedo creer... Dios, está aún más loco

de lo que yo había pensado... Echo la cabeza hacia atrás y siento cómo el agua fría cae

encima de mi rostro. ¡Está verdaderamente loco! Vuelvo a mirar la sala; está casi vacía y

la alarma se ha parado. Entre las luces parpadeantes y los chorros de agua camina hacia

mí el hermoso hombre de ojos azules.

—¿Contenta? —pregunta, y yo vuelvo a reírme.

—¡Efectivamente, estás loco!

—¿¡Me estás llamando loco!?! —Alza sus cejas sorprendido.

—Sí. Estás LOCO...

—¿De verdad? No me lo puedo creer, te cumplo el deseo y tú me llamas loco. —Sonríe

—. ¡Pero si tienes razón! —Me mira por debajo de sus largas pestañas—. ¡Estoy loco por

ti, Evolet!

Muerdo mi labio inferior. Oh... está empapado. La camisa se le ha pegado a sus bíceps,

su pelo está desordenado y en el azul de sus ojos unas llamas deseosas arden.

—¡Señor Cooper, fue una falsa alarma! —Uno de sus hombres se le acerca—. ¿Qué

hacemos?

—¡Id a casa y descansad! —dice sin apartar la vista de mí.

La sala se queda en silencio. Subo al cubo y me siento en el sitio del DJ. Desde arriba

observo cómo Jayden cierra la puerta del club y después camina despacio hacia el centro

de la sala. Me observa, la luz del cubo está encendida y puede mirarme claramente.

Cambio el juego de luces de la sala de baile en un modo más suave y vuelvo a poner

música. Me levanto y me acerco al cristal. Con la mano le indico que venga arriba y él

asiente. Sonríe. Entra por la puerta desabrochando su camisa mojada. Se la quita y la deja

encima del equipo de música, y yo me acerco y le paso la mano por su

hermoso tatuaje.

Él entreabre los labios y sin decir nada atrapa mi rostro en sus manos y me besa. Su

lengua busca la mía, y el sabor de la tónica se mezcla con mi sabor del bourbon. Sensual,

lascivo... hambriento muerde mis labios empujándome contra la pared acristalada del

cubo. Sus manos bajan a mis muslos y el deseo se retuerce dentro de mí. Me alejo a unos

centímetros de él y observo su apetito. Le sonrío porque mi fantasía ahora empieza a

desarrollarse.

—¡Olvidé algo! —digo deshaciéndome de sus garras—. ¡No sea impaciente, señor

Cooper!

Salgo del cubo y él me mira confundido. Cierro la puerta y por la ventana le vuelvo a

sonreír. La llave está en la cerradura y la giro.

—¡Evolet! —Intenta abrir, pero la puerta está bien cerrada—. ¿Qué haces? —me

pregunta.

Levanto las manos y giro la cabeza. ¡Ahora te toca a ti, señor Cooper!

—¡El juego acaba de empezar! —exclamo y bajo.

Me dirijo a la barra por el interior. Del montón de botellas escojo mi

bourbon. Destapo la

tapa y bebo un trago dejando el alcohol caer por mi garganta entre mis pechos. Desde

arriba él me observa. Vuelvo a dejar la botella encima de la barra y le sonrío. Con

cadencia y pasos suaves al mismo ritmo que la música me dirijo al centro de la pista de

baile. Mi cuerpo empieza a moverse con una mezcla de sentimientos, deseos, pasión y

amor.

¡Enséñale lo que tú sabes, Evolet! Como en una jaula atrapado me observa desesperado,

ansioso e impotente. Me arqueo y mis muslos se entreabren y se cierran; un excitante

calor sube por mis piernas hasta mi vientre, que se mueve con una cadencia erótica,

salvaje, cruel. Sigo moviéndome, bailando y disfrutando de su contemplación. Me río. Su

mirada es punzante, observa atentamente cada gesto que hace mi silueta para él. Me giro

con la espalda hacia el cubo y con un estilo seductor deslizo el pequeño tanga por mis

muslos. Vuelvo a observarlo y se está mordiendo el labio. Sonríe y yo le doy vueltas a la

pequeña tela de encaje en el aire. La dejo caer al suelo y sigo balanceándome, mis manos

pasean por mis senos estrujándolos; después bajan por mis muslos y sin tener ni un

mínimo de compasión dejo mis dedos pasar sutilmente por mi sexo. Se cruza de brazos,

está totalmente excitado y no quiere que se le note. Las llamas arden dentro de él. Las

luces juegan también con mi cuerpo en texturas sensuales. Me dirijo a la escalera de

acceso al cubo y subo despacio. Él me espera exactamente en el cristal de la puerta. Sigo

bailando y alargando su tortura. Con los dedos dibujo su rostro a través del cristal. Arde

anhelante en una furia loca, ardiente, delirante. Giro la llave y la puerta se abre.

—¡Impresionante, Evolet! —dice arrastrándome dentro.

Atrapa mi boca en la suya empujándome contra el cristal del cubo. Mi deseo se encuentra

con el de él y quiebra en una pasión lujuriosa. Baja por mi cuello dejando un camino

húmedo y estimulante.

—¡El juego ha terminado! —exclama y me alza encima de sus caderas.

Vuelve a besarme mordiendo y chupando mis labios con brusquedad. Mi respiración

aumenta, gimo, sus manos aprietan mis nalgas y de un golpe seco su miembro que entra

dentro de mi sexo. Vuelvo a gemir y el cubo parece asfixiarse con nuestros jadeos. Con

una embestida aún más fuerte y firme me penetra y yo arqueo la espalda para recibirlo.

Mi respiración se entrecorta con sus besos, devora mi boca y mi cuello, y su erección

cada vez entra con más fuerza. La música sigue a nuestro ritmo desquiciado, salvaje,

brutal. Una embestida tras otra me arranca miles de quejidos placenteros y llegamos

juntos al clímax más fuerte experimentado jamás.

Capítulo 30

Intento abrir los ojos, pero un intenso dolor de cabeza me impide hacerlo. En mi

memoria aparecen las escenas de anoche. Oh, bebí demasiado bourbon... Abro los

ojos y una fina bruma cubre toda mi vista. Intento bajar de la cama y siento un

temblor que se apodera de mis piernas. ¡Horrible! Me encuentro mareada y con unas

ganas enormes de vomitar. Evolet... esta vez te has pasado... Mi subconsciente me

reclama y le doy la razón por primera vez. Me observo. Llevo una camiseta de tirantes y

solamente mis bragas. No recuerdo absolutamente nada. Seguramente Jayden fue el que

me desvistió y me metió en la cama. ¡Joder... qué vergüenza! Camino por el pasillo y el

sonido de una respiración agitada resuena en el salón. Me apoyo en el marco de la puerta

y observo. Como todas las mañanas, Jayden hace sus ejercicios. Lleva su pantalón

remangado varias veces, los pies descalzos y todo su busto descubierto y sudado por los

saltos de la comba.

—¡Buenos días, pequeña! —Se detiene bruscamente con el cuerpo alterado por el

entrenamiento.

Le sonrió avergonzada mordiéndome las uñas. Se me acerca y observa con sus azules

ojos todo mi cuerpo, y yo me sonrojo. Estoy verdaderamente avergonzada. Me quita un

mechón de pelo de la cara y después me deja un suave beso en la frente. Está apenado

por mí... No... no quiero que sienta lástima por algo que yo misma hice. Tomar

demasiado alcohol. Se aleja y de la superficie del bar coge un vaso con agua.

—¡Dame la mano! —me pide, y yo se la doy.

Encima de la palma me deja dos pastillas; después, me tiende el vaso con agua.

—Tómatelas —dice, y sin preguntar nada me las trago de inmediato—. Te

ayudarán a
estar mejor.

Sigo callada y con el mismo espantoso dolor de cabeza. Unas punzadas dolientes en mi

vientre y unas desagradables náuseas me hacen correr al cuarto de baño. De rodillas en el

frío mármol y con la cara en el inodoro, vomito. Soy un tremendo desastre. Quise

impresionar y lo he conseguido. ¡Maldita sea! Jayden se sienta a mis espaldas sujetándome el pelo.

—No pasa nada —dice—. Ahora vamos a comprar otra botella de bourbon.

Por debajo de mis débiles parpados le lanzo una mirada enfurecida. ¡Lo que me faltaba!

—¡Nunca más tomaré alcohol! —digo mientras me echo un poco de agua fría en la cara.

—¡Qué pena! —exclama—. Pensé que esta noche lo podríamos repetir —me vacila.

Lo miro y de repente me doy cuenta de que perdí la noción del tiempo. ¡Mierda, Evolet!

Paso por al lado de Jayden, recojo unos vaqueros y otra blusa de la maleta, que todavía

sigue en el dormitorio de Jayden.

—¡Mis niñas pequeñas! —exclamo—. ¡Maldita sea! —maldigo mientras me visto.

—¡Tranquila! Llamé a la directora del colegio y le expliqué que tienes mucha fiebre y no

podrás llegar a la clase de *ballet*.

—¿Qué? —Me sorprende—. ¿Llamaste a la señora Anderson?

—Sí —contesta apoyándose en el marco del cuarto del baño—. ¿Crees que eres capaz

de ponerte de puntillas? —Sonríe burlón—. Voy a ducharme, después nos vamos a por

tus cosas. —Cierra la puerta del baño dejándome con la boca abierta.

Me tiro encima de la cama. El dolor de cabeza persiste y es horroroso. Vuelvo a quitarme

el vaquero y la camiseta. Con pasos silenciosos entro en el cuarto del baño. ¡Prometo no

hacer ninguna locura! Me digo a mi misma, y después de deshacerme de la ropa interior

entro en la cabina de la ducha. Sonrío mordiéndome los labios y Jayden me lleva hacia él.

—Mmm... —gruñe en mi cuello, y con la mano pasa la ducha con agua calentita por mi

espalda—. ¡Mi hermosa esposa! —exclama.

—¡Solo vamos a ducharnos! —digo y cojo el bote de gel echando un poco en la esponja.

—Si ese es tu deseo... —murmura no muy contento, y yo le lanzo una mirada—. ¿Me

dejas ayudarte? —me pregunta esbozando una de sus sonrisas seductoras.

Sin decirle nada le tiendo la esponja y me giro dándole la espalda. Él aparta mi pelo a un

lado y suavemente empieza a enjabonar mi piel. Baja del cuello por mi espalda, frota mis

omoplatos y después sigue descendiendo hasta mis nalgas. Cierro los ojos al sentir que

vuelvo a perder el control. Sus movimientos son esponjosamente sensuales. Pasa su

mano por mi costado apretándome de espaldas a su vientre. Siento cómo su miembro

cobra vida entre mis nalgas. Late vigorosamente. Enjabona de uno en uno mis senos en

círculo agradablemente y siento cómo mis piernas se aflojan.

—¡Te amo, Evolet! —murmura en mi oído—. Amo la forma en que te pierdes en mis

brazos, amo tu debilidad ante mí, tus emociones, que no sabes tenerlas bajo control, tus

sonrisas, tus ojos tan oscuros pero a la vez llenos de un brillo encantador. ¡Te amo y te

amaré cien vidas más si renacemos de nuevo! —confiesa, y yo me giro para mirarlo.

—¡Yo también te amo! —Dejo un beso delicado en su pecho—. ¡Dime algo que no te

guste de mí! —Alza sus cejas y se ríe.

—Mmm... ¡Qué te emborraches! —exclama, y yo me sonrojo.

—Prometo no hacerlo nunca más.

Me sonrío contento y yo me levanto de puntillas para poder llegar a su boca.
Mmm...

Como siempre sus labios son deliciosos.

—Me quedaría así contigo todo el día —dice estrechándome contra su pecho—.
¡Pero

tenemos que salir, Harry nos espera!

—Oh... —Me alejo y cojo el champú para lavar mi cabello—. ¡Dame solo diez

minutos! —digo, pero él me quita el bote de la mano.

—Yo te lavaré el pelo —murmura—. Quiero hacerlo —me gira de nuevo con la espalda

hacia él—. Quiero mimarte como a una niña pequeña. —Empieza a enjuagar mis rizos

—. ¡Me encanta tu pelo, Evolet! Cuando eras pequeña me fijaba en tus rizos —confiesa,

y yo miro por encima de mi hombro.

—¿Por qué tardaste tanto? —pregunto—. En la playa dijiste que me habías visto antes.

¿Por qué no me lo dijiste?

Deja caer un poco de champú en su mano, pone la botella en su sitio y después empieza a

enjabonar mi cabello. Lo hace despacio, con delicadeza.

—Porque... —Su voz parece temerosa—. ¡Porque fui un cobarde! —declara,

y siento

que mi corazón da un vuelco.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es la realidad, Evolet —contesta mientras vuelve a coger el mango de la ducha

para aclararme el cabello.

—¡Mi hermana te lo prohibió, Jayden! —exclamo—. ¡Lo único es que tú no tenías que

hacerle caso!

—Bueno... ¿Por qué no dejamos esta conversación para otro día, señora Cooper? —

Sale enrollándose una toalla alrededor de sus caderas.

—¡Como usted desee, señor Cooper!

Levanto las manos quedándome con todo el cuerpo desnudo ante sus ojos marinos. Veo

cómo el brillo del deseo se le enciende dentro de su iris. Se acerca lleno de encanto y me

envuelve en otra toalla.

—¡Eres preciosa, Evolet! —Me besa delicadamente y mis labios le contestan igual—.

¡No podría vivir sin ti! —confiesa, y yo vuelvo a besarlo.

Realmente no me puedo resistir ante él. Unos cuantos besos más y al final salimos del

cuarto de baño. Jayden entra en su vestidor y yo de nuevo vuelvo a ponerme mis

vaqueros y una camiseta de manga corta. Después de una media hora aproximadamente

estamos en el garaje montándonos en la parte trasera del coche.

—¿A la casa de la señorita Evolet?

—¡No, Harry! —exclama el señor Cooper—. ¡A la casa de Evolet! —Y los dos

sonreímos mirando al retrovisor desde donde el señor chófer nos observa.

Harry nos devuelve otra sonrisa a través del pequeño espejo y sin ningún comentario

pone en marcha el vehículo. El trayecto de Tribeca hasta mi casa lo hacemos en silencio

y agarrados de la mano. De vez en cuando nos miramos, pero cada uno sigue sumergido

en sus pensamientos. Llegamos al barrio Long Island City, Queens. Subimos con el

ascensor a la quinta planta de mi edificio. Giro la llave y apenas entro un olor horrible a

tabaco me inunda las fosas nasales. Enciendo la luz y en mi salón hay señales de que

alguien ha estado ahí. En la mesita pequeña de enfrente del sofá hay varias botellas vacías

de cerveza y colillas de tabaco apagadas en un pequeño jarrón de cristal que había

comprado para decorar.

—¡Quédate aquí! —La voz de Jayden cambia repentinamente—. ¡No te muevas! —me

ordena, y en sus ojos la claridad alegre se ha borrado de inmediato.

—¿Qué pasa? —murmuro sintiendo que voy a desmallarme.

—Shhhh...

Me indica con el índice que no hable y se dirige despacio por el pasillo a mirar en las

otras habitaciones. Un sentimiento de pánico se me filtra por todo el cuerpo.

—No hay nadie —me avisa y voy hacia mi dormitorio.

Veo cómo en el espejo de la pared de mi cuarto alguien escribió con pintalabios, y sin ser

consciente mis ojos se hunden en lágrimas.

¡Nos vemos pronto bonita!

Mi rostro espantado se queda reflejado en el espejo y las letras parecen escritas

directamente encima de mi cara. Mis pupilas se dilatan horrorizadas. ¿Por qué me pasa a

mí esto?

—¡Vámonos! —Las manos de Jayden tiran de mí intentando hacerme reaccionar.

—Es él... —tartamudeo—. ¡Es el hombre de la playa! —exclamo—. Él es quien me

llamó...

Coge mi rostro entre sus manos y me mira profundamente.

—Te prometo que no permitiré que se te acerque. —Todo mi cuerpo tiembla.

No soy capaz de formular ninguna frase coherente... simplemente siento miedo... El

sonido de mi móvil me provoca aún más temor, que me impide cogerlo.

—¡Dame tu móvil! —Jayden me lo pide con la mano alzada pero yo sigo con la vista

atascada en las letras del espejo.

Abre la cremallera de mi bolso, que sigue colgado de mi cuerpo, y después de rebuscar lo

encuentra, pero la llamada se corta bruscamente. Mira en la pantalla y lo escucho

teclearlo.

—Es Sophia —agrega—. Le mando un mensaje y le digo que la llamarás más tarde.

Guarda mi móvil en su bolsillo y cogiéndome de la mano hace que me separe del espejo.

—¿Por qué me hace esto? —Las lágrimas siguen escurriéndose por mi rostro —. ¿Por

qué?

—Tranquila. —Se me acerca y limpia cada lágrima de mi cara con ternura. Después,

suavemente deja un beso en mi frente—. No tengas miedo. —Me pega a su

pecho—.

Vamos a averiguar quién es este maldito desgraciado. ¡Te lo prometo, pequeña! Salimos

al salón y observo atentamente la sala. Siento cómo mi corazón se encoge. ¡Maldita sea!

Ese desgraciado ha estado en mi casa. ¿Cómo es posible? Jayden saca su móvil y

escucho cómo le pide a Harry que suba al piso; después vuelve a marcar otro número y el

nombre de mi hermana me hace mirarlo. Le está explicando todo lo que pasó en Miami

y ahora lo de mi piso. Cuelga.

—No deberías contarle nada a mi hermana —digo, y él se me acerca—. Te echará toda

la culpa a ti y...

—¡No te preocupes! Conozco bien el impulso de Catalina, aunque... —suspira— ¡tiene

razón, Evolet! Todo esto es por mi culpa.

—¡No!... —Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas—. ¡No quiero que digas eso!

Me atrae a su pecho y yo me dejo ocultar entre sus brazos. Lo necesito ahora más que

nunca, es el único que puede calmar mis temores. Su olor me inunda y acurrucada en su

pecho me siento protegida. No quiero que se sienta culpable porque a su lado

no he

respirado el aire en ningún momento, respiré solo aromas de esperanzas y alegrías.

—¡Tranquila! —exclama, y yo me echo a llorar—. Mi pequeña mujer —murmura, y sus

labios besan con suavidad mi coronilla—. No te preocupes por Catalina.

—Tengo miedo.

—Lo sé —contesta—. ¡Pero yo estoy aquí... y nadie, ni el mismo diablo podrá pasar por

encima de mí! —añade, y Harry entra por la puerta medio abierta.

Observa con atención a su alrededor.

—¿Dónde está el mensaje? —pregunta, y Jayden le señala con la mano el dormitorio.

Se dirige hacia mi habitación. Vuelve después de unos minutos y se le nota en el rostro la

indignación.

—Vamos a bajar a tomar algo por los alrededores hasta que llegue Catalina —dice

alejándome a unos pocos centímetros de su cuerpo—. Va a tardar más o menos una hora

—dice, y sus ojos van al reloj de la pared de la cocina.

Sin decir nada lo sigo. Harry cierra la puerta del piso con mis llaves, pero para mi pesar

eso ya no da seguridad.

—¡Me ha esperado! —exclamo al salir del edificio—. Sí... me esperó tranquilamente en

mi propia casa —vuelvo a decir, y Jayden me mira—. Este hombre, quien sea, no tiene

miedo de nadie. Su mirada lleva una mezcla de rabia, furia e ira que apenas intenta

ablandar solamente para no alterarme aún más. Vuelve a tomarme de la mano y me

induce a caminar. Harry nos sigue. Entramos en la primera cafetería que encontramos y

nos sentamos en la barra.

—¿Quieres comer algo? —me pregunta—. ¡No has comido nada en todo el día!

—¿Crees que podría comer?

—Lo sé. Pero debes al menos intentarlo —me sugiere—. ¿Qué te parece un...?

—No quiero nada, Jayden —le contesto algo irritada y con un tono más alto de lo

normal.

—¡Dos cafés, por favor! —le pide a la chica que se acerca a nosotros.

—¡Que sean tres! —digo, y él me mira.

—Ya te lo he pedido yo, Evolet.

—Oh, pensé que era para Harry. —Y me doy la vuelta para mirar al otro lado de Jayden.

Harry no está. Ni siquiera me di cuenta de que no había entrado.

—Está fuera —me dice.

—¿Por qué nunca se sienta con nosotros? —pregunto—. ¡Vamos, no me mientas! Él no

es tu chófer.

—No, no es mi chófer en realidad —confirma, y yo lo miro de reojo—. Cuando perdió a

su hija él estaba en una misión especial, le quedaba poco para retirarse, pero lo ocurrido

lo hizo abandonar mucho antes —me cuenta—. Empezó a investigar solo hace unos

años a Bastián y a su gente. Después de reunir unas buenas pruebas, se presentó en la

comisaria de Catalina.

—¿Así que os conocisteis por mi hermana?

—Sí. Ella nos propuso hacer un equipo y para que nadie se diera cuenta, lo mejor fue que

él fuera mi chófer.

—Entiendo. —Sorbo un poco de café—. Tú un boxeador conocido y él tu chófer.

¡Buena tapadera! —exclamo.

—Harry ya no tiene a nadie —añade—. Solo a mí.

—¿No tiene más familia? —pregunto sorprendida

—No. —Se lleva la taza de café a la boca.

—¿Y su mujer?

—Parece que se fue un día dejándole una nota. —Arrugo mi entrecejo—. Eso pasó

cuando su hija era muy pequeña. ¡Tuvo que criarla como padre soltero! — exclama, y yo

me quedo mirándolo.

No pensaba que Harry hubiera pasado por todo eso, aunque ahora me doy cuenta de por

qué trata a mi princesita Laya de esa forma tan cuidadosa y con tanto cariño. Él sí sabe

cómo es ser padre. Ay... Evolet... Todos tienen una historia... unos más triste, otros

menos triste, pero todos tienen su cuento para contar.

Capítulo 31

Estamos de regreso a mi piso. Catalina nos llamó para avisarnos de que ha llegado y Harry se adelantó para entregarle las llaves. Entrando en el edificio siento un enorme escalofrío. Es como si percibiera la presencia del individuo cuyo aspecto físico aún desconozco totalmente.

—¡Evolet! —Mi hermana sale del ascensor.

Me da un fuerte abrazo y la siento bastante angustiada, aunque intenta mostrarme otra

cara.

—¡Lo siento! —digo y me separo a una pequeña distancia de ella—. Jayden no debería

haberte contado nada hasta que no se... —Lo miro y veo cómo toda su cara se arruga

irritada.

—¿Hasta qué, Evolet? —Su voz suena áspera—. ¡No me digas que piensas que todo

esto es una broma! ¿Y el viaje a Miami? —pregunta— ¿Cuándo pesabas contármelo?

Siempre quise protegerte sin ninguna intención de hacerte daño, Evolet, pero parece que

todo esto te ha enfriado tanto que poco a poco has olvidado por completo que tienes una

hermana —me reclama, y sus palabras me remueven todo por dentro.

—¡Lo siento, Catalina! —Me mira enfadada y después mira a Jayden.

—¿Y tú, Cooper? ¡Te lo dije, maldita sea! —le grita ásperamente—. ¡Te dije que no te

acercaras a ella! Mi gente no ha encontrado ni una maldita huella —agrega—. ¡Es un

profesional, Jayden! Os lo advertí porque yo sabía que se llegaría a esta situación.

Jayden se pasa las dos manos por el pelo y su rostro se muestra bastante triste; se

arrepiente... Sí, se siente responsable por todo lo que sucede. Lo que Catalina acaba de

confirmar hace que Jayden cambie totalmente.

—¡Nooo...! ¿Qué dices, Catalina? Jayden no tiene la culpa de nada de todo esto —digo

y paso con la mirada de uno a otro.

—¡Sí la tengo, Evolet! ¡Todo pasa por mi culpa! —exclama, y su puño choca con todas

sus fuerzas con la puerta del ascensor—. ¡Maldita sea! No debí acercarme a ti. —Me da

la espalda y sale nervioso del edificio dejando la puerta cerrarse sola tras su espalda.

Miro a mi hermana con rabia. No soy una niña pequeña para tratarme con tantos

cuidados. Soy bastante mayor para decidir a quién quiero en mi vida y sin duda es él...

¡Él es a quien quiero a mi lado! Iré hasta el infierno con él si tengo que elegir.

—¡Evolet...! —me llama mientras me dirijo hacia la salida.

—¡No digas nada más, Catalina! —digo gesticulando con la mano—. ¡Nos hemos

casado! —le revelo para fastidiarla—. Así que no hay vuelta atrás. ¡Hasta que la muerte

nos separe! —exclamo, y sus ojos parecen aumentar de tamaño.

—¿Que habéis hecho qué? —grita, pero salgo sin darle más explicaciones.

Nuestro matrimonio es solo un juramento entre nosotros dos, tal vez para muchos sin

significado, pero cuando el amor nace entre dos almas es porque Dios hizo un milagro y

lo que Dios crea el hombre no tiene poder para deshacerlo.

—¡Jayden! ¡Jayden! —lo llamo corriendo hacia él—. No debes culparte por algo que...

—¡Evolet! —Se gira poniendo sus manos en mis hombros—. ¡Por mi culpa pasa todo

esto! No sé quién demonios es el que ... el que te quiere hacer daño. —Un enorme

resoplido sale de su interior—. ¡Pero si llegó a entrar en tu piso, no es Chris! Y ahora no

solo me culpo, me preocupa demasiado esta situación. Porque el que está detrás de todo

esto sabe que tocarte a ti es la única manera de poder hacerme daño. ¡Es lo único que no

soportaría! ¡No me lo perdonaría nunca, Evolet! —confiesa—. ¡Tengo muchos

enemigos! —Se aleja un par de metros de mí—. ¡JODER! —Un eco de su voz colérica

suenan alrededor—. ¡No puedo permitir que se te acerquen y te hagan daño! El que hace

esto me quiere a mí, no a ti, Evolet. ¡Maldita sea! —vuelve a blasfemar. Su respiración

está alterada.

Está nervioso, enfadado por la situación y con él mismo. Me gustaría decirle que todo va

a salir bien, que esto acabará y se quedará como si hubiese sido una pesadilla.
¿Pero

cómo decírselo cuando yo misma siento miedo?

Las lágrimas se apoderan de mi vista y resbalan luego por mis mejillas;
después, caen al

vacío. Un dolor aprieta mi pecho tan fuerte... Algo en mi vientre se retuerce
y la

debilidad se adueña de mí sin ser consciente de todo ello hasta que mi cuerpo
choca

contra el suelo. Me desmallo.

—¡Evolet! —me llaman—. ¡Evolet! —Entreabro los ojos y observo varias
siluetas

borrosas—. ¡Evolet! —Cierro los ojos y vuelvo a abrirlos reconociendo a
Jayden

pronunciando mi nombre una última vez.

Llevo la mano a la cabeza sintiendo un tremendo dolor. Mi vista se aclara y
después de

varios segundos de confusión recuerdo todo lo que pasó antes de caer al
suelo. Estoy en

el sofá de mi salón. La mesita de enfrente está limpia, alguien tuvo que
recoger toda la

basura que ese desgraciado, quien sea, se permitió dejar en mi casa. A mi
lado está

sentado Jayden, y dos hombres vestidos de negro junto a Harry y Catalina me
observan

de pie.

—¿Estás bien? —me pregunta con preocupación—. ¡Te has desmallado! —afirma, y

vuelvo a llevarme la mano a la cabeza lamentándome—. ¡Te llevo al hospital, te tiene

que ver un médico! —Como siempre, mi mangoneador quiere controlarlo todo—.

Llevas unos días que palideces y me da la impresión de que algo te está pasando.

—No. ¡Estoy bien! —murmuro, y él tuerce la boca insatisfecho.

Mi hermana se cruza de brazos y me mira fijamente. No solo está preocupada, sino que

está muy enfadada. Lo sé. La conozco perfectamente.

—Nunca haces caso, Evolet —dice, y yo la miro.

—Y tú siempre me tratas como a una niña pequeña.

—¡Porque eres una inmadura! —sentencia, y Jayden le lanza una mirada.

—Ella es mi pequeña mujer —dice y se inclina dándome un suave beso en la frente—.

Me has asustado.

—¡Tranquilo! Es por todo lo que pasó —digo—. ¡Ahora estoy mejor!

Le sonrío. Todos se alejan menos mi hermana, que sigue en el mismo sitio con la misma

postura.

—¡Debes ir al hospital, Evolet! Estás muy pálida —sugiere de nuevo Catalina.

—De verdad, me encuentro mejor.

—Bueno... como sé que no harás caso a nadie, te informo de que no se ha encontrado

ninguna prueba al final —comenta—. Lo único es que la cerradura fue forzada. ¡Se tiene

que cambiar! También te pedí vigilancia veinticuatro horas —añade.

—La vigilancia no es necesaria —dice Jayden—. Se viene a vivir conmigo. No pienso

dejarla sola en ningún momento, además, su sitio está a mi lado.

—Claro —murmura mi hermana—. Ahora sois marido y mujer, ¿verdad?

—No, Catalina, verás...

—¡Sí, lo somos! —digo interrumpiendo a Jayden antes de que pueda decirle la verdad.

Asiente con la cabeza sin decir ninguna palabra más. Los hombres de negro se le acercan

y le dicen algo en voz baja. Jayden me ayuda a ponerme de pie y ella vuelve a mirarme.

Suspira profundamente.

—¡Al menos come algo! Tengo entendido que llevas toda la mañana sin tener nada en el

estómago —de nuevo mi hermana saca su lado protector conmigo.

—Ahora iremos a comer algo —le asegura Jayden—. ¿Te quieres venir con

nosotros?

—No puedo, tal vez otro día —dice—. Me voy a quedar con las llaves de tu piso —

añade enseñándomelas—. Con estas abrió Harry antes. ¿Tienes alguna copia?

—Oh, no —le contesto.

—Pues como irás a vivir a otro sitio, no creo que las necesites —afirma con un tono

irónico—. ¡Lo que ha pasado no quedará así! —asegura y se me acerca.

—Catalina, no es necesario que...

—Aunque para él eres una pequeña mujer, para mí siempre serás mi hermana. —Me da

un beso en la mejilla y algo dentro de mí hace que me sienta culpable por la forma de

hablarle—. ¡Voy a solucionar esto, Evolet! —exclama.

—Catalina, escucha ...

—¡No, Jayden! —lo interrumpe gesticulando también con la mano—. Es mi hermana y

la sangre agua no se hace. Desde este momento este suceso será algo mío personal. ¡Tú

hazlo bien y cuídala!

Me mira un instante, después se gira para marcharse.

—¡Te quiero, Catalina! —le digo y veo cómo se detiene exactamente en la puerta

girando solo la cabeza.

—¡Yo mucho más, Evolet!

Una lágrima se desliza por mi mejilla. ¡Siempre seremos hermanas! Me digo a mí

misma, y siento los brazos de Jayden alrededor de mi cuerpo. Me acerca a su pecho.

—¡Todo saldrá bien, pequeña! ¡No permitiré a nadie que te haga daño!

* * *

Aunque no me encontraba del todo bien para las clases de danza contemporánea, le pedí

a Jayden que me dejara en el Contemporary Dance. Ensayé toda la tarde junto con Adam

pese a que mi estado de ánimo estaba muy bajo. Faltan solo unos días para el festival de

Chicago y la preparación no la tenemos muy bien controlada. ¡Madre mía, Evolet!

Tienes que intentar concentrarte más si quieres actuar en el gran escenario de Chicago, si

no... todo tu sueño se pulverizará. ¡Es tu única oportunidad, Evolet! De nuevo, mi

subconsciente me reclama.

—¡Qué descanses, Adam! —me despido para marcharme y él se posiciona enfrente de

mí.

—¿No quieres que nos tomemos algo? —me pregunta, y sus ojos recorren todo mi

rostro.

—Mmm... ¡Lo siento, Adam! Jayden me está esperando fuera —digo, y el brillo de sus

ojos se apaga—. ¡Lo siento!

Paso por su lado y mi hombro roza con su brazo. Sabe perfectamente que entre nosotros

nunca podrá haber nada más que una simple amistad.

—¡Espero que seas feliz, Evolet! —exclama justamente cuando coloco la mano en la

manilla de la puerta.

Me detengo unos segundos sin mirar hacia atrás.

—¡Lo soy, Adam! —agrego y salgo.

Delante del Contemporary Dance mi mangoneador Jayden apoyado en el elegante coche

Continental Flying Spur me sonrío en cuanto me ve salir.

—¡Buenas noches, señora Cooper! —Abre la puerta trasera del coche.

—¡Buenas noches! —sonrío, y él pasa la mano por mi mejilla con delicadeza.

Me besa y como siempre siento mil emociones dentro de mi ser.

—El señor Harry tuvo que ocuparse de unos asuntos, así que seré su chófer —dice y con

mucha galantería me indica con la mano que me adentre en la parte trasera

del coche.

Él se acomoda en el asiento del conductor, se coloca el cinturón de seguridad y después

ajusta el espejo retrovisor de tal forma que todo mi rostro queda reflejado en él.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras el coche se pone en marcha.

—¡SORPRESA! —contesta, y yo sonrío.

El coche se pierde en el tráfico de la carretera e involuntariamente mi subconsciente vuela

allí donde los problemas desaparecen y una burbuja mágica atrapa mi alma y la de él,

donde con un solo roce entre ellas quiebran todos los miedos, los obstáculos desaparecen

y un amor delirante sigue floreciendo dentro de nuestros cuerpos como una rosa que abre

sus pétalos para ser tiernamente acariciados por el rocío de la madrugada. El coche se

detiene frente al Hotel Americano, ubicado en el barrio de Chelsea. El atardecer parece

entrar silencioso entre los rascacielos, que poco a poco, piso por piso, encienden sus luces

y presentan una ciudad cálida y afectuosa con todos los neoyorquinos.

—Hemos llegado, señora Cooper. —Jayden me abre la puerta y con las mismas formas

de antes me tiende la mano para bajar del coche.

—Gracias —murmuro sonriente, y él me ofrece su brazo. Entramos en un ascensor

acristalado que sube a la décima planta y sale directamente a la calle. El ventanal del

ascensor te deja observar una panorámica espectacular del barrio de Chelsea, pero al

llegar a la azotea me quedo maravillada.

—¡Buenas noches, señor Cooper! —El encargado del restaurante nos recibe justo al

pasar del ascensor a la elegante y glamurosa terraza—. ¡Bienvenidos a nuestro

restaurante The Grill at Le Piscine!

¡Guau! Esto no me lo esperaba. Miro arriba y abajo y de izquierda a derecha

impresionada por toda la belleza del entorno. Enormes rascacielos se alzan alrededor de

la terraza ofreciendo una visión fascinante de distintos niveles y topografías. Perdida en la

hermosura del restaurante Le Piscine, situado en la azotea del Hotel Americano, no me

doy cuenta de que Jayden se había alejado.

—¡Evolet! —Su voz me hace reaccionar, aunque sigo sin poder dejar de contemplar el

entorno.

Agarrados de la mano seguimos al encargado del restaurante, que nos lleva a nuestra

mesa reservada.

—¡Esto es precioso! —digo y me siento mientras él acomoda la silla tras mi espalda.

—Me alegro de que te guste —murmura detrás de mi oreja, y su aliento parece acariciar

todo mi cuello.

Se sienta delante de mí y sus ojos brillan en distintos tonos de azul. Me tiende una de las

cartas que nos ha dejado el camarero encima de la mesa y yo me apoyo en el respaldo de

la silla empezando a ojear la variedad de platos cuyos nombres desconozco totalmente.

Levanto la mirada para observarlo y veo cómo juega con su labio inferior a la vez que

toda su concentración está en la carta. Pasa la página y en este momento sus ojos se

encuentran con los míos. Le sonrío a escondidas porque mi boca queda oculta detrás de

las páginas de la carta.

—¿Has elegido algo? —me pregunta dejando su carta en su sitio.

—No me decido todavía. —Bajo los ojos a la lista, que no me muestra nada conocido.

—¿Te ayudo? —pregunta, y sus dedos se cruzan encima de la mesa.

—Eh... —Cierro la carta—. Comeré lo mismo que tú.

—Se ríe.

—Eso no será posible —me contesta y me quedo algo confundida.

—¿Por qué no?

—Porque... —Su mano se desliza por encima de la mesa hasta llegar a la mía —.

¡Porque a mí me apetece comerte a ti! Vuelvo a sonreír y siento que mis mejillas están

ardiendo, por eso intento esquivarlo volviendo la mirada por encima de la barandilla de la

terracea hacia las torres que se han hundido del todo en la negrura de la noche. La

iluminación que desciende por cada piso hace que parezcan una infinidad de astros

flotantes en la nada girando alrededor de nosotros. Vuelvo a mirarlo y su expresiva

mirada parece absorberme dentro de él.

—Creo que probaré la ensalada mediterránea —digo, y él asiente.

—Has elegido muy bien. Entonces pediremos dos —Vuelve a abrir la carta —. ¿Te

apetece un poco de vino? —Sus pestañas suben dejando que el azul marino de sus ojos

se vuelva a impregnar en mi rostro—. ¿O prefieres el bourbon? —Sutilmente sonrío.

—Parece que te has quedado encantado con mi estado de ánimo de cuando tomé el

bourbon. —Muerdo mi labio conteniendo la vergüenza.

—Mmm... —gruñe, y antes de que pueda formular una nueva pregunta el camarero se

nos acerca.

Jayden le pide las ensaladas y escucho pronunciar el nombre de un vino italiano. El

jovencito apunta nuestro pedido; después se marcha.

—¿Sabes de vinos? —pregunto, y él curva los labios con sensualidad.

—Un poco. Las giras por otros países no solo eran combates y campeonatos, también

aprovechaba la estancia para probar un poco de la gastronomía de origen. Así aprendí un

poco de cómo combinar un plato con un buen vino —me explica, pero un pensamiento

se infiltra de repente en mi cabeza.

El camarero regresa con la botella que Jayden había pedido y hasta que destapa el tapón

el tiempo parece lento, eterno. Nuestras miradas se quedan atrapadas la una en la otra y el

sonido que la bebida hace cayendo en el interior de la copa parece alborotar aún más el

pensamiento dentro de mí. El camarero por fin se marcha y Jayden agarra con corrección

la copa pasándola por debajo de su olfato.

—Me encanta este olor —dice y extiende la mano con la copa hacia mí—.
¡Delirando

contigo para siempre! —exclama, y su copa choca con la mía.

Me quedo con la copa alzada un instante, relamo mis labios fascinada por
toda su

galantería y después sorbo un poco. Es un vino rosado. Su sabor es suave sin
llegar a la

complejidad.

—¿Te gusta? —Antes de contestarle vuelvo a sorber de nuevo.

—Sí. Es fresco y tiene un aroma...

—Tiene sabor a frutas cítricas y minerales, su sabor es suave e ideal para
acompañar una

ensalada de frutos del mar —me interrumpe intentando impresionarme.

Y verdaderamente me ha impresionado. Me sonrío. Enseguida el joven que
nos trajo la

botella está de vuelta. Esta vez nos ha traído los platos, bastante exquisitos.

—Cuéntame más de tus viajes —le pido a la vez que pruebo un poco de la
ensalada—.

¿Qué más conociste?

—No mucho —contesta—. ¿Hay algo en concreto que quieres saber? —me
pregunta.

—Sí —digo y observo su forma de comer disfrutando de la ensalada.

Oh... ¿será su plato favorito?

—¿Qué exactamente?

—¿Conociste muchas mujeres? —Su apetito parece disminuir y su mirada se encrespa

—. ¡Cuéntame! —Vuelvo a beber de mi copa sin dejar de mirarlo.

Otro sentimiento se me adentra y me produce una sensación de culpa. Ni yo entiendo por

qué este interés, aunque será mejor que no me responda.

—¿Quieres que te conteste? —me pregunta.

Se deja caer de espaldas en la silla con las dos manos apoyadas en la mesa. Mierda. Estoy

estropeando todo este momento magnífico.

—Creo que no —digo y de nuevo lo esquivo.

—¡Lo sabía! —exclama y vuelve a tomar de su copa.

—Solo dime, ¿fueron muchas? —Empieza a reír y casi se atraganta con el vino.

—También sabía que me preguntarías eso. —Se levanta sin importarle las miradas de los

de alrededor.

Tira de la silla trayéndola a mi lado y se sienta. Siento que todo mi cuerpo tiembla con su

cercanía. Su olor me inunda y mi corazón late tan fuerte que me da la impresión de que

se me saldrá del pecho. Él parece cómodo. Pasa la mano por mi mejilla acariciándome

tiernamente.

—No sé si fueron pocas o muchas, Evolet —dice, y siento un calor que se me sube por

toda la espalda—. ¡Pero ninguna fue tan especial como tú, pequeña!

—Lo siento. Era solo curiosidad —murmuro y bajo la mirada avergonzada.

—¡Mírame! —Me levanta la barbilla—. ¡Te amo, Evolet! Te amo con toda mi alma.

Introduce la mano en el bolsillo de su pantalón y saca algo que apenas puedo ver.

—¡Dame tu mano! —dice, y yo lo hago.

Encima de la palma me deja una llave colgada de un lazo rojo en el que pone Leonard

Street 56. Todo mi ser empieza a emocionarse porque es la llave de su apartamento.

—Esta es la llave de mi casa, y desde este momento quiero que tú seas la dueña de ella

igual que eres la de mi corazón, Evolet.

—Jayden... —Apenas pronuncio su nombre por la conmoción que se apodera de mi ser

—. Es que yo...

—¿Te acuerdas? —Me habla a una corta distancia de mi boca—. Te amaré todos los días

de mi vida y después de la muerte... eternamente. —Me besa y con solo rozar mis labios

me debilito ante él.

—Yo también te amo, Jayden —susurro entre roces de labios—. ¡Prométeme que nunca

me dejarás!

—¡Nunca! —exclama—. Pase lo que pase... ¡Nunca, Evolet!

Capítulo 32

El coche sube por la rampa a la segunda planta donde está el aparcamiento privado del edificio y Jayden lo estaciona en su plaza. Bajamos y mis ojos se dirigen al coche de enfrente, que siempre está cubierto con un forro.

—¿Sabes? —Me coloco delante de Jayden y él enseguida entrelaza las manos en mi pelo

atrapando mi rostro—. ¿Todavía te apetece comerme?

Sonríe caminando despacio hacia mí y yo camino hacia atrás.

—Mmm... —gruñe mientras me besa y alza la mano pulsando el mando a distancia

para cerrar el coche.

—¡Contesta! —exijo, pero él sigue besuqueándome.

—Se me ha quitado el hambre —murmura entre mis labios—. Ahora lo único que

quiero es el postre.

Llego de espaldas al coche cubierto y me doy cuenta de que estoy atrapada. El deseo se

despierta y mi imaginación empieza a delirar. Jayden no se da cuenta de mis propósitos,

se ha olvidado completamente de dónde estamos. Sus besos cada vez son más intensos y

su respiración aumenta, y yo me dejo dominada por su impulso. El silencio del

aparcamiento se inunda con los sonidos de nuestra respiración y mi propósito se cumple

sin mucho esfuerzo. Me siento en el capó del misterioso coche.

—¡Quiero que me hagas el amor aquí! —murmuro, y los labios de Jayden bajan por mi

cuello hasta el hombro.

Como siempre, lleva el control de cada tocamiento, de cada caricia, hasta mi respiración

se moldea a su manera de encandilarme. Sus manos se deslizan por debajo de mi vestido

y el calor de su piel parece derretirme. Entreabre mis piernas y entre la tela de mi braga y

la tela de su pantalón su miembro se frota con mi sexo. Está duro, caliente y vibrante por

la necesidad de penetrar dentro de mi cueva anhelante y ansiosa. Gimo y su boca de

nuevo vuelve a besar la mía. El calor ha aumentado y con cada frotamiento la excitación

es cada vez más inaguantable.

—Te amo —susurro, y sus pestañas abanicán el azul intenso de su mirada.

Se detiene mirándome un instante y observo cómo sus ojos se oscurecen repentinamente.

Se incorpora bruscamente y en su rostro aparece una sombra de preocupación.

—Vamos a subir, Evolet —dice y tira de mi brazo poniéndome de pie—. ¡Este no es un

sitio adecuado!

—¿Qué? —susurro.

Me quedo desconcertada. No entiendo qué es lo que ha pasado. ¿Desde cuándo le

importan los sitios? Una avalancha de preguntas me llega a la mente, pero, aun así, lo

sigo sin preguntar, simplemente camino callada. Lo miro y la expresión de su rostro me

asusta. Es diferente. Parece asustado, inquieto, como si tuviera miedo de algo. Las puertas

del ascensor se abren y agarrados de la mano entramos dentro. Como siempre, pulsa el

número cincuenta y seis. De pie a su lado miro hacia delante con los ojos perdidos en la

nada, solo pienso y le hablo a mi subconsciente de que no encuentro sentido alguno a lo

que ha pasado realmente. Las puertas empiezan a cerrarse, una hacia otra, pero parece

que el tiempo les da tiempo de pensar si realmente se quieren cerrar. Mis ojos siguen en el

mismo sitio, sin ver nada. Todo es blanco, borroso, aunque realmente mi vista está

apuntando a algo. Justamente cuando las puertas del elevador se quedan a unos diez

centímetros de distancia para cerrarse del todo, mi vista se aclara. Introduzco las manos

entre las dos puertas y al chocar con mi mano vuelven a abrirse. Mis pasos se aflojan, mi

corazón se contrae y con cada cercamiento observo cómo el forro del coche se ha

movido dejando verse una parte.

—¡Evolet! —me llama, y mi nombre resuena repetido por el eco.

Sigo caminando hacia el coche desconocido con pasos temerosos. La respiración se me

entrecorta y los latidos de mi corazón bombean tan fuerte que los escucho en mis propios

oídos.

—¡Evolet! —de nuevo pronuncia mi nombre y la voz me avisa de que está muy cerca de

mi espalda—. ¡Escúchame!

Agarro el forro y de un solo tirón dejo el coche descubierto. Mis ojos se horrorizan y un

dolor punzante, como si estuvieran clavando una multitud de cuchillos dentro

de mi

alma, sentencia mi sufrimiento. Es el Hyundai gris que durante cinco años ha aparecido

constantemente en mi pesadilla. Tiene el parachoques abollado, uno de los faros está roto,

y lo peor de todo es que todavía sigue teniendo en algunas partes pintura roja de mi

antiguo coche. Siento un sofoco en todo el pecho como si alguien me estrangulara.

—Evolet. —Apoya su mano en mi hombro.

—¡No me toques! ¡Maldita sea! —grito, y mis ojos se llenan de lágrimas doloridas.

Unas imágenes del pasado saturan mi mente. Fantasmas de voces, gritos y lamentos

giran en mis oídos. De nuevo la angustia me causa unas ganas tremendas de vomitar.

Todo en mi entorno desaparece y mi ser viaja a aquel momento en que la más horrible

tragedia cambió mi vida. El coche vuelca varias veces, la agitación se entrelaza dentro de

mi cuerpo, la desesperación me trastorna y el miedo estalla en todo mi discernimiento.

Veo cómo los ojos abiertos de mi padre me miran atemorizados hasta que el tiempo

muere llevándose con él lo más querido de mi vida. El dolor se hinca hasta el fondo de

mi corazón, remueve dolorosamente cada parte de mi ser y mis fuerzas se gastan poco a

poco, tortuosamente, hasta que el silencio llega a calmar el ambiente. Mis ojos se

cerraron entonces y me desperté después de mucho tiempo en un hospital.

—¡Evolet! —La voz de Jayden hace que salga de mis recuerdos.

—¡No me toques! —Me alejo sin quitar la vista del coche. Mi cuerpo respira exaltado y

la furia se anida en mis ojos.

—¿De quién es este coche, Jayden? —pregunto, y el nerviosismo no solo ronda mi ser,

también alrededor de él—. ¡Contesta! —Mi voz encolerizada resuena en el aparcamiento.

Me da la espalda apoyando la cabeza entre sus manos y de nuevo mi alma se vuelca

tremendamente con potencia. No. No. No. ¿Por qué se comporta de esta manera? Me

alzo hacia él y con toda la fuerza que me queda lo giro con la cara hacia mí. Sus ojos

marinos se encuentran con los míos, el odio rompe nuestra conexión y mi alma se

quiebra en mil pedazos.

—¡Dime que no es verdad! —Mi rostro se inunda en lágrimas—. ¡Dime que no es

verdad, Jayden! —La alteración de mi voz vuelve a resonar en ecos.

No me contesta. El pánico se apodera de él y su rostro desprende angustia y una terrible

tristeza.

—¡Contesta! ¡Maldita sea! —Mis pasos caminan hacia él—. ¡No me hagas esto, Jayden!

—le suplico sollozando.

Se le sale un fuerte suspiro y su pecho sube y baja con rapidez.

—¡Evolet! —Por la primera vez mi nombre suena inseguro—. Verás...

Pasa las dos manos por su cara, está nervioso y muy inquieto y esto hace que el dolor

profundice aún más dentro de mí. Su silencio es el que realmente me habla y yo

voluntariamente intento no hacerle caso. ¡No quiero que sea verdad!

—¡Mataste a mis padres, Jayden! —exclamo, y mis ojos se agrandan horrorizados.

Mis palabras acuchillan mi alma y la de él. La resonancia de mi voz hace que el tiempo

se quiebre también en pedazos de sufrimientos que viven a nuestro alrededor.

—Escucha, Evolet... —murmura.

—¡No te me acerques! —voceo—. ¡Eres un maldito hijo de puta!

Me lanzo hacia él llorando, grito y lo golpeo con ira, rabia y desprecio. Todo mi amor por

él se congela inmediatamente. La repugnancia se instala en mi interior perturbando todo

mi ser.

—¡Escúchame! —grita—. ¡Déjame contarte! —Con dureza me sujeta apretadamente las

muñecas—. ¡Lo siento, de verdad! —Su voz suena lamentable—. ¡Lo siento, Evolet!

—¡Nunca te perdonaré, Jayden! —exclamo con toda mi alma rota y ensangrentada—.

¡Nunca!

Me suelto de su agarre y me giro hacia la puerta de emergencia. Él me sigue e intenta

detenerme.

—¡No te acerques, Jayden! —clamo, y en sus ojos se observa la desesperación—.

¡Maldigo el día en que te dejé formar parte de mi vida! ¡Maldigo el momento en que

confié en un asesino! —sentencio.

Entrecierra los ojos y su mandíbula se tensa. Le duelen mis palabras, pero a mí me

quema por dentro el dolor. Me engañó escondiéndome la verdad de quién es él

realmente.

—Evolet, ¿te acuerdas de nuestra promesa?

—En este momento mis promesas se han hecho cenizas, Jayden —exclamo—
— ¡Se

acabó, señor Cooper!

Bajo por las escaleras de emergencia para salir del edificio. Él me sigue, pero con mi

alma apenas llego a la última planta y por fin consigo salir a la calle.

—¡Evolet, espera! —Tira de mi brazo con fuerza y me hace retroceder—.
¡Dame solo

unos minutos para explicarte!

—Te he dicho que no te acerques —vuelvo a gritarle y alrededor la gente de la calle

se para a mirarnos—. ¡Espero que te pudras en el infierno, Jayden! —Y de sus ojos

azules empiezan a brotar las lágrimas.

Le doy la espalda, pero esta vez él no me sigue, se queda dolido y decepcionado en

medio de la calle mirando cómo me alejo de él con pasos rápidos. Camino sin saber a

dónde. Mi alma y mi mente lloran. La decepción es demasiado dolorosa. ¿Por qué? Me

pregunto. ¿Por qué tuvo que ser Jayden? Una serie de recuerdos suyos se mezcla en mi

cabeza con las escenas del accidente. Me gustaría que todo lo que ocurre en este

momento fuera otra pesadilla y que acabe en el momento que despertar. ¡No

te engañes

de nuevo, Evolet! Esto es real, dolorosamente es la realidad.

Bajo por las escaleras de una estación de metro sin ningún rumbo. Por primera vez me

siento totalmente vacía. Camino entre la multitud de gente con la cara inundada de

lágrimas que esta vez no consiguen ayudarme a liberar mi tristeza; al contrario, siento

como si alguien se hubiera llevado un trozo de mi corazón dejándome con un horrible

pesar. ¡Es tan grande el dolor! ¿Por qué? ¿Ahora qué va a ser de mi vida sin él? Limpio

mi nariz con el dorso de mi mano y observo que estoy sentada en una de las sillas dentro

del metro. No me di ni cuenta de que había subido... Observo a todos los de mi

alrededor y veo cómo la gente me mira con pena. Lamentan mi tristeza sin saber por qué

me encuentro tan destrozada. El metro se detiene y salgo. Subo las escaleras del

subterráneo y un aire caliente parece intentar calmar mi tortura. Sigo caminando por las

calles sin saber a dónde iré a parar. La noche cada vez se oscurece más, la luna brilla

apenada y las estrellas se han escondido. Mi historia se ha acabado. El destino de nuevo

se ha equivocado escribiendo el cuento, las leyendas vuelven a repetirse con el mismo

final... TRISTE. El sonido de mi móvil se escucha dentro de mi bolso. Suena una vez...

dos veces... tres veces... y se corta. Sigo caminando y llorando. En mi cabeza giran

imágenes de él, sus sonrisas... sus labios... sus ojos... ¿Hasta cuándo su figura seguirá

martirizándome? Llego a la estación de tren y subo en uno que está parado. Las puertas

se cierran y me siento en un asiento libre, justamente en la ventana. No puedo soportar

tanto dolor, siento que me falta el aire y la impotencia de no poder enfrentarme a esta

situación. Siento miedo. El tren se detiene en cada estación dejando poco a poco los

vagones vacíos. Yo sigo sentada como si esperara que un milagro me saque de este

precipicio oscuramente vacío. Miro por la ventana y a los lejos se observan las luces de la

montaña rusa Cyclone Rollercoaster, de la playa Coney Island. El tren se detiene y bajo.

Retomo de nuevo mi caminata hasta llegar al paseo marítimo. Saco mis zapatos y bajo

mis pies la arena se siente caliente aún por los rayos del sol del día. Me siento y de nuevo

las lágrimas me salen sin poder controlarlas. Mi móvil nuevamente suena, pero lo ignoro

hasta que las llamadas dejan solas de sonar. El canto del mar me recuerda la playa de

Miami, el faro, nuestras promesas y la pequeña casita. Las lágrimas empiezan a agotarse

y en mi corazón el dolor aumenta, ardiendo todo mi interior. Dios, ¿para qué vivir así?

¡Mejor acaba conmigo!

Capítulo 33

Abro los ojos y una luz fuerte ciega mi vista. Me duele todo el cuerpo y siento la

cara hinchada y deforme. He llorado tanto... hasta agotar la última gota de mis

fuerzas. Mi vista se aclara y me doy cuenta de que me quedé dormida encima

de la arena de la playa. A unos pocos metros de mi vista un mar en calma se enciende con

los rayos suaves del sol. Me incorporo y miro a mi alrededor. No hay nadie... La playa

se extiende solitaria, vacía, debe ser todavía muy temprano. El sol es bastante suave,

como si se estuviera despertando recientemente. Busco en mi bolso el teléfono para mirar

la hora, pero será que de tanto que me llamaron se ha quedado sin carga. Está apagado.

¡Maldita sea! Me encuentro tan desierta y desolada en mi interior. Sacudo un poco mi

ropa y me recojo el pelo en una coleta. Dejo salir un profundo suspiro de todo mi

dolorido interior y empiezo a caminar hacia la parada de tren. Al entrar por las calles

residenciales, una desordenada muchedumbre camina en direcciones distintas, cada uno

dirigiéndose a su labor. Subo al tren, aunque no estoy segura de si puedo ir a mi casa. La

única que me podría ayudar en este instante es Sophia, pero mi maldito móvil está

apagado. Miro por la ventana y entre una parada y otra vuelvo a acordarme de él. Sigue

dentro de mi alma, aunque mi subconsciente me dice que debo olvidarlo. ¿Cómo

hacerlo? Es todo tan profundo que ni la misma rabia o el odio lo pueden apartar de mis

pensamientos. ¿Por qué tuvo que ser él? Otras lágrimas empiezan a escurrirse por mi

cara. ¡Este sufrimiento no acabará tan rápido, Evolet!

Un pensamiento me hace recordar la carta de Margaret... Oh, mi historia es muy

diferente a suya, pero aun así hay algo que nos une... Y no solo eso... Todas las historias

llevan su propio pulso, pero en cada esencia respira el mismo destino de

siempre, el que

viaja sin parar y el que narra los finales de cada cuento. Abro mi bolso y en un bolsillo

aparte encuentro la llave de la casa de Jayden. Maldita sea... todo esto es una tortura. Del

mismo bolsillo saco la carta que encontré detrás del cuadro de la casita del faro. Empiezo

de nuevo a leerla y siento cómo me atraviesa un escalofrío por dentro. Vuelvo a llorar

cuando J. habla del destino. Maldito destino... Ha jugado con mis sentimientos. Y esta

vez no sé si podrá regresar para suavizar un poco el dolor que excava continuamente

dentro de mi alma.

No te olvides, donde el destino se equivoca volverá y escribirá de nuevo la historia, tal

vez en otras almas, en otra época, en otro mundo... pero siempre el destino vuelve.

¡Volverá tal vez en otro mundo!, me digo y doblo con cuidado el papel. Guardo de nuevo

la carta en el mismo bolsillo de mi cartera junto a la llave de Jayden. Por unos minutos

parece que mi subconsciente para de preguntar y de hablar, de lamentarse y llorar, como

si se hubiese borrado completamente toda mi memoria. Me quedo vacía mirando a la

nada por un buen tiempo hasta que el tren se para bruscamente y me hace reaccionar.

Bajo del tren y camino hacia mi piso. Es el único sitio al que puedo ir. Me acerco y frente

a mi edificio hay varios agentes de policía, mi hermana, Jayden, Daniel, Sophia y Harry.

Se han reunido todos. Mi corazón empieza a agitarse, por un momento tengo la tentación

de detenerme, pero no... no lo voy a hacer. ¿Hasta cuándo voy a huir de ellos? Tengo

que enfrentarme a la realidad.

—¡Evolet! —grita mi hermana, y todos se giran hacia mí—. ¿Dónde has estado? —Su

rostro está pálido y en sus ojos se observa la preocupación—. ¡Te hemos buscado toda la

noche!

—No te acerques, Catalina —digo con soberbia, y ella se detiene a una corta distancia—.

Lo sabías, ¿verdad?

Detrás de ella, Jayden me observa. Se le nota que no ha dormido en toda la noche. El azul

de sus ojos está apagado, triste.

—Vamos a mi casa, Evolet —murmura Catalina—. Aquí estás en peligro. Te prometo

que te contaré toda la verdad.

—¿La verdad? —Sonrío sarcásticamente—. ¿Me estás pidiendo hablar ahora? ¡Tuviste

tiempo de hacerlo, Catalina!

—Pensé que no lo ibas a entender. ¡De verdad, lo siento!

—Entonces, imagínate que tampoco lo entenderé ahora... —Empujo la puerta del

edificio para entrar.

—¡Evolet! —Jayden me agarra del brazo—. ¡Tienes que escucharnos, por favor!

—¡Tú no me toques! —Toda la ira que siento se me anida en los ojos—. ¡Aléjate de mí!

—Me suelto de su agarre y entro en edificio.

Pulso el botón del ascensor varias veces y justamente en ese momento aparece Jayden,

que ya tardaba en llegar.

—¡Evolet! —De nuevo escucho su voz y también siento sus pasos acercándose hacia mí.

Subo por las escaleras corriendo. Necesito llegar a la quinta planta y entrar en mi casa.

Pero él me sigue, sube corriendo detrás de mí.

—¡Evolet!

—¡No te me acerques! —le advierto.

Sigo subiendo y la respiración se me entrecorta. La debilidad se apodera de mis fuerzas y

mi vista empieza a nublarse.

Me detengo por unos segundos para coger aire y la mano de Jayden me agarra del brazo.

Me empuja contra la pared de la tercera planta. Mi cuerpo empieza a temblar.
Fija

firmemente su mirada en la mía y siento la alteración dentro de mi pecho.

—Sé que no merezco que me perdones —murmura—. ¡Pero debes saber toda la verdad!

¡Después puedes seguir odiándome, Evolet! —exclama, y siento que mi corazón se

desploma.

—¡Eres el que les quitó la vida a mis padres! ¡Eres un miserable, Jayden!
¡Esa es la única

verdad!

Su mandíbula se tensa y en sus ojos un fuego de desespero se enciende. Le estoy

haciendo daño, lo sé, y me duele lo que le estoy haciendo. Debe sufrir como sufro yo...

Que sienta el mismo dolor y la misma aflicción que devora todo mi interior...
Pero no...

La verdad es que yo no quiero hacerle daño...

—¡No lo hice yo, Evolet! —Mis ojos se agrandan—. Fue Amy quien provocó el

accidente. Fue mi hermana... —Su respiración se entrecorta—. Se había enterado de que

estaba embarazada y quiso huir de Bastián. Quería irse lejos y proteger a su bebé de todos

aquellos que le hicieron daño.

—¿Qué? —susurro atontada.

—Fue ella, Evolet —vuelve a confirmármelo—. Empezamos a pelear porque yo quería

ayudarla a ser una mujer libre, a no vivir escondida, con miedo... Intenté detenerla,

estaba a su lado cuando empezó a alterarse y a acelerar... y entonces pasó...

—Mis ojos se inundan en lágrimas—. ¡Chocó contra tu coche!

—Una punzada aprieta mi alma—. Bajé a socorrer a los que estaban en el coche y ahí te

vi a ti... inconsciente, hermosa y tan indefensa... Mi pequeña Evolet, después de quince

años.

Una angustia parece sofocarme. ¡No me lo puedo creer!

Catalina... Amy... ¿Cómo es posible?

—Lo siento —susurra y retrocede unos pasos hacia atrás—. Te llevé al hospital y me

dolió tanto por ti y por tus padres que... que me alejé de mi hermana. No pude

perdonarla —solloza—. ¡Volví a verla el día que murió!

No le digo nada, sigo callada y aún más atormentada. Siento que mi cabeza va a estallar.

Abro mi bolso y empiezo a buscar mis llaves. ¡Oh, no! Las tiene mi hermana... ¡Joder!

Tendré que volver a bajar y pedírselas, si no, no podré entrar en mi piso.

—Lo siento, Evolet —se disculpa de nuevo—. Espero que algún día puedas perdonar a

Amy —dice, y vuelvo a mirarlo—. Cometió muchos errores, por eso se administró una

cantidad fuerte de droga. ¡Su conciencia la atormentaba demasiado! No podía vivir con

esa carga... no podía mirar a los ojos a Laya, a Catalina, que fue su mejor amiga tantos

años, sabiendo lo que le hizo —dice y una lágrima se le sale recorriendo una larga

distancia por su mejilla hasta caer al vacío.

¡Dios! ¿Por qué me afecta tanto lo que me cuenta de su hermana? Un sollozo se me

anuda en la garganta. Está sufriendo y siento la necesidad de abrazarlo como él hizo

conmigo muchas veces, decirle que superaremos todo esto... pero no puedo... no

puedo, hay algo que me detiene, aunque mi corazón se parte en mil pedazos de dolor.

—Lo siento de todo corazón, Evolet. —Lo lamenta; se observa en su voz y en su mirada

—. Prometí estar siempre a tu lado y aunque me vas a odiar, no olvides... — se acerca

pegando su cabeza a la mía y siento su respiración en mis labios— que te seré fiel todos

los días de mi vida y los de después de la muerte... ¡Eternamente, pequeña!

Su nariz roza suavemente la piel de mi rostro, y el olor a él empieza a desvestir poco a

poco mi coraje. El tiempo se detiene, y su pecho pegado al mío hace que nuestras almas

vuelvan a encontrarse. Se rozan espiritualmente encendiendo de nuevo nuestra llama

delirante. Me tiene sujeta por las muñecas a la misma altura de mi cabeza. Sus labios

parecen ansiosos por probar los míos, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Están a una

corta distancia y hacen que mi corazón se acelere.

—¡Aléjate! —le grito, y él retrocede de inmediato—. ¡No sé si es verdad lo que me estás

contando! —La tristeza aumenta en su mirada.

—Aunque sigas odiándome yo seguiré amándote aún más, Evolet —sentencia.

Paso por su lado y nuestras miradas parecen atadas, conectan profundamente, pero con

un cerrar de ojos rompo la conexión y vuelvo a bajar las escaleras corriendo, sollozando y

con el alma contraída. Han pasado demasiadas cosas en un tiempo muy corto y siento

que me asfixio por dentro.

Enfrente del edificio aún siguen todos reunidos.

—¡Dame las llaves, Catalina! —exclamo.

—Evolet...

—¡Dame las malditas llaves! —Me mira sorprendida por la forma de la que le estoy

hablando—. ¡No te lo repetiré otra vez! —aclaro, y ella me las tiende.

—¡Vamos a hablar, Evolet! —me pide, y veo resignación en sus ojos.

—¡No hay nada más que hablar! —exclamo—. ¡Espero que tengas la conciencia

tranquila! No sé cómo pudiste seguir siendo amiga de la que mató a nuestros padres —

digo y le doy la espalda.

Jayden sale del edificio y se para exactamente frente a la puerta. Lo miro una vez más y

sus ojos marinos parecen querer hablarme. Pero no puedo permitírselo otra vez. Lo

nuestro no tiene sentido, y aunque debo hacer lo contrario a mi corazón, les doy la

espalda a todos y me marcho. No sé dónde iré, solo quiero alejarme. Necesito estar sola y

despejar mi mente. Creí que todo había pasado, que había superado el accidente, que con

Jayden ya no había secretos y que mi hermana era sincera conmigo... Viví

prácticamente

en una mentira.

—¡Espera, Evolet! —Sophia me sigue y empieza a caminar junto a mí—. ¿A dónde vas?

—¡Quiero estar sola, Sophi!

—No creas que te voy a dejar... —dice con la voz agitada por la rapidez de la caminata

—. ¡No... no... no...! ¡Iré contigo, Evolet!

Después de andar unos veinte minutos sin tener un rumbo fijo, nos sentamos en un banco

del parque Gantry plaza State Park. El río River se alarga tranquilo y al otro lado de la

orilla los rascacielos de Manhattan se alzan galantes hacia el cielo azul celeste. El sol por

fin reunió toda su fuerza para poder brillar como un rey fogoso en la atmósfera.

—¿Te acuerdas de cuando Jayden se fue del barrio? —me dice—. En tu rostro

desapareció esa hermosa sonrisa. Aunque yo seguí a tu lado, nunca pude hacerte brillar

como él lo hacía, Evolet —cuenta—. Tengo que confesarte que tuve celos la noche en la

que Jayden pegó a Michael —declara, y yo giro la mirada hacia ella—. Cuando logré

aproximarme para poder ver qué sucedía y vi con qué ternura te abrazaba y

cómo te

protegía en su pecho, no pude no tener envidia. —Me mira largamente— ¡No lo dudes,

Evolet, te ama! Y muchas quisieran un hombre como él.

—¿Entonces por qué tantos secretos, Sophi? —pregunto, y sin poder evitarlo de nuevo

empiezo a llorar.

—¡A veces la vida es así, Evolet! —exclama—. ¿Por qué tuve que ser yo una de las

chicas del puente de Brooklyn? —Al recordarme aquel momento siento un temblor

dentro de mí—. Tal vez porque... Porque el destino me quiso enseñar que no puedo

seguir siendo tan confiada —murmura a la vez que empieza a sollozar—. ¡Tuve mucho

miedo, Evolet! Si no hubiera llegado Jayden, me habrían hecho cosas peores esos

desgraciados.

La traigo a mi pecho y la abrazo. Fue horrible y tiene razón, en la vida hay cosas que no

se pueden entender, no hay respuesta ni solución a todo. ¡No pienses más en eso, Sophi!

—¿Y tú?

—¿Yo qué? — pregunto.

—¿Cuánto tiempo rechazarás la verdad? Él no tiene que pagar por lo que hizo su

hermana... ¡Os amáis, Evolet! —Miro hacia delante sin poder comentar nada de lo que

ella me está diciendo—. ¡Te tengo que contar una cosa más, Evolet!

Respiro hondo. Me da miedo oír algo que al final acabará conmigo... ¿Ahora qué más

queda?

—Anoche Catalina y Jayden discutieron —me cuenta—. Escuché cuando Jayden le

dijo: «Prometí a su madre cuidarla, y mi promesa es algo sagrado».

Me quedo con la boca medio abierta. ¿A mi madre? ¡Eso no puede ser! ¿Cuándo habló él

con mi madre? ¿Y por qué hacerle una promesa? Dios... ¿Cuánto tiempo seguirás

ponerme todo tan difícil?

—¿Por qué dijo eso? —pregunto.

—¡No lo sé, Evolet! Es todo lo que escuché. Después se alejaron y siguieron discutiendo.

Me quedo mirándola, aunque mis ojos miran en vacío. De nuevo en mi cabeza nuevas

preguntas giran locamente por encontrar respuesta. Unas imágenes del día del accidente

me recuerdan cómo la vi por el retrovisor cuando se quedaba dormida; después del

impacto no pude mirar atrás. Cuando desperté en el hospital, me avisaron de su pérdida.

¿Y antes?

Cuando Cooper se fue del barrio tenía dieciséis años, dudo que le prometiera algo a mi

madre en esa época. ¿Cuándo hablaron los dos?

—Jayden hoy ha muerto para mí, Sophi. —Me mira con pena.

—¡No, Evolet! Intentas engañarte a ti misma.

Hundida en miles de pensamientos y preguntas me acuerdo de que hoy tenía clase de

danza con mis niñas pequeñas.

—Sophi, ¿me haces un favor como en el instituto? —Me sonrío.

—¿Mentir? Eran los únicos favores que me pedías. —Eso me hace curvar una suave y

diminuta sonrisa.

—Quiero que llames a la directora Anderson y le digas que en unos días no podré asistir

a las clases. ¡Dile que sigo enferma!

No me encuentro de buen ánimo para presentarme en la sala de *ballet* frente a mis

alumnas con este desánimo en el rostro.

—¡Hecho! —exclama la pelirroja.

Capítulo 34

Llevo toda la semana encerrada en mi piso. Es demasiado tarde, la noche cubrió

todo Manhattan, pero el sufrimiento excavó tanto dentro de mí que necesito

salir. Me visto con unos *leggings* con un top de licra y mis zapatillas deportivas,

agarro mi IPod con mi música y salgo a correr. Llena de dolor entre lágrimas y tortura, mi

alma parece muerta por tantas expectativas engañosas. Mis alas sangran frenéticas, la

desilusión y la soledad se han apoderado de todo mi espíritu. Mis sonrisas son llantos, el

sol desapareció de mi alrededor, toda mi vida se convirtió en trozos de papel en el cual el

tiempo dejó dibujadas memorias pasadas. El destino intenta en vano reunir recuerdo con

recuerdo, pensamiento con pensamiento, reconstruir otro camino bajo mis pasos para

poder revivir mi esencia, porque mi corazón está roto y la mitad que podría resucitarlo se

perdió dentro de otra alma donde yo ya no tengo acceso para entrar.

Salgo del edificio y observo a unos metros a Harry perdiendo el tiempo en vigilarme. A

mi derecha, otros dos agentes hacen como que leen un periódico, y a la izquierda hay

otros tres hombres tomándose un café y fingiendo que están simplemente conversando.

¡Gilipollas! No necesito la protección de nadie. Todo esto va de mi hermana y Jayden.

Me coloco mis auriculares y empiezo a correr hacia el Gantry Plaza Park intentando

ignorarlos. La música enseguida se anida en el vacío de mi interior y mi subconsciente

empieza a rememorar momentos que, invadiendo mi razón, hacen que me acuerde de

él... ¡Lo extraño tanto! Antes no sabía llorar cuando lo necesitaba, pero hoy lloro en el

medio del tiempo con cada parte de mí al recordarlo. Necesito sus abrazos y el olor a él.

Nunca pensé que doliera tanto... ¿Cuál es el precio por un gramo de felicidad? El

tiempo, la sonrisa del alma y la emoción que anega mi ser. Ojalá pudiera retroceder al

pasado y volver a sentir la felicidad; la atraparía como prisionera en mi alma y nunca

volvería a soltarla. La noche está igual de triste que yo. Me detengo frente al río River y

unas lágrimas empiezan a brotar por mis ojos. Las estrellas me hacen volver a recordar el

brillo de sus ojos azul marino, pero no existe lágrima que pueda curar las heridas

emocionales. Empiezo de nuevo a correr y observo que Harry en paralelo me sigue con

el coche, los agentes de Catalina corren detrás de mí, pero ninguno sabe que lo único que

necesito es... a él. El único que podría devolverme mi mitad del alma.

El tiempo se mide en segundos, sueños, esperanzas, alegría, amor, pero mi tiempo solo

llora. Cada ser humano lleva mariposas dispuestas a bailar la felicidad en el aire, las más

descansan en una hoja silenciosas. Mi estrella dejó de brillar y hasta mi ángel de la

guardia se quedó sin fuerzas para levantarme porque mi dolor pesa como un plomo de

tanta dolencia y sufrimiento. Entro en mi edificio y caminando hacia el ascensor, me doy

cuenta de que algo no hago bien por la culpa de todas mis tristezas, así que retrocedo y

abriendo de nuevo la puerta miro a Harry a distancia. Él ha estado ahí día y noche,

protegiéndome para que nadie me haga daño. Levanto la mano y la muevo en el aire

como si fuera a despedirme, pero solo por esta noche porque sé que mañana seguirá en el

mismo sitio, velando por mi seguridad. Me sonrío y sentado en el asiento del conductor,

por la ventanilla saca su mano y me responde con una sacudida de mano.

—¡Hola, bonita! —Un coche para justamente enfrente a una corta distancia del edificio

—. ¡Muy pronto nos vemos, Evolet! —Su voz hace que todo mi corazón se desplome

—. ¡Diles a tus guardaespaldas que abran bien los ojos! —Añade y riéndose sarcásticamente se marcha a toda velocidad.

El silencio se rompe con el terrible ruido del motor de su coche y mi cuerpo temblequea.

Era su voz... la misma voz. De nuevo su rostro estaba cubierto para no poder identificarlo. ¡Maldita sea! ¿Qué quiere de mí este individuo?

—¡Señorita Evolet! ¡Señorita!

—¡Harry, era él! —digo llena de espanto y miedo—. ¡La misma voz! —Sus brazos me

envuelven acurrucándome en su pecho.

—¡Tranquila! —Pasa la mano por encima de mi pelo—. ¡No se te acercará más ese

desgraciado! —Su voz es segura y está llena de furia—. ¡Tranquila, niña!
¡Tranquila!

* * *

Sentada en mi sofá, encogida y abrazando mis rodillas contra el pecho, Harry me acerca

un vaso con leche, pero cuando levanto la vista mi corazón da un vuelco.
Jayden entra en

mi salón. Su aspecto es huidizo, está sin afeitado y con un dejo de tristeza en los labios. Me

levanto y siento que todo mi ser vibra, mi corazón se altera y de nuevo

nuestras miradas

se unen como una atadura fuerte que solo nosotros mismos podríamos romper.

—Hola pequeña —murmura y yo me incorporo—. Sé que no me querías ver, pero... es

que... Harry me avisó de lo que pasó y ... —Está nervioso y tiene la voz temerosa—.

¡No podía quedarme cruzado de brazos!

—¡Lo siento, señorita! —Harry se disculpa—. Pensé que era lo mejor.

Lo miro y solo asiento con la cabeza. No soy capaz de formular palabra alguna, pero el

móvil de Harry suena exactamente en ese momento rompiendo la escena.

—¡Disculpad! —Se retira a la parte de la cocina con el teléfono en la mano.

De nuevo me choco con el profundo azul de los ojos de Jayden. Está en el mismo sitio

observándome. Su mirada es tan fuerte que la siento penetrar dentro de mi corazón y

calmar delicadamente el dolor anhelante que ha penetrado durante una semana dentro de

mi ser. Muerdo mis labios intentando detener un sollozo en mi garganta.

—¡Señorita! —La voz de Harry me hace mirar a otro lado—. Era su hermana. Me dijo

que en treinta minutos estará aquí.

—¡No, Harry! —exclamo—. Llámala y dile que quiero estar sola. ¡Tú

también puedes ir

a descansar! —Asiente—. ¡Gracias, Harry!

—Cualquier cosa, estoy fuera, señorita.

—¡Lo sé! Lo sé, Harry, y muchas gracias. —Antes de salir apoya su mano en el hombro

de Jayden y lo mira unos segundos.

La puerta se escucha cerrarse y de nuevo en todo el piso el silencio se sienta tranquilo.

—No sabes cuánto siento que tengas que pasar por todo esto por mi culpa. —Lo miro sin

decir nada—. Haré lo imposible para averiguar quién es el que... —Está triste, sus ojos

lo demuestran—. ¡Espero encontrar rápido al que te hace pasar por todo esto y así podrás

empezar de nuevo! Olvidándote de... olvidándote de todo esto —dice, y siento que mi

corazón vuelca—. Necesitas descansar, así que mejor te dejo. ¡Cuídate, Evolet! —Se gira

con pasos cortos y mi respiración se altera.

Cierro los ojos e intentó detener un llanto en mi garganta, pero todo mi cuerpo empieza a

temblequear temeroso.

—¡Te necesito, Jayden! —exclamo, y mis lágrimas empiezan a caer involuntariamente

—. ¡No me dejes, por favor! —Se detiene de espaldas—. Tengo miedo...
tengo miedo

de vivir sin ti. —Se gira y sus ojos marinos lloran—. ¡Perdóname!
¡Perdóname, Jayden!

Te hice tantas promesas, y no he cumplido ninguna. Si te quieres ir, tendrás
toda la razón

del mundo. —Solo me mira y no dice nada—. Estaba enfadada con Amy y
quise hacerte

daño a ti... pero... pero lo único que hice fue... ¡Destrozar todo lo nuestro!

Se me acerca y siento un desvanecimiento que afloja cada articulación de mi
respiración.

Con el pie empuja la pequeña mesita, que es el único obstáculo entre
nosotros, y toda mi

piel se eriza. Su mano se pega a mi mejilla y puedo sentir cómo mi alma
empieza a

rehacerse pedazo a pedazo, caricia a caricia, y todos los recuerdos cobran
vida dentro de

mi corazón. Me pega a su pecho y sus latidos despiertan en mí el amor que
deliraba por

su ausencia.

—Nunca me iré, Evolet, si tú no quieres —susurra—. Sin ti soy solo una
sombra en la

tierra. ¡Te amo, pequeña!

Entre sus brazos todos mis miedos desaparecen y la tranquilidad vuelve a
respirar dentro

de mí. Empieza a acariciar mi cabello y poco a poco, sin romper la conexión de nuestras

miradas, me besa. Sus labios tiemblan igual que mi cuerpo, y su sabor se mezcla con el

mío. Es tierno, suave y vehemente.

—Perdóname —murmuro y me alza encima de sus caderas.

Me lleva al dormitorio y con cuidado me deja encima de la cama. Se sienta a mi lado. En

la oscuridad nuestras miradas brillan enigmáticas y mi corazón late con fuerza. Me giro

hasta que mi cuerpo queda por encima del suyo. Lo miro a los ojos y en ellos veo un

auténtico deseo. Con las manos atrae mi rostro hacia él y vuelve a besarme, siempre con

suavidad. Baja sus dedos por mi cuello, después por mi espalda, y el hormigueo que

provocan sus caricias hace que por mi boca la respiración me salga bastante alterada. Me

levanto encima de su regazo y me desato del top de licra, después el sujetador. Mis

pechos quedan descubiertos ante sus ojos y observo cómo sonrío.

—¡Suéltate el pelo! —me pide, y yo se lo cumplo.

Mis cabellos caen en ondas por mi espalda y mis hombros. Se incorpora solo lo

suficiente para llegar a mis labios y de nuevo empieza a saborearlos despacio.

Su lengua

se sumerge dentro de mi boca uniéndose con la mía. La intensidad de nuestro momento

se incrementa y el silencio se rompe con nuestros gimoteos. Baja por mi mentón hasta mi

clavícula dejando un camino húmedo y ardiente. Sus manos magrean mi espalda y entre

mis muslos siento cómo su miembro aumenta caliente, late robusto por embestir mi sexo.

Él atrae aún más mis nalgas sobre su falo y mi sexo se humedece ante su calentura.

Nuestros sexos se frotan uno con otro con locura y el deseo aumenta a la vez que mi

aliento se pierde y nuestra respiración se acelera.

—No sabes cuánto me faltaste, Jayden —susurro—. Con solo mirarme tienes el poder

de desvanecer cualquier miedo dentro de mí.

Rueda suave sus pulgares por mi cara, unos mechones de mi cabello caen a los lados de

nuestros semblantes como si quisieran esconder otro pasional beso.

—Por ti daría mi vida, Evolet — me dice y tira sutilmente con sus dientes de mi labio

inferior.

Cierro los ojos y vuelvo a sentir sus manos, su boca, su lengua por mi garganta, por mis

pechos, toda mi piel se endereza y un apetito ardiente baja por todo mi cuerpo. Siempre

me gustó su forma de tocarme con refinamiento, elegancia y sin ningún pudor. Disfruto

tanto de cómo me da este placer, su propio placer, y me dejo llevar como siempre a su

ritmo al mismo paso del deseo que arde entre los dos. Me gira y me quita los *leggings*,

después la pequeña braga. Deja un camino de besos desde mi garganta hasta mi ombligo y

de repente se detiene. De pie al lado de la cama se quita toda la vestimenta y con la

misma agilidad vuelve sobre mi cuerpo. Su pecho caliente cubre mis senos, que se

endurecen con solo sentirlo.

—Me gustaría que el tiempo se detuviera, que este momento se congele y todo el mundo

gire a nuestro alrededor —masculla, y su miembro roza mi sexo—. ¡Deseo que nunca

más nos alejemos el uno del otro, Evolet!

—¡Nunca más! —le aseguro.

Mis piernas se abren dejándole el espacio suficiente y su duro sexo entra de un solo golpe

tomando posesión de mí con toda la fuerza, enseñándome su urgencia y dejando que el

deseo triunfe en cada embestida, en cada jadeo y grito que sale por mi boca.
El placer

rompe el límite entre nuestros cuerpos, su miembro aumenta sus golpes y yo
me derramo

con un ansia inagotable.

—¡No pares! —exclamo, y él me complace.

Su penetración empieza a sentirse húmeda por mis fluidos, pero su miembro
sigue

resbalando con impetuosidad dentro de mí, clavándose hasta el fondo de mi
cueva hasta

el clímax, y gimo. El placer me lleva más allá, donde mis delirios se
encuentran con los

de él y juntos hacen que estallemos en un orgasmo loco, lleno de satisfacción.

—¡Te amo, Evolet!

* * *

Salgo del dormitorio y siguiendo el olor a café me encuentro con un Jayden
medio

vestido preparando unas tostadas detrás de la isla de la cocina.

—¡Muy madrugador! —exclamo, y él se sobresalta y se gira hacia mí.

—Oh... No te había escuchado. —Sonríe y se apoya sobre la isla para darme
un

delicado beso provocándome un pequeño cosquilleo con la barba—. ¡Buenos
días,

pequeña!

—Buenos días —murmuro—. ¡Huele bien!

—Bueno... Hay solo tostada con mantequilla y mermelada de melocotón. —
Me enseña

el plato—. ¿Café o leche?

—¡Leche! —Sonrío porque sé que lo sabe, pero aun así le encanta jugar,
como siempre.

—¡Lo sabía! —Me tiende el vaso medio lleno—. Solo encontré esto, los
otros cartones

están vacíos en la nevera. —Su boca se tuerce—. ¡Como siempre, tu
colección de cajas

vacías!

—¡Lo siento! Intentaré no volver a hacerlo. —Muerdo mis labios.

—¡No haga eso! —exclama mientras rodea la isla hasta llegar a mi lado.

Entreabre mis piernas dejando sus caderas reposar entre mis muslos.

—Eso me hará llevarte de nuevo a la cama. —Me lleva la rebanada de pan
con

mantequilla y mermelada a la boca.

—Mmm... —Muerdo un trozo—. Me gusta la idea, pero...

—Pero ¿qué? —pregunta y muerde de la misma tostada.

—¡Hoy es el festival de Chicago! —exclamo.

—¡¿En serio!?

—Bueno, no te ilusiones mucho... porque... —vuelve a llevarme la rebanada
de pan a

la boca— porque, la verdad, con todo lo que pasó, no creo que lo consiga.

—¡Claro que lo conseguirás! Y mañana irás conmigo al torneo de boxeo.

—¿Qué? —Mis ojos se agrandan ante su proposición—. ¿A un torneo?

—Sí. Viajaremos por Europa, así aprenderás a elegir un buen vino. —Se ríe.
Me besa, y

su pequeña barba de nuevo roza suavemente mi piel. Me alejo y paso la mano
por sus

mejillas, acariciándolo.

—Me gustas afeitado, como también sin afeitar. —Nos reímos y vuelve a
besarme.

Capítulo 35

Estoy en el camerino esperando salir al escenario del famoso Chicago. Me
miro

en el espejo y observo la emoción que tiembla dentro de mi interior. Una
mezcla

de felicidad y miedo se retuerce en mi vientre. Las chicas del maquillaje me
han

dibujado un antifaz alrededor de los ojos en una escala de grises y sombras
negras como

si fuera un bordado de encaje cubriendo mi vista. Me han pintado los labios
de rojo

granate y en las mejillas me han dado un toque de colorete muy leve. En toda
la figura, el

diseño representa la tristeza frente al amor, igual que la interpretación de
Loreena

Mckennitt en la canción *Tango to Évora*, donde su arpa modula el eco del aullido triste de

un corazón sangrando y anhelante por su amor.

Paso las manos por mi vestido. Precioso. Es un corpiño negro con transparencias, falda

vaporosa de *georgette*, cortes asimétricos en picos y con abertura lateral en el lado

derecho hasta la cadera. Mi cabello cae libre con una simple diadema trenzada. ¡Nunca

estuve tan emocionada! Abro la pequeña caja blanca de encima del tocador y unas

imágenes de cuando Jayden y yo éramos pequeños aparecen en mi mente. Paso la mano

por mis primeras zapatillas de punto y recuerdo aquel momento, cuando él intento

probárselas y rompió una de las cintas. Sonrío. Era un demonio vestido de ángel. Para

arreglarlos cosió otra cinta, pero en vez de ser blanca puso una roja, y como si no fuera

suficiente, medía casi dos metros de largo. Todavía recuerdo sus palabras como si me

hablara en este momento.

—*¡No llores, Evolet! Igual que esta cinta será tu vida. Larga y llena de amor. Porque las*

princesas como tú encuentran siempre un príncipe.

—¿De verdad?

—¡De verdad, Evolet!

¡Descarado! Me río. De pequeño tenía gracia.

—Nunca pensé que llegaría a estar tan enamorada de ti, Cooper —digo en voz alta sin

saber que tengo compañía en el camerino.

—¡Pero yo sí lo supe! —contesta.

—¡Oh! —Me sobresalto—. ¡No te había escuchado entrar! —digo y veo a un Jayden

recién afeitado, hermoso y elegante, acercándose.

Un escalofrió traspasa todo mi ser. Simplemente me derrito ante él.

—Estás preciosa —murmura y yo le sonrío avergonzada.

—Gracias. Me he acordado del día en que rompiste mis zapatillas. —Con las manos en

los bolsillos del pantalón mira de reojo la caja—. Como es una noche especial, quiero

llevar esta cinta enrollada en la muñeca —murmuro, y él tira de ella descosiéndola del

zapato—. ¡Quiero tener algo de ti ahí arriba en el escenario!

Sus ojos navegan por todo mi rostro a la vez que empieza a enrollar la franja roja. Ata el

primer extremo a mi muñeca, después con delicadeza la envuelve por mi brazo hasta el

codo haciendo un pequeño lazo.

—¿Así está bien? —Asiento—. Y yo quiero que demuestres a todas esas personas de la

sala cómo baila mi pequeña.

—Sonrío y sus labios se acercan a una minúscula distancia de mi boca—. ¡Lo vas a

conseguir!

—¡Evolet! —me llaman, y Jayden se separa bruscamente—. Tenemos que...

Adam entra y se detiene de inmediato exactamente a la entrada del camerino embobado

ante mi imagen.

—¡Estás hermosa, Evolet! —exclama inconscientemente y veo a mi mangoneador

apretar su mandíbula y fulminar a mi pareja de baile con desconfianza.

—Sí, es muy hermosa —declara pasando su brazo por encima de mi pecho y pegándome con la espalda a su fuerte tórax.

La voz de Adam se entrecorta ante la irritada mirada de Jayden y en sus ojos me parece

vislumbrar una pequeña chispa de envidia.

—Tenemos que salir. ¡Nos toca! —agrega seco.

—Ok. ¡Dame un minuto! —le pido y solo asiente con la cabeza. Después sale.

Jayden vuelve a girarme con la cara hacia él. Me observa en silencio.

—¿Qué te pasa? ¿Estás celoso de Adam? —le pregunto.

—¡No, no lo estoy!

—¿¡No!?! —Me cruzo de brazos esperando a que rectifique su mentira.

—Vale. Pero solo... solo un poquito.

—¿¡Un poquito!?

—¡Vamos, Evolet! Se le nota cómo se pierde ante ti cada vez que os encontráis —

confiesa, y yo miro a otro lugar de la habitación. Suspiro profundamente.

—Pues... Te tengo que contar algo —digo, y él se sorprende por mi tono de voz—.

Conocí a Adam hace mucho tiempo y ... —Siento que me ahogo ante su mirada.

—¡No quiero saberlo, Evolet! —prácticamente me lo ordena.

—¡Sííí!... quiero que lo sepas. ¿Podrías callarte? —voceo—. Adam fue mi primera y

única pareja antes de que... —Se me corta la respiración.

—¡Ya! —exclama a la vez que camina por el camerino—. ¿Y me lo estás diciendo

ahora?

—Pues... sí. —Está molesto, se le nota—. ¿Por qué no? ¿Me vas a montar una escenita

de celos justamente esta noche? —pregunto, pero antes de que él conteste la puerta

vuelve a abrirse.

—¡Evolet, tenemos que salir al escenario! ¡Pero ya! —exige agitadamente.

—¡En seguida, Adam! Solo un minuto, por favor —le pido, y su mirada se encuentra con

la de Jayden.

¡Maldita sea! ¿Por qué tuve que contarle lo de Adam? Solo se han observado un instante

y el silencio enloqueció en el cruce de sus miradas. Tirando de la puerta Adam vuelve a

salir.

—Parece que he cometido el error más grande contándote la verdad —digo apoyándome

con las manos en el tocador.

—¡Tranquila! —Se acerca por mi espalda—. Quiero que te relajes y no pienses en nada

más, solo en tu coreografía. —Lo miro a través del espejo.

Besa suavemente mi hombro y yo me giro hacia él. Con sus pulgares traza unas líneas

bastante provocativas en mi espalda desnuda.

—¡Te amo, Jayden! Quiero que sepas que entre Adam y yo no hay...

—Shhhh... ¡Olvídate de ese tema! ¿Vale? —Asiento—. Ahora tienes que subir a ese

escenario y bailar —exige.

—¡Vale, señor Cooper! —Le sonrío.

—¡Lo harás muy bien! —Deja un agradable beso en mi mejilla—. Estaré en la sala

admirándote, orgulloso de mi pequeña mujer. ¡Y lo de Adam lo hablamos después! —

Sonríe—. ¡Es broma! Sé perfectamente que en tu corazón está grabado mi nombre.

—¡Entonces nunca lo dudes! Lo que se escribe en un alma no hay forma de borrarlo. —

Él asiente.

—¡Vamos, que te esperan!

* * *

Las luces de toda la estancia se suavizan y en el escenario un juego de iluminación hace

que parezcan estrellas cayendo del cielo. La canción *Tango to Évora* empieza a resonar, y

yo sentada de rodillas con la espalda a todos los presentes dejo a Adam que empiece la

coreografía con una interpretación de violín. Acurrucada entre sus brazos, disimula con el

arco unas notas falsas en mi espalda. Su respiración suena a una corta distancia de mi

boca y en mi estómago se anidan mil emociones. Me levanto con el corazón encogido;

en una mano está mi violín y en la otra el arco, pero en uno de los asientos de

la primera

fila unos ojos llenos de calma y cariño me desnudan de todos los miedos y la fuerza

empieza a florecer dentro de mí. ¡Catalina! La miro un instante y le sonrío.
Mis pasos

empiezan a fluir despacio a la vez que paso el arco por las cuerdas de mi violín, sensible,

nostálgico y lleno de amor, así como mi corazón murmura dentro del pecho.
Cada

corazón es una canción incompleta hasta que encuentra otro corazón que le responda

poniendo versos de amor a su canto. Una paz mental abrasa mi ser, mi cuerpo se ondula

en un estilo contemporáneo y todo a mi alrededor se gira con bonanza.

Aunque no puedo distinguir entre la multitud, siento la caricia de la única mirada marina

que siempre sabe cómo tranquilizar mi inquietud, estimularme para soñar y tener

esperanza para poder conseguir mi propósito. Vuelvo a dejar el violín y bailo con el

cuerpo, el alma y mi mente. Miles de recuerdos giran a mi alrededor, algunas imágenes

me visten en tristeza y otras me arrojan con felicidad. Adam me gira en sus brazos

cuidosamente y entre nuestras miradas se abre un lapso de pena infinita, un momento en

que nos hablamos sin palabras. Mi corazón le muestra que ya encontró dueño que lo

ame, pero una chispa centellante en sus ojos me responde que aun así nuestros momentos

pasados se despertaron dentro de su alma. Cada movimiento, cada salto y cada giro son

perfectos como si hubiera ensayado toda mi vida esta coreografía, aunque la verdad es la

contraria, hasta que no me vi entrando por la puerta de Chicago no me lo tomé en serio.

Mi corazón palpita emocionado mientras que a Adam se le ve equilibrado y tranquilo.

Bailo al mismo ritmo que el arpa de Mckennitt llora y se lamenta al mismo tiempo que

su sonoridad transmite fuerza, la que en este instante atrapo en mis manos, y con ella

desato mi lazo rojo, el de mi vida, el lazo de amor que quiebra mi única esperanza en

miles y me ayuda a ver que tengo más de lo que pensé que podría tener, fe... Adam me

alza encima de sus hombros y con la cinta volando el amor triunfa, los sueños se hacen

realidad y nuestra coreografía acaba. Las luces se avivan y los aplausos invaden con

fuerza y alegría el silencio. Bajo y los dos de la mano hacemos una reverencia a todo el

público. Lo hemos conseguido, hemos bailado como supimos hacerlo, con toda nuestra

esencia serena y equilibrada mostrando al público que para ser feliz primero hay que

llorar como el arpa de Mckennitt, que empezó su sonoridad con tristeza, pero llegó al

final sonriendo. Los aplausos siguen, aunque poco a poco nos retiramos del escenario.

* * *

—¡Evolet! —Me detengo enfrente de la puerta de mi camerino—. ¡Felicidades, querida!

Sabía que ibas a brillar.

—¡Gracias, señora Robinson! —sonrío—. Todavía nos queda esperar un último baile

para saber qué decisión tomará el jurado.

—¡Es verdad, Evolet! Pero no necesito esperar, lo que tú has mostrado hace un par de

minutos en el escenario es único. ¡La ganadora de esta noche eres tú, querida!

—Le agradezco la confianza, señora Robinson, pero prefiero aguantar hasta que la última

pareja acabe su coreografía y después ver los resultados. —Me sonrío.

—¡Sin duda esta noche cumplirás tu sueño, Evolet! Pero vamos a esperar como tú

deseas. —Con la misma sonrisa en sus labios, se marcha. Cierro la puerta de mi

camerino y me siento enfrente del espejo. ¡Madre mía, Evolet! No me lo puedo creer.

Ojalá pudiese describir cada segundo que viví sobre el escenario. Fue la experiencia más

emocionante e increíble de mi vida. Mi corazón sigue bombeando con fuerza, pero, aun

así, me encuentro muy feliz.

—¡Señorita Evolet! —La puerta se entreabre—. Debe salir con el resto de los concursantes —me avisa un coordinador.

De nuevo subo al escenario junto a Adam y el resto de los participantes. Todo mi cuerpo

tiembla por la tensión. Miro a Adam y él me coge de la mano; está nervioso como yo.

Por un segundo siento la necesidad de salir corriendo, pero cuando el presentador abre el

sobre y escucho mi nombre, siento que me voy a desmallar.

—¡Hemos ganado, Evolet! ¡Hemos ganado! —Adam me está hablando, pero siento

cómo se me entrecorta la respiración. Entre aplausos atronadores recibo el trofeo del

primer festival de danza. Unas lágrimas se me resbalan por las mejillas y en ese momento

mis ojos se encuentran con los de mi hermana que llora, sonrío y no para de aplaudir.

¡Increíble! No puedo hablar y la única forma de manifestarme es llorar. La

emoción se

apodera de todo mi ser y en mi mente recuerdo cuántas veces he soñado con este

momento. ¡Por fin mi sueño se ha hecho realidad! Bajo del escenario y detrás de las

cortinas mi hermoso y elegante Jayden me sorprende con una espléndida rosa blanca.

—¡Felicidades! —Cojo la flor y sonriente la llevo con las dos manos a mi nariz—. ¡Lo

has hecho muy bien!

Se me acerca y con los dedos contornea mi rostro. ¡Oh! De nuevo tiemblo, pero esta vez

la causa es él. Me mira fijamente y siento que me pierdo en el azul profundo de sus ojos.

—Gracias —susurro—. Nadie me había regalado flores antes. Es una rosa preciosa.

—¿Sabes por qué es blanca?

Niego con la cabeza a la vez que me muerdo los labios.

—Porque significa esperanza. ¡Nunca más vuelvas a perderla, porque con esperanza tus

sueños se harán realidad! —exclama y me hace suspirar.

Está tan cerca de mí que su olor me enloquece. La expresión de su cara revela el mismo

deseo que se despertó dentro de mi cuerpo.

—Quiero que me lleves a tu casa, señor Cooper.

—Mmm... Me gusta tu deseo y por eso te lo concederé.

—Sonríe.

—¡Señorita Evolet!

—¡Señora Robinson! —exclamo y miro al hombre que la acompaña.

¡Oh! Nooo... Evolet..., es el señor del despacho de la directora, el que estaba cuando yo

entré descortésmente el día que empecé a ensayar con Adam.

—¡Felicidades, querida! Te dije que ibas a ganar.

—Muchísimas gracias, señora.

—Te presento al señor Wilson, el director de Chicago.

¡Vaya! Esto no me lo esperaba y sí que metí la pata. Miro por encima del hombro a

Jayden para asegurarme de que sigue a mi lado antes de que me desmalle.

—Señorita Evolet, me alegro de conocerla en otras condiciones —afirma y siento cómo

me arde toda la cara de vergüenza.

—Lo siento por mis formas del otro día, pero...

—No se preocupe —me interrumpe—, no estoy aquí para regañarle y creo que todos a

veces tenemos un mal día.

—Me sonrío—. Me gustaría hacerle una propuesta si me lo permites. —Mi

corazón se

contrae—. Creo que usted encajaría muy bien en el Chicago, y la verdad es que

necesitamos a una bailarina tan profesional. —Estoy sorprendida.

—¡Me encantaría, señor Wilson! —Vuelvo a mirar a Jayden y él me sonrío.

—Aquí le dejo mi número de teléfono. —Me tiende una tarjeta—. ¡Llámemme pronto,

señorita Evolet!

—Gracias. Muchísimas gracias.

Dios... no me lo puedo creer. Me giro hacia Jayden y salto en sus brazos más que

contenta dejando escapar un chillido de alegría.

—Ya eres una de las estrellas de Chicago —me susurra en el oído.

—Bueno, ¿qué te parece si esto lo celebramos en casa? —Lo necesito y quiero estar a

solas con él.

—Me encantaría. —Sonrío con picardía y yo me derrito ante él.

—Voy rápido a cambiarme. ¡Espérame aquí! —Me levanto de puntillas y le beso la

mejilla.

—Si quieres podría ayudarte. —Sonrío.

—Mmm... ¡Noo! —Entro de espaldas en el camerino mientras nos miramos

profundamente hasta que cierro la puerta.

Capítulo 36

Me he quitado el maquillaje y antes de sacarme el vestido de baile vuelvo a coger entre mis manos la flor que me ha regalado Jayden. La tengo entre las dos manos y contemplo su sencillez, aunque para mí tiene un valor especial.

Su color, el aroma que desciende de sus pétalos intensifica aún más mi emoción. No hay

duda, amo con locura a Cooper, el famoso boxeador que demostró repetidamente que su

furia se suaviza siempre cuando sus marinos ojos se encuentran con los míos.

—Hola, bonita —susurra en mi pelo, y en el espejo veo cómo en seguida mis ojos se

llenan de lágrimas—. ¡Bonita actuación!

—¿Cómo has entrado aquí? —Intento girarme, pero coloca uno de sus brazos alrededor

de mi cuello obligándome a quedar en la misma posición—. ¿Qué quieres?

—Demasiadas preguntas, señorita Evolet.

Miro fijamente en el espejo y por el lado de mi hombro deja verse su rostro. Mis ojos se

agrandan, mi respiración se altera y mis manos se aflojan alrededor de mi cuerpo.

Desconozco totalmente su identidad. ¿Quién es? Inconscientemente dejo caer al suelo la

rosa y al chocar con la tarima sus pétalos se expanden como si la esperanza se rompiera

en pedazos de desconfianza.

—No entiendo qué quieres de mí.

—Shhhh... No hables fuerte. —Con la otra mano arrastra lentamente por mi vientre una

navaja—. No preguntes más, bonita. —La cuchilla sigue subiendo por mi pecho y el

tiempo parece desmallarse en el acto—. Ahora harás exactamente lo que yo te voy a

decir si no quieres que te lastime.

—¡Nooo! —bramo, pero enseguida me cubre la boca y empuña su navaja contra mi

cuello.

—Vuelve a hacerlo y te aseguro que sentirás cómo la muerte se apoderará de ti

lentamente hasta que el dolor te desgaste por completo. —Su voz suena convincente al

asegurarme que no es un juego—. ¡Ahora camina! —Me empuja sin quitarme la cuchilla

de encima—. ¡Por la puerta de atrás!

Apenas camino dos pasos cuando sus brazos me cogen para retroceder.

—¡Vuelve! —exige.

De nuevo lo observo a través del espejo. Sus ojos son color chocolate, pelo

rubio, cara

cuadrada y constitución robusta. Agarra un pintalabios del tocador y en el espejo deja un

mensaje.

¡Vente a por ella, Cooper!

—¡Te matará, imbécil! —exclamo, pero como respuesta se ríe sarcásticamente.

—¡Muy inocente! —Me empuja por la otra puerta que conduce a la parte de atrás del

edificio.

Un coche está estacionado con la puerta trasera abierta. Siento el terror clavándose en mi

interior; tengo miedo. Me tiene apretadamente contra su pecho y su aliento se arrastra por

todo mi cuello. Desesperadamente intento soltarme de su agarre cuando otro individuo

baja del asiento del copiloto y se detiene a una escasa distancia de mi rostro.

—¡Sube! —me ordena.

Lo miro fijamente con los ojos atemorizados y veo que no tiene ningún centímetro de

piel que no haya sido tocado por las agujas de una máquina tatuadora. Sus ojos brillan la

malicia de su interior como también muestra sus malas intenciones en los ojos.

—¡No volveré a repetirlo! —Su voz amenazante hace que todo mi ser vibre espantosamente—. ¡Sube! —grita, y en el callejón resuena el eco de su sadismo.

—¡No iré a ningún lado! —grito agitándome entre los brazos del hombre de mi espalda,

pero un pinchazo fuerte en mi cuello hace que pierda el conocimiento y todo se oscurece

en mi vista como también en mi mente.

* * *

Un dolor horrible traspasa todo mi cuerpo como un mazazo provocándome un espasmo.

Abro los ojos y levanto la vista. Mis manos están atadas con unas gruesas y largas

cuerdas que caen desde el puente de Brooklyn. Enfrente, los dos individuos que me

sacaron con fuerza del Chicago están musitando algo entre ellos. Intento moverme, pero

es en vano mi tentativa. Me horroriza la sensación de intentar moverme y no poder

hacerlo. Apenas llego con las puntas de los pies al suelo, y un hormigueo empieza a

ascender desde mis muñecas hasta mis hombros abarcando mis brazos en un dolor

angustioso. Todo mi peso tira con fuerza de mis muñecas colgadas de las cuerdas.

—¡Soltadme! —grito, y los dos se me acercan.

El rubio está fumando. Me observa chupando con ansia su cigarrillo; después todo el

humo que entró en sus pulmones lo suelta en toda mi cara con malicia.

—¡Ahora nos perteneces, Evolet! —dice y vuelve a chupar de su cigarrillo—. ¡En veinte

minutos empieza la fiesta! —dice, y me trago la saliva nerviosa. ¿A qué fiesta se refiere?

Maldita sea.

—¿Cuál de vosotros es Bastián? —pregunto, y los dos sonríen.

—Mmm... ¡Eres muy curiosa, nena! ¡Ninguno! —contesta, y el miedo me invade

completamente.

—¡Sois unos demonios! —grito esperanzada de que alguien me escuche en la oscuridad

desierta.

El silencio se rompe repentinamente. Varios coches se detienen bruscamente en círculo y

dirigen todas las luces de los faros hacia mí cegándome la vista. Escucho diferentes

voces, aunque no puedo entender nada. Es la peor noche de mi vida, la pesadilla más

terrorífica de mi existencia.

—Cooper no llega, así que... ¡que empiece el espectáculo! —Reconozco la

voz del que

me secuestró, tiene acento extranjero—. ¡Estoy ansioso por jugar con esta muñeca!

Toda mi piel se eriza y en mi corazón siento un punzón quejumbroso. Una lágrima cae

alterada por mi mejilla. Percibo que mi final se acerca y toda mi vida se acaba aquí, en

este momento delirante. La vida en un solo momento cambió de sonrisa a llanto. En mi

vientre todo se remueve causándome náuseas y en este momento preferiría morir que ser

la presa de unos maniáticos enfermizos.

—¿Cuál de vosotros la quiere? —el tatuado pregunta a los demás—. ¿Quién quiere

combatir por ella?

El estridente ruido de una moto que se acerca de frente a toda velocidad hace a todos

mirar hacia atrás. Cada vez se aproxima más... Es él... Debe ser él... Todos se echan a

un lado, y cuando el motor se detiene bruscamente mi corazón se calma al mismo

tiempo. El marino de sus ojos se oscurece y en su rostro la bestia se revitaliza desde el

fondo de su alma. Jayden, susurro solo para mi conciencia.

—¡Soltadla! —grita, y su voz ronca se extiende coléricamente por todo su

alrededor—.

¡Soltadla!

—¡Tranquilo, Cooper! Aquí todos respetamos las reglas.

Te recuerdo que si la quieres, puede ser tuya combatiendo.

—¡Ella no es para nadie, ruso! —exclama bajándose de la moto.

—¿¡No!?! ¡Tampoco Sophia era para ti! Viniste aquí para salvarla como hiciste con todas

—afirma—. Así que, que lo sepáis todos —grita girándose hacia los demás—, ¡nuestro

boxeador es un héroe! ¡Nunca estuvo con nosotros!

Los ojos de Jayden se oscurecen, y el odio se apodera de él. Está parado en medio de

todos los maniáticos que esperan ansiosos mi cuerpo como un águila su captura.

—Te gusta hacer de bueno, ¿verdad, Cooper?

—¡Soltadla antes de que acabe con todos vosotros! —amenaza, y mi corazón se contrae

—. ¡Soltadla!

Intenta venir hacia mí, pero el que me trajo hasta aquí lo detiene apoyando la mano en su

pecho.

—¡No intentas detenerme, ruso! —brama, y su puño se hunde rabiosamente en toda su

cara dibujando un hilo rojizo en su boca—. ¡Sabes que no puedes conmigo!
—Se miran

unos segundos con desprecio a la vez que todos los individuos estrecha el círculo

atrapando dentro a Jayden.

—¡Pero yo sí! —exclama el de múltiples tatuajes—. ¡Yo sí puedo!

—No voy a combatir por algo que es mío. —La voz de Jayden se adentra en mi alma

suavizando por un instante mi temor—. ¡Es solo mía!

—No te la puedes llevar. ¡Primero debes combatir! —clama otro individuo desde al lado

de su coche.

La luz me impide verle el rostro al que ha hablado, pero la articulación de sus palabras

me viste con un escalofrió perturbador.

—¡Combate y será toda tuya! Si ganas, nunca volveremos a molestarla — aclara el ruso

—. Pero si no, es como si te rindieras antes de sonar la campana en uno de tus combates,

Cooper. ¡Será nuestra para siempre!

Jayden se saca la americana, la deja caer en el suelo y empieza a remangar las mangas de

su camisa hasta los codos. Su mirada se posa en mi rostro, después baja por todo mi

cuerpo. Todos mis músculos se aflojan y mi respiración aumenta. Tengo miedo por mí,

pero siento aún más por él.

—¡Te recuerdo las reglas, Cooper! Tres *rounds*, si te derribo cojerás el látigo y la azotarás

cinco veces. —Sonríe con malicia—. ¡Si caigo yo, será un enorme placer hacerlo! —

Jayden se lanza hacia él, pero otros individuos lo detienen sujetándolo por los brazos—.

¡Estas son las reglas, Cooper, y se tienen que respetar! —se ríe con malignidad.

—¡Que no te atrevas a tocarla! —Sus ojos se dilatan rabiosos y su respiración parece a la

de un animal salvaje—. ¡Te aconsejo que no lo hagas!

El grandullón tatuado sonríe.

—¿Estás listo, Cooper? —Jayden mira como si estuviera a punto de asesinar al ruso, que

se me acerca y con su navaja corta mi vestido de arriba abajo—. ¿Listo para luchar por tu

muñeca? —Jayden no contesta, sigue observándome como si estuviera avisándome de lo

que vendrá.

Con la última pregunta los trozos de tela de mi vestido caen al suelo y un golpe

inesperado en mi espalda desnuda me arranca un intenso grito de dolor. Con

bestialidad

Jayden se arroja encima del tatuado, sus puños golpean sin lástima su rostro, con cólera,

lleno de saña, igual que una descarga eléctrica, golpe tras golpe sin detención hasta que el

grandullón tatuado cae al suelo. Todos los presentes empiezan a aullar con las manos

alzadas animando al grandullón a levantarse del suelo. Jayden lo fulmina esperando a ver

si tiene la fuerza necesaria para volver a levantarse... ¡Y lo hace! Con la cara destrozada

y llena de sangre se levanta. El ruso le pasa el látigo y en el azul marino de los ojos de

Jayden parece explotar un proyectil de rabia.

—¡Nooo...! —grita, pero todos los presentes de nuevo lo detienen por los brazos—. ¡No

la toquéis! —ruge como un animal salvaje, pero es inútil. El tatuado se me acerca

contento por su intención—. ¡No lo hagas! —vuelve a gritar. Mi corazón se contrae y el

látigo atiza con ira mi piel—. ¡Nooo...!

El segundo azote vuelve a arrancarme otro grito. Las lágrimas empiezan a escurrirse por

todo mi rostro, mis brazos parecen perder fuerza por mi peso y una quemazón oscila

dentro de mi vientre. El tercer golpe hace que el látigo rompa en franjas mi piel, el cuarto

es desgarrador, pero el quinto parece penetrar hasta el fondo de toda mi alma.

—¡Nooo! —La voz de Jayden encoleriza la oscuridad volviendo a arrojarse encima del

grandullón tatuado.

Sus puños parecen de acero, su ira aumenta y como si fuese hermano del demonio

golpea todo el rostro de su enemigo sin pesar alguno, pero el grandullón aguanta, se

resiste, y cuando está a punto de perder el equilibrio y caer, una fuerza inesperada en su

puño izquierdo choca en la mandíbula de Jayden derrumbándolo. Aunque el segundo

round acaba, los preciosos ojos marinos se posan en mí con desesperación. El tiempo se

detiene en su mirada lamentándose por mi sufrimiento. Una lágrima sale de su corazón y

cae dolida por su mejilla. Lloro.

—¡Te toca, Cooper! —La voz del ruso rompe nuestra conexión tendiéndole el látigo—.

¡Te toca cumplir el reglamento!

Mirando a todos los que están a su alrededor se incorpora y se pasa la mano por la boca y

la barbilla. Luego me mira. Está dolido y su dolencia lo detiene a la hora de

tender la

mano y coger el maldito látigo.

—¿Qué pasa, Cooper? ¿Tan débil eres? ¡Sabes que si no lo haces, es nuestra!
Todavía

queda un round y parece que tus fuerzas disminuyen —lo provoca—. ¡Qué
pena!

¡Tendrás que lastimar a tu muñeca!

—¡Hazlo, Jayden! —exclamo con la poca energía que me queda—. ¡Acaba
con todo

esto de una vez! —Se muerde los labios con remordimiento sin hacer ningún
gesto—.

¡Hazlo, por favor! —sollozo, y su ceño se arruga entristecido—. ¡Te lo
suplico, Jayden!

—Sus labios tiemblan y por debajo de sus párpados el marino de sus ojos se
oscurece

lloroso—. ¡Por favor, Jayden!

Coge el látigo y sus pasos se dirigen pausadamente hacia mí. Se detiene a una
corta

distancia de mi rostro y veo el dolor que quiebra dentro de su ser. Lloro y su
pecho enseña

el nerviosismo de sus latidos.

—¡Lo siento, Evolet! —murmura, y todo mi cuerpo tiembla—. ¡Lo siento,
pequeña!

¡Pero no puedo! —Cae de rodillas a mis pies y un suspiro lleno de pesar sale
de su boca

—. ¡No puedo, Evolet! —solloza.

—¡Hazlo, maldita sea! —grito con desesperación—. ¡Hazlo, Jayden! Es una orden —

aclaro—. ¡Te prometo que lo superaré! —lloriqueo—. Pero si me dejas en las manos de

ellos no podría soportarlo. Por favor... ¡hazlo!

Levanta la vista hacia mí. Las lágrimas ruedan por su cara desconsolada. Se traga la

saliva, o mejor dicho el orgullo, y se levanta. Se me acerca sin hablar y pasa sus dedos

por mis labios. Después, con las puntas de sus pulgares borra mis lágrimas. El

sufrimiento engulle su alma.

—¡Perdóname, Evolet! ¡Perdóname!

El látigo zigzaguea en el aire y después cae sobre mi espalda ensangrentada. El dolor

quiebra todo mi cuerpo. Un jadeo sale de mis penas y el segundo golpe tortura aún más

mis heridas haciendo arder hasta el fondo de mi corazón. Un desvanecimiento afloja por

completo mi cuerpo, mi cabeza cae hacia atrás, mis músculos se ablandan y el mismo

ardor de antes empuña con fuerza dentro de mi abdomen. El dolor es aún más fuerte que

el tercer latigazo que atiza mi cuerpo; una presión dura, incansable, me

aplasta por dentro.

El cuarto latigazo martiriza por completo mi persona y con el quinto azote todo se rompe

en mis entrañas en un dolor intolerable. Brota desde dentro hacia el exterior un chorro

caliente de sangre escurridizo, desde mi sexo hacia abajo por mis entrepiernas. Jayden

deja caer el látigo al suelo, sus ojos se dilatan al ver la sangre por mis muslos, y su rostro

se muda en una bestia desenfrenada. A lo lejos, creciendo en intensidad a medida que se

acercan, se escuchan las sirenas de los coches de policía y las de ambulancias.

Jayden retrocede hacia su enemigo y con toda la cólera y el odio que arden dentro de su

ser se lanza hacia el grandullón tatuado. Golpe tras golpe, puño con puño, sus nudillos se

despedazan mezclando su sangre con la de su adversario, que cae inconsciente al suelo,

pero aun así la derecha de Cooper no se detiene, golpea con furia, desconsuelo y rencor

hasta que la cara de su enemigo se descuartiza sangrante. El cielo rompe en llanto por

aguantarse tanto dolor y sufrimiento dejando caer sobre nosotros unas gotas frías de

lluvia como si quisiera lavar todas nuestras penas y avisar de que todo el mal

ha acabado.

—¡Para, Jayden! ¡Lo vas a matar! —Harry se infiltra entre todos los individuos—. ¡Para!

¡Tú no eres un criminal, Jayden! —vocea al mismo tiempo que tira con fuerza de sus

brazos—. ¡Para!

Se levanta dejando inconsciente a su adversario y vuelve a acercarse a mi cuerpo

dolorido. Siento cómo su aliento jadea agitadamente en mi rostro mientras desata las

cuerdas de mis muñecas.

—¡Lo siento, pequeña! —exclama—. ¡Lo siento! —Mis ojos se cierran y se abren

aguantando la conexión de nuestras miradas—. ¡Todo acabó, Evolet! Nadie volverá a

hacerte daño.

—En la palma de mi mano deja unos pétalos de la rosa blanca, después me cierra la

mano en un puño—. ¡Me encargaré de que este día se borre de tu mente para siempre,

pequeña!

—Te amo, Jayden, nunca lo olvides —murmuro débil, y mis ojos se cierran desvaneciéndome en su pecho.

La ambulancia cierra sus puertas y con su mano apretando la mía todo en mi

entorno se

corta definitivamente.

CONTINUARÁ